



Otro servicio de:
Editorial Palabras - Taller Literario
www.taller-palabras.com

Cinco pista falsas

(Five Red Herrings, 1931)

DOROTHY L. SAYERS

PRÓLOGO

No sería arriesgado asegurar que, si se le pide a cualquier lector que cite los seis mejores escritores o los personajes más famosos del género policíaco, incluya entre ellos los nombres de Dorothy L. Sayers y Peter Wimsey. Cuarenta años después de la publicación de su última novela, los lectores de las salas de embarque de los aeropuertos del mundo entero buscan un relato de Dorothy L. Sayers para aliviar el claustrofóbico aburrimiento y el miedo, solo a medias aceptado, a los viajes, de cuyos modernos terrores se salvó felizmente la novelista. Como todos los buenos escritores, creó un mundo único y de inmediato reconocible al que aún podemos escapar para reconfortarnos y volver a oír, con alivio y nostalgia, su voz inmensamente personal, divertida y confiada.

A pesar de su imperecedera fama, pocos escritores del género han suscitado respuestas tan opuestas de lectores y críticos. Sus detractores muchas veces se centran en su aristocrático detective. En una conferencia sobre el oficio de escribir novelas policíacas, Sayers definió las cualidades básicas que necesariamente debe poseer un detective aficionado y protagonista de una serie, y creó a lord Peter Wimsey de acuerdo con esa descripción. Según ella, debía estar en situación de toparse con asesinatos y de trabajar con la policía. Las autoridades policiales agradecían casi servilmente la colaboración de lord Peter, y su creadora tomó otra precaución, le dio el inspector Charles Parker como amigo y cuñado. El detective debe ser lo suficientemente versátil para vérselas con los diversos medios y métodos criminales y no tener que perder tiempo recabando la opinión de los expertos sobre cada uno de los detalles. Lord Peter conoce a la perfección cinco o seis lenguas, es jugador de críquet nato, gastrónomo, conocedor de vinos y de mujeres, virtuoso pianista capaz de interpretar a Bach o a Scarlatti sin partitura y entendido bibliófilo, y se encuentra tan a gusto en un templo evangelista del East End como en un palacio. El detective tiene que ser rico y ocioso, libre para dejar sus ocupaciones habituales en cualquier momento con el fin de ir en busca de una pista escurridiza. Lord Peter jamás tropieza con el obstáculo del tiempo o el dinero para comprar el mejor consejo, viajar con libertad o fletar un avión para cruzar el Atlántico en busca de un testigo vital. El detective debe estar equipado físicamente para enfrentarse a criminales violentos. Aunque deplora su escasa estatura, lord Peter es experto en el combate corporal, puede dominar un caballo terco y aferrar con «mano de hierro» la muñeca de Reggie Pomfret, que es más joven y más robusto. El último requisito de la señorita Sayers consiste en que el carácter del detective pueda desarrollarse y evolucionar gradualmente en el transcurso de la serie, algo que ella ha cumplido, aun cuando el cambio del hombre mundano con monóculo de *Whose Body?* al sensible erudito agobiado por la culpa sollozando en el regazo de su esposa al final de *Busman's Honeymoon* no es tanto una evolución como una metamorfosis. No es de extrañar que un personaje con tales privilegios y tantas habilidades atraiga críticas o que sus detractores los tachen, a él y a su creadora, de esnobs, pedantes o intelectualmente arrogantes. Pero la virulencia de algunas críticas es la medida de su éxito. Otros escritores de novela policíaca de la misma época salen indemnes de la crítica porque Dorothy L. Sayers sabía escribir y la mayoría de los demás no, porque lord Peter vive y los demás personajes están muertos.

Aunque Dorothy L. Sayers hizo tanto como cualquier otro escritor de novela policíaca para que el género pasara de ser un rompecabezas ingenioso pero anodino a una rama de la narrativa intelectualmente respetable con derecho a ser considerada novela, ella fue una innovadora del estilo y del propósito, pero no de la forma. Se conformó con funcionar dentro de los límites de la convención de un misterio central, un círculo cerrado de sospechosos, cada cual con su móvil para cometer el crimen, un detective aficionado que actúa como un superhombre, que supera en inteligencia y talento a la policía profesional, y una solución a la que el lector puede llegar mediante una deducción lógica a partir de las pistas desperdigadas con ingenio y astucia pero con imparcialidad. Las novelas son muy de su época por la complejidad y la inventiva de los métodos de asesinato. Los lectores de los años treinta esperaban que predominara el enigma y que el asesino, por su propia vileza, demostrara una habilidad y una astucia poco menos que sobrenaturales. No era la época del golpe en el cráneo seguido por sesenta mil palabras de descripción psicológica. Los métodos de asesinato que concibió D. L. Sayers son demasiado ingeniosos y, al menos dos de ellos,

dudosamente viables. Es muy poco probable que se pueda matar a una persona solo con ruido, una inyección letal de aire requeriría una jeringa sospechosamente grande y los métodos de asesinato en *Have His Carcase* y *Busman's Honeymoon* son complicados de modo innecesario, sobre todo si se tiene en cuenta la torpeza y la brutalidad de los villanos de esos relatos. Pero si bien pudo equivocarse en alguna ocasión, nunca dejó nada al azar deliberadamente, y sus notas dan fe de las molestias que se tomaba para investigar todos los detalles. Dominaba los trucos técnicos de su oficio: manipular los horarios de los trenes, entrecruzar pistas falsas con pistas verdaderas, inventar tramas que dependen de relojes, mareas, códigos secretos y misteriosos desconocidos, y utilizaba estos ardidés con una frescura, una agudeza y una gracia que dan nuevo vigor incluso a la convención más trillada.

Además, escribía con un humor refrescante, algo raro en la novela policíaca. En el género ha habido mucho farsante, y otros escritores han adoptado un humor burlesco agitado y juvenil ante la muerte ficticia, pero pocos han logrado esa gracia profunda que brota de la persona observadora que de verdad disfruta de los caprichos, las contradicciones y los absurdos de la vida. Los cambios en las modas no pueden disminuir el humor contenido en la irrupción del señor Hankin en la oficina del corredor de apuestas de *Muerte, agente de publicidad*, la fiesta bohemia de *Clouds of Witness*, la investigación del pueblo en *Los nueve sastres* o la charla literaria en una fiesta sobre el libro de moda en *Gaudy Night*.

Y cuán claramente reflejan su época esas novelas. Quizá porque muy a menudo las pistas se inscriben en las minucias rutinarias de la vida cotidiana, la novela policíaca puede reflejar mejor la sociedad contemporánea que otras formas literarias más cultas. En la serie de Wimsey parece como si de las propias páginas se desprendieran los sonidos, la atmósfera, el habla, el ambiente de los años treinta: los personajes del Bellona Club, con sus heridas de guerra, las solteronas valientes o patéticas de la agencia de la señorita Climpson, la vida jerarquizada y ordenada en un pueblo, ahora tan obsoleta como la rectoría en torno a la cual se desarrollaba, la desesperada alegría de los jóvenes, el miedo al desempleo tras la jovial camaradería de la vida de oficina en *Muerte, agente de publicidad*. ¿Y qué novela del género podría basarse hoy en día en la certeza de que todo un país se quedaría en silencio, paralizado, durante dos minutos, a la undécima hora del undécimo día del undécimo mes del año? ¿Qué personaje podría emular a lord Peter aparcando tranquilamente el coche en Jermyn Street mientras elige sin prisas un jamón o, como el general Fentiman, podría pasar un día entero en su club, y pagar la comida y un taxi con un viejo billete de diez chelines? El sabor de la época llega hasta los fascinantes detalles de la indumentaria, si bien la ropa que elige Harriet Vane para una merienda en el campo en *Have His Carcase*, una falda que ondea alborotadamente alrededor de sus tobillos, un sombrero enorme, uno de cuyos bordes oscurece su rostro mientras que el otro se vuelve hacia atrás, dejando al descubierto una cascada de rizos negros, zapatos de tacón beis, medias de seda y guantes con bordados, parece un poco estrafalaria incluso para una mujer decidida a cazar a un sospechoso de asesinato.

Henry James dijo que tomarse a Edgar Allan Poe con algo más que un mínimo de seriedad denota falta de seriedad. Dorothy L. Sayers se tomaba sus novelas policíacas con cierto grado de seriedad, y seguramente le habría hecho gracia la cantidad de críticas que ha merecido su obra, el análisis del tratamiento que da en sus novelas a la justicia, la culpa, el castigo y los imperativos de la responsabilidad personal, la influencia de Wilkie Collins, la base moral de sus tramas, el tema que unifica toda su obra en cuanto a la importancia, poco menos que sagrada, de la actividad creativa del ser humano. Por una parte, todo eso es importante para la comprensión de las novelas y, por otra parte, nos resulta fascinante, pero no cabe duda de que la fuerza imperecedera de las novelas consiste en que fueron escritas para el ocio, y que aún sigue siendo esa su función. Están destinadas al disfrute, y ellas y sus protagonistas poseen la vitalidad creativa que garantiza la supervivencia.

P. D. JAMES

PREFACIO

*Para mi amigo Joe Dignam,
el más amable de los caseros.*

Estimado Joe:

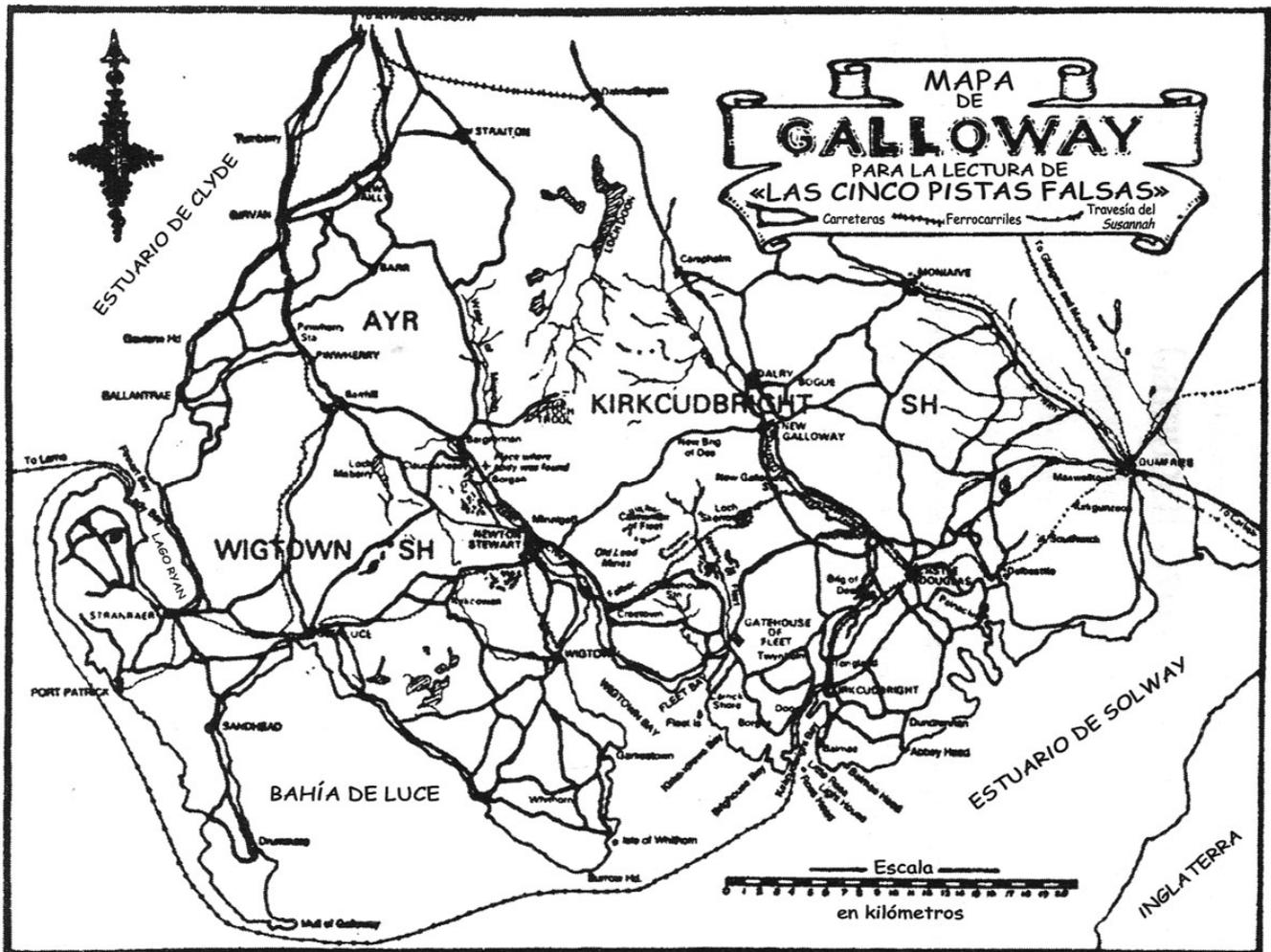
Aquí tienes al fin el libro sobre Gatehouse y Kirkcudbright. Todos los lugares son reales, y los trenes también, pero he levantado alguna que otra casa nueva. Sin embargo, tú mejor que nadie sabe que ninguno de los personajes es real y que a ninguno de los pintores de Galloway se le pasaría jamás por la cabeza embriagarse, abandonar a su esposa o matar a golpes a un conciudadano. Todo esto está ahí por diversión, para hacerlo más interesante.

Si por casualidad he puesto el nombre de una persona real a un personaje desagradable, te ruego que pidas disculpas a esa persona y que le hagas saber que ha sido algo totalmente involuntario. Incluso a los peores personajes hay que ponerles nombre. Y, por favor, dile al alcalde Laurie que aunque este relato se desarrolla en la época en la que aún existía la luz de gas o de petróleo, no he olvidado que Gatehouse disfruta ahora de luz eléctrica, al amparo de la cual se podrá leer este libro.

Y si vieras al señor Millar, del hotel Ellangowan, al jefe de estación de Gatehouse, a los taquilleros de Kirkcudbright o a los centenares de personas que con tanta amabilidad y paciencia respondieron a mis preguntas sobre los billetes de tren y de ómnibus y las viejas minas de Creetown, dales las gracias de mi parte por lo mucho que me ayudaron y pídeles perdón en mi nombre por las muchas molestias que les causé.

Da recuerdos de mi parte a todo el mundo, y por supuesto a Félix, y dile a la señora Dignam que volveremos el próximo verano a comer bollitos de patata en el Anwoth.

DOROTHY L. SAYERS



CAMPBELL VIVO

Si vives en Galloway, o pintas o pescas. Claro que ese «o» podría inducir a error, ya que la mayoría de los pintores son pescadores en su tiempo libre. No ser ninguna de las dos cosas se considera raro, por no decir una auténtica extravagancia. La pesca es el tema de conversación habitual en el bar y en Correos, en el garaje y en la calle, entre toda clase de personas, desde el que llega para pasar la temporada con tres aparejos de pesca de Hardy y en Rolls-Royce hasta el que lleva una vida extraña, contemplativa, dedicado a observar las redes de los salmones en el río Dee. A diferencia de otros lugares del reino, donde los cambios de tiempo se juzgan por las opiniones del campesino, el jardinero y el dominguero, en Galloway dependen de la pesca y la pintura. El pintor-pescador de Galloway es quien mayor provecho saca de esos cambios de tiempo, porque cuando el día es demasiado claro para la trucha, las colinas y el mar se inundan de colores radiantes, la lluvia que interrumpe su pintura añade agua a los ríos y los lagos y lo impulsa, esperanzado, con su caña y su nasa, mientras que en los días lluviosos y apagados, cuando no hay ni púrpura en las colinas ni pesca en el río, puede ir a un bar acogedor a intercambiar información con sus amigos sobre cebos de mosca seca y ahogada, y confeccionar complicados nudos con cuerda de tripa.

El centro artístico de Galloway es Kirkcudbright, donde los pintores forman una constelación dispersa cuyo núcleo se encuentra en High Street y cuyas estrellas más remotas centellean en las retiradas casitas de las colinas, irradiando luz hasta Gatehouse-of-Fleet. Hay estudios enormes, incluso señoriales, revestidos de paneles de madera, en imponentes casas de piedra atestadas de bronce deslumbrante y de roble lustroso. Hay estudios más pedestres, lugares donde pasar el verano, que no son casas como es debido, donde una buena luz septentrional y un montón de pinceles y lienzos constituyen todo su equipaje artístico. Hay pequeños estudios, hogareños y alegres, con sus cortinas azules, rojas y amarillas, y alguna que otra pieza de cerámica, en calles retiradas, adornados con jardines donde las flores de otras épocas se desmandan en la tierra amable y fértil. Otros estudios no son más que establos, embellecidos gracias a las amplias dimensiones y las altas vigas del techo y habitables gracias al añadido de una estufa y un hornillo de gas. Hay pintores con familia numerosa y criadas de cofia y delantal, pintores que alquilan habitaciones y de quienes se ocupan sus caseras, pintores que viven en pareja o solos y una mujer va a limpiarles la casa, pintores que llevan vida de ermitaños y se limpian la casa ellos mismos. Los hay que pintan al óleo, con acuarela, al pastel, dibujantes e ilustradores, grabadores; en definitiva, artistas de todas clases con una sola cosa en común: que se toman su trabajo en serio y no les gustan los aficionados.

Aquella comunidad de pintores y pescadores recibía a lord Peter Wimsey con amabilidad e incluso cariño. Sabía lanzar la caña decentemente, no se las daba de pintor y, por consiguiente, y a pesar de ser inglés y un «intruso», no ofendía a nadie. En Escocia se soporta a los del sur siempre y cuando no intenten mangonear, y en honor de lord Peter hay que decir que él estaba libre de ese vicio tan inglés. Ciertamente tenía un acento un tanto afectado y que su conducta era sumamente indecorosa, pero como lo habían venido observando durante muchas temporadas y habían dictaminado que era inofensivo, cuando se permitía alguna extravagancia se quitaba importancia al asunto con un encogimiento de hombros y un tolerante: «Por Dios, si solo es su señoría».

Wimsey estaba en la barra del McClellan Arms la noche en la que estalló la lamentable disputa entre Campbell y Waters. Campbell, el paisajista, quizá llevara un par de copas de más, sobre todo para un hombre pelirrojo, con el resultado de que se puso más militantemente escocés que de costumbre. Se embarcó en una prolija loa de la actuación de los escoceses en la Primera Guerra Mundial, interrumpiéndose únicamente para informar a Waters, entre paréntesis, de que los ingleses eran de ascendencia híbrida e incapaces tan siquiera de pronunciar debidamente su maldita lengua.

Waters era inglés, de buena raigambre campesina y, al igual que todos los ingleses, siempre estaba dispuesto a aceptar e incluso a apreciar a los extranjeros, con excepción de los de origen mediterráneo y los negros, pero, al igual que a todos los ingleses, no le gustaba que se alabaran a sí mismos en público. Vanagloriarse de su propio país a voz en grito le parecía una indecencia, tanto como explayarse sobre las perfecciones físicas de la propia esposa en un salón de fumadores. Lo escuchó con esa sonrisa tolerante, petrificada, que el extranjero acierta al interpretarla como una satisfacción consigo mismo tan impermeable a todo que ni siquiera necesita justificarse.

Campbell recalcó que todos los grandes cargos administrativos de Londres estaban ocupados por escoceses, que Inglaterra jamás había logrado conquistar Escocia, que si Escocia se decidía por el autogobierno, vaya si lo haría, que cuando ciertos regimientos ingleses muy concretos se vinieron abajo tuvieron que enviar oficiales escoceses para controlarlos y que cuando una sección de primera línea se encontraba en apuros, se tranquilizaba inmediatamente en cuanto tenía noticia de que los escoceses estaban cerca.

–Mira, chico, pregúntale a cualquiera que haya estado en la guerra y te dirá lo que pensaba de los escoceses –añadía, adquiriendo así una ventaja injusta sobre Waters, que había alcanzado la edad de alistarse en el ejército justo cuando terminó la guerra.

–Sí –replicó Waters con expresión desdeñosa–. Sé lo que dicen: perro ladrador...

Tanto por cortesía como por encontrarse en minoría, no terminó la ofensiva frase, pero Campbell sí lo hizo, y con sumo gusto. Respondió con una furia insultante, no solo nacionalista, sino personal.

–Lo que os pasa a los escoceses –dijo Waters cuando Campbell se calló un momento para recuperar el aliento– es que tenéis complejo de inferioridad.

Vació su vaso con aire de «aquí no ha pasado nada» y le dirigió una sonrisa a Wimsey.

Probablemente fue la sonrisa más que la expresión desdeñosa lo que consiguió sacar de quicio a Campbell. Pronunció varias frases, tan breves como lamentables, y arrojó lo que le quedaba en el vaso al rostro de Waters.

–No, no, a ver, señor Campbell –interrumpió Wullie Murdoch. No le hacía ninguna gracia que armaran alborotos en su taberna.

Pero, ya enzarzados en la pelea, entre el serrín y los vasos rotos, el lenguaje de Waters era incluso más deplorable que el de Campbell.

–¡Te voy a romper la crisma, sarnoso perro escocés! –gritó hecho una furia.

–Ya está bien, Waters –intervino Wimsey agarrándolo–. No hagas el imbécil. Ese hombre está borracho.

–Venga, hombre –dijo McAdam, el pescador, cercado a Campbell con sus musculosos brazos–. No se ponga así. Tranquilícese.

Los combatientes se separaron, jadeantes.

–Esto es absurdo –dijo Wimsey–. No estamos en la Sociedad de Naciones. ¡No seáis idiotas! ¡Tened un poco de sentido común!

–Me ha llamado... –masculló Waters, limpiándose con una mano el whisky que se deslizaba por su cara–. Y no pienso consentirlo, maldita sea. Que no se me ponga por delante, porque si no...

Dirigió una mirada furibunda a Campbell.

–Ya sabes dónde encontrarme –replicó Campbell–. No voy a escaparme.

–Vamos, vamos, caballeros –intervino Murdoch.

–Viene aquí con esos aires de grandeza... –dijo Campbell.

–¡Venga, señor Campbell! –exclamó el tabernero–. No debería usted haberle dicho esas cosas.

–Yo digo lo que me da la gana –insistió Campbell.

–En mi bar, no –replicó Murdoch con firmeza.

–Le diré lo que me dé la gana en el bar que me dé la gana –dijo Campbell–, y repito que es un...

–¡A callar! –exclamó McAdam–. Mañana lo verán de otra manera. Venga, lo llevo a Gatehouse.

–¡Anda ya! –replicó Campbell–. He venido en mi coche y puedo conducir. Y no quiero volver a saber nada de todos vosotros, pandilla de idiotas.

Salió precipitadamente y se hizo el silencio.

–Válgame Dios –murmuró Wimsey.

–Creo que yo también voy a largarme –dijo Waters con resentimiento.

Wimsey y McAdam se miraron.

–Un momento –dijo McAdam–. ¿A qué tanta prisa? Campbell es muy impulsivo y cuando lleva una copa de más dice cosas que no quiere decir.

–Ya, pero no tenía por qué insultar al señor Waters –dijo Murdoch–. No tenía motivo alguno. Es una lástima, una verdadera lástima.

–Lamento haber sido grosero con el escocés –dijo Waters–. No era mi intención, pero es que no puedo ver a ese individuo ni en pintura.

–Bueno, ya está –dijo McAdam–. Usted no tenía malas intenciones, señor Waters. ¿Qué va a ser?

–Pues un escocés doble –contestó Waters, con una sonrisa avergonzada.

–Eso está muy bien: ahogar el recuerdo del insulto en el vino del país –dijo Wimsey.

Un hombre llamado McGeoch, que hasta entonces se había mantenido a cierta distancia, se levantó y se acercó a la barra.

–Otro Worthington –dijo secamente–. No me extrañaría que Campbell se metiera en un buen lío un día de estos. Sus modales no tienen perdón de Dios. Ya oyeron lo que le dijo a Strachan en el campo de golf el otro día, como si él fuera amo y señor de todo. Strachan le dijo que como volviera a verlo en el campo, le retorcería el cuello.

Los demás asintieron en silencio. La pelea entre Campbell y el secretario del club de golf de Gatehouse había pasado a formar parte de la historia del barrio.

–Y no le echaría yo la culpa a Strachan –añadió McGeoch–. La cuestión es que Campbell solo ha vivido en Gatehouse dos temporadas y ya ha empezado a meter cizaña. Cuando está borracho es insoportable, y cuando está sobrio, un patán. Es un auténtico bochorno. Nuestra pequeña comunidad de artistas siempre se ha llevado bien, sin ofender a nadie. Y ahora todo son peleas y discusiones... por ese individuo, Campbell.

–Bueno, ya se irá adaptando. No es de por aquí y no acaba de enterarse de cómo funcionan las cosas en este lugar. A pesar de que se esfuerza marcando el acento escocés, no es escocés. Todo el mundo sabe que es de Glasgow, y su madre del Ulster y que se apellida Flanagan.

–Esos son los que más alborotan –intervino Murray, el banquero, que había nacido en Kirkwall y sentía un profundo desprecio, no siempre en silencio, por cualquiera que hubiera nacido al sur de Wick–. Lo mejor es no hacerle caso. Si alguien le da su merecido, no creo que sea ninguno de los aquí presentes.

Asintió con la cabeza, como para confirmarlo.

–¿Estás pensando en Hugh Farren? –sugirió McAdam.

–Yo no voy a nombrar a nadie –contestó Murray–, pero es bien sabido que se ha metido en líos por cierta dama.

–No es culpa de la señora –replicó McGeoch con vehemencia.

–Yo no digo que sea culpa suya, pero hay quienes se meten en líos sin que nadie les dé pie.

–No me imagino a Campbell rompiendo matrimonios –dijo Wimsey tranquilamente.

–Yo no me lo imagino de ninguna manera, pero él se lo tiene muy creído, y un día de estos... –gruñó Waters.

–Vamos, vamos –se apresuró a intervenir Murdoch–. Sí, es verdad que no despierta muchas simpatías ese Campbell, pero lo mejor es tener paciencia y no hacerle caso.

–Muy bien –dijo Waters.

–¿Y no ha habido no sé qué discusión por la pesca? –interrumpió Wimsey.

Si la conversación iba a centrarse en Campbell, más valía desviarla a toda costa, para que no interviniera Waters.

–Menuda la que han armado –contestó McAdam–. Están a la greña, el señor Graham y él. El señor Graham va a pescar a la poza que hay debajo de la casa de Campbell. Desde luego que hay suficientes pozas en el río para no ir a molestar a Campbell, si ese individuo se lo tomara con calma. Pero no es su poza así por las buenas, porque el río es de todos, y no cabe esperar que el señor Graham le haga caso, porque no le hace caso a nadie.

–Sobre todo después de que Campbell intentara hundirlo en el río.

–¡Diantres! ¿Es eso cierto?

–Sí, pero resulta que se hundió él –dijo Murdoch saboreando el recuerdo–. Y Graham lleva rondando por allí varias noches, con un par de muchachos. No me extrañaría que estuviera esta noche también.

–O sea que si Campbell anda buscando pelea, sabe adonde ir –dijo Wimsey–. Venga, Waters. Mejor nos vamos.

Aún malhumorado, Waters se levantó y lo siguió. Wimsey, cotorreando sin parar, lo llevó a la casa donde se alojaba y lo metió en la cama.

–Y no dejes que Campbell te saque de tus casillas –dijo, interrumpiendo un prolongado gruñido–. No vale la pena. Duérmete y olvídate del asunto, porque si no, mañana no trabajarás. Esto está bastante bien, por cierto –añadió, contemplando un paisaje que estaba apoyado en la cómoda–. Tienes buena mano con la espátula, ¿eh, muchacho?

–¿Quién, yo? –replicó Waters–. No tienes ni idea. Campbell es el único que sabe manejar la espátula por aquí... o eso es lo que él dice. Incluso ha tenido la caradura de decir que Gowan es un idiota anticuado.

–Eso es alta traición, ¿no?

–Yo creo que sí. Gowan es un pintor de verdad... Por Dios, si solo de pensarlo me sulfuro... Encima, lo dijo en el Club de las Artes de Edimburgo, ante un montón de gente, amigos de Gowan.

–¿Y qué dijo Gowan?

–Bueno, varias cosas. Ya no se dirigen la palabra. Maldito tipejo. No se merece vivir. ¿Has oído lo que me ha dicho?

–Sí, pero no quiero volver a oírlo. Que le zurzan. No vale la pena ni pensar en él.

–Sí, es verdad. Y su obra no es tan buena como para justificar su asquerosa personalidad.

–¿No pinta bien?

–Bueno, sí sabe pintar... si se le puede llamar así. Es lo que Gowan llama un... viajante de comercio. A primera vista te impresionan sus cuadros, pero es todo puro truco. Lo podría hacer cualquiera que tuviera la fórmula. Yo podría pintar perfectamente un campbell en media hora. Ahora mismo te lo demuestro.

Sacó una pierna de la cama, pero Wimsey volvió a tapársela con firmeza.

–Ya me lo demostrarás en otra ocasión, cuando vea algo suyo. No puedo saber si la imitación es buena hasta que haya visto el original, ¿no?

–No, claro. Bueno, ve a ver sus trabajos y después te lo demuestro. Dios, tengo la cabeza como un bombo.

–Duérmete –dijo Wimsey–. ¿Le digo a la señora McLeod que te deje dormir hasta que amargue, como dicen por aquí? ¿Y que después te despierte con una tortilla de aspirinas?

–No, tengo que levantarme pronto, maldita sea. Pero por la mañana estaré bien.

–Bueno, pues hasta luego. Que sueñes con los angelitos.

Cerró la puerta con cuidado y regresó sin prisas, pensativo, a su habitación.

Subiendo a trompicones la cuesta que separa Kirkcudbright de Gatehouse-of-Fleet, liándose con las marchas, Campbell recapitulaba sus agravios en tono amargo y monocorde. ¡Ese cerdo asqueroso de Waters, con sus sonrisitas y sus aires de suficiencia! De todos modos, había conseguido que dejara su pose de superioridad. Pero ojalá no hubiera ocurrido delante de McGeoch. McGeoch se lo contaría a Strachan y Strachan se reafirmaría en la buena opinión que tenía de sí mismo. «¿Lo veis? –diría–. Eché a ese individuo del campo de golf, y bien que hice. Lo único que sabe hacer ese tipo es emborracharse y montar broncas en los bares.» Maldito Strachan, con su continuo aire de sargento que te tiene bajo la bota. Si te parabas a pensar, en la raíz del problema estaba Strachan, con su estrechez de miras, su continuo bombardeo y la influencia que ejercía sobre el pueblo. Fingía no decir nada, pero al mismo tiempo no paraba de propagar rumores y chismorreos y de poner a todos en contra de todos. Strachan también era amigo de aquel individuo, Farren. En cuanto oía hablar del asunto, Farren aprovechaba la ocasión para hacerse aún más odioso. Aquella noche no se habría producido pelea alguna de no haber sido por Farren. ¡Qué escándalo tan repugnante antes de cenar! Eso era lo que lo había llevado a él, Campbell, al McClellan Arms. Su mano vaciló sobre el volante. ¿Por qué no volver y solucionarlo de una vez por todas con Farren? Al fin y al cabo, ¿qué importaba?

Paró el coche, encendió un cigarrillo y se puso a fumar como un poseso. Muy bien, si todos estaban en su contra, él los detestaba a todos. Solo había una persona decente, pero aquella mujer estaba encadenada al animal de Farren. Y lo peor era que ella adoraba a aquel hombre. No le

importaba nadie más, pero Farren era incapaz de verlo. Y él, Campbell, lo sabía muy bien. Lo único que quería, cuando estaba cansado y nervioso, harto de su incómoda casucha, harto de soledad, era sentarse en el cuarto de estar de Gilda Farren, con sus refrescantes verdes y azules, y tranquilizarse con la delicada belleza de aquella mujer y su voz reconfortante. Y Farren, con la imaginación y la sensibilidad de un buey, siempre tenía que meter la pata y presentarse en la casa para romper el hechizo, interpretarlo todo con su mente retorcida, pisotear los lirios del jardín en el que se refugiaba Campbell. No era de extrañar que los paisajes de Farren parecieran pintados con hacha. Aquel tipo no tenía ninguna delicadeza. Los rojos y los azules de su pintura hacían daño a los ojos, él veía la vida en rojos y azules. Si Farren muriese en aquel mismo momento, si uno pudiera retorcerle con las manos ese cuello de buey que tenía hasta que se le saltaran los grandes ojos azules como (se echó a reír)..., sí como ojos de buey... Qué chiste tan bueno. Le gustaría contárselo a Farren, a ver cómo se lo tomaba.

Farren era un loco, una bestia, un fanfarrón, con aquel temperamento artístico que era justo todo lo contrario de artístico. Con Farren no podía haber paz. No había paz por ninguna parte. Si volvía a Gatehouse, sabía con lo que se encontraría. Solo tenía que mirar por la ventana de su dormitorio para ver a Jock Graham agitando el agua justo debajo de los muros de la casa, solo para molestarlo. ¿Por qué no lo dejaría Graham en paz? En la presa había mejor pesca. Se trataba, pura y simplemente, de acoso. Tampoco serviría de nada meterse en la cama y hacer caso omiso. Lo despertarían de madrugada, dando golpes en la ventana y vociferando sobre la cantidad de piezas cobradas, incluso podrían dejar con desdén un par de truchas en el alféizar, unos pobres pececillos que tendrían que haber devuelto a las aguas. Lo único que quería era que Graham se resbalara entre las piedras una noche, se le llenaran de agua las botas y se ahogara entre sus peces del demonio. Lo que más le reventaba era que aquella comedia se representase a diario con el beneplácito de su vecino, Ferguson. Desde el lío con el muro del jardín, Ferguson estaba absolutamente insoportable.

Tenía que reconocer que había dado marcha atrás con el coche y había derribado un par de piedras del muro de Ferguson, pero si este lo hubiera reparado como es debido, no habría pasado nada. Las raíces de aquel enorme árbol que tenía Ferguson habían socavado el muro y se habían introducido entre los cimientos, y aún más: había tremendos serpollos en el jardín de Campbell y se pasaba todo el rato arrancando aquellas porquerías. No hay derecho, que alguien tenga árboles arrimados a un muro, para que se venga abajo al mínimo golpe, y encima exija sumas tan excesivas para la reparación. No pensaba reparar el muro de Ferguson. Antes muerto.

Campbell apretó los dientes. Quería librarse de todas aquellas tonterías, riñas sin importancia, y meterse en una buena pelea, definitiva. Si hubiera podido partírle la cara a Waters, si se hubiera dejado llevar por sus instintos y hubiese acabado de una vez por todas, se habría sentido mejor. Podía retroceder o avanzar, daba igual, y liar una buena con cualquiera.

Tan absorto estaba en sus pensamientos que no se percató del zumbido de un coche a lo lejos ni de los faros parpadeantes que desaparecieron cuando la carretera empezó a descender y a serpentear. Lo primero que oyó fue un fuerte chirrido de frenos y una voz que preguntó, colérica:

—¿Qué demonios haces ahí en medio, justo en una curva, imbécil?

Y después, al darse la vuelta para enfrentarse a aquel nuevo ataque, parpadeando por el resplandor de los faros, oyó otra vez aquella voz, que decía con una especie de triunfo exasperado:

—Cómo no. Campbell. Tendría que haber sabido que no podía ser otro.

CAMPBELL MUERTO

—¿Se ha enterado de lo del señor Campbell? —preguntó el señor Murdoch, dueño del McClellan Arms, sacando brillo cuidadosamente a un vaso antes de llenarlo de cerveza.

—Vaya. ¿En qué nuevo lío se ha metido después de lo de anoche? —preguntó Wimsey.

Apoyó un codo en la barra y se dispuso a disfrutar de lo que le contaran.

—Está muerto —contestó el señor Murdoch.

—¿Muerto? —repitió Wimsey imitando inconscientemente aquel acento con el sobresalto.

El señor Murdoch asintió con la cabeza.

—Pues sí. McAdam acaba de enterarse de la noticia en Gatehouse. Encontraron el cuerpo a las dos en las colinas de Newton-Stewart.

—¡Cielo santo! —exclamó Wimsey—. Pero ¿cómo murió?

—Dicen que se cayó al arroyo y se ahogó —contestó el señor Murdoch—. La policía debe de estar allí arriba ahora para bajarlo.

—Un accidente, supongo.

—Sí, supongo. Los del Borgan lo vieron pintando allí poco después de las diez de esta mañana, en ese altozano junto al puente, y el comandante Dougal andaba por allí con la caña cuando descubrió el cadáver en el regato. Está muy resbaladizo y lleno de piedras. Digo yo que bajaría a coger agua para pintar y tal vez resbaló en las piedras.

—No necesitaba agua para pintar al óleo —dijo Wimsey pensativo—, pero quizá querría mezclar mostaza para los bocadillos, llenar la tetera o añadirla al whisky. Mire, Murdoch, voy a acercarme allí en el coche a echar un vistazo. Es que lo mío son los cadáveres. ¿Dónde está ese sitio exactamente?

—Puede tomar la carretera de la costa, desde Creetown hasta Newton-Stewart, y después torcer a la derecha por el puente, después a la derecha otra vez en la señal de la carretera de Bargrennan y seguir hasta un puentecito que hay a la derecha y después sigue a la derecha —dijo el señor Murdoch.

—En definitiva, siempre a la derecha —dijo Wimsey—, Creo que sé dónde es. Hay un puente y una verja, y un arroyo con salmones.

—Sí, el Minnoch, donde el señor Dennison pescó una pieza enorme el año pasado. Pues está justo antes de llegar a la verja, a su izquierda desde el puente.

Wimsey asintió con la cabeza.

—Bueno, me marcho —dijo—. No quiero perderme el espectáculo. Hasta luego, muchacho. Por cierto... Yo diría que es lo mejor que ha hecho Campbell. Nunca ha llamado tanto la atención en su vida como ahora que la ha dejado, ¿no?

Era un día precioso de finales de agosto y el ánimo de Wimsey ronroneaba en consonancia con el coche. La carretera que va de Kirkcudbright a Newton-Stewart posee un encanto y una variedad difícilmente superables, y con un cielo radiante de sol y con bancos de nubes intermitentes, setos llenos de flores, una carretera bien trazada, un motor enérgico y la perspectiva de un cadáver al final del camino, lord Peter no podía sentirse más feliz. Era hombre de placeres sencillos.

Atravesó Gatehouse, saludando alegremente con la mano al propietario del hotel Anwoth, subió por detrás de la lúgubre mole del castillo de Cardoness, se empapó por milésima vez de la extraña belleza japonesa de Mossyard Farm, engastada como una gema roja bajo los árboles empenachados al borde del mar azul, y del encanto italiano de Kirkdale, con su hilera de árboles delgados y retorcidos y la costa azul de Wigtonshire, reluciente al otro lado de la bahía. A continuación, la antigua torre del homenaje de la Frontera de Barholm, rodeada de granjas blanqueadas; después, un repentino destello verde de hierba, como una pradera de Avalon, a la sombra de árboles frondosos. Ya no había ajo silvestre, pero daba la impresión de que su aroma perduraba en el aire, invadiéndolo con el estremecedor batir de alas de vampiro y los recuerdos del lado más oscuro de la historia de la Frontera. A continuación, el viejo molino de piedra, sobre el espigón blanco, rodeado de grandes nubes de polvo, con una grúa despatarrada en el cielo y un remolcador anclado. Después las redes para los salmones y el amplio semicírculo de la bahía, rosado en verano con las

siemprevivas, el marrón violáceo del estuario cenagoso, majestuoso con el enorme montículo de Cairnsmuir que se eleva, tenebroso, sobre Creetown. Y, a continuación, de nuevo la carretera abierta, con sus curvas y declives: el pabellón blanco a la izquierda, las sombras de las nubes errabundas, las casitas con sus rosas y sus ásteres pegados a los muros blancos y amarillos; después Newton-Stewart, un apiñamiento de tejados grises que se deslizan hasta el lecho pedregoso del Cree, con los aguzados chapiteles que asaetean el horizonte. Luego el puente y, a la derecha, el camposanto, a continuación la carretera de Bargrennan, ensortijada como la carretera del Tio vivo,¹ con los meandros del Cree entre los troncos de los árboles y las flores y los dorados helechos al borde del camino. Después el pabellón y la larga avenida de rododendros; un bosquecillo de abedules remontándose alto, muy alto, hasta cubrir la luz del sol. A continuación un grupo de casas de piedra, el puente y la verja, y la pedregosa carretera en cuesta, que serpenteaba entre montículos como la colina del rey de Elfland, verde de hierba, púrpura de brezo y dramática con mudables sombras.

Wimsey paró al llegar al segundo puente y la oxidada verja, y se internó en la hierba. Había más coches, y al mirar a la izquierda vio un grupito de hombres a la orilla del arroyo, a unos cuarenta o cuarenta y cinco metros de la carretera. Se aproximó allí por un pequeño camino de cabras y de pronto se vio al borde de una escarpa de granito que se descolgaba bruscamente hasta las ruidosas aguas del Minnoch. A su lado, al filo de las rocas, había un caballete, un taburete y una paleta. Más abajo, al borde de una poza de fondo pardo y agua clara, orillada de espinos retorcidos, había un bulto siniestro sobre el cual estaban inclinadas dos o tres personas.

Un hombre, posiblemente un labrador, saludó a Wimsey, entre cauteloso y entusiasmado.

—Está ahí abajo, señor. Para mí que se resbaló. Ahí están el sargento Dalziel y el agente Ross, intentando averiguar qué ha pasado.

No cabían muchas dudas sobre cómo había ocurrido el accidente. En el caballete había un cuadro a medio terminar, o quizá casi terminado, aún húmedo y brillante. Wimsey se imaginó al pintor levantándose, apartándose un poco para contemplar lo que había hecho... y retrocediendo hacia la traicionera pendiente. Después el pie que resbala en la piedra lisa, el desesperado esfuerzo por recuperar el equilibrio, el deslizamiento del cuero sobre la hierba reseca por el sol, el tambaleo, la caída y el pumcatapún del cuerpo dando tumbos por el precipicio hasta donde las afiladas rocas enseñaban los dientes burlonamente.

—Conozco a ese hombre —dijo Wimsey—. Qué espanto, ¿verdad? Creo que voy a bajar a echar un vistazo.

—Tenga cuidado por donde pisa —le advirtió el labrador.

—Desde luego que sí —replicó Wimsey trepando como un cangrejo por entre las piedras y los helechos—. No quiero provocar otra exhibición policial.

El sargento levantó la cabeza al oír a Wimsey, que se aproximaba gateando. Ya se conocían y Dalziel sabía del interés de Wimsey por los cadáveres, por normales y corrientes que fueran las circunstancias.

—¿Qué tal, milord? —dijo alegremente—. Ya sabía yo que no tardaría mucho en venir. ¿Conoce al doctor Cameron?

Wimsey estrechó la mano al médico —un hombre larguirucho de rostro inexpresivo— y preguntó cómo iba el asunto.

—Bueno, lo he examinado —dijo el médico—. No cabe duda de que está muerto, ni tampoco de que lleva muerto varias horas. Es decir, el rigor mortis está muy avanzado.

—¿Se ha ahogado?

—No lo sé con certeza. Pero en mi opinión, y es solo una opinión, claro está, no. Los huesos de la sien están fracturados, así que yo me inclino a pensar que se mató al caer o al darse contra las piedras del arroyo. Pero no podré ofrecer un dictamen definitivo hasta que haya practicado la autopsia y vea si tiene agua en los pulmones, ¿comprende?

¹ Posible referencia al poema del mismo nombre de Chesterton. (*N. de la T.*)

–Desde luego –replicó Wimsey–. Quizá el golpe en la cabeza lo dejara inconsciente y la verdadera causa de la muerte fuera que se ahogó.

–Así es. Cuando lo vimos, estaba boca abajo, en el agua, pero podría deberse a que lo hubiera arrastrado la corriente. Hay abrasiones en la cabeza y las manos, algunas de las cuales son heridas post mórtem, siempre a mi parecer. Mire... aquí y aquí.

El médico le dio la vuelta al cadáver y señaló las marcas en cuestión. El cuerpo se movió de un tirón, acuclillado y agarrotado, como si se hubiera puesto rígido al tratar de protegerse la cara de los brutales dientes de las rocas.

–Pero aquí es donde está la gran contusión –añadió el médico. Llevó los dedos de Wimsey hasta la sien izquierda de Campbell, y Wimsey notó cómo cedía el hueso bajo una ligera presión–. La naturaleza ha dejado bastante indefensas estas partes –dijo el doctor Cameron–. Aquí el cráneo es sumamente frágil y con un golpecito de nada puede rajarse como la cáscara de un huevo.

Wimsey asintió con la cabeza. Con sus manos de largos dedos exploró delicadamente la cabeza y las extremidades. El médico lo observó con expresión grave, como dando su aprobación.

–Qué buen cirujano sería –dijo–. Tiene muy buenas manos.

–Pero no tengo buena cabeza –replicó Wimsey riendo–. Sí, está un poco vapuleado. No me extraña, cayéndose a toda velocidad por ese terraplén.

–Sí, es un sitio muy peligroso –dijo el sargento–. Bueno, doctor, para mí que ya hemos visto todo lo que había que ver aquí abajo. Deberíamos llevar el cadáver al coche.

–Yo voy a echarle un vistazo al cuadro, a menos que pueda ayudar a levantar el cadáver. No quiero molestar –dijo Wimsey.

–¡Deje, deje! Podemos apañárnoslas solos, pero gracias por ofrecerse –dijo el sargento.

El sargento y un agente se agacharon y recogieron el cadáver. Wimsey se quedó esperando para ver si lo necesitaban y volvió a subir a gatas por el terraplén.

En primer lugar se fijó en el cuadro. Estaba trazado con mano libre y suelta y le faltaban los últimos retoques, pero aun así era una obra sorprendente, de audaces volúmenes y claroscuros, generosamente recubierta con espátula. Representaba la luz del amanecer (Wimsey recordó que habían visto a Campbell pintando poco después de las diez). El puente de piedra gris aparecía sereno a la luz dorada y las bayas de un serbal, tan buenas contra la brujería, colgaban recortadas contra él, amarillas y rojas, y salpicaban de reflejos rojos el marrón y el blanco del agua que retozaba abajo. A la izquierda, las colinas se alzaban envueltas en velos de neblina azul hasta encontrarse con el cielo brumoso. Y salpicado contra el azul destacaba el gran esplendor dorado de los helechos, que se extendían en paletadas de rojos y amarillos puros.

Wimsey cogió despreocupadamente la paleta y la espátula que estaban sobre el taburete. Observó que Campbell utilizaba una paleta sencilla, de pocos colores, y eso le agradó, porque le gustaba la combinación de economía de medios con la brillantez de resultados. En el suelo había una vetusta cartera que evidentemente le había hecho un buen servicio. Más por costumbre que con la intención de deducir nada, hizo inventario de su contenido.

En el compartimento principal encontró una petaca de whisky, medio llena, un grueso vaso, un paquete con pan y queso, ocho pinceles, atados con un trozo de paño desastrado, en su día un pañuelo pero que había pasado a llevar una deshonrosa existencia como trapo para limpiar la pintura, una docena de pinceles sueltos, dos espátulas más y una rasqueta. Al lado había varios tubos de pintura. Wimsey los colocó uno junto a otro sobre el granito, como una hilera de pequeños cadáveres.

Había un tubo pequeño de la gama del bermellón, nuevo, limpio y acabado de abrir, un tubo grande de azul ultramar del número dos, medio lleno, otro de amarillo cromo, casi lleno, y otro del mismo color, prácticamente vacío. A continuación, un tubo pequeño de viridiana, medio lleno, otro grande de azul cobalto, vacío en las tres cuartas partes, y un tubo sumamente sucio, sin etiqueta, que parecía haber sobrevivido a un gran trajín sin haber perdido demasiada pintura. Wimsey le quitó la tapa e hizo el diagnóstico: rojo carmesí. Por último, un tubo grande casi vacío de rosa alizarina y otro pequeño de amarillo limón, a medio usar y muy sucio.

Wimsey contempló el conjunto un momento y volvió a zambullirse en el contenido de la cartera. Sin embargo, en el compartimento más grande no hizo más hallazgos, salvo un poco de brezo seco, unas hebras de tabaco y unas cuantas migas, así que se centró en los compartimentos más pequeños.

En el primero había, en primer lugar, un trocito de papel parafinado con el que se habían limpiado pinceles; después, una latita repugnante, con la tapa pegajosa, que contenía goma copal y, en tercer lugar, una cucharilla muy baqueteada, parecida a la de la paleta.

El tercer y último compartimento de la cartera presentaba mayor variedad. Había una caja de cerillas Swan Vesta, con carboncillos, una lata de cigarrillos, un pequeño cuaderno de bocetos, lleno de manchas de óleo, tres o cuatro separadores de lienzos, con los que Wimsey no tardó en pincharse los dedos, unos corchos de botellas de vino y un paquete de cigarrillos.

El semblante de Wimsey ya no mostraba despreocupación. Su larga e inquisitiva nariz pareció temblar como la de un conejo cuando volcó la cartera y la sacudió, con la vana esperanza de extraer algo más de sus profundidades. Se levantó y examinó minuciosamente el caballete y la tierra alrededor del taburete.

Junto al caballete había una enorme capa con un desagradable dibujo de cuadros. La cogió y registró detenidamente todos los bolsillos. Encontró una navajita, con una de las hojas rotas, media galleta, otro paquete de cigarrillos, una caja de cerillas, un pañuelo, dos cebos de trucha en un sobre transparente y un pedazo de cuerda.

Sacudió la cabeza. Ninguna de esas cosas le servía de nada. Volvió a examinar el suelo, como un sabueso tras el rastro de la presa, y aún descontento, empezó a deslizarse con cautela por la lisa superficie de la roca. Había hendiduras en las que podía haber caído algo, helechos y brezo, raíces espinosas de tojo. Husmeó y tanteó por todas partes, pinchándose los dedos a cada movimiento y soltando palabrotas como un poseso. Se le metieron trocitos de brezo por las perneras y en los zapatos. Hacía un calor sofocante. Ya cerca del fondo se resbaló y recorrió como un metro sobre los cuartos traseros, cosa que lo irritó. Alzó la vista al oír un grito desde lo alto. El sargento le sonreía.

–¿Reconstruyendo el accidente, milord?

–No exactamente –contestó Wimsey–. Espere un momento, ¿vale?

Volvió a subir gateando. El cadáver estaba en una camilla, colocado lo más decentemente posible, a la espera de que se lo llevaran.

–¿Ha registrado los bolsillos? –preguntó Wimsey jadeante.

–Todavía no, milord. Ya tendremos tiempo en la comisaría, será puro formulismo.

–No, de eso nada –replicó Wimsey. Se echó el sombrero hacia atrás y se enjugó el sudor de la frente–. Aquí pasa algo raro, Dalziel. Quiero decir, puede haber algo raro. ¿Le importa si le doy un repaso a los efectos personales del difunto?

–No, claro que no –respondió Dalziel sofocado por el calor–, No hay ninguna prisa. Lo mismo nos da un poquito antes que un poquito después.

Wimsey se sentó en el suelo, junto a la camilla, y el sargento se quedó a su lado, de pie, con un cuaderno para tomar nota de los hallazgos.

El contenido del bolsillo derecho de la chaqueta consistía en otro pañuelo, un catálogo de pesca, dos facturas arrugadas y un objeto ante el que el sargento dijo riéndose:

–¿Eso qué es? ¿Una barra de labios?

–Nada tan fascinante –replicó Wimsey con tristeza–. Es un portalápices para sanguina... fabricado en Alemania, para más señas. Y si esto está aquí, podría haber algo más.

Sin embargo, en el bolsillo izquierdo no se encontró nada más interesante que un sacacorchos y algunas porquerías; en el bolsillo superior, solo un reloj Ingersoll, un peine y un cuadernillo de sellos a medio usar, y sin muchas esperanzas, Wimsey inspeccionó los bolsillos de los pantalones, porque el difunto no llevaba chaleco.

En el derecho encontraron cierta cantidad de dinero, monedas y billetes mezclados descuidadamente, y un manojo de llaves sujetas con una anilla. En el izquierdo, una caja de cerillas vacía y unas tijeras. En el bolsillo trasero, varias cartas manoseadas, unos recortes de periódico y un cuadernito sin nada.

Wimsey se incorporó y se quedó mirando al sargento.

–No está aquí –dijo–, y esto no me gusta un pelo, Dalziel. Verá, hay una posibilidad: que haya caído al agua. Por lo que más quiera, reúna a su gente y pónganse a buscarlo, ahora mismo. No pierda ni un minuto.

Dalziel miró a aquel sureño excitable con cierta perplejidad, se echó hacia atrás la gorra y se rascó la cabeza.

–¿Y qué tenemos que buscar? –preguntó, algo muy razonable por otra parte.

(Lord Peter Wimsey le explicó al sargento lo que tenía que buscar y por qué, pero como el lector inteligente será capaz de completar los datos, en esta página se omiten.)

–Entonces, será importante bajo su punto de vista –dijo Dalziel, con expresión expectante, como si en medio de la oscuridad empezara a ver el primer destello lejano de algo indiscutible.

–¿Importante? –replicó Wimsey–. Pues claro que es importante. Increíble, urgente, tremendamente importante. ¿Usted cree que iba a dejarme el cuerpo hecho un alfilerero resbalando por este granito del demonio si no fuera algo importante?

Al parecer, aquel argumento convenció al sargento. Reunió a sus hombres y los envió a buscar el objeto perdido en el sendero, la orilla y el arroyo. Mientras tanto, Wimsey se acercó a un destartado Morris de cuatro plazas que estaba aparcado en la hierba al principio del camino de cabras.

–Bueno, ahí está el coche –dijo el agente Ross enderezándose y chupándose los dedos antes de remover otra vez las espinas–. A lo mejor encuentra lo que anda buscando.

–No crea, muchacho –replicó Wimsey.

Sin embargo, sometió el coche a un minucioso escrutinio, concentrándose sobre todo en el interior. Le llamó mucho la atención una mancha como de alquitrán en las fundas de los asientos traseros. La examinó concienzudamente con una lupa, mientras silbaba. Siguió buscando y descubrió otra en el borde de la carrocería, junto al rincón del asiento del conductor. En el suelo del coche había una alfombrilla, doblada. La sacudió y la examinó de arriba abajo, y se vio recompensado con un poco más de arenilla y alquitrán.

Sacó una pipa y la encendió pensativo. Después rebuscó en la guantera y encontró un mapa del distrito publicado por el servicio oficial cartográfico. Se acomodó en el asiento del conductor, extendió el mapa sobre el volante y se sumió en profunda meditación.

Al momento volvió el sargento, en mangas de camisa, sofocado y con la cara colorada.

–Hemos removido cielo y tierra, pero no lo encontramos –dijo, agachándose para estrujarse las perneras–. A lo mejor podría decirnos por qué es tan importante ese chisme.

–Vaya, parece que tiene mucho calor, Dalziel –dijo Wimsey–. Yo me he refrescado bastante, aquí sentado. ¿Así que no está ahí?

–No está ahí –contestó el sargento con cierta vehemencia.

–En tal caso, tendrá que acudir al juez de instrucción... no, claro, aquí no tienen ustedes jueces de instrucción –dijo Wimsey–. Nuestro hombre es el fiscal. Pues más vale que vaya a ver al fiscal y le diga que han asesinado a este hombre.

–¿Asesinado? –dijo el sargento.

–Sí –replicó Wimsey–. ¡Sí, demonios! La palabra es asesinado.

–¡Eh, ven aquí, Ross! –gritó el sargento.

El agente se acercó con presteza.

–Aquí su señoría es de la opinión que ese hombre ha sido asesinado –dijo el sargento.

–¿De veras? –replicó Ross–. Vale. ¿Y cómo ha llegado su señoría a semejante conclusión?

–Por la rigidez del cadáver, el hecho de no poder encontrar lo que estamos buscando, estas manchas de alquitrán en el coche y el carácter del difunto –contestó Wimsey–. Era un hombre al que cualquiera se hubiera sentido orgulloso de asesinar.

–O sea, la rigidez del cadáver –dijo Dalziel–. Eso es cosa del doctor Cameron.

–He de reconocer que eso me tiene intrigado –dijo el médico, que se había reunido con los demás–. Si nadie lo hubiera visto vivo justo después de las diez de la mañana de hoy, yo habría dicho que ese hombre llevaba casi doce horas muerto.

–Yo también –coincidió Wimsey–. Por otra parte, habrá observado que ese cuadro, al que se ha aplicado copal de secado rápido, está aún relativamente húmedo, a pesar del calor y de la sequedad del aire.

–Sí –admitió el médico–. De modo que me veo obligado a llegar a la conclusión de que el frío del agua aceleró el rigor mortis.

–Yo no me veo obligado a nada –replicó Wimsey–. Prefiero creer que ese hombre fue asesinado hacia la medianoche. Ese cuadro no me inspira ninguna confianza. No creo que refleje la verdad. Sé que es absolutamente imposible que Campbell estuviera trabajando en ese cuadro esta mañana.

–¿Y eso? –preguntó el sargento.

–Por las razones que ya he explicado –contestó Wimsey–. Y existe otro pequeño detalle, no muy importante en sí mismo, pero que confirma la conclusión a la que he llegado. Todo parece indicar, y está dispuesto para que así parezca, que Campbell se alejó un poco del cuadro, retrocedió unos pasos para contemplar mejor el lienzo, resbaló y se cayó. Pero la paleta y la espátula estaban encima del taburete. Me parece mucho más probable que, de haber sido así, habría sujetado la paleta con el pulgar y la espátula o el pincel con la mano, para dar cualquier toque que considerase necesario. No digo que no pudiera haberlos dejado, solo digo que me parecería más normal que hubiéramos encontrado la paleta junto al cuerpo y la espátula en la pendiente.

–Sí, yo los he visto actuar así –intervino Ross–. O sea, dar unos pasos atrás con los ojos entrecerrados y después saltar hacia delante con el pincel como si estuvieran jugando a los dardos.

Wimsey asintió con la cabeza.

–Mi teoría consiste en que el asesino trajo el cadáver aquí esta mañana en el coche de Campbell. Llevaba el sombrero de fieltro de Campbell y esa espantosa capa de cuadros, de modo que cualquiera que pasara por allí podría haberlo confundido con él. Puso el cadáver en el suelo del coche y encima una bicicleta, que ha dejado manchas de alquitrán en los asientos. Y lo cubrió todo con una alfombra, que también tiene manchas de alquitrán. Yo creo que sacó el cadáver, lo llevó a hombros por el camino de cabras y lo tiró al arroyo. O también es posible que lo dejara al borde del precipicio, cubierto con la alfombra. Después, todavía con la capa y el sombrero de Campbell, se puso a amañar el cuadro. Cuando hubo hecho lo suficiente para dar la impresión de que Campbell había estado pintando, se quitó la capa y el sombrero, dejó la paleta y la espátula en el asiento y se marchó en su bicicleta. Esto es muy solitario. Se podría cometer fácilmente una docena de asesinatos, siempre y cuando se elija el momento adecuado.

–Una teoría realmente muy interesante –dijo Dalziel.

–Puede comprobarla –dijo Wimsey–. Desde luego, si alguien ha visto a Campbell y ha hablado con él esta mañana, o ha estado lo suficientemente cerca para reconocer su cara, se acabó. Pero si solo han visto la capa y el sombrero, y sobre todo si han observado un bulto en la trasera del coche envuelto en una alfombra, la teoría se mantiene en pie. Pero, claro está, no estoy diciendo que la bicicleta sea absolutamente necesaria para esta teoría. Ahora bien, es lo que yo habría hecho de haber sido el asesino. Y si miran esta mancha de alquitrán con la lupa, creo que encontrarán huellas de un neumático.

–No diré yo que no parece tener razón –dijo Dalziel.

–Bien –dijo Wimsey–. Veamos qué hace nuestro asesino a continuación.

Desplegó el mapa con gran aparato, y los dos policías inclinaron la cabeza junto a él.

–Aquí lo tenemos, únicamente con la bicicleta como ayuda o como obstáculo, y tiene que buscarse alguna coartada. Quizá no se haya devanado demasiado los sesos, pero seguro que no habrá perdido tiempo en alejarse de aquí lo antes posible. Y no creo que tuviera muchas ganas de dejarse ver en Newton-Stewart o Creetown. No podría llegar muy lejos yendo hacia el norte; solo a las montañas, rodeando Larg y los Rhinns de Kells. Podría ir hasta Glen Trool, pero no tendría mucho sentido, porque tendría que volver por el mismo camino. Naturalmente, podría volver por la orilla oriental del Cree, hasta Minniegaff, evitando Newton-Stewart, y seguir campo a través hasta

New Galloway, pero es un camino largo y tendría que mantenerse demasiado cerca del lugar del crimen. En mi opinión, lo mejor que podría hacer sería volver a la carretera e ir hacia el noroeste por Bargrennan, Cairnderry, Creeside y Drumbain, y coger el tren en Barrhill. Por carretera son unos quince o dieciséis kilómetros. A buen paso, podría cubrir esa distancia en una hora o, si es una carretera difícil, digamos que en hora y media. Supongamos que terminó el cuadro a las once, con cual lo tenemos en Barrhill a las doce y media. Desde allí pudo tomar un tren a Stranraer y Port Patrick, incluso a Glasgow o, por supuesto, un ómnibus a cualquier parte, si se deshizo de la bicicleta. Yo que ustedes dirigiría las pesquisas en esa dirección.

El sargento miró a sus colegas y vio que aprobaban la idea.

—¿Y quién cree que podría ser la persona que ha cometido el crimen, milord?

—Pues se me ocurren seis personas que podrían tener móviles muy buenos, pero el asesino tiene que ser pintor, y muy diestro, porque ese cuadro pasaría perfectamente por una obra de Campbell. Tiene que saber conducir un coche y tener bicicleta o acceso a una bicicleta. Tiene que ser bastante corpulento para haber llevado a hombros el cadáver, porque no he encontrado señales de que lo arrastrase. Tuvo que estar en contacto con Campbell anoche, después de las nueve y cuarto, cuando lo vi salir del McClennan Arms vivito y coleando. Tiene que conocer muy bien la región y a la gente, porque salta a la vista que sabía que Campbell vivía solo y que únicamente la señora de la limpieza entraba en su casa, de modo que a nadie le iba a sorprender que saliera de madrugada. O él vive de la misma manera o es que tenía una buena excusa para salir esta mañana sin siquiera desayunar. Si encuentran a alguien que reúna esas condiciones, probablemente será nuestro hombre. Seguro que se puede localizar su billete de tren, si es que subió a un tren. O a lo mejor yo le puedo echar el guante, siguiendo otras pistas y con menos esfuerzo.

—Bueno, pues si usted lo encuentra, nos los comunica —dijo el sargento.

—Por supuesto, aunque resultará bastante desagradable, porque me apuesto diez contra uno a que va a ser un tipo que yo conozco y que me cae mucho mejor que Campbell —dijo Wimsey—. Pero no está bien matar a la gente, por muy ofensiva que sea. Haré lo que esté en mi mano para traerlo cautivo con mi arco y mis flechas... siempre y cuando él no me dé muerte antes.

FERGUSON

Al regresar a Kirkcudbright, Wimsey se dio cuenta de que ya iba siendo más que hora de merendar y, mientras se atiborraba de bollitos de patata con mantequilla y bizcocho de jengibre, redactó una lista de posibles sospechosos. Cuando acabó de comer, la lista quedó de la siguiente manera:

Viven en Kirkcudbright:

1. Michael Waters. 28 años. 1,78. Soltero. Vive en una pensión y tiene su propia llave. Paisajista. Se precia de poder falsificar el estilo de Campbell. Se peleó con Campbell la noche anterior y amenazó con romperle la crisma.

2. Hugh Farren. 35 años. 1,75. Pinta paisajes y figuras. Hombros extraordinariamente anchos. Casado. Se sabe que envidia a Campbell. Vive con su mujer, que al parecer está muy apegada a él.

3. Matthew Gowan. 46 años. 1,85. Pintor de paisajes y figuras, grabador. Soltero. Casa con criados, adinerado. Insultado en público por Campbell. Se niega a hablar con él.

Viven en Gatehouse-of-Fleet

4. Jock Graham. 36 años. 1,80. Soltero. Se aloja en el hotel Anwoth. Retratista. Entusiasta de la pesca. Bastante imprudente. Enemistado con Campbell, a quien hundió en el Fleet después de que este lo atacara.

5. Henry Strachan. 38 años. 1,87. Casado. Una hija, una criada. Retratista e ilustrador. Secretario del club de golf. Se peleó con Campbell y lo expulsó del campo de golf.

La lista había llegado a este punto cuando entró el dueño del hotel. Wimsey le dio las últimas noticias sobre el asunto de Campbell, sin mencionar, no obstante, la teoría del asesinato, y comentó que estaba pensando en acercarse a casa de Campbell, para ver si se sabía algo de lo que había hecho últimamente.

–Pues para mí que no se va enterar de gran cosa –dijo el dueño del hotel–. La señora Green, que le arregla la casa, no estará ahora allí, pero no sabe nada de nada, solo que cuando llegó esta mañana a las ocho para aviar la casa, él ya se había marchado. Y el señor Ferguson, que vive al lado, se fue a Glasgow en el primer tren.

–¿Ferguson? –dijo Wimsey–. Creo que lo conozco. ¿No es el que hizo los murales para el ayuntamiento de no sé qué sitio?

–Sí, y además es muy buen pintor. Lo habrá visto por ahí en su pequeño Austin. Alquila el estudio aldaño al de Campbell todos los veranos.

–¿Está casado?

–Sí, pero su esposa está fuera, en Edimburgo, con unos amigos. Según tengo entendido, no se llevan bien.

–¿Quiénes? ¿Ferguson y Campbell?

–No, no, Ferguson y su señora. Pero lo otro también es verdad. Campbell y él tuvieron una pelea tremenda por un cachito de muro de la casa de Ferguson que Campbell se cargó con el coche.

«Me gustaría saber si hay una sola persona en Stewartry con la que no se haya peleado Campbell», pensó Wimsey, y añadió lo siguiente a la lista:

6. John Ferguson. Unos 36 años. 1,78, aproximadamente. Solo de momento. Paisajes y figuras humanas. Lío por un muro.

–Por cierto –continuó–, ¿anda por aquí Jock Graham?

–Pues Jock está fuera. Anoche no volvió a casa. Dijo que igual se iba a pescar al lago Trool.

–¡Ajá! –exclamó Wimsey–. O sea que está en el lago Trool, ¿eh? ¿Y cómo ha ido hasta allí?

–Pues no sé. Según creo, lo invitó el agente. Seguramente habrá pasado la noche en Newton-Stewart y por la mañana se habrá ido con el agente. O igual se ha pasado toda la noche pescando en el lago.

–¿Pero tanto tiempo? –dijo Wimsey.

Aquello daba un nuevo cariz al asunto. Un hombre vigoroso podría haber llevado el cadáver hasta el Minnoch y haber vuelto a pie hasta Newton-Stewart a tiempo para la cita, si la cita no era demasiado temprano. Pero, por supuesto, tendría que haber sido bastante temprano, si era para pescar, y a Jock Graham le gustaba trabajar de noche.

–¿Volverá esta noche?

–Pues no sabría decirle –contestó el dueño, echando por tierra sus esperanzas–. Igual se están dos noches si la pesca va bien.

–Humm... –murmuró Wimsey–. Pues que les vaya bien. En fin, me marchó.

Pagó la cuenta y bajó, acompañado por el dueño.

–¿Y qué tal está Andy? –preguntó tranquilamente.

–Pues bien –respondió el otro–. Eso sí, enfadado, porque alguien se le ha llevado la bicicleta. Y lo peor es que acababa de poner neumáticos nuevos en las dos ruedas.

Con el pulgar sobre el arranque automático, Wimsey prestó atención, electrizado.

–¿Y eso?

–Es culpa suya. La deja en cualquier sitio. Habrá sido uno de esos que andan por ahí vendiendo alfombras, seguro. En Gatehouse nadie haría una cosa así.

–¿Cuándo la echó en falta?

–Esta mañana, cuando iba a ir al colegio. Menos mal que no ha sido la motocicleta que siempre me está pidiendo que le compre.

–Supongo que alguien la habrá tomado prestada –dijo Wimsey.

–Pues sí. A lo mejor todavía aparece. En fin, que pase buen día su señoría.

En lugar de cruzar el puente, Wimsey enfiló la carretera que llegaba a la estación de ferrocarril. Pasó la bocacalle de la izquierda que llevaba a Antwoth Old Kirk y a la carretera de Creetown, y siguió el curso del Fleet hasta un callejón a la derecha, al final del cual había dos casitas, una junto a otra pero separadas, que daban a una poza profunda, la célebre y polémica poza a la que Jock Graham había tirado al difunto Campbell.

En circunstancias normales, Wimsey habría esperado encontrar la puerta de las dos casas solamente con el pestillo echado, pero aquel día, la casa de más abajo, que era la de Campbell, estaba cerrada con llave, quizá lo hiciera la policía. Wimsey atisbo por las ventanas de la planta baja, una por una. Todo parecía en orden, tal y como lo había dejado la señora de la limpieza aquella mañana. En la parte delantera, había un salón propio de soltero, y detrás estaba la cocina, la típica casa de dos habitaciones con un dormitorio arriba. Al otro lado de la cocina habían construido un estudio con techo de cristal. A la derecha, el cobertizo que había albergado el Morris estaba vacío, con huellas recientes de ruedas en el polvo que indicaban por dónde habían sacado el coche aquella mañana. Justo detrás, una puerta de madera daba acceso a un jardincito descuidado. Del extremo del estudio arrancaba una medianera de piedra tosca que separaba el patio y el jardín de los de la otra casa, y Wimsey reparó en un boquete y en los escombros que señalaban el lugar donde Campbell había dado marcha atrás bruscamente para entrar en el garaje, incidente que había provocado la rencilla entre los vecinos.

La casa de Ferguson era un reflejo de la casa de Campbell, pero el jardín de aquel estaba muy cuidado, y el garaje recién construido, lamentablemente con la chapa abollada. Wimsey abrió la puerta y se topó con un coche de dos plazas, nuevo y reluciente, de una marca muy popular.

Se quedó perplejo unos momentos. Ferguson había tomado el primer tren a Glasgow, y la estación de Gatehouse está a unos once kilómetros del pueblo. ¿Por qué no se había llevado el coche? Podría haberlo dejado en la estación hasta su vuelta. Parecía un juguete nuevo: ¿quizá no quería dejarlo en manos de desconocidos? ¿O quizá pensaba pasar mucho tiempo fuera? ¿O tal vez...?

Pensativo, Wimsey levantó el capó. Sí, ahí estaba la explicación. Un hueco y unos cables sueltos indicaban que habían quitado la dinamo. Probablemente Ferguson la había llevado a Glasgow para alguna reparación. Entonces ¿cómo había ido a la estación? ¿En autobús? ¿En bicicleta? ¿O lo habría acercado alguien? Lo más sencillo era preguntar. En una pequeña estación rural ningún viajero pasa inadvertido y no estaría de más averiguar si Ferguson había tomado realmente aquel tren.

Wimsey cerró con cuidado el capó y la puerta del garaje. La puerta de la casa estaba abierta; entró y miró a su alrededor. No podía estar más ordenada, sin ningún detalle revelador. La señora Green lo había barrido, limpiado y recogido todo, incluyendo el estudio, porque cuando el pintor está fuera, la señora de la limpieza siempre enreda con los botes de pintura y ni la mayor de las reprimendas puede evitarlo. Wimsey echó un vistazo a unos estudios de figura humana que estaban apoyados en la pared, entrecerró los ojos ante un lienzo con un paisaje ornamental, enrevesado y afectado que había en el caballete, observó de pasada que Ferguson compraba el material de pintura en Roberson, echó una ojeada a una hilera de novelas policíacas en la estantería del salón e intentó abrir la tapa del buró. No estaba cerrado con llave y apareció una ordenada serie de casilleros, con todo en su sitio. Wimsey catalogó a Ferguson como hombre de una mentalidad precisa casi hasta lo enfermizo. Allí no había nada que arrojara luz sobre la muerte de Campbell, pero sintió aún más deseos de dar con Ferguson. La situación de las casas, separadas y con entrada común al patio, garantizaba que todo lo que se hiciera en una se viera desde la otra. Si a Campbell le había ocurrido algo inusual la noche anterior, Ferguson difícilmente podría haber evitado verlo. Y por otra parte, si no lo había visto Ferguson, no lo había visto nadie, porque las dos casitas se encontraban lejos de los demás vecinos, ocultas al final del callejón lleno de baches y árboles, con las aguas del Fleet besando el fondo de los jardines. Si Jock Graham realmente había estado pescando en la laguna de Standing Stone aquella noche... ¡pero no! Supuestamente había ido al lago Trool. Tenía que ser Ferguson. Lo más prudente era seguir de inmediato su rastro.

Wimsey volvió al coche y empezó a subir por la larga carretera de la estación de Gatehouse, situada en la linde de la región montañosa de Galloway, dominando el valle del Fleet y el viaducto y bajo la ceñuda y majestuosa escarpa de los Dromore.

A la estación de ferrocarril de Gatehouse se accede por una de esas cercas tan numerosas en la Frontera, que imponen ciertas restricciones al ganado extraviado, pero que al conductor impaciente le parecen, lisa y llanamente, un fastidio. Sin embargo, y como de costumbre en aquel sitio, salió un anciano caballero de una de las casitas al borde del camino y dejó pasar amablemente a Wimsey.

Inmediatamente después, la carretera se divide en dos senderos pedregosos, a derecha e izquierda; el de la izquierda desciende arteramente hasta Creetown, mientras que el de la derecha serpentea hacia Dromore y acaba bruscamente en el viaducto del ferrocarril. Wimsey cruzó esa carretera y siguió por un pequeño camino de acceso muy empinado, camuflado por frondosos rododendros, hasta llegar a la estación.

La línea entre Castle-Douglas y Stranraer es de una sola dirección, pero en la estación de Gatehouse cuenta con dos vías, para mayor comodidad de los pasajeros y para permitir el paso de los trenes. Wimsey se dirigió al jefe de estación, que estaba aprovechando los momentos de inactividad entre dos trenes para examinar el *Glasgow Bulletin* en su despacho.

—Estoy intentando localizar al señor Ferguson para organizar una partida de pesca en el lago Skerrow, pero me han dicho que se ha marchado esta mañana en el tren de las nueve y ocho minutos —dijo Wimsey tras los saludos de rigor—. ¿Es así?

—Sí, así es. Yo mismo lo he visto.

—Me gustaría saber cuándo volverá. ¿Sabe si iba a Glasgow o solo a Dumfries?

—Dijo algo de que iba a Glasgow —contestó el jefe de estación—, pero a lo mejor vuelve esta noche. Angus podrá decirle si sacó billete de ida y vuelta.

El taquillero, que compartía despacho con el jefe de estación, recordaba muy bien a Ferguson, porque había sacado un billete de ida y vuelta para Glasgow de primera clase, lujo un tanto inusual en el gremio de los pintores.

–Pero, claro, el billete tiene validez durante tres meses. Seguro que hoy no vuelve. ¿Quizá ha dejado aquí su coche?

–No ha venido en coche –contestó el taquillero–. Me dijo que tenía estropeada la dinamo y que no le quedaba más remedio que tomar el tren aquí en lugar de ir hasta Dumfries.

–Ah, entonces ha debido de venir en bicicleta –dijo Wimsey, como de pasada.

–No. Ha debido de venir en el ómnibus de Campbell –dijo el jefe de estación–. Hacia esa hora llegó, ¿no, Angus?

–Sí. Cuando entró iba hablando con Rabbie McHardy. A lo mejor le dijo cuánto tiempo pensaba quedarse en Glasgow.

–Gracias –dijo Wimsey–. Se lo preguntaré a Rabbie. Quería alquilar un barco para mañana, pero si Ferguson no va a volver no tiene mucho sentido, ¿no?

Se quedó unos momentos charlando con ellos, les ofreció una versión adecuadamente censurada del asunto de Campbell y se marchó. No había avanzado mucho, salvo que más o menos había eliminado a Ferguson de la lista de sospechosos. Por supuesto, tendría que vigilarlo y comprobar que realmente había llegado a Glasgow. Eso podría presentar una pequeña dificultad, pero era trabajo rutinario para Dalziel y sus secuaces.

Miró el reloj. Jock Graham era de momento el candidato más prometedor para el título de criminal, pero como había desaparecido, tampoco había nada que hacer por el momento. Sin embargo, aún le quedaba tiempo para entrevistar a Strachan y rematar así sus pesquisas en Gatehouse.

STRACHAN

Strachan vivía en una casa agradable, de tamaño mediano, con una ubicación muy conveniente para él, algo apartada de Gatehouse, en la carretera que sube hasta el campo de golf. La pulcra criada que abrió la puerta sonrió amablemente a la visita y dijo que el señor estaba en casa y que si su señoría tendría la bondad de entrar.

Su señoría entró en el salón, donde la señora Strachan, sentada junto a la ventana, enseñaba a su hija Myra el arte de la calceta.

Wimsey se disculpó por presentarse justo antes de la hora de cenar y le explicó que quería organizar un grupo de cuatro personas para jugar al golf con Strachan.

–Pues no sé –dijo la señora Strachan, un poco indecisa–. No creo que Harry vaya a jugar en un par de días. Ha tenido un contratiempo... En fin, no lo sé, la verdad. Myra, cielo, ve corriendo a decirle a papá que ha venido lord Peter Wimsey y que quiere hablar con él. Es que no me gusta tomar decisiones por Harry... Siempre meto la pata.

Soltó una risita. Era una mujer muy dada a la risa tonta. Nerviosismo, pensó Wimsey. Los modales de Strachan eran muy bruscos y la gente solía ponerse nerviosa con él; Wimsey tenía algo más que sospechas de que era un poco tirano en su casa. Dio a entender que no quería molestar.

–Claro que no –replicó la señora Strachan, sin dejar de mirar con inquietud la puerta–. ¿Cómo iba usted a molestar? Estamos encantados de su visita. ¿Y qué ha hecho en un día tan bonito?

–He ido al Minnoch a ver el cadáver –contestó Wimsey, alegremente.

–¿El cadáver? –repitió la señora Strachan soltando un grito–. ¡Qué horror! ¿Quiere decir un salmón o algo así?

–No, no –dijo Wimsey–. Campbell, Sandy Campbell... ¿No se ha enterado?

–¿De qué? –La señora Strachan abrió sus grandes ojos azul claro–. ¿Le ha pasado algo al señor Campbell?

–¡Dios mío! –exclamó Wimsey–. Creía que lo sabía todo el mundo. Se cayó al Minnoch y se mató.

La señora Strachan soltó un agudo chillido de horror.

–¿Que se mató? ¡Qué espanto! ¿Se ahogó?

–No lo sé –contestó Wimsey–. Creo que se dio un golpe en la cabeza, pero es posible que se ahogara.

La señora Strachan volvió a chillar.

–¿Cuándo ocurrió?

–Pues... lo han encontrado a la hora del almuerzo –dijo Wimsey con prudencia.

–¡Dios santo! Y nosotros sin saber nada. ¡Ay, Harry! –añadió cuando se abrió la puerta–, ¡Lord Peter dice que han matado al pobre señor Campbell en el Minnoch!

–¿Que lo han matado? –repitió Strachan–. ¿Qué quieres decir, Milly? ¿Quién lo ha matado?

La señora Strachan gritó por tercera vez, aún más fuerte.

–No he querido decir eso, Harry. ¡Es absurdo, es terrible! Se cayó, se abrió la cabeza y se ahogó. Strachan se aproximó lentamente y saludó a Wimsey con una inclinación de cabeza.

–¿A qué viene todo esto, Wimsey?

–Es la verdad –contestó Wimsey–. Han encontrado el cadáver de Campbell en el Minnoch a las dos de la tarde. Al parecer estaba pintando, resbaló en el borde de la roca y se fracturó el cráneo con las piedras.

Habló como distraído. Sin duda no eran imaginaciones suyas que su anfitrión pareciera sumamente pálido y preocupado, y cuando Strachan volvió la cara y le dio de lleno la luz de la ventana, Wimsey observó que tenía un ojo morado, un moratón precioso, perfecto, de color intenso y contornos bien definidos.

–En fin, no me extraña –dijo Strachan–. Es un sitio muy peligroso. Se lo dije el domingo, y encima me llamó imbécil.

–O sea que estuvo allí el domingo –dijo Wimsey.

–Sí, haciendo un boceto o algo. ¿Te acuerdas, Milly? Justo al otro lado del arroyo donde estábamos merendando.

–¡Dios santo! –exclamó la señora Strachan–. ¿Ha sido allí? ¡Es horrible! No pienso volver jamás. Tú puedes decir lo que quieras, pero no vuelvo por nada del mundo.

–No digas tonterías, Milly. No tienes por qué ir si no quieres.

–Tengo miedo de que Myra se caiga y se mate –dijo la señora Strachan.

–Pues muy bien –replicó su marido con impaciencia–. No vayas y ya está. ¿Cómo ocurrió, Wimsey?

Lord Peter volvió a contar la historia, con los detalles que consideraba relevantes.

–Así es Campbell –dijo Strachan–. Así era, quiero decir. No se fijaba en nada, siempre andaba con los ojos clavados en el lienzo y la cabeza en las nubes, sin mirar por dónde iba. El domingo le grité que tuviera cuidado. O no me oyó o hizo como si no me oyera, y me tomé la molestia de ir hasta el otro lado del río para advertirle de que el terreno era muy resbaladizo. Pero me respondió con groserías y me largué. En fin, esta vez le ha salido mal y ya está.

–¿Cómo puedes ser tan insensible? –dijo la señora Strachan–. El pobrecillo ha muerto, y aunque no era un hombre muy simpático, es digno de lástima.

Strachan tuvo la cortesía de decir entre dientes que lo sentía y que jamás le había deseado ningún mal. Apoyó la frente en la mano, como si le doliera mucho la cabeza.

–Parece como si tú también te hubieras llevado lo tuyo –dijo Wimsey.

Strachan se echó a reír.

–Sí, ha sido una cosa de lo más absurda. Estaba en el campo de golf, después de desayunar, cuando un tipo asqueroso lanzó una bola con efecto como a quinientos kilómetros de la calle y me dio de lleno en un ojo.

La señora Strachan soltó otro gritito de sorpresa.

–¡Oh! –exclamó, y se calló rápidamente cuando Strachan clavó sus ojos multicolores en ella con expresión amenazante.

–Qué lástima –dijo Wimsey–. ¿Quién es el tipejo?

–No tengo ni la menor idea –contestó Strachan como sin darle importancia–. Perdí el conocimiento un momento, y cuando me recuperé y fui a inspeccionar el terreno, lo único que vi fue un grupo de hombres corriendo a lo lejos. Estaba tan hecho polvo que no me molesté en averiguar nada y me fui al club a tomar una copa. Pero la bola era Silver King. Como venga alguien a reclamarla, se va a enterar.

–Es un golpe muy feo –dijo Wimsey comprensivo–. Un magnífico ejemplar de su especie, pero supongo que extraordinariamente doloroso. Ha quedado perfecto, ¿no? ¿Cuándo ocurrió?

–Pues bastante temprano. Como a las nueve, diría yo. Fui a mi habitación del club y estuve tumbado en la cama toda la mañana, porque me sentía muy mal. Después he vuelto a casa directamente, por eso no me había enterado de lo de Campbell. Maldita sea. Supongo que eso significa un funeral. Normalmente enviamos una corona de parte del club, pero no sé muy bien qué hacer dadas las circunstancias, porque la última vez que estuvo aquí le dije que presentara su dimisión.

–Es un bonito dilema –admitió Wimsey–. Pero de todos modos yo la enviaría, como muestra de espíritu indulgente y esas cosas. Guarda los deseos de venganza para quien te haya hecho eso en la cara. A propósito, ¿con quién estabas jugando? ¿No podrías haber identificado a esos brutos?

Strachan negó con la cabeza.

–Estaba practicando uno sobre par –dijo–. Yo llevaba los palos, así que no hay testigos.

–Ya, comprendo. Tu mano también parece un poco maltrecha. Has debido de pasar un rato entre los matojos. En fin, en realidad había venido a pedirte que jugaras con Waters, Hill Murray y conmigo mañana, pero supongo que no tendrás el ojo en condiciones, por así decirlo, durante un tiempo, ¿no?

–No lo creo –replicó Strachan con una triste sonrisa.

–Entonces me marchó –dijo Wimsey levantándose–. Hasta luego, señora Strachan. Hasta luego, muchacho. No te molestes en venir a despedirme. Conozco el camino.

No obstante, Strachan se empeñó en acompañarlo hasta la puerta del jardín.

En la curva de la carretera Wimsey adelantó a la señorita Myra Strachan y su niñera, que estaban dando un paseo vespertino. Paró el coche y les preguntó si les gustaría dar una vuelta. Myra aceptó de buena gana y su acompañante no se opuso. Wimsey puso a la niña a su lado, hizo sentar a la niñera en el asiento trasero y pisó el acelerador del Daimler para que hiciera gala de su mejor paso.

Myra estaba encantada.

–Papá nunca va tan deprisa –dijo mientras remontaban la cuesta sombreada de árboles de Cally Lodge y se deslizaban como un aeroplano hasta campo abierto.

Wimsey echó una ojeada a la aguja del velocímetro, que oscilaba alrededor de los ciento treinta y cinco, y tomó la curva con un derrape espectacular.

–Tu padre tiene un bonito ojo morado –comentó.

–Sí, ¿verdad? Le pregunté si se había peleado y me dijo que no fuera impertinente. A mí me gustan las peleas. Bobby Craig me puso una vez un ojo morado, pero yo le hice sangrar por la nariz y tuvieron que llevar su traje a la tintorería.

–Las jóvenes no deben pelearse, ni siquiera las jóvenes modernas –le censuró Wimsey.

–¿Por qué? A mí me gustan las peleas. ¡Ah! ¡Mirad las vacas!

Wimsey pisó rápidamente el freno y redujo la velocidad del Daimler a pasito de damisela.

–Pues, de todos modos, yo creo que se ha peleado –insistió Myra–. Anoche no volvió a casa y mamá estaba muy asustada. Le da miedo nuestro coche, porque va muy rápido, pero no tanto como el suyo. ¿Esa vaca quiere atacarnos?

–Sí –contestó Wimsey–. A lo mejor nos ha confundido con una tortita.

–¡Tonto! Las vacas no comen tortitas. Comen tortas de linaza. Yo me comí un trozo una vez, pero era asqueroso y me puse mala.

–Lo tienes merecido –replicó Wimsey–. Voy a dejarte aquí, porque si no, te irás a la cama tarde. O mejor te llevo hasta la mitad del camino.

–¡Sí, por favor! –exclamó Myra–. Así podremos asustar a las vacas y hacerlas correr como locas.

–Eso estaría muy mal –dijo Wimsey–. A las vacas no les sienta bien correr mucho. Eres una jovencita impertinente, sanguinaria, glotona y cruel, y uno de estos días te convertirás en una amenaza para la sociedad.

–¡Qué bien! Y podría tener una pistola y un precioso traje de noche y llevar a la gente a fumaderos de opio y atracarlos. Resultaría muy útil, ¿no?

–Mucho –concedió Wimsey con seriedad–. Lo tendré en cuenta. Pero a lo mejor después no quieres casarte conmigo.

WATERS

A lord Peter le divertía la sencilla vida de Kirkcudbright. Para gran disgusto de los hoteleros, aquel año había preferido alquilar un pequeño estudio al final de una estrecha calle adoquinada, sin salida, cuya valla, de un azul luminoso, proclamaba a los cuatro vientos que era morada de gente del mundillo artístico. La explicación de Wimsey para este singular comportamiento era que le entretenía observar a su criado, tan sumamente correcto, destripar truchas y lavar patatas en el grifo del patio, y recibir a las escasas visitas con ceremonial propio del West End londinense.

Mientras traqueteaba por la calle, abriéndose camino entre la aglomeración de bicicletas que casi bloqueaban la entrada, Wimsey se percató de la presencia de aquella persona tan eficiente esperando a la puerta de la casa con una expresión que, aunque estrictamente bajo control, casi podría haberse calificado de ansiosa.

—¡Hola, Bunter! —dijo alegremente su señoría—. ¿Qué hay de cena? Me siento extraordinariamente dispuesto para dar buena cuenta de ella. Hay un cadáver estupendo en Creetown.

—Milord, me temía que su señoría estaría realizando una investigación y, al no saber con certeza la hora exacta del regreso de su señoría, he considerado prudente preparar carne estofada en su jugo con verduras que, en caso necesario, puede mantenerse caliente sin menoscabo, milord.

—Magnífico —dijo su señoría.

—Gracias, milord. Según me ha dicho el carnicero, la parte del animal que yo estoy acostumbrado a llamar jarrete se denomina en esta región... esto... zancarrón.

—Seguro que estás en lo cierto, Bunter.

—Yo no acababa de fiarme —dijo Bunter con una mezcla de dignidad y pesadumbre—. Inspeccioné la pieza y comprobé que me daba el corte adecuado.

—Tan concienzudo como siempre, Bunter —dijo Wimsey agradecido.

—Hago lo que puedo, milord. ¿Desea su señoría que me refiera a dicho manjar como... esto... zancarrón, durante nuestra estancia en esta región?

—Sería una cortesía para con el sentimiento nacional, Bunter, si puedes avenirte a ello.

—Muy bien, milord. ¿He de suponer que la pierna de cordero tendrá que volver a denominarse patorra, como en la anterior visita de su señoría?

—Por supuesto, Bunter.

—Sí, milord. —Bunter emitió un profundo suspiro—. Me esforzaré por hacer lo más correcto con el fin de complacer a su señoría.

—Gracias, Bunter. Hemos de intentar ser correctos bajo cualesquiera circunstancias.

—Sí, milord. La cena estará servida dentro de veinte minutos, en cuanto estén listas las patatas.

—Estupendo —dijo su señoría—. Entonces me voy ahí enfrente, a ver si charlo un ratito con la señorita Selby hasta la hora de cenar.

—Perdón, milord, pero tengo entendido que las señoras están fuera.

—¿Que están fuera? —repitió Wimsey con sorpresa.

—Sí, milord. La joven que las atiende me ha comunicado que se han marchado a Glasgow.

—Conque a Glasgow, ¿eh? Pero posiblemente solo han ido a pasar el día. No necesariamente implica, como pasa en el sur, que hayan hecho las maletas y se hayan ido para mucho tiempo. Bueno, entonces iré a ver al señor Waters. Quiero verlo, y es posible que me acompañe para la cena.

—Muy bien, milord.

Wimsey cruzó High Street y llamó a la puerta de la pensión de Waters. Contestó la patrona quien, en respuesta a su pregunta, dijo:

—El señor Waters acaba de marcharse.

—¿Y cuándo volverá?

—No podría decirle, milord, pero creo que pasará la noche en Glasgow.

—Parece que todo el mundo se ha ido a Glasgow —dijo Wimsey.

—Pues sí. Se han ido todos a la exposición. El señor Waters se fue en el primer tren.

—¿Cómo? ¿El de las nueve menos cuarto? —preguntó Wimsey con incredulidad. Tal y como había visto a Waters la noche anterior, no se esperaba que tuviera tantas fuerzas.

–Sí –contestó plácidamente la patrona–. Desayunó a las ocho y se fue con la señorita Selby y con la señorita Cochran.

Wimsey sintió alivio. Por unos momentos pensó que tanta diligencia a primeras horas de la mañana resultaba algo siniestro, pero escoltado por la señorita Selby y la señorita Cochran, difícilmente podría haber cometido diabluras. Por tanto, daba la impresión de que podía eliminar sin más a uno de los seis sospechosos. Dejó recado de que le gustaría ver al señor Waters en cuanto regresara, y volvió a Blue Gate Close.

Había terminado el sabroso estofado y estaba dando buena cuenta de un excelente soufflé de queso cuando se oyó el ruido de dos pares de pesadas botas sorteando trabajosamente los adoquines y a continuación una voz que preguntaba por su señoría.

–¿Es usted, Dalziel? –preguntó Wimsey.

–Sí, milord–. El sargento franqueó como pudo la estrecha puerta y se hizo a un lado para dejar paso a su compañero–. He informado sobre este asunto a sir Maxwell Jamieson, el jefe de policía, y ha tenido la amabilidad de venir conmigo para hablar unos momentos con su señoría.

–Magnífico –dijo Wimsey efusivamente–. Encantado de verlos a los dos. Sir Maxwell, no nos habían presentado, pero eso no significa que no haya oído hablar de usted, como me imagino que usted habrá oído hablar de mí. Según tengo entendido, el año pasado hubo un problemilla por una cuestión de exceso de velocidad, en el que la justicia intervino con algo más que clemencia. ¿Una copita?

–En fin –dijo Dalziel, tras aceptar la invitación de Wimsey y dar las debidas gracias–. He estado haciendo pesquisas en esa dirección, pero no me siento muy satisfecho, ni en un sentido ni en el otro. Pero lo primero de todo, tienen que saber que he entrevistado a la gente de Borgan, y dicen que el joven Jock vio allí a Campbell pintando a las diez y diez cuando salió a llevar un recado a una mujer en Clauchaneasy y que cuando volvió, a las once y cinco, seguía allí sentado. O sea que no pudo marcharse de ese sitio hasta las once y pico, como mínimo.

–Cuando dice que vio a Campbell, ¿quiere decir que Jock sabía que era Campbell o que pensó que era él?

–No, no conoce a Campbell, pero vio a un hombre con un sombrero negro muy grande y una capa de cuadros, como los que llevaba Campbell. Y cree que había un mantón o una manta grande a su lado.

–Entonces podría haber sido el asesino.

–Sí, puede, pero quiero que se fije en la hora del día que era. Reconocerá que, asesino o no, no pudo haberse marchado de allí hasta pasadas las once, ¿no?

–Eso parece evidente.

–Pues, entonces, pasemos a las investigaciones sobre el ferrocarril. Durante el día no paran demasiados trenes entre las estaciones de Stranraer y Girvan en Pinwherry o Barhill.

El sargento sacó un horario de trenes del bolsillo y lo plantó sobre la mesa.

–Primero vamos a ver los trenes a Stranraer. Es muy posible que el asesino pensara en escaparse en barco desde Stranraer, ¿sabe?, pero en ese caso, donde tenemos que buscarlo es en Irlanda.

Sacó un grueso lapicero y apuntó las horas en una hoja de papel.

	Mañana	Tarde
Girvan	10.45	14.16
Pinmore	11.01	14.31
Pinwherry	11.08	14.39
Barrhill	11.18	14.50
Glenwhilly	11.33	15.06
New Luce	11.41	15.13
Dunragit	11.52	15.26
Castle Kennedy	12.00	15.33
Stranraer	12.07	15.39

Wimsey sacudió la cabeza.

—No pudo tomar el primer tren, por lo menos no si fue en bicicleta. Barrhill es la parada más próxima y, con cinco minutos para recoger sus cosas y salir de casa, apenas quedan ocho minutos para recorrer más de quince kilómetros. Cabe la posibilidad de que fuera en coche, a toda velocidad, y que por casualidad el tren se retrasara, pero ¿dónde habría dejado el otro coche? Sí, claro, podría haberse quedado en alguna parte, en las montañas, y haber tomado el tren de las tres menos diez o haber seguido para tomar el mismo tren en otra estación, pero con eso su coartada sería muy endeble.

—Exacto, milord —replicó Dalziel—. No había yo pasado por alto esa posibilidad, pero tenemos un informe del jefe de estación de Pinwherry, que dice que un caballero cogió el tren de las dos treinta y nueve en Pinwherry. Se fijó en él porque era forastero y parecía más nervioso y alterado de lo normal.

—¿Para dónde compró el billete?

—Ahí está lo interesante del asunto. Compró un billete para Stranraer...

—Claro, claro —dijo Wimsey mirando con atención el horario—. Eso explica por qué esperó ese tren. Es el que enlaza con el barco de Larne. La conexión es desastrosa... hay que esperar más de tres horas en Stranraer, pero por lo visto es lo único que hay.

—Estaba a punto de decírselo: el caballero preguntó de lo más nervioso sobre ese enlace y al parecer se llevó un buen chasco al enterarse de que no había barco antes de las siete —dijo el sargento.

—Eso encaja muy bien, pero lo que me parece raro es que no averiguara antes lo de los barcos, si estaba planeando el crimen tan meticulosamente —dijo Wimsey—. ¿Cómo es ese tipo?

—Pues más bien joven, con traje gris y sombrero de fieltro, según me han dicho, y llevaba un maletín pequeño. Tirando a alto, con bigotillo oscuro. El jefe de estación dice que lo reconocería.

—¿Dijo algo en especial?

—Algo sobre el horario, que lo había leído mal y pensaba que había un barco a las cuatro menos diez.

—Bueno, es posible —replicó Wimsey—. Mire: hay tres líneas al final de la página con las conexiones del buque desde el muelle de Stranraer hasta Larne y Belfast, y justo encima, otras tres con las conexiones de tren entre Stranraer, Colfin y Port Patrick. Es fácil confundirse. Pero fíjese en una cosa, Dalziel: si no había barco antes de las siete, podría usted haber llegado a tiempo de cogerlo.

—Es verdad, milord, y en cuanto recibí el informe llamé por teléfono a la policía de Stranraer para que investigaran, pero me contestaron justo antes de venir aquí diciendo que no había nadie así a bordo.

—¡Maldita sea! —exclamó Wimsey.

—Están haciendo pesquisas en Stranraer, por si acaso está escondido allí, y parando a todos los coches que entran y salen de la ciudad y, por supuesto, vigilarán estrechamente el barco de mañana. Pero no es inconcebible que el individuo no vaya a Larne. Podría ser una treta.

—¿Y realmente fue a Stranraer?

—Eso parece. Han revisado los billetes y en Stranraer alguien entregó un billete de tercera clase despachado en Pinwherry. Por desgracia, el mozo que lo recogió no es precisamente muy observador y no sabe decir cómo es el hombre que se lo entregó.

—Pues teniendo en cuenta el poco tiempo transcurrido, me parece que ha llevado usted muy bien esa parte del asunto —dijo Wimsey—. Y también parece que hemos dado con algo. Por cierto, ¿ha dicho el jefe de estación de Pinwherry si el pasajero llevaba bicicleta?

—No, no llevaba bicicleta. Le pregunté cómo había llegado, pero nadie se fijó en él cuando llegó. Al parecer entró sin más en la estación.

—Sí, claro, si iba a tomar el barco para Irlanda, probablemente se desharía antes de la bicicleta. Tuvo tiempo de sobra para esconderla en las montañas. En fin... Parece bastante esperanzador, pero no debemos confiarnos demasiado. ¿Y los trenes en la otra dirección, los que van a Glasgow?

Dalziel volvió un par de hojas, chupó el grueso lápiz y mostró otra lista.

Stranraer	salida	11.35	12.30	16.05
			(del puerto de Stranraer)	
Castle Kennedy		11.42	...	16.12
Dunragit		11.52	12.42	16.20
New Luce		12.07	...	16.33
Glenwhilly		12.19	...	16.45
Barrhill		12.35	...	17.00
Pinwherry		12.43	...	17.08
Pinmore		12.56	...	17.18
Girvan	{ llegada	13.06	13.37	17.28
	{ salida	13.11	13.42	17.36

–Ahí también tenemos posibilidades –dijo Wimsey–. Por ejemplo, el de las doce treinta y cinco. Podría haberlo cogido fácilmente, seguir hasta Glasgow y desde allí haber ido a cualquier parte.

–Pues sí. Eso es lo que estaba pensando yo. He llamado al jefe de estación de Barrhill, pero solo había cuatro pasajeros en ese tren y los conocía personalmente.

–Ya. Entonces no hay nada que hacer con eso –dijo Wimsey.

–Sí. Pero hay otra cosa. Yo no me quedé muy conforme, así que continué indagando en todas las estaciones de la línea y averigüé que un señor con bicicleta tomó el tren de la una y once en Girvan.

–¡Demonios! ¡O sea, que allí estaba! –Wimsey sacó un mapa del distrito y se puso a examinarlo atentamente–. ¡Es posible, Dalziel, es posible! Barrhill está a dieciséis kilómetros del lugar del crimen, y Girvan, digamos que a unos veinte más allá, o sea, en total a unos treinta y seis. Si salió a las once y diez, habría tenido dos horas, lo cual significa algo más de dieciséis kilómetros por hora, bastante fácil para un buen ciclista. A propósito, ¿el tren llegó puntualmente?

–Sí. Es verdad. Es posible.

–¿Ha dado el jefe de estación su descripción?

–Dice que, según el mozo, era un caballero normal y corriente, de treinta o cuarenta años de edad, con traje gris y gorra de cuadros calada hasta los ojos. Sin barba ni bigote, o eso le pareció, de estatura mediana, y que llevaba unas grandes gafas oscuras.

–Eso parece sospechoso –dijo Wimsey–. ¿Cree que el mozo sería capaz de reconocerlo?

–Creo que sí. Dice que ese caballero habla como si fuera inglés.

–¿Ah, sí?

Wimsey reflexionó sobre los seis sospechosos que tenía en mente. Waters era londinense y hablaba un inglés de colegio privado. Si bien era escocés, Strachan solía hablar con acento inglés, por haber estudiado en Harrow y Cambridge. Sin embargo, con semejante estatura no podía pasar inadvertido. Gowan se manejaba bien con ambas hablas: con Wimsey hablaba en inglés y con los nativos un escocés cerrado... pero claro, la magnífica barba sedosa de Gowan, que no había conocido maquinilla de afeitar en toda su vida, constituía uno de los mayores atractivos de Kirkcudbright para los visitantes. Graham se había convertido en todo un londinense, y el inglés que hablaba pasaba por acento de Oxford. Los ojos, extraordinariamente azules, eran su único rasgo destacable... ¿Quizá la explicación de las gafas oscuras? Farren. Su acento escocés era inconfundible, nadie lo habría tomado por inglés. Nada pasaba desapercibido en su persona: los hombros anchos, huesudos, el pelo rubio y alborotado, los misteriosos ojos claros, la boca de gesto enfurruñado y desafiante, la mandíbula cuadrada. También Ferguson era muy escocés por el acento, pero no por el lenguaje, y por sus facciones podía ser prácticamente cualquier cosa.

–¿Hizo algo especial ese caballero? –preguntó Wimsey despertando bruscamente de su abstracción.

–No, llegó a la estación cuando el tren estaba en el andén y dijo que había salido tarde de Ballantrae. Sacó un billete para Ayr y pusieron la etiqueta correspondiente en la bicicleta.

–Quizá podamos localizar esa etiqueta –dijo Wimsey.

–Claro que sí. Ya he pedido información en Ayr y Glasgow. A lo mejor lo recuerdan.

–O a lo mejor no –replicó Wimsey–. En fin, Dalziel, como dijo la dama, yo tampoco he estado ocioso.

Le presentó la lista de sospechosos.

–Veamos: es posible que esta lista no sea completa –advirtió–, pero sabemos que el hombre al que estamos buscando es pintor, lo cual reduce considerablemente las posibilidades. Y es bien sabido que estas seis personas han tenido lo suyo con Campbell, de una u otra forma, si bien algunos de los motivos puedan parecer insuficientes.

El sargento miró pensativo la lista y sir Maxwell hizo otro tanto. La jurisdicción de este último abarcaba Kirkcudbrightshire y Wigtonshire, y conocía más o menos bien a todos los pintores, aunque no era íntimo de ninguno, ya que a él le interesaba el mundo de lo militar y de los deportes.

–Veamos. Dos de estas personas tienen coartada –dijo Wimsey–. A Ferguson lo vieron en el tren de las nueve y ocho minutos, el que sale de Gatehouse. No fue en bicicleta y sacó un billete para Glasgow. Hay una exposición de pintura en la ciudad, no cabe duda de que fue allí. Waters también fue a Glasgow, en el tren de las nueve menos cuarto, desde Kirkcudbright, en compañía de la señorita Selby y de la señorita Cochran. Si todos coincidieron en la exposición, corroborarán sus respectivas coartadas. Strachan pasó fuera toda la noche y volvió a casa a la hora del almuerzo, con un ojo morado, y además mintiendo.

Hizo un resumen de las conversaciones que había mantenido con Strachan y Myra.

–Tiene mala pinta –dijo Dalziel.

–Pues sí. No podemos depositar todas nuestras esperanzas en el ciclista de Girvan, ni en el misterioso pasajero de Pinwherry. Posiblemente eran simples viajeros. Y Strachan podría haber estado pintando en el Minnoch a las once y haber vuelto a Gatehouse a la hora de almorzar. Son solo unos cuarenta y tres kilómetros. Habría sido peligroso, porque podrían haberlo reconocido, pero los asesinos tienen que correr ciertos riesgos. Por otro lado, podría haber escondido su coche en alguna parte el día anterior y haberlo recogido al volver en bicicleta. Por cierto, ¿le he dicho que ha desaparecido una bicicleta del hotel Anwoth, en Gatehouse?

Dalziel negó con la cabeza y dijo:

–Es un caso con muchas posibilidades. Bueno, suponiendo que realmente sea un caso policial, porque todavía no conocemos la opinión del médico.

–Supongo que la sabremos mañana, ¿no?

–Sí. Han llevado el asunto a la fiscalía y se va a realizar un reconocimiento post mórtem.

Esperan que llegue la hermana de Campbell esta noche (al parecer es la única pariente que tiene), y tal vez esperen hasta que haya visto el cadáver, porque además el médico tendrá mejor luz por la mañana.

Después de que se hubieron marchado el sargento y su compañero, Wimsey se quedó fumando un rato, pensativo. Estaba preocupado por Waters. Cuando lo dejó la noche anterior, se encontraba en un estado de ánimo peligroso. El último tren de Glasgow llegaba a Kirkcudbright a las nueve. Si Waters realmente había ido a la exposición, no era razonable que volviera aquella misma noche. Habría llegado a Glasgow a las 14.16, y tendría que haberse marchado de allí a las 17.30. A nadie se le ocurriría hacer ese trayecto para pasar apenas tres horas en la ciudad. Salvo, posiblemente, para preparar una buena coartada. Pero ¿se podía preparar una coartada de esa manera?

Wimsey volvió a consultar el horario. Salida de Kirkcudbright, 8.45. Eso podría demostrarse con testigos. Tarff, 8.53, Castle-Douglas, 9.07. Eso era otra cosa. Castle-Douglas era un empalme del ferrocarril y desde allí se podía volver hacia Newton-Stewart. Sí. Había tren. Claro que era absurdo, porque Waters había viajado con las dos señoritas, pero no pasaba nada por hacer averiguaciones. Castle-Douglas, 9.14; Newton-Stewart, 10.22. Wimsey suspiró con alivio. Si se había visto al

asesino pintando a las diez, Waters quedaba excluido. A esa hora no podría haber llegado a Newton-Stewart.

Pero todo dependía del informe del médico. Si él y Wimsey se equivocaban sobre el rigor mortis, era posible que Campbell hubiera estado pintando en el Minnoch hasta las 11.05. En cuyo caso... Wimsey volvió a hojear el horario de trenes. En cuyo caso, un tren que llegara a Newton-Stewart a las 10.22 le habría resultado muy útil a alguien que planeara un asesinato, en el supuesto de que el asesino ya supiera que Campbell tenía intención de pintar aquel día en el Minnoch. Desde Newton-Stewart, en coche tardaría veinte minutos en llegar al lugar del crimen, tiempo más que suficiente. Y aunque Waters no tenía coche, esos trastos pueden alquilarse. Había riesgos, por supuesto, ya que en las zonas rurales todo el mundo se conoce y, además, ¿quién alquilaría un coche sin conductor a un desconocido sin averiguaciones previas? Sin embargo, si la fianza era lo suficientemente elevada, el propietario del coche quizá asumiera el riesgo. No debía borrar a Waters de la lista inmediatamente.

En ese momento Wimsey se maldijo por su estupidez. Estaba más claro que el agua que Waters había viajado tranquilamente a Glasgow acompañado por sus amigos y que volvería tranquilamente con ellos al día siguiente.

Miró el reloj. Naturalmente, era imposible que Waters hubiera vuelto en el tren de las nueve; sin embargo, no estaría de más comprobarlo.

Enfiló High Street, a pie. No había luz ni en el cuarto de estar ni en el dormitorio de la casa de Waters, y ambas habitaciones daban a la calle. La patrona pensaría que era tonto si volvía a preguntarle. Estaba también el estudio de Waters, un gran granero reformado en una bocacalle de Tongland Road. Si había vuelto, seguro que no estaría trabajando a esas horas. Sin embargo, cuando te sientes inquieto, cualquier excusa es buena para dar un paseíto.

Wimsey se dirigió hacia el castillo, subió el pequeño tramo de escalera y atravesó el prado junto al puerto. La marea empezaba a bajar y las marismas del estuario brillaban trémulas a la luz de la noche estival. El velero que había llegado aquella mañana estaba anclado en el malecón, y las verticales y horizontales de los palos y las jarcias se entrelazaban en primer plano, vigorosas, recortándose contra las elefantiásicas curvas del feo puente de cemento. Wimsey atravesó la explanada en la que se congregan los autobuses durante el día, bajó por el callejón de la fábrica de gas y, dejando atrás la estación, salió a Tongland Road.

Cruzó la calle, volvió a torcer a la derecha y desembocó en un paraje solitario, con un antiguo molino de agua desbordado, unas cuantas casas y una amplia explanada, abandonada y desierta, rodeada de naves y almacenes en ruinas.

Al estudio de Waters se accedía por un sendero que serpenteaba entre arbustos descuidados y abundante hierba. Abrió la puerta del jardín e intentó abrir la puerta de la casa. Estaba cerrada con llave y dentro no había señales de vida. El silencio era aplastante. Oyó un animalillo moviéndose por la hierba, el flop, flop chapoteante de las aspas de madera de la rueda hidráulica y, a lo lejos, en el pueblo, el ronco ladrar de un perro.

Wimsey se dio la vuelta. Según se iba, con el sendero pedregoso crujendo bajo sus pies, se abrió bruscamente la puerta de una de las casas y un largo rayo de luz iluminó el suelo. Enmarcada en la puerta, Wimsey vio la silueta de una mujer que escrutaba ansiosamente la oscuridad plateada.

De repente Wimsey cayó en la cuenta de que era la casa de Farren y se detuvo, casi decidido a ir a hablar con él, pero mientras vacilaba, alguien le puso a la mujer una mano en el hombro, la hizo entrar y cerró la puerta. Aquella acción rápida y furtiva desbarató los planes de Wimsey, aún a medio forjar. La otra persona era un hombre, pero más alto y fornido que Farren. Estaba seguro de que no era Farren y de que si llamaba a la puerta, no la abrirían.

FARREN

Sir Maxwell Jamieson no era un hombre que actuara con precipitación. Sensato, precavido y con fama de reservado, prefería saber exactamente qué terreno pisaba antes de arriesgarse a armar un revuelo con interrogatorios molestos. No le hizo precisamente mucha gracia ver ante su puerta a un Wimsey vibrante a la mañana siguiente, poco después del desayuno, cuando apenas había tenido tiempo de leer el periódico.

Era demasiado sensato para no hacer caso a Wimsey y sus teorías. Sabía que lord Peter tenía un olfato asombroso para los crímenes y que su ayuda era valiosa, pero no le gustaba aquella costumbre británica de precipitarse en situaciones con tal exceso de palabrería y entusiasmo. Cierto que Wimsey había dado muestras de cierto tacto al ir a verlo. En Blue Gate Close no había teléfono y, si Wimsey tenía que conocer la información más reciente, era mejor que la solicitara en privado en lugar de interrogar al sargento Dalziel llamando desde el bar de un hotel.

Pero sir Maxwell no estaba aún completamente convencido de que hubiera un asesinato que investigar. Lo de las bicicletas y demás objetos desaparecidos era interesante, pero no base suficiente para levantar un armazón de acusaciones tan intimidante. No cabía duda de que todo aquello se encontraría si se buscaba con más cuidado y entonces se derrumbaría la teoría del asesinato. Por supuesto, el asunto del rigor mortis resultaba delicado, pero mientras pasaba las páginas del Taylor y Glaister, sir Maxwell se convenció de que no era posible establecer leyes demasiado exactas ni fiables sobre el comienzo del rigor mortis.

Examinó con el ceño fruncido la lista de sospechosos de Wimsey: un documento repugnante, pensó, y con un fuerte resabio de difamación. Todas aquellas personas eran ciudadanos muy respetados. Gowan, por ejemplo: destacado vecino de Kirkcudbright desde hacía más de quince años, conocido y apreciado por todos, a pesar de sus pequeñas vanidades y su actitud un tanto autoritaria. Era un hombre adinerado, tenía una buena casa, con mayordomo y ama de llaves ingleses, y poseía dos coches, con chófer a su disposición en cualquier momento. ¿Era posible que se dedicara a golpear en la cabeza a sus colegas y los tirara a un río de salmones en el condado vecino? ¿Qué motivo podría tener para semejante cosa? Algo había oído sobre una discusión por un cuadro, pero sir Maxwell sabía por experiencia que los pintores discutían con frecuencia por cuadros, sin mayores consecuencias que dejar de tratarse una temporada o formar camarillas. Y Waters... un joven agradable, si bien capaz de molestar a los vecinos con sus peculiaridades del sur. Era lamentable que se hubiera peleado con Campbell, pero desde luego no era un hombre capaz de albergar rencores asesinos por unas palabras atropelladas con una copa de más encima. Y Farren...

Sir Maxwell se detuvo en ese momento, para hacer justicia a Wimsey. Cuando hay mujeres de por medio, nunca se sabe. Campbell iba de visita con frecuencia a la casa que hay junto al viejo molino. Según las habladurías, se habían proferido amenazas. Si había algo de cierto en todo aquello, también habría dificultades para descubrir la verdad. Las sospechas de Farren eran probablemente infundadas, porque solo con mirar a la señora Farren se daba uno cuenta de que era incapaz de ninguna maldad. Sin embargo, las esposas mienten y proporcionan coartadas, incluso si se trata del más disparatado de los maridos; aún más: en tales condiciones, cuanto más virtuosa la esposa, más mentirosa. Muy a su pesar, sir Maxwell tuvo que reconocer que no podía comprometerse a asegurar que, dada la naturaleza de las circunstancias, los Farren estuvieran libres de toda sospecha.

Y además, había otras personas en Gatehouse. Jock Graham, un tipo insensato e impulsivo donde los haya. Y además, listo. Si se trataba de elegir al hombre con la cabeza necesaria para planear un crimen ingenioso y sangre fría para llevarlo a cabo, ese era Graham, sin duda alguna. Graham tenía gran experiencia en gastar bromas y era capaz de contar una mentira, punto por punto, mirándote fijamente a los ojos y con expresión angelical. Era de todos sabido que Ferguson se llevaba mal con su esposa. Sir Maxwell no tenía noticia de ninguna otra cosa que lo perjudicara, y en su recta mente presbiteriana lo registró como un factor deshonesto. Strachan... En fin, Strachan era secretario del club de golf y muy respetado. Indudablemente, podía descartarse a Strachan, al igual que a Gowan.

Sonó el teléfono. Wimsey aguzó los oídos. Sir Maxwell levantó el auricular con una parsimonia desesperante. Habló y después se volvió hacia Wimsey.

–Es Dalziel. Será mejor que coja el supletorio.

–¿Es usted, sir Maxwell?... Sí, tenemos el informe del médico... Sí, confirma la teoría del asesinato. En los pulmones no había agua. Estaba muerto antes de caerse al regato. Fue por el descalabro en la cabeza. Tiene el hueso incrustado en el cerebro. Y sí, la herida se produjo antes de la muerte, y debió de morir casi en el acto. Tiene unas cuantas contusiones en la cabeza y unos golpes en el cuerpo, pero el médico piensa que se los hizo después de la muerte, cuando el cuerpo fue arrastrado por el agua, entre las piedras.

–¿Y la hora de la muerte?

–Pues precisamente a eso iba yo, sir Maxwell. El médico dice que Campbell llevaba por lo menos seis horas muerto cuando él vio el cadáver, a lo mejor hasta doce o trece. Así que la hora del asesinato tuvo que ser ya tarde por la noche o de buena mañana... o sea, entre la medianoche y las nueve. Y hay una circunstancia realmente sospechosa que corrobora la teoría, y es que el individuo no tenía nada en el estómago, nada reciente. Lo mataron antes de que desayunara.

–Pero si hubiera desayunado temprano, habría desaparecido del estómago antes de la hora del almuerzo –dijo Wimsey interviniendo en la conversación.

–Pues sí, pero no habría desaparecido del todo. El médico dice que tenía las tripas más vacías que el ojo de un tuerto y que se jugaría su prestigio profesional a que no había comido nada desde la noche anterior.

–Bueno, él debe saberlo –replicó Wimsey.

–Pues sí. Es su señoría al habla, ¿verdad? A su señoría le resultará grato saber que nuestra teoría queda así respaldada.

–Puede que resulte grato, pero ojalá no hubiera ocurrido –intervino Jamieson.

–Pues sí, sir Maxwell, pero poca duda cabe de que ha ocurrido y tenemos que hacer lo que podamos. Hay otra circunstancia extraordinaria: no hemos encontrado huellas dactilares reconocibles en los útiles de pintura y todo parece indicar que quien estuvo pintando llevaba guantes. Y el volante del coche está limpio como una patena. Sí, creo que pueden probarse las acusaciones. Sir Maxwell, ¿es usted de la opinión que deberíamos hacer público el asunto?

–No lo sé, sargento. ¿Qué piensa usted? ¿Lo ha consultado con el inspector Macpherson?

–Bueno, señor, piensa que debemos dar buenas razones para iniciar las pesquisas... Sí, más vale que nos andemos con tiento, pero la gente ya ha empezado a hablar sobre la pelea con Waters... sí, y con Farren... sí, y lo de que Strachan estuvo en Creetown la noche del crimen preguntando por Farren... Dudo que podamos mantener el asunto en secreto.

–Comprendo. En fin, quizá deberíamos divulgar que existe la posibilidad de un delito, que no estamos demasiado convencidos y esas cosas. Pero será mejor que no le cuente a nadie lo que dice el médico sobre la hora de la muerte. Yo iré enseguida a hablar con el fiscal y, mientras tanto, pondré a la policía de Kirkcudbright a trabajar.

–Sí, señor. Lo mejor sería que ellos se ocuparan de su parte. Yo tengo un informe de Stranraer del que tendré que ocuparme personalmente. Han detenido a un individuo joven que iba a subir al barco de Lame... En fin, ya lo llamaré más tarde, sir Maxwell.

El jefe de policía colgó el aparato y se encaró con Wimsey con hosca sonrisa.

–Desde luego, parece que tenía usted razón –reconoció de mala gana–. Pero ahora que han encontrado al hombre en cuestión en Stranraer, probablemente todo quedará aclarado esta misma mañana –añadió algo más animado.

–Es posible, pero dudo mucho que el hombre que preparó ese accidente de una forma tan inteligente sea lo suficientemente estúpido para escapar a Irlanda tan a destiempo. ¿No le parece? –replicó Wimsey.

–Cierto –contestó Jamieson–. Si hubiera querido huir podría haber tomado el barco de ayer por la mañana. Y si quería pasar por inocente, le habría ido mejor quedándose en casa.

–¡Humm...! Verá, creo que ya va siendo hora de que hablemos de varias cosas con Farren, Gowan y Waters (aunque este ha desaparecido) y, de hecho, con todos los habitantes de Kirkcudbright. Sir Maxwell, un tipo simpático, curioso y amable como yo puede obrar maravillas en momentos difíciles si se pone a cotillear por ahí con tacto. No tiene nada de raro que haga mi

recorrido matinal por los estudios, ¿no? A nadie le importa que lo haga. Fíjese si tendré domesticados a algunos que hasta me dejan que me quede en el estudio mientras pintan. Con un personaje público como usted podrían sentirse incómodos, ¿comprende?, pero yo no soy nada solemne. Probablemente sea la persona que menos respeto inspira en Kirkcudbright. Nací con cara de tonto y cada día soy más tonto en todos los sentidos. Pero si hasta usted me deja venir aquí a sentarme en sus sillas oficiales y fumar una pipa y no me considera más que un amable incordio, ¿no es cierto?

—Puede que tenga algo de razón —admitió Jamieson—, pero debe ser discreto. No hay necesidad de pronunciar la palabra asesinato.

—En absoluto —dijo Wimsey—. Dejaré que la pronuncien ellos primero. ¡Bueno, ya nos veremos!

El aspecto de Wimsey quizá no inspirase respeto, pero el recibimiento que le dispensaron en casa de Farren no justificaba que alardeara de que nadie se fijaba en él. Abrió la puerta la señora Farren, quien al verlo se apoyó en la pared sofocando un grito, quizá de simple sorpresa, pero parecía más bien de susto.

—¡Hola! —dijo Wimsey tan campante en el umbral—. ¿Cómo está, señora Farren? Hace siglos que no la veo..., bueno, desde el viernes por la noche en casa de Bobbie, pero parece un siglo. ¿Va todo bien? ¿Dónde está Farren?

Como un fantasma pintado por Burne-Jones en una de sus épocas más prerrafaelistas, la señora Farren tendió una mano helada.

—Muy bien, gracias. Hugh ha salido. Esto... ¿no quiere entrar?

Wimsey, que ya había entrado, aceptó la invitación con sumo gusto.

—Es usted muy amable. ¿Seguro que no molesto? Supongo que estará cocinando o algo, ¿no?

La señora Farren negó con la cabeza y lo acompañó al pequeño cuarto de estar con cortinajes azules y verde mar y cuencos de caléndulas.

—¿O esta mañana está con las bufandas? —La señora Farren hilaba y tejía bufandas de lana con dibujos bastante bonitos—. Envidio su trabajo, de verdad. Tiene un toque de lady de Shalott. La maldición ha caído sobre mí, y esas cosas. Me ha prometido que un día me dejará darle unas vueltas a la rueca.

—Me temo que hoy estoy un poco perezosa —dijo la señora Farren con una débil sonrisa—. Estaba... solo estaba... Disculpe un momento.

Salió y Wimsey la oyó hablando con alguien al fondo de la casa, sin duda la chica que hacía las tareas más pesadas. Miró a su alrededor y sus ojos de lince percibieron enseguida el extraño aspecto de abandono de la habitación. No es que estuviera exactamente descuidada; nada indicaba un gran revuelo, pero los cojines estaban aplastados, había alguna que otra flor marchita y una ligera capa de polvo cubría el alféizar y la mesa encerada. En las casas de algunos amigos de Farren eso podría haber significado simplemente despreocupación y no molestarse por nimiedades como el polvo y el desorden, pero con la señora Farren era una rareza plena de significado. Para ella, la belleza de una vida ordenada era algo más que una mera frase: era un dogma que había que predicar, un culto que había que rendir con pasión y concentración. Wimsey, que tenía mucha imaginación, vio en aquellas señales el testimonio de una noche de incertidumbre, de una mañana de terror; recordó la forma humana angustiada en la puerta y el hombre... Sí, allí también había un hombre. Y Farren estaba fuera. Y la señora Farren era una mujer muy hermosa, para quienes gusten de ese estilo, de rostro ovalado, grandes ojos grises y una mata de pelo de color cobrizo, con raya en medio y recogida en un gran moño en la nuca.

Alguien pasó por delante de la ventana... Jeanie, con una cesta colgada del brazo. La señora Farren volvió y se sentó en una silla de respaldo alto y estrecho, mirando hacia fuera como una mendiga afligida que empezara a preguntarse si el rey Copetua no sería una tribulación para la vida familiar.

—¿Y dónde se ha metido Farren? —preguntó Wimsey con absoluta falta de tacto.

Aquellos grandes ojos se ensombrecieron de repente, de miedo o de dolor.

—Se ha ido... a algún sitio.

—El muy pillín —dijo Wimsey—. ¿O es que está trabajando?

–Yo... pues no lo sé. –La señora Farren se echó a reír–. Ya sabe cómo son las cosas por aquí. La gente sale, te dice que volverá para cenar, se encuentra con alguien o alguien le dice que la pesca va muy bien en alguna parte, y si te he visto, no me acuerdo.

–Sí, lo sé. Es vergonzoso –dijo Wimsey comprensivo–. ¿Quiere decir que ni siquiera vino a casa para la cena?

–No, bueno... hablaba en general. Sí que volvió a casa a cenar.

–Y después se largó, diciendo que iba a comprar cigarrillos y que volvería al cabo de diez minutos, supongo. Es deprimente esta conducta nuestra, ¿verdad? Yo también cometo infracciones de este tipo, pero tengo la conciencia bastante tranquila. Al fin y al cabo, a Bunter le pago para que me aguante. No es como si tuviera una esposa cariñosa que se asomase cada cinco minutos a la puerta, con mis zapatillas calentitas, para ver si yo volvía.

La señora Farren aspiró una profunda bocanada de aire.

–Sí, ¿verdad? Es horrible.

–Horrible. No, lo digo en serio. Me parece injusto. Al fin y al cabo, nunca se sabe qué puede pasarle a la gente. Fíjese en el pobre Campbell.

En aquella ocasión no cabía duda: la señora Farren ahogó un grito de terror, casi un chillido, pero se recobró inmediatamente.

–Por favor, lord Peter, dígamelo, ¿qué es lo que ha pasado realmente? Jeanie me ha contado no sé qué historia de que se ha matado, pero como se pone tan nerviosa y tiene un acento escocés tan cerrado, no he acabado de enterarme.

–Me temo que sea cierto –respondió Wimsey con gravedad–. Lo encontraron en el Minnoch ayer por la tarde, con el cráneo fracturado.

–¿Con el cráneo fracturado? No querrá decir que...

–Bueno, resulta difícil saber cómo ocurrió. Verá, el río está lleno de piedras en esa zona y...

–¿Se cayó al agua?

–Eso parece. Estaba en el río, pero no se había ahogado, según el médico. Murió de un golpe en la cabeza.

–¡Qué horror!

–Qué raro que no se hubieran enterado ustedes, porque era muy amigo suyo, ¿no? –dijo Wimsey.

–Pues sí... Lo conocíamos mucho.

Guardó silencio, y Wimsey, pensando que iba a desmayarse, se levantó de un salto.

–A ver... igual esto la ha afectado demasiado. Voy a traerle un poco de agua.

–No, no...

Levantó una mano para detenerlo, pero Wimsey ya había salido como una flecha por el pasillo que llevaba al estudio, donde, según recordaba, había un fregadero con su correspondiente grifo. Lo primero que le llamó la atención fue el cuaderno de dibujo de Farren, abierto sobre la mesa, los tubos de pintura desparramados y la paleta tirada de cualquier modo. Detrás de la puerta había una vieja bata de pintor y Wimsey la inspeccionó con cierta minuciosidad, por dentro y por fuera, pero no encontró nada de interés. Llenó de agua una taza en el grifo, mientras recorría la estancia con los ojos. El caballete del estudio estaba en su sitio, con un lienzo a medio terminar. El caballete más pequeño, con los bocetos, estaba apoyado contra el fregadero, con las correas puestas. Saltaba a la vista que Farren no había salido a pintar.

Al salpicarle la mano, el agua le recordó lo que en teoría estaba haciendo allí. Secó la taza y se dio la vuelta para salir del estudio. En aquel momento se fijó en el aparejo de pesca de Farren, que estaba en un rincón detrás de la puerta. Dos cañas para truchas, una caña para salmones, una red, el garfio, la nasa y las botas de caucho. Claro que podía haber otra caña y que se puede pescar sin nasa ni botas de caucho, pero todas aquellas cosas, así dispuestas, sugerían un orden perfecto.

Wimsey volvió al cuarto de estar. La señora Farren rechazó la taza de agua con un movimiento brusco de la mano.

–Gracias... no me hace falta. Ya se lo había dicho. Estoy bien.

Sus ojos, preocupados e insomnes, la contradecían. Wimsey pensó que se estaba portando como un bruto, pero tarde o temprano alguien empezaría a hacer preguntas. Y también la policía.

–Su marido llegará pronto –dijo–. La noticia ya debe de conocerse en toda la región. La verdad, me sorprende que no haya vuelto todavía. ¿No sabe dónde está?

–No tengo la menor idea.

–Quiero decir, le llevaría un recado o lo que sea con mucho gusto.

–¿Por qué habría de hacerlo? Pero gracias de todos modos. La verdad, lord Peter, habla usted como si hubiera muerto alguien de mi familia. Conocíamos muy bien al señor Campbell, desde luego, pero al fin y al cabo, no hay razón para que tenga que sentirme tan afligida... Me temo que puedo parecer insensible...

–En absoluto. Solo pensaba que parecía usted un poco inquieta. Quizá lo he malinterpretado...

–Es posible –replicó la mujer con voz de agotamiento. Pero inmediatamente se animó un poco y se encaró con él, casi con entusiasmo–. El señor Campbell me daba lástima. Le caía fatal a todos, y eso le afectaba más de lo que la gente cree. Estaba continuamente enfrentado a todo el mundo y eso no le gusta a nadie. Y cuanto más odias a todo el mundo porque te odian, peor caes y más te odian. Yo lo comprendía. No me cae bien ese hombre. Es imposible, pero intenté ser justa. Creo que la gente no lo comprendía, pero no puedes dejar de hacer lo que te parece correcto porque la gente no te comprenda, ¿no?

–No –replicó Wimsey–. Si su marido y usted...

–Hugh y yo lo comprendíamos.

Wimsey asintió con la cabeza. Pensó que mentía. Era de todos sabido que Farren no soportaba a Campbell, pero la señora Farren era de esa clase de mujer que, en cuanto empieza a irradiar dulzura y luz, se empeña en cumplir su misión. Lord Peter examinó la boca carnosa, con aquel mohín, y la frente estrecha, resuelta. Era el rostro de una mujer que solo veía lo que deseaba ver, que pensaba que se podían suprimir todos los males del mundo fingiendo que no existían, cosas como, por ejemplo, los celos o la autocrítica. Una mujer peligrosa, por estúpida. Estúpida y peligrosa, como Desdémona.

–Bueno, pues nada –dijo Wimsey como para quitarle hierro al asunto–. A ver si ese truhán aparece pronto. Me había prometido enseñarme algunas cosas tuyas y estoy deseando verlas. Igual me lo encuentro mientras me doy una vuelta por ahí. Habrá ido con la bici, como siempre, ¿no?

–Sí, sí. Se ha llevado la bicicleta.

–Creo que en Kirkcudbright hay más bicicletas por habitante que en ningún otro pueblo en el que yo haya puesto el pie –dijo Wimsey.

–Porque somos todos pobres trabajadores.

–Desde luego. No hay nada más honrado que una bicicleta. Es imposible imaginarse a un ciclista cometiendo un crimen, ¿verdad?... Bueno, salvo un asesinato o intento de asesinato.

–¿Y por qué un asesinato?

–Pues porque van en pandillas a toda velocidad y en dirección contraria, no les funcionan los frenos ni el timbre ni los faros... A eso lo llamo yo asesinato, cuando casi siempre están a punto de tirarte a la cuneta. O suicidio.

Se puso de pie de un salto, con una exclamación de preocupación. En esta ocasión, la señora Farren se había desmayado de verdad.

GRAHAM

Tras haber prestado los primeros auxilios a la señora Farren, lord Peter Wimsey la dejó cómodamente recostada en el diván del cuarto de estar y fue en busca de Jeanie. La encontró en la pescadería y la envió a casa con la nueva de que su señora se encontraba indispuesta.

–Sí, no me extraña –dijo Jeanie con aire filosófico–. Anda preocupada por el señor Farren. A ver. Después de todo ese alboroto, coge y sale por la puerta, y no vuelve en dos noches.

–¿Dos noches? –preguntó Wimsey.

–Sí. Hace ya dos noches que se marchó en la bicicleta, soltando unas palabrotas tremendas y sin decir adonde iba ni qué iba a hacer.

–Entonces ¿no volvió anoche a cenar?

–¿Quién? ¿El? Claro que no, ni durante todo el día. El lunes por la noche fue cuando volvió y se encontró a Campbell en la casa y lo mandó a freír espárragos y después hubo una gresca tan grande que a punto estuvo la mujer de mi hermano de que le diera un ataque, y la señora Farren corriendo detrás de él con las lágrimas corriéndole por las mejillas. No sé por qué le hace tanto caso a ese hombre. Que lo mande al diablo, con sus celos y su mal genio.

Wimsey empezó a comprender por qué habían enviado a Jeanie a hacer un recado con tanta urgencia. Pero era una estupidez, porque no era de esperar que la chica no se fuera de la lengua con un chismorreo tan interesante. Tarde o temprano, la historia habría llegado a oídos de alguien. Se dio cuenta de las miradas curiosas que los seguían por la calle.

Le hizo unas cuantas preguntas más, pero no: la esposa del hermano de Jeanie no sabía exactamente por qué se había producido la pelea, si bien la había presenciado desde la ventana de su dormitorio. El señor Campbell había entrado en la casa hacia las seis de la tarde; después entró el señor Farren y el señor Campbell se marchó casi inmediatamente. No sabía si había habido una disputa entre Farren y Campbell, pero después el señor y la señora Farren estuvieron hablando durante al menos una hora en el cuarto de estar. El señor Farren no paraba de dar vueltas por la habitación, agitando las manos, y la señora Farren lloraba. Después oyó gritos y una especie de trifulca, el señor Farren salió por la puerta calándose el sombrero y cogió la bicicleta. La señora Farren corrió tras él, el hombre se zafó bruscamente y se marchó. Y no había aparecido por casa desde entonces, ya que la esposa del hermano de Jeanie había estado al acecho, para ver qué pasaba.

Aquello fue un lunes y ya estaban a miércoles, y el martes habían encontrado muerto a Campbell en el Minnoch.

Wimsey se despidió de Jeanie, tras aconsejarle que no hablara demasiado sobre los asuntos de sus señores, y se dirigió a la comisaría. De pronto cambió de idea. No había por qué levantar un revuelo antes de tiempo. Podía haber otros acontecimientos. No estaría de más ir a Gatehouse. Quería preguntarle algo a la señora Green, que le hacía la limpieza a Campbell. Además, a lo mejor podía encontrar algo en casa del pintor: cartas, papeles o cualquier cosa. De todos modos, no le vendría mal darse una vueltecita en el coche.

Atravesaba el puente de Gatehouse con tal intención cuando le llamó la atención un hombre alto que estaba a la puerta del hotel Anwoth departiendo con el agente de policía local. El individuo, astrosamente vestido, con una gabardina vetusta, pantalones bombachos desastrados, botas y polainas indecentes y una mochila, agitó la mano bruscamente a modo de saludo. Wimsey paró con imprudente presteza, estuvo a punto de dar muerte al gato del hotel y devolvió el saludo con igual brusquedad.

–¡Hooola! –gritó–. ¿Dónde te habías metido, granuja?

–Es precisamente lo que todo el mundo está loco por saber –contestó el hombre astroso tendiendo una mano grande y huesuda–. Al parecer, no se me permite marcharme por un asunto personal sin que se produzca un revuelo. ¿De qué se trata?

Wimsey miró al agente, que sacudió la cabeza con aire de misterio.

–Habiendo recibido órdenes de interrogar... –empezó a decir.

–Pero no habrá recibido órdenes de escribir una novela de misterio, ¿verdad? –le interrumpió el astroso–. ¿Qué pasa? ¿Acaso he cometido un delito? ¿Cuál? ¿Ir borracho y armar alboroto? ¿Ir en bicicleta sin el faro trasero? ¿Ser un peligro público o qué?

–Pues verá, señor Graham, señor... con respecto a la bicicleta, me gustaría saber...

–En esta ocasión no soy el culpable –replicó destempladamente el señor Graham–. Y en cualquier caso, llevarse algo prestado no es lo mismo que robarlo.

–¿Te dedicas a llevarte bicicletas? –preguntó con interés Wimsey–. Pues no deberías hacerlo. Es una mala costumbre. Las bicicletas son la maldición de este país. Para empezar, tienen el centro de gravedad demasiado alto y los frenos nunca funcionan como es debido.

–Ya lo sé. Es una vergüenza –dijo el señor Graham–. Cada bicicleta que me llevo prestada es peor que la anterior. A veces tengo que ponerme serio. El otro día por poco no me rompo la crisma con la bicicleta de Andy.

–¡Vaya! Conque es usted quien se llevó la bicicleta del muchacho, ¿no, señor Graham? –dijo el dueño, interviniendo en la conversación–. Puede llevársela cuando quiera, no voy a decir yo lo contrario, pero el muchacho está fastidiado, porque no sabe adonde ha ido a parar.

–O sea, que ha vuelto a desaparecer –dijo el señor Graham–. Pues mire, en esta ocasión no he sido yo. Y dígame a Andy que no pienso volver a llevarme ese ridículo artilugio hasta que tenga la decencia de arreglarlo. Y que Dios ayude a quien se la haya llevado, porque lo más probable es que se lo encuentren muerto en cualquier cuneta.

–Es posible, señor Graham, pero me gustaría que me contara... –dijo el agente.

–¡Maldita sea! –exclamó Jock Graham–, Pues no. No voy a contarle dónde he estado. ¿Por qué tendría que hacerlo?

–Vamos a ver si lo comprendes, muchacho –dijo Wimsey–. A lo mejor no te has enterado en tu misterioso refugio, pero resulta que encontraron muerto a Campbell en un río ayer por la tarde.

–¿Campbell? ¡Dios Santo! Pues no, no me había enterado. Vaya, vaya. Espero que le hayan sido perdonados todos sus pecados. Pero ¿qué había hecho? ¿Se tomó demasiadas cervecitas y se cayó del muelle de Kirkcudbright?

–Pues no. Al parecer, estaba pintando, resbaló en las piedras, se dio un golpetazo en la cabeza y cayó al agua.

–¿Que se dio un golpetazo? ¿O sea que no se ahogó?

–No, no se ahogó.

–Vaya. Yo le tenía dicho que había nacido estrellado, pero parece que se ha estrellado de otra manera. Sin embargo, tenía yo razón: no se ha ahogado. En fin, pobrecillo. Se acabó. ¿Y si nos tomamos algo en su honor? Una copita por el reposo de su alma. No es que me cayera bien, pero en cierto modo me da pena que ya no vaya a poder tomarle el pelo. ¿Se viene con nosotros, agente?

–Gracias, señor, pero si fuera usted tan amable de...

–Déjemelo a mí –murmuró Wimsey. Le dio un codazo al policía y siguió a Graham hacia el bar.

–Jock, ¿cómo es posible que no te hayas enterado? –dijo, una vez servidas las bebidas–. ¿Dónde has estado escondido durante los últimos dos días?

–Un golpe bajo. Eres tan curioso como aquí nuestro amigo. Llevo una vida retirada, sin escándalos ni historias en los periódicos. Pero cuéntame lo de Campbell. ¿Cuándo ocurrió?

–Encontraron el cadáver a eso de las dos –contestó Wimsey–. Y al parecer lo habían visto vivo y pintando a las once y cinco.

–Pues no perdieron mucho tiempo. Yo he pensado muchas veces que puedes sufrir un accidente en las montañas de por aquí y que nadie se enteraría durante semanas. Sin embargo, al Minnoch va mucha gente, por lo menos en la época de pesca. No creo que...

–¿Y cómo sabe, si me permite preguntárselo, señor, que el accidente tuvo lugar en el Minnoch?

–¿Que cómo...? Ya. Repitiendo las palabras de una mujer sumamente respetable y con un vestido muy cursi a quien en una ocasión oí por casualidad hablando con una amiga en Theobald's Road, hay más tomate del que parece a primera vista. Este interés por saber por dónde ando y el porrazo que se dio Campbell en la cabeza... ¿Debo entender que se me considera sospechoso de haber golpeado a ese buen hombre y de haberlo tirado al agua como el estrafalario caballero de la balada, agente?

–No exactamente, señor, pero por una cuestión de rutina...

–Ya. Comprendo.

–¡Vaya! –exclamó el dueño del bar, que empezaba a comprender las cosas–. No querrá decir que el pobre hombre fue asesinado, ¿no?

–Podría ser –contestó el agente.

–Eso quiere decir que sí –replicó Graham–. Lo veo en su expresiva mirada. Un bonito suceso en una tranquila población rural.

–Es terrible –dijo el dueño del bar.

–Venga, Jock, líbranos de tanta tristeza –intervino Wimsey–. Ya ves que la incertidumbre nos está matando. ¿Cómo sabías que Campbell estaba en el Minnoch?

–Por telepatía –dijo Graham, con una sonrisa de oreja a oreja–. Leo vuestra mente y se me aparece la imagen: el río lleno de piedras afiladas, la pendiente de granito que desemboca allí, el puente, los árboles y la oscura poza debajo... y me digo: «¡Diantre! ¡El Minnoch!». Elemental, querido Watson.

–No sabía que pudieras adivinar el pensamiento.

–Es una circunstancia sospechosa, ¿no? En realidad, no he adivinado nada. Sabía que Campbell pensaba ir al Minnoch porque me lo dijo ayer.

–¿Que te lo dijo?

–Me lo dijo, sí. ¿Por qué no? A veces hablaba con Campbell sin tirarle piedras, ¿sabes? El lunes me dijo que iría al día siguiente a pintar el puente. Me hizo un boceto, sin parar de resoplar... Ya sabes cómo es.

Graham sacó un trozo de tiza del bolsillo y se puso a dibujar en la barra del bar, arrugando la cara para imitar con verosimilitud los mofletes y los prominentes labios de Campbell y bosquejando contornos con su mismo trazo rápido. El dibujo apareció ante sus ojos con la mágica celeridad de una secuencia cinematográfica: el arroyo, los árboles, el puente y una aglomeración de abultadas nubes blancas, tan parecido al lienzo que Wimsey había visto en el caballete que se sobresaltó.

–Deberías ganarte la vida haciendo falsificaciones, Jock.

–Ese es el problema, que soy demasiado versátil. Pinto con el estilo de todos, excepto con el mío, y eso preocupa a los críticos. «El señor Graham sigue dando palos de ciego para encontrar un estilo propio»... y esas cosas. Pero es divertido. Mira, ahora Gowan.

Borró el boceto y lo sustituyó por una viva imitación en tiza de una de las composiciones características de Gowan: una sombría torre, una gran extensión de costa, un barco en primer plano con musculosos pescadores inclinados sobre las redes.

–Y ahora Ferguson: un árbol con vistosas raíces, el reflejo de las dos cosas en el agua, la lejanía en un tenue azul..., azules por todas partes, un montón de piedras para sujetar la composición. Y ahora Farren: vista de los tejados de Kirkcudbright, incluyendo Toolbooth, como el Arca de Noé construida con ladrillos como de parvulario, bermellón, amarillo de Nápoles, azul de ultramar... sofisticada ingenuidad y ninguna sombra. Waters... Ninguno de esos charlatanes se toma la molestia de dibujar... Cantera a vista de pájaro, con cada protuberancia identificable, caballo y carro con un escorzo bestial, para demostrar que sabe hacerlo. Pero si toda esa panda solo tiene un don del que yo carezco –derramó un poco de cerveza sobre la barra y la limpió con una manga andrajosa–, que es visión artística, una verdadera lástima. Ellos son totalmente sinceros, yo no, y esa es la diferencia. Wimsey, te aseguro que la mitad de esos puñeteros retratos por los que me pagan son caricaturas, pero los muy idiotas no lo saben. Si lo supieran, preferirían morirse a firmar los cheques.

Wimsey se echó a reír. Si Graham estaba jugando para ganar tiempo, le estaba saliendo bien la maniobra. Si lo que intentaba era desviar las sospechas sobre su peligroso talento para la imitación, su actitud de franqueza y naturalidad resultaba insuperable. Y la explicación que había dado era bastante verosímil. Al fin y al cabo, ¿por qué no podía haber dejado caer Campbell adonde pensaba ir, ya fuera ante Graham o ante cualquier otro?

El agente empezó a dar muestras de impaciencia.

–Por cuestión de rutina –murmuró.

–¡Vaya! –exclamó el señor Graham–. Este muchacho es de la raza bulldog.

–Evidentemente –replicó Wimsey–. Como san Gungulfo. Gritaron: «¡Santo cielo! ¡Qué tenacidad!». No es un viejecito bonachón. Está empeñado en obtener respuesta.

–¡Pobrecillo! –dijo Graham–. La necesidad debe de ser su dueña y señora, como decían las niñas en los viejos tiempos, antes de que se supiera nada de Montessori. Yo no he estado en el Minnoch, pero donde haya estado es asunto mío.

–Bien, señor –dijo el agente desconcertado. Entre las normas judiciales, la comisión investigadora, su resistencia natural a creer nada malo del señor Graham y sus deseos de asestar un golpe maestro, se encontraba en una situación difícil.

–Salga corriendo, muchacho –dijo Graham amablemente–. Aquí está perdiendo el tiempo. Solo con mirarme comprenderá que soy incapaz de matar una mosca. Mientras usted y yo intercambiamos bromas ante una pinta de cerveza, el asesino se está escapando.

–Debo entender que se niega categóricamente a decir dónde estuvo el pasado lunes por la noche.

–¡Por fin lo ha entendido! –exclamó Graham–, En este país somos lentos pero seguros, Wimsey. Eso es. Me niego categóricamente, rotunda y completamente, *in toto*. Tome nota por si se le olvida.

El agente así lo hizo, con gran solemnidad.

–En fin, tendré que comunicárselo a las autoridades.

–De acuerdo –dijo Graham–. Ya hablaré yo con ellas.

El agente sacudió la cabeza, dubitativo, y salió lentamente, con desgana.

–Pobre diablo –dijo Graham–. Es una vergüenza tomarle el pelo. ¿Otra, Wimsey?

Wimsey rehusó y Graham se marchó bruscamente, diciendo que tenía que ir a su estudio a hacer unas cosas.

El dueño del Anwoth lo siguió con la mirada.

–¿Qué hay detrás de todo esto? –preguntó Wimsey despreocupadamente.

–Pues alguna historia habrá –contestó el dueño–. Es un perfecto caballero, ese Graham, y se le dan muy bien las señoras.

–Desde luego –dijo Wimsey–. Ah, Rob, eso me recuerda que me han contado un nuevo chiste verde.

–¿En serio? –dijo el dueño, y cerró con cuidado la puerta entre el salón de la taberna y el bar.

Tras contar el chiste y despedirse, Wimsey volvió a concentrarse en el trabajo. La señora Green, la asistente, vivía en una casita no demasiado lejos. Estaba preparando bollos cuando llegó Wimsey, pero tras sacudirse la harina de las manos y colocarlos en la plancha, se mostró más que dispuesta a hablar sobre la súbita muerte de su señor.

Hablaba un escocés cerrado y estaba nerviosa, pero tras formular las preguntas dos o tres veces, Wimsey logró entender las respuestas.

–¿Desayunó algo el señor Campbell antes de salir el lunes por la mañana?

Sí. Había restos de panceta y huevos en la mesa, una tetera y una taza usadas. Al lado estaba la barra de mantequilla, que había disminuido con respecto a la noche anterior, y del jamón habían cortado unas lonchas.

–¿Es lo que suele desayunar el señor Campbell?

Sí, su desayuno consistía en huevos fritos con panceta, todos los días. Dos huevos y dos lonchas, y eso es lo que había tomado aquella mañana, porque la señora Green los había contado.

–¿También desayunó el señor Ferguson esa mañana?

Sí, el señor Ferguson tomó un arenque ahumado y un café. La señora Green le había llevado dos el sábado, y Ferguson tomó uno el domingo y otro el lunes por la mañana. No había notado nada inusual en ninguna de las dos casas y eso mismo le había dicho al policía que había ido a verla.

Wimsey fue dándole vueltas en la cabeza a estos asuntos mientras volvía a Kirkcudbright. Con el informe del médico, aquellos dos huevos con panceta resultaban más que sospechosos. Alguien había desayunado en casa de Campbell, y quien más fácilmente podría haberlo hecho era Ferguson. Otra posibilidad consistía en que, si no había sido Ferguson, este hubiera visto quién era. Una lástima que Ferguson se hubiera ido así a Glasgow.

Con respecto a Graham, al parecer no había estado en Glen Trool. Su silencio podía tener media docena de explicaciones. «Las damas» era el más evidente; por el bien de Graham, convendría

averiguar si tenía alguna relación en la zona. O a lo mejor había descubierto un río remoto, abundante en truchas, y no quería que nadie más lo supiera. O quizá lo hiciera simplemente por fastidiar. A saber. Bajo aquella extravagancia superficial, Graham era un hombre que se andaba con mucho ojo. Sin embargo, en un pueblo, donde todo el mundo conoce a todo el mundo, resulta imposible mantener tus movimientos totalmente en secreto. Alguien habría visto a Graham, eso si alguien decidía hablar. Pero era tan dudoso como todo en aquel caso, porque el habitante del campo es maestro en los silencios preñados de significado.

Wimsey fue a casa de sir Maxwell Jamieson para informarle de los huevos y la panceta, y fue recibido con un «Sí, vale» de lo más seco. No había noticias de Dalziel y volvió a casa, deteniéndose un momento al otro lado para confirmar que Waters no había regresado.

Bunter le dio una respetuosa bienvenida, pero daba la impresión de que algo lo preocupaba. Sin embargo, al preguntarle, resultó que se trataba simplemente de haber descubierto que los escoceses habían perdido hasta tal punto el sentido del decoro que llamaban a una fuente de servir «bandeja», a todas luces con la intención de confundir a los extranjeros y hacerles sentir como un elefante en una cacharrería.

Wimsey se compadeció de él y, para distraerlo de su humillante experiencia, le contó su encuentro con Jock Graham.

—¿De veras, milord? Ya estaba en mi conocimiento la reaparición del señor Graham. Según tengo entendido, estuvo en Creetown el lunes por la noche.

—¡Demonios! ¿Y cómo lo sabes?

Bunter tosió.

—Tras la entrevista con el joven en la cacharrería, entré unos momentos en el McClellan Arms, milord. No en el bar, sino en el salón contiguo, y mientras estaba allí oí a varias personas hablando sobre dicha circunstancia en el bar.

—¿Qué clase de personas?

—Personas toscamente vestidas, milord. En mi opinión, podrían dedicarse al oficio de la pesca.

—¿Y eso fue todo lo que dijeron?

—Sí, milord. Por desgracia, uno de ellos miró hacia el salón y descubrió mi presencia, y después no dijeron nada más sobre el asunto.

—¿Sabes quiénes son?

—Intenté averiguarlo por mediación del dueño, pero dijo que era un grupo de muchachos del puerto.

—Ya. Y supongo que no podrás enterarte de nada más. Humm. ¿Lograste ver a alguno?

—Solo al que miró hacia la puerta y apenas unos segundos. Los demás estaban de espaldas cuando yo aparecí, milord, y no quería parecer curioso.

—No, claro. En fin... Creetown queda de camino hacia Newton-Stewart, pero desde allí hasta el Minnoch hay un largo trecho. ¿Mencionaron la hora en la que vieron al señor Graham?

—No, milord, pero como se da la circunstancia de que hicieron alusión al número de consumiciones que tomó, entiendo que debió de ser cerca de la hora de cierre.

—Ya —dijo Wimsey—. Una investigación en los bares de Creetown podría resolver el asunto. Muy bien, Bunter. Creo que voy a despejarme la cabeza con una partida de golf esta tarde. Y tomaré filete con patatas fritas a las siete y media.

—Como desee, milord.

Wimsey jugó su partida de golf con el alcalde, pero sin grandes satisfacciones, aparte de ganarle cinco a tres. Dedujo de esa victoria que el alcalde tampoco se sentía muy tranquilo, pero no logró incitarlo a que hablara del asunto Campbell. Había sido «un desgraciado incidente» y el alcalde pensaba que «podría pasar un poquito de tiempo hasta que llegaran al fondo de la cuestión», tras lo cual la conversación se centró en la partida de herrón en Gatehouse, la reciente regata en Kirkcudbright, la escasez de salmón, los expolios de los pescadores furtivos en el estuario y los problemas de la distribución de aguas residuales en zonas sometidas a las mareas.

A las nueve y media, cuando Wimsey ya había despachado su filete a la parrilla y su tarta de ruibarbo y estaba absorto en unos números antiguos de *The Gallovidian*, lo despertó de su ensoñación un ruido de pisadas sobre los adoquines de la calle. Iba a levantarse para mirar por la ventana cuando se oyó un golpe en la puerta y a continuación una alegre voz femenina que dijo: «¿Podemos entrar?».

La señorita Selby y la señorita Cochran ocupaban casas contiguas y se las podía encontrar continuamente tomando té en el salón de una de ellas o bañándose junto a las arenas del Doon. La señorita Selby era alta, morena, un tanto angulosa, de una belleza recia, y pintaba al óleo figuras bastante buenas, potentes, también angulosas y bonitas. La señorita Cochran era redondita, alegre, divertida y con el pelo gris; hacía ilustraciones para revistas a la aguada y a tinta. A Wimsey le caían bien las dos, porque no eran nada tontas, y a ellas les caía bien Wimsey por la misma razón, y también porque Bunter les parecía sumamente gracioso. A Bunter le angustiaba ver que cocinaban y colgaban las cortinas ellas mismas. Corría en su ayuda con mirada de reproche, les quitaba el martillo y los clavos de las manos, con un respetuoso «Permítame, señorita», y se ofrecía amablemente a ocuparse de los estofados y demás guisos durante su ausencia. Ellas le recompensaban con verduras y flores de su jardín, regalos que Bunter aceptaba diciendo con respeto: «Gracias, señorita. Su señoría le quedará muy agradecido». Mientras Wimsey saludaba a sus invitadas, Bunter entró discretamente y, en cuanto hubo una pausa en la conversación, preguntó si las señoras deseaban cenar tras el viaje.

Las señoras respondieron que habían comido bien, pero un somero interrogatorio demostró que en realidad no habían tomado nada desde la hora de la merienda, salvo unos sándwiches en el tren. Wimsey ordenó inmediatamente que se les sirvieran tortillas, una botella de burdeos y los restos de la tarta de ruibarbo y, cuando Bunter se hubo retirado para preparar el banquete, dijo:

–Bueno, se han perdido toda la fiesta.

–Eso nos han dicho en la estación –dijo la señorita Cochran–. ¿Qué ha pasado? ¿Es verdad que el señor Campbell ha muerto?

–Verdad de verdades. Lo encontraron en el río...

–Y dicen que lo han asesinado –intervino la señorita Selby.

–Ah, ¿conque eso dicen? Pues también es verdad.

–¡Santo cielo! –exclamó la señorita Selby.

–¿Y quién dicen que lo ha hecho? –preguntó la señorita Cochran.

–Todavía no se sabe –contestó Wimsey–, pero parece que tienen la idea de que fue algo premeditado.

–¿Y por qué? –preguntó la señorita Cochran sin rodeos.

–Pues porque los síntomas apuntan a ello y parece ser que no ha habido robo ni nada... y, en realidad, por varias cosas.

–Y en realidad usted sabe más de lo que considera que debería contarnos. Bueno, qué suerte que tengamos coartada, ¿verdad, Margaret? Hemos estado en Glasgow desde ayer por la mañana, y esto ocurrió el lunes, ¿no?

–Eso parece –contestó Wimsey–, pero para asegurarse, están comprobando por dónde andaba todo el mundo desde el lunes por la noche.

–¿Quién es todo el mundo?

–Pues... las personas que mejor conocían a Campbell y demás.

–Comprendo. En fin, sabe que nosotras estábamos aquí el lunes por la noche, porque le dimos las buenas noches cuando entró, y nos fuimos ayer por la mañana en el tren de las nueve menos cuarto, y después tenemos todos los testigos que quiera para demostrar que estuvimos en Glasgow desde que llegamos hasta ahora, así que me imagino que no tendremos problemas. Además, se habría necesitado una persona con más fuerza que Mary o que yo para enfrentarse al señor Campbell. ¡Qué alivio saber que no pueden sospechar de nosotras!

–No... Ustedes y Waters están descartados, me imagino.

–Ah... ¿Dónde estaba el señor Waters?

–¿No estaba con ustedes?

—¿Con nosotras?

Se miraron. Wimsey se disculpó.

—Perdonen. La señora... como se llame... su casera, ¿cómo se llama?... me dijo que Waters se había ido con ustedes a Glasgow.

—Debió de entenderlo mal. El señor Waters dijo el domingo por la tarde en casa de Bob Anderson que a lo mejor venía, pero no lo hizo, así que pensamos que había cambiado de idea. De todos modos no esperábamos que viniera, ¿verdad, Mary?

—No. Pero ¿entonces no está aquí, lord Peter?

—Pues la verdad es que no —contestó Wimsey horrorizado.

—Bueno, en alguna parte estará —replicó la señorita Cochran tranquilamente.

—Desde luego, pero no cabe duda de que se marchó ayer alrededor de las ocho y media, diciendo que iba a Glasgow. O al menos esa fue la impresión que dio —dijo Wimsey.

—Pues no cabe duda de que no vino a la estación —replicó la señorita Selby con convicción—. Y tampoco estuvo en la exposición aquel día o yo no lo vi. Pero claro, a lo mejor tenía mejores cosas que hacer.

Wimsey se rascó la cabeza.

—Tengo que entrevistar a esa mujer otra vez —dijo—. Debo de haberla entendido mal. Pero es rarísimo. ¿Por qué había de levantarse y salir tan temprano si no fue a Glasgow? Sobre todo...

—¿Sobre todo qué? —preguntó la señorita Cochran.

—Pues que no podía imaginármelo —respondía Wimsey—. Estaba un poco achispado la noche anterior y suele costar bastante sacar a Waters de la cama incluso cuando se encuentra bien. Es una verdadera lástima. Pero no podemos hacer gran cosa hasta que aparezca.

—¿Podemos? ¿Quiénes? —preguntó la señorita Selby.

—Quiero decir la policía —contestó Wimsey sonrojándose un poco.

—Estará ayudando a la policía, supongo —intervino la señorita Cochran—. Olvidaba que tiene usted fama de Sherlock Holmes. Lamento que no podamos ayudarlo. Será mejor que le pregunte al señor Ferguson. Quizá se haya cruzado con el señor Waters en Glasgow.

—Ah, claro, Ferguson estuvo allí, ¿no?

Wimsey formuló la pregunta con indiferencia, pero no la suficiente para engañar a la señorita Cochran, que le lanzó una sagaz mirada.

—Sí, estuvo allí. Creo que podemos decirle la hora exacta en que lo vimos. —Cuanto más enérgica se ponía, más escocés se volvía el acento de la señorita Cochran. Plantó sus pies regordetes en el suelo y se inclinó hacia delante con una mano en cada rodilla, como un obrero con ganas de discutir en un tranvía—. Ese tren que cogimos llega a las dos dieciséis. Es malísimo, para en todas las estaciones, y habría sido mejor esperar al de la una cuarenta y seis en Dumfries, pero queríamos ver a la hermana de Margaret, Kathleen, y a su marido, y salían para Inglaterra en el tren de las cuatro. Vinieron a buscarnos a la estación, fuimos al hotel y tomamos algo, porque no habíamos comido nada desde las ocho (en ese tren no sirven comidas), y el hotel era un sitio como cualquier otro para charlar un rato. Los despedimos a las cuatro, y después tuvimos una pequeña discusión por si debíamos ir a casa de mi primo, donde nos íbamos a alojar, o echar un vistazo en la galería primero. Yo dije que era demasiado tarde para hacer nada, pero Margaret insistió en que sería buena idea ir a ver dónde habían colgado cada obra y volver al día siguiente y verlo todo como es debido, y a mí me pareció lo más sensato. Así que cogimos el tranvía y llegamos a la exposición a las cuatro y media, o unos minutos antes, y en la primera sala, ¿a quién vimos sino al señor Ferguson, en el momento en que salía? Así que, naturalmente, hablamos con él, y nos dijo que había recorrido todas las salas minuciosamente y que regresaría al día siguiente. Sin embargo, volvió a dar una vuelta con nosotras por la exposición.

Wimsey, que había intentado retener el horario de los trenes locales en la memoria y estaba calculando apresuradamente las llegadas y salidas, la interrumpió en ese momento.

—Supongo que de verdad había visitado ya la exposición, ¿no?

—Sí, sí. Nos explicó antes de entrar dónde estaba cada obra, y nos indicó las que le gustaban. Había ido en el mismo tren que nosotras, pero supongo que iría directamente a la exposición.

–En el mismo tren... el de las dos dieciséis. Sí, claro. Se subiría en Dumfries. Sale de allí a las once veintidós, ¿no? Sí, eso es. ¿Lo vieron en Dumfries?

–No, pero eso no significa que no estuviera allí. Seguro que él iría en un vagón de fumadores, y nosotras, que no fumamos mucho en lugares cerrados, nos decidimos por un compartimento de señoras, muy bonito y anticuado. De todos modos, si no lo hubiéramos visto en Glasgow, él sí que nos vio a nosotras, porque lo primero que nos dijo fue: «Las he visto en la estación, pero ustedes no me han visto a mí. ¿No eran Kathleen y su marido quienes estaban con ustedes?». Y después dijo que había llegado en el mismo tren.

–Muy bien –dijo Wimsey–. En fin, como usted dice, tendremos que ver a Ferguson... Quiero decir, la policía tendrá que verlo.

La señorita Cochran sacudió la cabeza.

–A mí no puede engañarme –dijo–. Está usted metido en esto hasta las cejas. Si llega a saberse la verdad, no me extrañaría que fuera usted.

–No –replicó Wimsey–. Este es prácticamente el único asesinato que no podría haber cometido. No tengo la destreza necesaria.

GOWAN

El inspector Macpherson, de Kirkcudbright, era una de esas personas meticulosas y faltas de imaginación capaz de investigar cualquier hipótesis, por rocambolesca que fuera. Le gustaban las pistas palpables. No prestaba la menor atención a consideraciones triviales como la improbabilidad psicológica. El jefe de policía le había presentado los hechos comprobados de la muerte de Campbell y Macpherson comprendió que apuntaban a que el culpable era pintor. Le gustaban. Y lo que más le gustaban eran las pruebas médicas: cosas serias, sólidas y enjundiosas sobre el rigor mortis y el aparato digestivo. También le agradaba el asunto sobre los trenes y los horarios; era algo que se prestaba a que lo escribiera en una tabla y lo verificara. El detalle del cuadro no le entusiasmaba: dependía de cuestiones técnicas que él personalmente no comprendía, pero mantenía una actitud lo bastante abierta para aceptar la opinión de los expertos en semejantes materias. Por ejemplo, haría caso a los consejos de su primo Tom en cuestión de electricidad o a la opinión de su hermana Alison en lo referente a ropa interior femenina, y no le importaría reconocer que un caballero como Wimsey pudiera saber más que él sobre los pintores y toda su parafernalia.

Por consiguiente, se percataba de que, a efectos de su trabajo, todos los pintores eran sospechosos, por ricos, respetables o afables que fueran, tanto si se habían peleado con Campbell como si no. Kirkcudbright era su jurisdicción y su labor consistía en reunir coartadas e información sobre todos los pintores de la zona, viejos o jóvenes, hombres o mujeres, virtuosos o perversos, sin hacer distinciones. Se aplicó a la tarea concienzudamente, sin omitir a Marcus McDonald, que estaba postrado en cama, a la señora Helen Chambers, que acababa de instalarse en Kirkcudbright, a John Peterson, que tenía noventa y dos años, ni a Walter Flanagan, que había vuelto de la Primera Guerra Mundial con una pierna artificial. Tomó nota de la ausencia de Waters y Farren, si bien no llegó tan lejos con ellos como lo había hecho lord Peter, y por la tarde se presentó ante la puerta de la casa del señor Gowan, cuaderno en mano y rectitud en mente. Había dejado a Gowan para el final, porque era bien sabido que trabajaba por la mañana y que le molestaban las interrupciones antes de la hora de la comida, y el inspector Macpherson no tenía intención alguna de crearse dificultades.

Abrió la puerta el mayordomo inglés, que en respuesta a la pregunta del inspector replicó lacónicamente:

—El señor Gowan no está en casa.

El inspector le explicó que estaba en misión oficial y volvió a solicitar una entrevista con el señor Gowan.

El mayordomo repuso con altivez:

—El señor Gowan ha salido.

El inspector le rogó que le dijera cuándo regresaría.

El mayordomo condescendió a dar más explicaciones.

—El señor Gowan está fuera.

Para la mentalidad escocesa, esa expresión no es tan tajante como para la inglesa. El inspector le preguntó si el señor Gowan volvería por la tarde.

Obligado a ser explícito, el mayordomo respondió impertérrito:

—El señor Gowan se ha ido a Londres.

—¿Ah, sí? —dijo el inspector, maldiciéndose por haber retrasado tanto la visita—. ¿Y cuándo se ha marchado?

El mayordomo parecía considerar aquella catequesis de mala educación, pero respondió:

—El señor Gowan se marchó a Londres el lunes por la noche.

El inspector se asustó.

—El lunes por la noche, ¿a qué hora?

El mayordomo dio la impresión de librar una profunda lucha interior, pero contestó, con gran autocontrol:

—El señor Gowan tomó el tren de las ocho horas y cuarenta y cinco minutos desde Dumfries.

El inspector se quedó pensando unos momentos. Si era cierto, también había que descartar a Gowan. Pero, por supuesto, había que verificarlo.

—Creo que debería entrar un momento —dijo.

El mayordomo pareció vacilar, pero al ver que varios vecinos de la calle de enfrente habían salido a mirarlos al inspector y a él, se hizo cortésmente a un lado y llevó a Macpherson hasta el magnífico vestíbulo revestido de paneles de madera.

–Estoy investigando el asunto de la muerte del señor Campbell –dijo el inspector.

El mayordomo inclinó la cabeza en silencio.

–Debo decirle, sin circunloquios, que lo de que el pobre caballero fue asesinado es más que una simple sospecha.

–Eso tengo entendido –replicó el mayordomo.

–Verá, es importante que obtengamos toda la información posible de quienes han visto últimamente al señor Campbell.

–Por supuesto.

–Y por cuestión de rutina, debemos saber dónde estaba todo el mundo en el momento en que ocurrió la desgracia, ¿comprende? –añadió Macpherson.

–Perfectamente –contestó el mayordomo.

–No cabe duda de que si el señor Gowan estuviera en casa, nos prestaría inmediatamente cuanta ayuda estuviera en su mano.

Al mayordomo le constaba que el señor Gowan lo haría con sumo gusto.

El inspector abrió el cuaderno.

–Se llama usted Halcock, ¿no es así? –empezó a decir.

El mayordomo lo corrigió.

–Jalcock –dijo, con cierto tono recriminatorio.

–¿Jota, a, dos eles? –sugirió el inspector.

–Oiga, mi nombre no lleva ninguna jota. La primera letra es a, y solo lleva una ele.

–Perdone –dijo el inspector.

–No tiene importancia –replicó el señor Alcock.

–Pues bien, señor Alcock, es pura formalidad, ¿comprende?, pero ¿a qué hora se marchó el señor Gowan de Kirkcudbright el lunes por la noche?

–Debió de ser poco después de las ocho.

–¿Quién lo llevó?

–Hammond, el chófer.

–¿Jammond? –dijo el inspector.

–Hammond –repitió el mayordomo con dignidad–. Jalbert Hammond se llama, con hache.

–Perdone –dijo el inspector.

–No tiene importancia –dijo el señor Alcock–. ¿Desearía hablar con Hammond?

–Dentro de un momento –contestó el inspector–. ¿Puede decirme si el señor Gowan vio al señor Campbell el lunes?

–No sabría decirle.

–¿Era el señor Gowan amigo del señor Campbell?

–No sabría decirle.

–¿Ha venido de visita el señor Campbell a esta casa recientemente?

–El señor Campbell no ha estado nunca de visita en esta casa, que yo sepa.

–¿De veras? Bien.

El inspector sabía tan bien como el señor Alcock que Gowan mantenía las distancias con el resto de la comunidad artística y que apenas invitaba a nadie salvo a una solemne partida de bridge de vez en cuando, pero consideraba su deber formular oficialmente tales preguntas. Siguió indagando a conciencia.

–Verá, simplemente estoy comprobando este asunto con todos los conocidos del señor Campbell. ¿Puede decirme qué hizo el señor Gowan el lunes?

–El señor Gowan se levantó a las nueve, como de costumbre, y desayunó a las nueve y media. Después dio una vuelta por el jardín y se retiró a su estudio, como acostumbra. Requirió el almuerzo a la hora acostumbrada, la una y media. Tras la comida volvió a sus actividades artísticas hasta las cuatro, hora en la que se sirvió el té en la biblioteca.

El mayordomo guardó silencio.

–¿Y qué más? –dijo el inspector animándolo a continuar.

–Después del té –añadió el mayordomo más pausadamente–, salió a dar una vuelta en el coche de dos plazas.

–¿Condujo Hammond?

–No. Cuando el señor Gowan va en el coche de dos plazas, acostumbra conducir él mismo.

–Ya. ¿Y adónde fue?

–No podría decirle.

–Bien. ¿Y cuándo volvió?

–Alrededor de las siete.

–¿Y después?

–El señor Gowan comentó que había decidido ir a la ciudad aquella noche.

–¿Había dicho algo antes?

–No. El señor Gowan acostumbra viajar de vez en cuando a la ciudad.

–¿Sin previo aviso?

El mayordomo inclinó la cabeza.

–¿No le pareció insólito?

–Desde luego que no.

–Comprendo. ¿Cenó antes de marcharse?

–No. Entendí que el señor Gowan dijo que cenaría en el tren.

–¿En el tren? ¿Quiere decir que tomó el de las nueve menos cuarto, en Dumfries?

–Eso se me dio a entender.

–Pero, hombre, ¿no se da cuenta de que el tren de las nueve menos cuarto no tiene conexión con Londres? Llega a Carlisle a las diez menos un minuto, que es muy tarde para cenar, y después no hay ningún tren a Londres hasta las doce y cinco. ¿Por qué no cenó aquí y tomó el de las once y ocho minutos en Dumfries?

–No sabría decirle. El señor Gowan no lo puso en mi conocimiento. Posiblemente el señor Gowan tenía algún asunto que tratar en Carlisle.

El inspector contempló la cara del señor Alcock, ancha, blanca, imperturbable, y dijo:

–Sí, puede ser. ¿Dijo el señor Gowan cuánto tiempo iba a estar fuera?

–El señor Gowan comentó que podría ausentarse durante una semana o diez días.

–¿Dejó alguna dirección?

–Deseaba que se remitieran sus cartas a su club.

–¿Que es...?

–El Mahlstick, en Piccadilly.

–¿Ha tenido noticias del señor Gowan desde su marcha?

El mayordomo enarcó las cejas.

–No. –Guardó silencio y después añadió, con menos frigididad–: El señor Gowan no escribiría a menos que fuera a fin de dar alguna instrucción especial.

–Sí, claro. Entonces, que usted sepa, el señor Gowan se encuentra en Londres.

–Así es, puesto que no se me ha comunicado lo contrario.

–De acuerdo. Bien, ahora me gustaría hablar un momento con Hammond.

–Como desee.

El señor Alcock tocó el timbre y acudió una doncella joven y bastante guapa.

–Betty, comunícale a Hammond que el inspector solicita su presencia –dijo.

–Un momento –dijo Macpherson–. Betty, hija, ¿a qué hora salió de aquí el señor Gowan el lunes por la noche?

–A eso de las ocho, señor –contestó rápidamente la chica dirigiendo una mirada al mayordomo.

–¿Cenó antes de marcharse?

–Yo no... no puedo hacer memoria, señor.

–¡Vamos, muchacha! Seguro que puedes acordarte de eso –dijo el señor Alcock en tono autoritario–. No hay nada que temer.

–No... no, señor Alcock.

–No –repitió el señor Alcock–. ¿Estás completamente segura de que el señor Gowan no cenó en casa el lunes por la noche?

–No.

El señor Alcock asintió con la cabeza.

–Entonces ve corriendo a darle el recado a Hammond... a menos que el inspector quiera preguntarte algo más.

–No –dijo Macpherson.

–¿Ha... ha pasado algo? –preguntó Betty con voz trémula.

–Nada en absoluto, nada en absoluto –contestó el mayordomo–. El inspector solo está haciendo unas investigaciones rutinarias, según tengo entendido. Betty, dale el recado a Hammond y vuelve inmediatamente. Nada de cháchara. El inspector tiene su trabajo, como tú y como yo.

–Sí... digo no, señor Alcock.

–Es buena chica –dijo el mayordomo mientras Betty salía corriendo–, pero algo dura de mollera, a ver si me entiende.

–Comprendo –comentó el inspector Macpherson.

Hammond, el chófer, era un hombre bajito, alegre, de habla mestiza, pero que delataba la fuerte veta del *cockney* innato. El inspector recitó su discurso preliminar sobre las investigaciones rutinarias y a continuación fue al grano.

–¿Llevó usted al señor Gowan a alguna parte el lunes pasado?

–Pues sí. Lo llevé a Dumfries.

–¿A qué hora?

–A las ocho, para coger el tren de las nueve menos cuarto.

–¿En el dos plazas?

–No, en el sedán.

–¿A qué hora volvió el señor Gowan con el dos plazas?

–A eso de las siete y cuarto, igual un poco antes o un poco después. A las siete y media yo estaba cenando, y el Riley estaba en el garaje cuando volví.

–¿Se llevó equipaje el señor Gowan?

–Una bolsita, un maletín de esos... Como así de largo.

Extendió los brazos poco más de medio metro.

–Comprendo. ¿Lo vio cuando subió al tren?

–No. Entró en la estación y me dijo que me volviera para casa.

–¿A qué hora fue eso?

–Las ocho treinta y cinco, minuto arriba, minuto abajo.

–¿Y volvió usted directamente a Kirkcudbright?

–Claro. No, a ver, un momento. Me traje un paquete con cosas.

–¿Sí? ¿Y qué eran esas cosas?

–Dos cuadros del señor Gowan, que eran de un señor de Dumfries. El jefe no quería que los enviaran por tren, así que yo los recogí en la casa. Estaba todo preparado para que fuera a recogerlo.

–¿Fue usted a esa casa después de dejar al señor Gowan en la estación?

–Eso es. De nombre Phillips, el caballero. ¿Quiere su dirección?

–Pues sí, si puede dármela.

El chófer se la dio.

–¿Comentó el señor Gowan algo de adonde iba?

–Solo dijo que quería coger el tren para Carlisle.

–¿Carlisle?

–Eso es.

–¿No dijo Londres?

–A mí no. El tren para Carlisle, me dijo.

–Ya... ¿Y cuándo le dio la orden?

–El señor Alcock bajó cuando estaba yo cenando y me dijo que el señor Gowan quería el sedán listo a eso de las ocho para ir a Dumfries. Y yo le digo: «Pues muy bien, así puedo recoger los cuadros al mismo tiempo». Eso es lo que dije y eso es lo que hice.

–Sí, muy bien. Está muy claro. Gracias, señor Hammond. No es nada, ¿comprende? Simple formalidad.

–De acuerdo. ¿Le vale?

–¿Cómo?

–Que si le vale, que si eso es todo, que si ha acabado.

–Ah, sí, de momento no quiero nada más.

–Pues hale, hasta más ver –dijo el chófer.

–¿Desea ver a la señora Alcock? –preguntó gentilmente el mayordomo, pero con expresión de estar para pocas bromas.

–No, no... Creo que no va a ser necesario. Muchísimas gracias, señor Alcock.

–De nada –contestó el mayordomo–. Confío en que pronto le eche el guante a ese bellaco. Encantado de haber sido de ayuda. Hay dos escalones hasta la puerta. Hermosa tarde, ¿no? Francamente, el cielo es una maravilla. Buenas tardes, inspector.

De todos modos, no estaría de más investigar en Dumfries, pensó el inspector. No se habrán olvidado de Gowan, con su larga barba negra. Qué cosa más rara que de repente quisiera pasar dos o tres horas en Carlisle esperando el tren de Londres. Podría haber alquilado otro coche para que lo recogiera en casa. Reflexionó un poco, mientras se dirigía hacia la comisaría. Además, esa muchacha no parecía tener tan claras las respuestas como los otros dos. Se echó la gorra hacia atrás y se rascó la cabeza. No importa, se dijo alegremente. Ya lo solucionaré.

LA SEÑORA MCLEOD

Las cosas estaban muy animadas en la calle de Wimsey aquella noche. Lord Peter había acompañado a sus visitas hasta sus respectivas casas y estaba pensando en volver a la suya cuando la puerta azul se abrió bruscamente y los gritos de dolor de un semejante lo empujaron a correr en ayuda del jefe de policía, que se había enredado con las bicicletas en el callejón.

—No me importa reconocer que este asunto me tiene francamente alterado —dijo sir Maxwell, cuando al fin se vio a salvo en el sillón de Wimsey, reconfortado por un whisky escocés—. Si hubiera una línea clara que seguir, estaría más contento. Incluso en el supuesto de que su lista de sospechosos incluyera todas las posibilidades (que, por cierto, de momento no estoy dispuesto a aceptar), incluso en ese caso, sencillamente no sé por dónde empezar la investigación. Que una o dos personas no tengan coartada es de esperar, pero que prácticamente todos estén bajo sospecha, me tiene francamente desconcertado.

—¡Válgame Dios! —exclamó Wimsey.

—Graham y Strachan estuvieron fuera toda la noche, como bien sabe, y no dan explicación alguna —prosiguió el jefe de policía—. Por lo que usted dice, Ferguson no tiene problema, pero aún no se le ha interrogado y, francamente, tras las experiencias de hoy, empiezo a dudar de que los movimientos de nadie pudieran someterse a una investigación. La desaparición de Farren es tan sospechosa que, si no fuera por la insólita conducta de los demás, cursaría inmediatamente una orden de detención. Gowan...

—¿También Gowan?

—Gowan se ha marchado a Inglaterra, y hay ciertos puntos en el informe del inspector Macpherson...

—De eso no me he enterado.

—No. —El jefe de policía le contó lo esencial de la entrevista del inspector con los criados y resumió—: Indudablemente, hay ciertos puntos que tenemos que examinar. Y ahora, ese asunto de mil demonios con Waters.

—Desahóguese. Una pena compartida es menos pena.

—Bien. Como Waters no ha aparecido con las señoras de ahí al lado, el inspector Macpherson ha hecho unas cuantas preguntas a la señora McLeod, quien al parecer lo ha confundido a usted, aunque pienso, y espero, que no a propósito. Y esas preguntas han sacado a la luz una circunstancia verdaderamente sorprendente.

»Al parecer, Waters pidió que lo llamaran temprano el martes por la mañana y comentó que estaba pensando en ir a Glasgow. El lunes por la noche, la señora McLeod lo oyó entrar con usted y subir a su cuarto. Después usted volvió a salir. Calcula que serían las diez y media. ¿Es así?

—¿Quiere decir que si me marché a las diez y media? Sí, más o menos.

—Bien. Entre las once y la medianoche, la señora McLeod oyó a alguien tirando piedras a la ventana de la habitación de Waters. Su habitación está una puerta más allá de la suya, y ambas dan a High Street. Se asomó y vio a un hombre abajo. No pudo distinguirlo bien, pero al parecer era más bien bajo y robusto, e iba bien abrigado, con sobretodo y bufanda. Estaba a punto de gritarle que se callara cuando se abrió la ventana de Waters, y lo oyó decir muy enfadado: «¿Qué demonios quieres?». El hombre de abajo dijo algo que ella no entendió y Waters dijo: «Bueno, pero no armes tanto escándalo. Ahora bajo».

»Entonces la señora se inclinó un poco más y vio un coche de cuatro plazas estacionado a escasos metros. Waters bajó poco después con ropa de calle, pantalones y jersey, según cree, y el hombre y él fueron al cuarto de estar de Waters. Estuvieron hablando un rato y la señora McLeod volvió a acostarse. Al cabo de un rato oyó a alguien que subía corriendo a la habitación de Waters y volvía a bajar, y la puerta de abajo se abrió y se cerró. La señora McLeod volvió a asomarse y vio a los dos hombres subir al coche y marcharse. Al cabo de unos tres cuartos de hora (a esas alturas ya estaba completamente despierta), oyó que se abría la puerta con suavidad y que alguien subía de puntillas la escalera y entraba en la habitación de Waters.

»Después no ocurrió nada más, y llamó a la puerta de Waters a las siete y media, como estaba previsto, con el agua para que se afeitara, y a las ocho dejó el desayuno en el cuarto de estar.

Después fue a la parte trasera de la casa a hacer unas cosas, y cuando volvió a entrar, Waters había tomado una pizca de desayuno y se había marchado.

»Pero hay otros dos puntos interesantes. En primer lugar, Waters se marchó (al parecer a ver una exposición en Glasgow) vestido con un viejo jersey, pantalones de franela gris, zapatillas de tenis y una vieja gabardina. Y en segundo lugar, se llevó la bicicleta.

–¿Cómo? –exclamó Wimsey.

–Que se llevó la bicicleta. O para ser exactos, su bicicleta, que se queda dentro, junto a la puerta de entrada, estaba allí el lunes por la noche y a las ocho y media del día siguiente había desaparecido. Suponemos que se la llevó Waters.

–¡Cielo santo!

–¿Qué conclusión saca de todo esto? –preguntó el jefe de policía.

–La conclusión que usted quiere que saque –dijo Wimsey con lentitud– es que el hombre que estaba en la calle era Campbell, que volvió a terminar la bronca con Waters. Que se fueron juntos a pelearse. Que en la pelea Campbell se rompió la cabeza. Que Waters escondió el cadáver en alguna parte. Luego volvió a casa a fin de parecer lo más normal posible. Que después trazó un plan para ocultar el asunto y a la mañana siguiente se marchó a la hora prevista, metió el cadáver y la bicicleta en el coche de Campbell y salió a toda velocidad hacia el Minnoch a amañar el accidente.

–¿Y qué otra conclusión podría sacar?

–Podría sacar muchas cosas... pero, para no ocultar nada –dijo Wimsey–, debo reconocer que las circunstancias parecen encajar en el crimen. Salvo, quizá, por un detalle.

–Sí, ya lo había pensado. ¿Qué hizo con el cadáver entre la medianoche y las ocho de la mañana?

–No –contestó Wimsey–. No veo dificultad alguna en eso. Lo único que tuvo que hacer fue meter el cuerpo en el coche y llevarlo al estudio. Allí hay sitio de sobra y la gente deja coches y carros en la calle. Nadie se iba a fijar en un coche viejo lleno de trastos tapados con una alfombra. No es como si lo hubiera dejado en Piccadilly Circus. Aquí la gente deja el coche fuera toda la noche y nadie se preocupa. No, no es eso lo que me desconcierta.

–¿Entonces?

–Pues que si todo eso es verdad, ¿dónde está Waters? Ayer debería haber estado aquí para demostrar a las claras su inocencia. ¿De qué sirve tramar una farsa tan complicada y después huir y despertar sospechas?

–A lo mejor le entró miedo y se echó atrás. En todo caso, su objeción es aplicable a todos, salvo Strachan y posiblemente Ferguson.

–Cierto. En fin, jefe, creo que va a tener que organizar una persecución en toda regla para encontrar a Waters.

–Supongo que sí. ¿Cree usted que eso significa Scotland Yard?

–Necesitará ayuda para seguirles la pista a estas personas por todo el país. Podrían estar en cualquier parte. Pero me inclino a pensar que en este caso se realizaría mejor la tarea con la información que se pueda reunir en la zona. Claro que mi situación no me permite pronunciarme, ¿no le parece?

–Preferiría que lo solucionáramos nosotros, por supuesto. Macpherson trabaja bien, y también Dalziel.

–Eso me recuerda algo. ¿Qué ha pasado con el joven que detuvieron en Stranraer?

Sir Maxwell soltó un gruñido.

–Un desastre. Resulta que es un forastero absolutamente respetable, empleado de una fábrica de ropa de Larne. Al parecer tenía permiso para ir a ver a su familia, que vive en una granja perdida, cerca de Pinwherry. Le dieron un fin de semana largo, hasta el lunes por la noche. Esa noche celebraban no sé qué juerga y convencieron al muchacho de que se quedara. El martes, en cuanto se recuperó, se fue derecho a la estación, pensando que podría volver aquella tarde, pero se confundió con el horario y vio que no podía coger un barco antes de las siete.

–Al haber perdido el barco de la mañana, claro.

–Efectivamente. Ese era el que tenía intención de tomar en principio, pero debido a la juerguecita, no lo cogió. Y al llegar a Stranraer, decidió que no tenía sentido volver esa noche, y que

lo mismo le daría quedarse y coger el de las seis y diez el miércoles por la mañana. Por consiguiente, el recado que envió Dalziel a la policía de Stranraer lo pilló cuando iba a abordar el barco de esta mañana. Dalziel lleva todo el día trabajando como un negro, porque han tenido que identificarlo la familia, el jefe de estación de Pinwherry y los empleados de Larne, y resulta que su historia es completamente cierta y que si de algo es culpable es de estar demasiado borracho para volver al trabajo el lunes por la noche. ¡Maldito sea ese tipo! Ha hecho perder un día entero a nuestro mejor agente y nos ha dejado exactamente donde estábamos. Ojalá lo despidan.

–Vamos, no sea vengativo –dijo Wimsey–. No podía saber lo inoportuno que iba a ser. «Debió de entrarle un susto de muerte», como dice el hombre del libro de Ian Hay sobre los piojos de su manta.

El jefe de policía soltó un gruñido.

–¿Alguna novedad sobre el hombre de la bicicleta que cogió el tren en Girvan?

–Nada, salvo que han revisado los billetes y, efectivamente, fue a Ayr.

–¿Y la bicicleta?

–Parece que también fue entregado el billete de la bicicleta, pero no encontramos a ningún revisor que recuerde nada al respecto. Sería mucho más fácil si supiéramos qué tipo de bicicleta estamos buscando.

–Hummm... Sí. No sería mala idea tener una descripción exacta. La señora McLeod debería saber cómo es la bicicleta de Waters. Y seguro que Andy se conoce al dedillo hasta el último rayón de su viejo cacharro. Por cierto, tiene neumáticos nuevos. Eso resultará útil.

–Y la bicicleta de Farren.

–Eso es. Y además, en nuestra calle hay un buen surtido de bicicletas, de hombre y de mujer. Cualquiera que hubiera necesitado urgentemente una en Gatehouse o Kirkcudbright no habría tenido grandes dificultades en llevársela. Y todas se parecen mucho: son bicicletas recias, resistentes, más viejas que Matusalén. La bicicleta del asesino, si es que es tal asesino y utilizó una bicicleta, podría estar tranquilamente en casa en estos momentos.

–Es posible –replicó el jefe de policía–, pero de todos modos vamos a divulgar esas descripciones.

EL SARGENTO DALZIEL

El sargento Dalziel se despertó el martes por la mañana fatigado y de mal humor. Contaba con el joven de Stranraer. Pensaba que recibir el parte de un asesinato a la hora del almuerzo el martes y pillar al asesino a las seis de la mañana del día siguiente habría sido un gran éxito. Y ahora resultaba que tenía que empezar desde el principio. Los voluminosos informes de Kirkcudbright, contradictorios y confusos, le tenían preocupado. Además, no le convencía lo del ciclista de Grivan. Seguro que podían localizar al ciclista y su bicicleta. Las investigaciones por teléfono nunca acababan de convencerlo. Pensó que no le quedaba más remedio que ir allí. Con un gruñido de fastidio, se metió en su destartado coche, recogió al agente Ross, que iba a ejercer las funciones de ayudante de campo, y salió a la caza y captura de descripciones.

Empezó por el hotel Anwoth. Allí tuvo la suerte de poder interrogar al indignado propietario de la bicicleta desaparecida, que le proporcionó numerosos datos. Tenía que buscar una Raleigh de seis años de antigüedad, con dos neumáticos Dunlop nuevos. El cuadro estaba pintado de negro, uno de los mangos del manillar estaba ligeramente roto, no tenía timbre y los frenos estaban defectuosos. Llevaba una bolsa de herramientas, una bomba neumática en la barra y transportín detrás. El sargento anotó todos los detalles, prometió tomarse interés por el asunto y siguió su camino.

Su tarea resultó más difícil en la casa de huéspedes donde se alojaba Waters. La señora McLeod había visto la bicicleta una semana tras otra en el pasillo de su casa pero, como la mayoría de las personas de su sexo y condición, tenía una idea muy vaga de cómo era. Era «vieja», de «color normal» y la mujer «no podía hacer memoria» sobre los accesorios, pero pensaba que llevaba una lámpara o que antes la llevaba, porque en una ocasión se quejó de que algo había goteado en su suelo. En cuanto a la marca, ni se le había ocurrido mirarla.

Sin embargo, su hijo pequeño era más observador. Aseguró que era una Humber muy vieja, llena de herrumbre, y que no tenía ni timbre, ni lámpara ni bomba neumática.

—Pero el nombre del señor Waters está en una etiqueta de equipaje —añadió encantado de poder ofrecer una pista tan útil.

—Sí, pero dudo que siga allí —comentó el sargento.

Siguió con la casa de la señora Farren. Al principio no consiguió absolutamente nada. La señora Farren no tenía «la menor idea» sobre la marca de la bicicleta de su marido. Se disculpó por tener tan poco sentido práctico y dio a entender al sargento que un artista no se fijaba en tales detalles.

—Ni siquiera podría decirle de qué marca es la mía.

—Hummm... ¿Podría echarle un vistazo a su bicicleta, señora? —preguntó el sargento asaltado por una súbita idea.

—Desde luego. —Lo llevó hasta una pequeña construcción del jardín y señaló una Sunbeam limpia y cuidada, no nueva, pero sí engrasada y con todas las piezas en buen estado.

—La tiene usted muy cuidada —dijo Dalziel complacido.

—Me gusta tenerlo todo ordenado y limpio —dijo la señora Farren—. En la limpieza y el aseo hay belleza. Incluso los objetos inanimados pueden exhalar una especie de encanto si se los cuida, ¿no le parece?

—Sin duda, señora Farren, sin duda. ¿Compraron la bicicleta de su marido y la suya al mismo tiempo?

—No. La de mi marido es más nueva que esta.

—Ah —dijo Dalziel decepcionado—. Comprendo. En fin, seguro que su marido volverá muy pronto. Supongo que no habrá sabido nada de él, ¿verdad?

—No, pero no me sorprende demasiado. Pasa días enteros fuera. Ya sabe cómo son los hombres, sobre todo los pintores y los pescadores.

—Pues sí —replicó Dalziel tranquilamente—. Bueno, si por casualidad nos lo encontramos, le diremos que lo están esperando en casa. ¿Podría hablar un momento con la chiquita? A lo mejor sabe qué clase de bicicleta es.

—¿Con Jeanie? Desde luego... aunque dudo que sepa gran cosa. No dejo de decirle que debería ser más observadora, pero me temo que no soy un buen ejemplo para ella. Por cierto, sargento, ¿le importaría decirme por qué...?

Se quedó callada y se llevó una mano al cuello como si le costara pronunciar las palabras o como si, sintiéndose en la obligación de formular la pregunta, fuera reacia a conocer la respuesta.

—¿Por qué qué? ¿Qué iba a decir?

—Que por qué tanto alboroto por la bicicleta de mi marido.

El sargento la miró fijamente unos segundos, después desvió la mirada y respondió en tono amable:

—No, no es nada, pero es que últimamente se han echado en falta varias bicicletas y hemos encontrado a un vendedor en Castle-Douglas con dos o tres de las que no es capaz de responder. Digamos que estamos haciendo una especie de redada por el distrito para ver si identificamos alguna de ellas. De todos modos, ¿está segura de que el señor Farren se llevó la bicicleta?

—Que yo sepa, sí. ¿Por qué no? Salió con ella. Pero... claro, no sé... a lo mejor la ha dejado en alguna parte... ¿cómo voy a saberlo? Desde el lunes se la pueden haber robado en alguna parte, cualquiera. Yo... ¿la han encontrado? —Bajo la mirada fija de Dalziel, había empezado a tartamudear.

«Juraría que sabe muy bien que lo de la bicicleta es importante, pero que no sabe si el marido se la llevó o no», pensó Dalziel. «¿Quién iba a habérselo dicho? Desde luego, no lord Peter, con todo lo listo que es y lo mucho que habla. Tampoco Macpherson, porque a ese no se le escaparía nada. Para mí que alguien piensa que la bicicleta se va a encontrar en un sitio raro.»

Como era de esperar, Jeanie no sabía gran cosa sobre la bicicleta y, aparte de que el señor Farren tenía la costumbre de limpiar ambas bicicletas y de que se tomaba «pero que muchas molestias» con ellas, no aportó más datos. A todas luces, un hombre que se preocupaba de sus herramientas y es exigente con ciertas cosas, a pesar de ser pintor.

Una tienda de bicicletas del pueblo resultó de más ayuda. El vehículo en cuestión era una Raleigh, no nueva pero sí en muy buen estado: negra, con el manillar niquelado. En la tienda habían colocado un neumático Dunlop nuevo en la rueda trasera unas semanas antes; el neumático delantero era de la misma marca y tenía unos seis meses. Timbre, frenos, faros y piñones se encontraban en buen estado.

Con tales detalles en su poder, el sargento se dirigió a la estación de Girvan, donde vio al mozo en cuestión, un hombre de mediana edad llamado McSkimming, quien le repitió, con más pormenores, lo que ya le había contado al jefe de estación.

El tren procedente de Stranraer tenía prevista su entrada a las 13.06, y el martes había llegado con puntualidad. Acababa de entrar en la estación cuando llegó un caballero, empujando precipitadamente una bicicleta. Llamó a McSkimming, quien se fijó en aquella voz inglesa, aguda y afectada: «¡Eh, moozo!». El caballero le dijo que facturase la bicicleta para Ayr, rápido, y el mozo empujó la bicicleta hasta la ventanilla de las etiquetas. Mientras la estaba etiquetando, el caballero desató la correa que sujetaba un maletín de cuero al transportín y dijo que iba a llevárselo al vagón. Como andaba mal de tiempo, sacó un billettero del bolsillo y le pidió a McSkimming que fuera a comprarle un billete de tercera clase y el de la bicicleta para Ayr. McSkimming volvió corriendo y vio al pasajero frente a la puerta de un vagón de fumadores de tercera clase. Le entregó los billetes, cogió la propina y metió la bicicleta en el furgón. El tren salió casi de inmediato.

No, no se había fijado mucho en la cara del caballero. Llevaba traje de franela gris y gorra de cuadros, y se pasaba el pañuelo por la cara de vez en cuando, como si tuviera mucho calor por haber ido en bicicleta a pleno sol. Al darle la propina dijo que se alegraba de haber cogido el tren y que el trayecto desde Ballantrae era tremendo. Llevaba anteojos levemente tintados, como los que se utilizan para protegerse del sol. Podía ir completamente afeitado o quizá tuviera un pequeño bigote. McSkimming no había tenido tiempo de fijarse en detalles, ya que se encontraba mal, con un terrible dolor de estómago. Si acaso, se sentía incluso peor, y dudaba que andar con equipajes pesados le sentara bien a nadie en un día de calor.

Dalziel se compadeció de él y le preguntó si pensaba que podría reconocer al hombre o la bicicleta si volvía a verlos. El mozo respondió que no lo sabía, pero que creía que no. La bicicleta era vieja y estaba llena de polvo. No se había fijado en la marca. No tenía que ocuparse de eso. Su

cometido consistía en facturarla para Ayr, así que le puso la etiqueta, la metió en el furgón y se acabó.

Y de momento, nada más. La bicicleta llevaba transportín, igual que muchas otras bicicletas. Parecía vieja, y por consiguiente no era probable que fuera de Farren, pero también cabía esa posibilidad. No cabía duda de que el pasajero, quienquiera que fuese, y la bicicleta, fuera como fuese, habían partido en el tren de las 13.11 con destino a Ayr.

Dalziel le dio las gracias y una propina al mozo y volvió a su coche. Al consultar el horario, vio que el tren solo paraba una vez antes de Ayr, y que era en Maybole. Valía la pena acercarse y comprobar si, por casualidad, el pasajero había abandonado el tren allí en lugar de seguir hasta Ayr.

En Maybole se entrevistó con el jefe de estación, por quien se enteró de que el martes solo se habían apeado dos pasajeros del tren de Stranraer. Eran mujeres y ninguna llevaba bicicleta. Lo que era de esperar. El jefe de estación añadió que los billetes de todos los pasajeros con destino a Ayr del tren en cuestión se recogían en Maybole. Se habían entregado ocho billetes de tercera (como quedó demostrado al consultar los billetes de ida y vuelta en la taquilla), incluyendo uno de Girvan. Se comprobaba la posible discrepancia entre el número de billetes expedidos y recogidos en la Oficina de Intervención de Glasgow y se notifica en el plazo de tres días, de modo que si pasaba algo raro con aquellos billetes, tenían noticia al día siguiente. El billete de la bicicleta de un pasajero con destino a Ayr no se recogía en Maybole; el pasajero lo retenía hasta que reclamaba el vehículo en Ayr.

Dalziel dejó instrucciones para que se le comunicara cualquier consulta relacionada con los billetes y los dos policías se dirigieron a Ayr.

La estación de Ayr es bastante grande y sirve de empalme para varias líneas de ferrocarril. La línea principal, de Stranraer a Glasgow, atraviesa la estación. Al este de esta línea está el andén principal, con el vestíbulo, el quiosco de prensa, la entrada de la estación y varios andenes de los ramales.

Dalziel centró sus primeras pesquisas en la cuestión del billete de bicicleta. Tras consultar los registros, averiguó que se había expedido un billete desde Girvan para un trayecto de cuarenta kilómetros y que lo habían entregado en Ayr. La siguiente cuestión era: ¿a quién se le había devuelto ese billete? Puesto que todos los billetes de los pasajeros se habían recogido en Maybole, no habría habido ningún revisor en el andén en aquella ocasión concreta. Por consiguiente, lo más probable era que lo hubieran entregado al mozo que había sacado la bicicleta del furgón.

Dalziel y Ross interrogaron a los mozos uno por uno, pero todos tenían la certeza de no haber sacado ninguna bicicleta del tren de Stranraer el martes. No obstante, uno de ellos recordó algo del billete. Tras ayudar a bajar del tren a varios pasajeros, había vuelto al furgón de cola para encargarse de los equipajes. El guarda le había entregado un billete de bicicleta, diciéndole que era de un caballero que ya se la había llevado. Al mozo le pareció un truco para no dar propina, pero supuso que el viajero tendría prisa, puesto que el guarda lo había visto empujando la bicicleta a toda velocidad hacia la salida. Naturalmente, para entonces el pasajero ya habría abandonado la estación. Mucha gente era tacaña con las propinas, sobre todo los ciclistas. Con los malos tiempos que corrían y el dinero tan escaso, hoy en día te daban dos peniques, mientras que antes te daban seis o incluso un chelín. Y a eso se le llamaba gobierno socialista. Las cosas iban peor que nunca para los trabajadores, y el tal Jimmy Thomas se había vendido en cuerpo y alma a los capitalistas. Si a él (el mozo) lo hubieran tratado como es debido, sería algo más que un mozo de estación hacía tiempo, pero como todo se te pone en contra de golpe...

Dalziel interrumpió bruscamente la jeremiada preguntando si estaría el mismo guarda en el tren aquella tarde. El mozo respondió que sí y Dalziel decidió esperar e interrogarlo cuando llegara. Entretanto pensó que Ross y él podían comer algo, tras lo cual tendrían que buscar a alguien que hubiera visto al ciclista salir de la estación.

Los dos policías discutieron la estrategia mientras comían apresuradamente en la cantina. Podrían tardar algún tiempo en localizar a su presa tras salir de la estación de Ayr, y Dalziel tenía que volver a Newton-Stewart lo antes posible, para mantenerse en contacto con Macpherson. Había que realizar varias pesquisas de rutina en Glasgow y pensó que sería conveniente disponer de

fotografías de todas las personas bajo sospecha en aquel momento, con el fin de identificar al ciclista, si era posible. Como todos ellos eran pintores conocidos, cabía la posibilidad de que, indagando en las principales agencias de prensa de Glasgow, dieran con las fotografías, un plan mucho mejor que preguntar directamente por ellos en Gatehouse y Kirkcudbright, lo cual podría poner en guardia a los sospechosos. Por consiguiente decidieron que Dalziel abordara el tren de Stranraer cuando hiciera su entrada y continuara hasta Glasgow, interrogando al guarda en el camino. Ross se quedaría con el coche y proseguiría la investigación como pudiera, informando a Newton-Stewart de vez en cuando. Si daba con la pista del ciclista, debía seguirla hasta donde llegara y, en caso necesario, detenerlo cuando lo encontrara.

El tren entró a las 13.48, y Dalziel se subió a él, tras cerciorarse de que el guarda era el mismo que el del martes. Mientras salía de Ayr, observó que Ross entablaba conversación con el quiosquero. Ross era un hombre entusiasta y lleno de energía, y el sargento estaba seguro de que no desatendería la investigación. Casi deseaba haberse hecho cargo de la parte más entretenida y arriesgada de la tarea, y haberse sentido justificado, pero pensó que, al fin y al cabo, no existía certeza alguna de que el esquivo ciclista tuviera nada que ver con el crimen, y que, dada su posición, no le convenía perderse indefinidamente en algo que quizá no diera ningún resultado. Recorrió los vagones del tren hasta el furgón del guarda.

El guarda recordaba perfectamente el incidente de la bicicleta. El tren apenas había parado en la estación cuando un pasajero, un hombre más bien joven con traje de franela gris, gorra de cuadros y gafas oscuras, fue corriendo por el andén hasta el furgón. Se dirigió al guarda y le dijo que quería sacar su bicicleta inmediatamente, porque no podía perder tiempo. Como todos los mozos estaban en la parte delantera, el guarda abrió el furgón y le entregó la bicicleta, tras comprobar por la etiqueta que era la suya. La habían registrado correctamente, para Ayr, y recordaba que la habían subido en Girvan. El caballero le plantó el billete en la mano junto con un chelín de propina y se marchó inmediatamente, camino de la salida. El guarda también recordaba que el pasajero llevaba un maletín. No lo vio salir de la estación, porque tuvo que ocuparse del enganche del vagón-restaurante, que se colocaba en Ayr. Antes de marcharse de la estación, le entregó el billete de la bicicleta a un mozo para que lo enviara a la central de la forma habitual.

Dalziel le pidió a continuación que le hiciera una descripción personal del viajero. Eso no resultó tan fácil. El guarda solo lo había visto como medio minuto. Pensaba que tendría entre treinta y cuarenta años, que era de mediana estatura y que iba o completamente afeitado o con un pequeño bigote, rubio. No un bigote oscuro, estaba seguro de que se habría fijado en eso. El pelo era casi invisible bajo la gorra, pero al guarda le había dado la impresión de que se trataba de un hombre más bien rubio, de piel lozana. Podía tener el pelo castaño claro o rubio rojizo. Tras las gafas, los ojos no parecían especialmente oscuros: quizá azules, grises o de color avellana. Al igual que al mozo de Girvan, al guarda le había llamado la atención la voz aguda y afectada, con acento inglés. Pensaba que podría reconocer al hombre en una fotografía, pero la verdad, no estaba seguro. Salvo por la voz y las gafas, aquel hombre no tenía nada de particular. La bicicleta era vieja y estaba bastante escacharrada. El guarda no se había fijado en la marca, pero sí en que los neumáticos eran relativamente nuevos.

Dalziel asintió con la cabeza. Sabía que no podía esperar una descripción reconocible de un hombre con gorra y gafas al que había visto unos segundos un empleado con mucho trabajo en una estación de ferrocarril. Volvió a su compartimento y se dedicó a tomar notas del caso hasta que, tras una breve parada en Paisley, en Gilmour Street, el tren entró en la estación de St. Enoch.

Allí no tenía nada que hacer salvo averiguar si ya se habían remitido a la Oficina de Intervención todos los billetes recogidos el martes. Tras haberlo confirmado, se trasladó allí y al poco rato estaba encerrado en una sala con el jefe de negociado.

Su tarea en esta ocasión consistía en algo puramente rutinario: cotejar los billetes expedidos y recogidos el martes entre Gateway y St. Enoch y entre Kirkcudbright y St. Enoch, respectivamente. Comprobó que ya estaban preparados y que concordaban a la perfección con los billetes de ida y vuelta enviados por los taquilleros que los habían expedido. Saltaba a la vista que lo que insinuaba Wimsey, que Waters había partido de Kirkcudbright con un billete para Glasgow y desaparecido en

el camino, era incorrecto. Si, sin que lo vieran ni los empleados ni la señorita Selby y la señorita Cochran, había tomado realmente el tren de las 8.45 en Kirkcudbright, debía de haber sacado billete para alguna estación intermedia. Pero no parecía haber razón para suponer que hubiera abordado aquel tren. Sencillamente, Waters había desaparecido y se había llevado la bicicleta. ¿Era o no era la bicicleta que había llegado a Ayr? Al recordar que el joven Andrew había puesto neumáticos nuevos no hacía mucho, el sargento se inclinaba más bien por creer que podría ser la bicicleta del hotel Anwoth, pero no tenía pruebas del estado de los neumáticos de Waters.

Preguntó por el billete de Ferguson, que fue fácilmente identificado, por ser el único de primera clase expedido en Gatehouse para Glasgow aquel día. Lo habían picado debidamente en Maxwelltown, entre Gatehouse y Dumfries, y de nuevo en Hurlford y Mauchline, entre Dumfries y St. Enoch, lo que venía a confirmar, sin lugar a dudas, que Ferguson había hecho todo el trayecto tal y como tenía previsto.

No satisfecho con eso, Dalziel pidió que se comprobaran todos los billetes expedidos el martes en todas las líneas en un radio de ochenta kilómetros desde Newton-Stewart, por si acaso surgía alguna discrepancia curiosa en alguna parte, y después se encaminó hacia la comisaría central de Glasgow.

Allí inició una investigación, en busca de un ciclista a quien se hubiera visto por la carretera de Bargrennan a Grivan el martes entre las 11.00 y las 13.11, así como de cualquier ciclista a quien hubieran visto cerca de Ayr el martes por la tarde, o viajando en cualquier línea de ferrocarril que saliera de Ayr o de cualquier estación cercana el martes por la tarde o el miércoles. Porque enseguida se le ocurrió que el sospechoso podría haber ido en bicicleta desde Ayr a alguna estación cercana y haber comprado otro billete, quizá tras haber disimulado su aspecto de algún modo. Entonces recordó que podía haber dejado la bicicleta comprometida en algún lugar conveniente, y envió otro recado para que se buscara en las estaciones bicicletas sin reclamar y que se diera parte de cualquier bicicleta abandonada al borde de la carretera en los alrededores de Ayr y zonas vecinas. Dio una descripción general de las tres bicicletas desaparecidas, recomendando que las pesquisas no se limitaran a las dos marcas, sino que incluyeran cualquier bicicleta que hallaran sin dueño durante el período de tiempo indicado.

Tras haber puesto en marcha toda la maquinaria de la ley, pasó al asunto de las fotografías. Apenas tuvo dificultades para reunir cuanto necesitaba en las redacciones de los periódicos de la ciudad y a las seis acabó con una buena colección de retratos de los seis pintores. Entonces descubrió que había perdido el último tren para Newton-Stewart y que su única esperanza de volver aquella noche era ir a Girvan o Lockerbie y continuar en coche.

Su coche estaba en Ayr, por supuesto. El sargento se dirigió al teléfono con aire cansino y llamó a la policía de Ayr para averiguar si el agente Ross estaba aún en la ciudad. Pero tenía la suerte en contra. Ross había dejado recado de que estaba siguiendo una pista en la dirección de Kilmarnock y que volvería a informar.

Maldiciendo su sino, si bien un tanto animado al pensar en la pista, Dalziel llamó a Kirkcudbright. Contestó el inspector Macpherson. Sí, habían llegado numerosas pruebas. Sí, el inspector pensaba que sería mejor que Dalziel regresara aquella noche, si podía. Qué lástima que acabara de perder el tren de las 18.20 para Girvan. (El sargento Dalziel apretó los dientes.) En fin, qué se le iba a hacer. Que tomara el de las 19.30, que llegaba a las 21.51, e iría a buscarlo un coche.

No sin cierta satisfacción, el sargento replicó que el de las 21.51 solo funcionaba los sábados, y el de las 21.56 solo los miércoles, y que como era jueves, tendrían que ir a buscarlo a las 20.55 a Ayr. El inspector respondió que, en ese caso, lo mejor sería que alquilara un coche en Ayr. Al ver que no había nada que hacer, el sargento Dalziel abandonó toda esperanza de una agradable noche de cena, película y cama en Glasgow, y de mala gana se batió en retirada hacia la cantina, para cenar algo antes de tomar el tren de las 19.30.

EL INSPECTOR MACPHERSON

Mientras tanto, el mercadeo de pruebas empezaba a ponerse en marcha en la jefatura de policía. O al menos, como le comentó Wimsey al jefe de policía, no levantaba la vista sino que más bien la movía en todas direcciones.

El primer motivo de entusiasmo lo proporcionó un joven agricultor que se presentó en la comisaría de Kirkcudbright y preguntó, cohibido, por el inspector Macpherson.

Al parecer, estaba tomando una cerveza en el Murray Arms de Gatehouse alrededor de las nueve de la noche del lunes cuando el señor Farren entró de repente en el bar, con una expresión rara, de furia, y preguntó en voz alta y autoritaria: «¿Dónde está ese hijo de p... de Campbell?». Al darse cuenta de que Campbell no estaba en el local, se calmó un poco y pidió dos o tres whiskies, uno tras otro. El testigo intentó averiguar qué ocurría, pero no le sonsacó nada a Farren, salvo vagas amenazas. De pronto, Farren se puso a preguntar otra vez dónde estaba Campbell. El testigo, que había estado anteriormente en Kirkcudbright y sabía a ciencia cierta que Campbell se encontraba en el McClellan Arms, llegó a la conclusión de que Farren estaba de un humor muy peligroso y, con el fin de evitar un enfrentamiento, dijo, faltando a la verdad, que creía haber visto al señor Campbell en su coche tomando la carretera de Creetown. Entonces Farren murmuró algo como «voy a por él» y añadió varios epítetos insultantes, de los que el testigo dedujo que la pelea tenía algo que ver con la señora Farren. Salió precipitadamente del bar (Farren), y el testigo lo vio subir a la bicicleta y alejarse, pero no en dirección a Creetown, sino hacia Kirkcudbright. El testigo no se quedó muy convencido y salió corriendo tras él. Sin embargo, cuando Farren llegó al monumento a los caídos de la guerra, torció a la izquierda por la carretera que lleva a los campos de golf. El testigo se encogió de hombros y se olvidó del asunto.

Sin embargo, el miércoles, cuando por la actuación de la policía quedó claro que se pensaba que Campbell había sido asesinado, el incidente se le presentó a una luz más siniestra. Consultó (el testigo) con el camarero del Murray Arms y con un par de clientes que estaban en el bar con él durante la visita de Farren y entre todos decidieron que había que contárselo a la policía. Eligieron al testigo como portavoz y por eso estaba allí. Al testigo no le gustaba la idea de meter en líos al señor Farren, pero un asesinato es un asesinato y ya está.

Macpherson le dio las gracias e inmediatamente se comunicó con Creetown para averiguar si, finalmente, Farren había seguido la pista falsa y había ido en esa dirección. Resultaba desconcertante que se hubiera desviado junto al campo de golf. Había dejado a Campbell en Kirkcudbright unas tres horas antes y parecía probable que, al no encontrarlo en Gatehouse, hubiera vuelto a buscarlo por la carretera de Kirkcudbright. Pero ¿por qué el campo de golf? A menos que...

A menos que hubiera ido a ver a Strachan. Era de todos sabido que Strachan y Farren eran muy amigos. ¿Serían cómplices en aquel asunto? ¿Estaba Strachan en casa entre las nueve y las diez de la noche del lunes? Era relativamente fácil comprobarlo. El inspector telefoneó a Gatehouse para pedir información y esperó.

A continuación, el segundo motivo de entusiasmo del día, algo mucho más claro y esperanzador, que vino de la mano de una niña muy tímida de unos diez años, a quien su madre llevaba a rastras y para incitarla a hablar alternaba los zarandeos con la oferta de «tirarle de las orejas» si no hacía lo que le decía.

—Ya sabía yo que había hecho alguna diablura y no me he quedado tranquila hasta que se lo he sacado —dijo la madre—. Suénate esa nariz y habla con educación al policía, o te encierra. Es una niña mala, andando por ahí con los muchachos cuando debería estar en la cama. Pero es que hoy en día no les hacen caso a sus madres. No se puede hacer carrera de ellos.

El inspector dio muestras de que lo entendía y preguntó el nombre de la señora.

—Soy la señora McGregor, y nuestra casa está entre Gatehouse y Kirkcudbright, cerca de Auchenhaye. Seguro que sabe usted dónde cae. Pues nos fuimos mi marido y yo a Kirkcudbright el lunes pasado por la noche, y Helen se quedó sola en casa. Fue salir y ya estaba ella fuera, y encima se dejó la puerta abierta, para que entrara cualquiera y...

—Un momento —la interrumpió el inspector—. Esta jovencita es Helen, supongo.

–Sí, es Helen. Había pensado yo que lo mejor sería traerla, al ver que han quitado de en medio al pobre señor Campbell, como dice el cartero. Así que le dije a George, digo, si el señor Campbell se estaba peleando en la carretera el lunes por la noche, la policía tendría que saberlo. Y me dice George...

–Si la pequeña Helen puede contarnos algo sobre el señor Campbell, nos gustaría escucharla. Por favor, señora McGregor, deje a la chica que cuente la historia desde el principio. Vamos, Helen. No tengas miedo. Di lo que sabes.

Ya más animada, Helen empezó su relato, que entre su nerviosismo y las interrupciones de su madre, resultó bastante enmarañado. Pero a fuerza de persuasión y de una bolsa de caramelos que fue a comprar un agente, el inspector finalmente consiguió desenmarañarlo.

El señor y la señora McGregor habían ido a Kirkcudbright el lunes por la noche en el coche de un vecino a visitar a unos amigos, tras dar a Helen estrictas órdenes de que cerrase la puerta con llave y se metiese en la cama. Pero en lugar de eso, la niña abandonada salió a jugar con unos niños de una granja vecina. Se desviaron de la carretera hacia unos terrenos como a un kilómetro de distancia, donde los chicos iban a tender unas trampas para conejos, algo completamente ilegal.

El inspector movió ligeramente la cabeza al oírlo, pero prometió que no se les haría nada terrible a aquellos delincuentes, y Helen, que parecía más preocupada por esa posibilidad que por las amenazas de castigo de su madre, continuó el relato con más coherencia.

El lugar adonde fueron a buscar conejos estaba más o menos a medio camino entre Gatehouse y Kirkcudbright, en un punto en el que la carretera forma una curva y una contracurva muy cerradas y peligrosas, entre dos muros de piedra. Hacía buena noche; no estaba totalmente oscuro, sino como en penumbra, y los jirones de neblina se pegaban al suelo de la colina. Los chicos se habían adentrado un buen trecho en el campo y tenían intención de quedarse hasta mucho más tarde, pero alrededor de las diez menos cuarto, recordando que sus padres regresarían pronto a casa, Helen los dejó e inició el camino de vuelta. Sabía que eran las diez menos cuarto porque uno de los chicos tenía un reloj nuevo que le había regalado su abuelo.

Atravesó los campos y estaba a punto de saltar por encima del muro cuando se fijó en un hombre que estaba en un coche parado junto a la carretera, con el morro hacia Gatehouse. El motor estaba en marcha y en aquel mismo momento el conductor llevó el coche al otro lado de la carretera, como si estuviera a punto de dar la vuelta. Al mismo tiempo oyó otro coche que se aproximaba velozmente desde Gatehouse.

Describió el lugar con mucha precisión. No era la parte más cerrada de la curva, donde los muros son muy altos a ambos lados, sino lo que podría describirse como la parte más baja, la curva más cercana a Kirkcudbright. Allí es más llana y más ancha, y el muro al que la niña se había encaramado está hundido, con zarzas y tojo debajo. El coche que se aproximaba tomó la curva de arriba con mucha rapidez, al tiempo que el otro coche cruzaba la carretera y le cortaba el paso. Se oyó un chirrido de frenos y el segundo coche se detuvo, girando bruscamente a la derecha y evitando el choque de milagro. El conductor gritó algo y el hombre del otro coche contestó, y entonces el conductor del segundo dijo enfadado, en voz muy alta: «¡Campbell! ¡Claro! ¡Campbell tenía que ser!», o algo por el estilo.

Después intercambiaron insultos con tono airado y Campbell paró el motor y bajó del coche. Helen lo vio saltar al estribo del coche del otro hombre. Hubo un forcejeo y, en cuestión de segundos, ambos estaban en la carretera, peleándose a puñetazos y soltando palabrotas. La niña no pudo ver qué pasaba exactamente, porque los hombres estaban al otro lado de los coches. Rodaron por el suelo, luchando. Tampoco podía decir cómo eran los coches, salvo que el de Campbell era de cuatro plazas y el otro de dos, grande y de luces muy brillantes.

Cuando llevaban peleando un buen rato, la niña se llevó un susto tremendo. Una enorme llave inglesa salió volando por los aires, estuvo a punto de darle en la cabeza y cayó a su lado. Se acurrucó bajo el muro, temerosa de quedarse donde estaba y al mismo tiempo deseando enterarse de lo que ocurría. Oyó unos ruidos, como si estuvieran aporreando y asfixiando a alguien. Pasado un ratito volvió a asomarse y vio algo que la asustó aún más. Uno de los hombres se estaba levantando del suelo, con el cuerpo del otro sobre los hombros, y por como colgaba, todo blando, pensó que

estaba muerto. No chilló, porque le dio miedo que aquel hombre espantoso la matara a ella también si la oía. Aquel hombre llevó el cadáver hasta el coche dos plazas y lo tiró en el asiento, junto al del conductor. Era el coche que estaba más cerca de Gatehouse. Helen no vio la cara del hombre vivo, porque iba doblado por la carga que llevaba a sus espaldas, pero cuando pasó ante las luces del coche de cuatro plazas sí pudo ver la cara del muerto, blanca, horrible. No fue capaz de describirla, salvo que no parecía tener barba y que estaba con los ojos cerrados. El hombre espantoso se subió al coche de dos plazas y dio la vuelta, en dirección a Gatehouse. Helen oyó que el motor cambiaba de tono, y las luces se movieron hacia atrás y hacia delante como si el coche estuviera dando la vuelta. Después lo oyó moverse y el ruido del motor fue apagándose poco a poco.

Cuando desapareció del todo, Helen saltó por encima del muro y pensó en echarle un vistazo al coche de cuatro plazas, que estaba en medio de la carretera, con el morro hacia Gatehouse y las luces hacia la derecha de la carretera. Pero antes de que pudiera fijarse en los detalles, oyó unos pasos que se acercaban desde Gatehouse. Esperanzada, pensó que era alguien que se iba a ocupar de ella y llevarla a casa, pero de repente, sin razón alguna, se le vino a la cabeza que igual era el hombre malo que volvía para matarla. Asustada hasta lo indecible, echó a correr con todas sus fuerzas. Entonces oyó un motor que arrancaba y se escondió entre los matorros, convencida de que el hombre malo la estaba persiguiendo en su coche. Pero no pasó nada y al cabo de un rato se atrevió a salir y se fue a casa corriendo. Justo cuando acababa de cerrar la puerta del jardín pasó un coche a toda velocidad, con luces deslumbrantes, camino de Kirkcudbright. Entró en la casa justo cuando el reloj de la cocina daba las diez. Fue al dormitorio y se metió en la cama deprisa y corriendo, tal y como estaba, y se tapó la cabeza con las mantas.

Entonces la señora McGregor continuó el relato. Su marido y ella llegaron a casa a las diez y media y se encontraron a la niña temblando y llorando en la cama, con la ropa puesta. Estaba tan aterrorizada que no pudieron sonsacarle nada. Lo único que pudieron hacer fue echarle una buena regañina, quitarle la ropa y acostarla como es debido, darle a beber algo caliente y estar pendientes de ella hasta que se quedó dormida, de puro agotamiento. Durante todo el día siguiente se negó a contarles nada, pero por la noche los despertó tres veces mientras dormía, gritando que el hombre malo iba a matarla. El miércoles por la noche, su padre, que la tenía muy mimada, consiguió que se lo contara todo, y cuando oyeron el nombre de Campbell decidieron que había que contárselo a la policía. En respuesta a la pregunta del inspector, la señora McGregor dijo que el reloj de la cocina de su casa se atrasaba cinco o seis minutos.

El inspector les dio las gracias efusivamente... y pensó que tenía muy buenas razones para estarles agradecido. Le dijo a Helen que era una chiquita muy valiente, rogó a la madre que no la castigara, en vista de la importancia de su declaración, y acabó la entrevista exhortándoles, en términos sumamente enérgicos, a que no se lo contaran a nadie.

Cuando se marcharon, se puso a reflexionar con tranquilidad. Las horas coincidían bastante bien con el informe del médico, pero ahora se veía obligado a establecer la verdadera hora de la muerte mucho antes de lo que esperaba. Así lo interpretaba él: Campbell y el otro hombre se encontraron y se pelearon, y Campbell murió en el transcurso de la pelea. Después, el asesino debió de meter el cadáver en el coche de dos plazas y esconderlo en alguna parte, junto a la carretera. A continuación volvió, cogió el coche de Campbell y lo llevó a Gatehouse, donde hacía falta para montar la farsa del falso accidente. Debió de volver algo más tarde para recoger su coche, con el cadáver dentro, y... ¿qué? ¿Otra vez a Gatehouse?

El inspector resopló. Eso planteaba dificultades. ¿Por qué demonios no había metido el asesino el cadáver en el Morris de Campbell y se había marchado con él en el momento? ¿Por qué exponerse a que lo descubrieran dejando el cuerpo junto a la carretera para que cualquiera pudiera encontrarlo en el rato que tardara en devolver el Morris a Gatehouse y volver en bicicleta? Porque tenía que haber vuelto en bicicleta o a pie, si se iba a llevar su propio coche. Lo más lógico era que hubiera echado mano de una bicicleta, que podría haber llevado perfectamente en la trasera del dos plazas. Pero el problema seguía siendo el mismo: ¿por qué había dejado el cadáver?

Cabía la posibilidad, si bien era algo más que una posibilidad, pensó Macpherson, de que el asesino no hubiera trazado aún un plan sobre la coartada y el falso accidente. Quizá fuera esa la

explicación. Simplemente se marchó como si nada hubiera ocurrido, y hasta que no trazó su complicado plan no volvió a recoger el cadáver. ¡Pero no! No funcionaba. Se había marchado en el coche de Campbell. La única explicación consistía en que ya hubiera decidido amañar el accidente. Pero eso parecía sencillamente increíble. Si la versión de la niña era fiable, y tenía todos los indicios de serlo, parecía evidente que el encuentro entre Campbell y el otro hombre había sido fortuito. Por supuesto, en los escasos momentos posteriores a la lucha, difícilmente podría haber elaborado un plan tan complejo para escapar.

Sin embargo... ¿había sido realmente fortuito aquel encuentro? Pensándolo bien, la conducta de Campbell indicaba justo lo contrario. Había plantado su coche precisamente en el tramo de la carretera donde resultaba más difícil que pasaran dos vehículos, y cuando oyó que el otro coche se aproximaba, incluso se interpuso en su camino. Una locura, porque tenía más posibilidades de provocar un accidente mortal que cualquier otro tipo de encontronazo. Sin embargo, se sabía que Campbell estaba borracho y quizá esa circunstancia le impidió ver el riesgo de una colisión.

Pero si había que confiar en la testigo (y, al fin y al cabo, no podía andarse con remilgos, creer una parte del testimonio y rechazar otra para que sus teorías encajaran), saltaba a la vista que, si alguien esperaba aquel encuentro, no era el asesino. Y si el asesino no había previsto el encuentro, no podía haber cometido el crimen con premeditación ni haber preparado la coartada con antelación.

Sí, pero eso no tiene sentido, de ninguna manera, se dijo el inspector. Podía tener pensada la coartada, con la intención de cometer el crimen en algún momento y lugar, y al encontrarse a Campbell tan oportunamente, haber llevado a cabo su nefando plan.

Aún quedaba el problema del coche, y el del hombre que iba conduciendo como un loco en dirección a Kirkcudbright poco antes del encuentro. ¿Era el asesino? Si el asesino llevaba el coche de Campbell a Gatehouse, imposible. Y si era otra persona, ¿quién? Debió de adelantar al asesino en la carretera. Habría que buscarlo. Tras reflexionar unos momentos más, el inspector llegó a la conclusión de que aquella parte del problema era insoluble, de momento, y se centró en otro aspecto del asunto.

¿Cómo encajaba esta historia, si es que podía encajar, con los testimonios sobre Farren? Y de repente, el inspector dio un manotazo en la mesa. ¡Pues claro! Las horas encajaban a la perfección, y ahí estaba la explicación de por qué Farren había torcido hacia el campo de golf. Saltaba a la vista que no se había creído la mentira piadosa del agricultor sobre Creetown. Había ido en busca de Campbell a Gatehouse y al no encontrarlo allí, había llegado a la conclusión de que todavía debía de estar en Kirkcudbright. Después fue a ver a Strachan a todo correr, evidentemente con la intención de pedirle el coche. No estaba claro si Strachan era cómplice. Probablemente no. No, y el inspector dio otro manotazo sobre la mesa, inspirado. Eso lo explicaba todo: que se llevara el otro coche, que dejara el cadáver y todo lo demás. En principio, la idea de Farren era que la culpa del asesinato recayera sobre Strachan. Tenían que encontrar el cadáver en el coche de Strachan y que de ese hecho se dedujera que Strachan le había tendido una trampa a Campbell para asesinarlo.

Un plan muy endeble, desde luego. Strachan habría contado de inmediato que le había prestado el coche a Farren, y probablemente podría aportar testigos del trato. Además, la historia en sí misma parecería muy rara. ¿Quién sería tan estúpido como para dejar tirado su propio coche con un cadáver dentro? En realidad, eso era lo primero que le había llamado la atención al inspector; cuando reflexionara sobre lo que había hecho, Farren tendría que haber caído en la cuenta de que su primera idea no tenía ni pies ni cabeza. Pero mientras conducía el coche de Campbell hacia Gatehouse, tuvo tiempo para pensárselo. Debió de ocurrírsele una idea mejor: simular el accidente en el Minnoch. ¿Y después? ¿Qué podía hacer después?

En primer lugar, por supuesto, llevarse el coche de Campbell y meterlo en el garaje. Después, recoger su bicicleta, que estaba en casa de Strachan. A aquellas horas de la noche le habría resultado bastante fácil hacerlo sin que nadie lo viera, en el supuesto, bastante probable, de que la hubiera dejado a mano, al lado de la puerta del jardín, por ejemplo.

Entusiasmado, el inspector cogió un bloc y se puso a escribir un horario, encabezando el documento con audacia: «La causa contra Hugh Farren».

Lunes

- 18.00. Farren vuelve a casa y encuentra allí a Campbell. Lo echa. (Testimonio de la hermana de Jeanie.)
- 19.00. Tras la pelea con su mujer, durante la cual ella probablemente admite algo que perjudica Campbell, Farren se marcha en su bicicleta.
- 21.00. Farren entra en el Murray Arms, buscando a Campbell. (Testimonio del agricultor.)
- 21.15 (aprox.). Farren va a casa de Strachan y le pide el coche.
- 21.45 (aprox.). Encuentro con Campbell en la carretera de Kirkcudbright. Asesinato de Campbell. (Testimonio de Helen McGregor.)
- 21.55. Farren deja el cadáver en el coche de Strachan.
- 22.00 (más o menos). Farren regresa en el coche de Campbell.
- 22.10. Farren llega a Gatehouse (unos ocho kilómetros) y mete el coche de Campbell en el garaje.
- 22.30. Farren llega a pie a casa de Strachan para recoger la bicicleta.
- 23.00. Farren llega en bicicleta al lugar del crimen.
- 23.10. Farren vuelve con el cadáver a casa de Campbell. Lo esconde en la casa o en el garaje.
- 23.20. Farren deja el coche en casa de Strachan.
- 23.40. Farren vuelve a casa de Campbell para preparar pruebas de que Campbell ha pasado la noche y desayunado allí.

El inspector contempló el documento con cierto orgullo. Por supuesto, algunas horas eran solo aproximadas, pero los puntos esenciales se correspondían y, aun en el caso de que Farren anduviera despacio o de que hubiera metido la pata en algún momento, había tenido tiempo más que de sobra para realizar todas aquellas maniobras antes de la mañana del martes.

Animado ante la idea, el inspector prosiguió con su teoría, pero con más cautela. Según el testimonio del «joven Jock» en Borgan, el Campbell espurio estaba junto al Minnoch a las diez y diez de la mañana del martes. Por consiguiente, Farren no podía haber llegado allí más tarde de esa hora. El inspector pensaba que probablemente había sido incluso antes. Desde luego, Farren no se habría arriesgado a quedarse en la casa de Campbell hasta muy tarde. Se habría marchado bastante antes de las ocho de la mañana, hora a la que debía llegar la señora Green. Por otro lado, no habría partido excesivamente temprano, por Ferguson. Era necesario que Ferguson, si por casualidad oía salir el coche de Campbell, pudiera jurar que había sido a una hora prudencial. Por consiguiente, el inspector se atrevió a escribir:

- 7.30. Farren sale de casa de Campbell, con el sombrero y la capa de este puestos, el cadáver en el suelo del coche y la bicicleta encima, todo cubierto con una manta.
- 8.35 (supongamos). Farren llega al Minnoch, esconde el cadáver y empieza a pintar.
- 10.10. Farren (disfrazado de Campbell) visto por Jock por primera vez.
- 11.05. Farren visto por Jock por segunda vez.

Al llegar aquí el inspector se detuvo, vacilante. ¿Sería excesivo dar un margen de dos horas y media para pintar ese cuadro? Sabía muy poco de pintura y el lienzo en cuestión le parecía un simple esbozo. Tendría que preguntarle a alguien que supiera.

¡Pero claro! ¡Qué bruto era! Naturalmente, Farren no habría podido empezar a pintar hasta que no hubiera buena luz. No sabía mucho, pero hasta ahí llegaba. Sacudió pensativamente la pluma estilográfica y continuó.

Entonces empezaba a parecer muy probable que Farren fuera el pasajero de Girvan. Por consiguiente, el programa seguía así:

Martes

- 11.10. Farren tira el cuerpo al río, se pone la gorra y el abrigo y va a Girvan en su bicicleta.
- 13.07. Llega a Girvan. Factura bicicleta para Ayr.
- 13.11. Sube al tren de Ayr.
- 13.48. Llega a Ayr.

Aquí acabaron las deducciones del inspector, de momento. Sabía que Dalziel estaba siguiendo el rastro de la bicicleta. Sería mejor esperar su informe antes de seguir adelante. Pero no le había salido tan mal. Al menos había conseguido atribuir el crimen a una sola persona y establecer un esquema de horas verosímil con el que trabajar. Y por suerte, además, podía confirmarse en varios puntos.

Volvió a echar un vistazo al papel.

Si Farren había estado buscando a Campbell en Gatehouse entre las ocho y las nueve y cuarto de la noche, debía de haber testimonios de otras visitas, además de la del Murray Arms. Habría que investigar en el Angel y el Anwoth. Pero seguramente Farren habría intentado buscar a Campbell en su casa antes de preguntar en los bares. En tal caso, era prácticamente imposible que no lo hubieran visto. Para empezar, tendría que haber cruzado el puente dos veces, y no hay hora del día en que no haya alguien en el puente de Gatehouse, al menos algún desocupado. El puente es el club y punto de encuentro de la población de Gatehouse, que se reúne allí para cotillear, contar los coches que pasan y las truchas que asoman a la superficie y discutir sobre la política local. Aun cuando, de milagro, el puente hubiera estado vacío en ambas ocasiones, había un largo banco a la puerta del hotel Anwoth en el que se sentaban los pescadores a hacer nudos, acariciar al perro y preguntarle a Félix, el gato, cuántas ratas había matado durante el día. Por último, suponiendo que Farren hubiera pasado inadvertido en ambos sitios, siempre quedaba la posibilidad de que Ferguson estuviera en casa y lo hubiera visto llegar.

Entonces, si habían sacado el coche de Strachan, alguien tenía que saberlo. Strachan podía negarse a dar información o mentir descaradamente para defender a su amigo, pero aún quedaban la señora Strachan, la niña y la criada. Imposible que todas participaran en la conspiración. Según la teoría, Farren había ido tres veces a casa de Strachan: alrededor de las nueve y cuarto de la noche, para pedirle el coche; alrededor de las once menos veinte, para recoger la bicicleta, y alrededor de las once y media, para devolver el coche. En todo caso, la primera y la segunda de esas visitas tendrían que haber dejado algún rastro.

A continuación estaban las tres visitas nocturnas a la casa de Campbell: la primera, para dejar el coche de este en el garaje; la segunda, para llevar el cadáver, y la tercera, a pie, para amañar las pruebas. No, eso no era necesariamente cierto. Era más probable que hubiera dejado el coche en alguna parte y que lo hubiera recogido en la última visita. Eso habría reducido considerablemente los riesgos. En realidad, podía haber trasladado el cuerpo al coche de Campbell en algún lugar tranquilo, eliminando así la necesidad de entrar en casa de Campbell dos veces en dos coches distintos, proceder que sin duda habría despertado sospechas. Naturalmente, el traslado no podía haberse llevado a cabo en la misma Gatehouse; solo un loco habría actuado así. Pero sí podría haberse hecho en cualquier lugar entre Kirkcudbright y Gatehouse o en un tramo de carretera poco transitado entre el monumento a los caídos en la guerra y la casa de Strachan. O, si realmente Strachan estaba metido en el asunto, podría haberse hecho con más tranquilidad y seguridad en su propia casa.

El inspector cambió un par de cosas en el horario para ajustado a la nueva teoría y redactó una nota solicitando la presencia de cualquier transeúnte que hubiera visto un Morris con la matrícula del coche de Campbell aparcado en algún punto del recorrido.

Y finalmente, ya podía corroborarse el viaje de la mañana del martes. Si sus cálculos eran correctos, el coche de Campbell debió de pasar por Gatehouse poco después de las siete y media; por Creetown alrededor de las ocho, y por Newton-Stewart hacia las ocho y cuarto. Alguien tenía

que haberlo visto, sin duda. De hecho, la policía de Newton-Stewart ya estaba investigando ese extremo, pero ahora que podía darles las horas aproximadas, su tarea resultaría más fácil.

El inspector Macpherson hizo una llamada a Newton-Stewart y otra a Gatehouse, y después volvió a hincarle el diente a su problema con renovado apetito.

Y de repente cayó en la cuenta de algo que había pasado por alto al calcular las horas: que tenía una prueba de tremenda importancia a mano. ¡Con un poco de suerte, tenía el arma!

Aquella pesada llave inglesa, que había salido volando por los aires y había estado a punto de dejar fuera de combate a la pobre Helen... ¿qué podía ser sino el objeto contundente que se había estrellado contra el cráneo de Campbell? Quizá fuera un poco raro que no hubiera habido derramamiento de sangre, pero en gran medida dependía del tipo de llave. En cualquier caso, lo fundamental era hacerse con ella. El médico le diría si podía ser el arma con la que se había asestado el golpe. ¡Qué suerte que el cadáver no estuviera aún bajo tierra! Lo enterrarían al día siguiente. Tenía que hacerse con la herramienta de inmediato. El inspector hervía de entusiasmo contenido cuando se puso la gorra y salió apresuradamente hacia su coche.

LA HISTORIA DE FERGUSON

La misma mañana del jueves en que el sargento Dalziel y el agente Ross partieron hacia Ayr y en que el inspector Macpherson empezó a trabajar con los horarios, lord Peter Wimsey se presentó en la casa más alejada de las dos que había en la laguna de Standing Stone.

Abrió la puerta el señor Ferguson en persona, paleta en mano y vestido con unos vetustos pantalones de franela, camisa con el cuello abierto y chaqueta informe y llena de bultos. Pareció un poco desconcertado ante una visita tan temprana. Wimsey se apresuró a dar explicaciones.

—No sé si se acordará de mí. Me llamo Wimsey. Creo que nos vimos una vez en casa de Bob Anderson.

—Sí, por supuesto. Pase. Cuando le he oído llamar he pensado que sería medio kilo de salchichas o el hombre de la verdulería. Perdone por el caos de la habitación. He estado fuera un par de días y la señora Green ha aprovechado la ocasión para arreglarla, así que he tenido que pasar un par de horas desarreglándola. —Señaló con un gesto de la mano un montón de lienzos, trapos, cucharillas, frascos y otros objetos—. Nunca encuentro lo que quiero en un estudio ordenado.

—Y entro yo aquí sin que nadie me haya invitado a interrumpirle precisamente cuando se había puesto a trabajar.

—No se preocupe. A mí no me importa. ¿Una copa?

—No, gracias. Acabo de tomarme una. Usted continúe como si yo no estuviera.

Wimsey retiró varios libros y papeles de una silla y se sentó, mientras Ferguson volvía a enfrascarse en la contemplación de un lienzo de grandes dimensiones, en el que Wimsey reconoció al típico Ferguson de la maliciosa descripción de Graham: el árbol de raíces retorcidas, el reflejo, el granito, la lejanía azul y el tono general de irrealidad ornamental.

—Ha estado en Glasgow, ¿no?

—Sí. Me acerqué a ver la exposición.

—¿Es buena?

—No está mal. —Ferguson apretó un tubo de pintura sobre la paleta—. Craig tiene unos estudios excelentes y hay una cosa buena de Donaldson. Y la aportación normal de birrias, claro. En realidad, yo fui a ver los Farquharson.

Añadió un grumo de bermellón escarlata al semicírculo de colores, y al parecer pensó que la paleta estaba lista, porque cogió un montón de pinceles y se puso a mezclar unas cuantas pinturas.

Wimsey le hizo unas cuantas preguntas más sobre la exposición y a continuación, como de pasada comentó:

—Así que ha perdido a su vecino.

—Sí. Prefiero no pensar demasiado en ello. Campbell y yo no nos llevábamos precisamente bien, pero... Ojalá hubiera abandonado este mundo de otra manera.

—Es todo muy extraño —dijo Wimsey—. Supongo que habrá venido la policía a hacerle las preguntas de costumbre.

—Sí, claro. Menos mal que tengo coartada. Oiga, Wimsey... usted que sabe de estas cosas... supongo que está probado que fue... que no fue un accidente, ¿no?

—Mucho me temo que eso parece.

—¿Qué les hace pensar eso?

—Bueno, verás, yo no estoy metido en el asunto, y la policía no va a revelar su juego, pero creo que es algo que tiene que ver con el hecho de que hubiera muerto antes caerse al río y todas esas pamplinas, a ver si me entiende.

—Ya. Comprendo. Algo he oído sobre un golpe en la cabeza. ¿Qué es lo que piensan? ¿Que alguien andaba acechándolo por detrás y se lo cargó para llevarse el dinero?

—Algo por estilo, supongo. Aunque, naturalmente, la policía no puede decir si le robaron hasta que sepan cuánto llevaba encima. Estarán investigando en el banco y esas cosas.

—Un sitio un poco raro para un golfante, ¿no?

—Ah, no sé. A lo mejor había un tipo durmiendo allá arriba, en las colinas.

—Hummm... ¿Y por qué no podría haberse dado un golpe contra las piedras al caerse, sin más?

Wimsey gruñó para sus adentros. Empezaba a hartarse de tener que eludir continuamente preguntas pertinentes. Todo el mundo quería saber lo mismo. Dio una respuesta insustancial.

–No sabría decirlo. En realidad, parece lo más probable, ¿no? En su lugar, yo se lo preguntaría al matasanos.

–No suelta prenda, igual que usted.

Ferguson siguió dando toquecitos de pintura en el lienzo unos momentos, en silencio. Wimsey observó que parecía trabajar al azar, y no le sorprendió que tirase de repente la paleta sobre la mesa, se diera la vuelta y preguntara:

–Vamos a ver, Wimsey. Dígame una cosa. De nada sirve que finja no saberlo, porque lo sabe. ¿Hay alguna duda de que Campbell muriese la misma mañana que lo encontraron?

Wimsey experimentó la misma sensación que si le hubieran pegado un golpe en el plexo solar. ¿Qué podía empujar a aquel hombre a preguntar semejante cosa... sino su mala conciencia, que lo estaba traicionando? No sabiendo muy bien qué contestar, preguntó, con toda sencillez, lo que acababa de preguntarse a sí mismo.

–¿Por qué lo pregunta?

–¿Y por qué no me contesta usted con franqueza?

–Pues porque me parece una pregunta muy rara –dijo Wimsey–. O sea... ah claro, a lo mejor no le han contado lo del cuadro.

–¿Qué cuadro?

–El cuadro que estaba pintando Campbell. La pintura estaba todavía húmeda, así que debía de estar vivo aquella mañana, porque si no, no podría haber pintado, ¿no?

–¡Ah! –Ferguson exhaló un prolongado suspiro, como si se hubiera librado de alguna preocupación. Volvió a coger la paleta–. No, no me lo habían contado. Eso lo explica todo, claro.

Retrocedió unos pasos y contempló el lienzo con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados.

–Pero ¿por qué lo ha preguntado?

–Pues... –dijo Ferguson. Cogió una espátula y se puso a quitar toda la pintura que acababa de aplicar–. Pues... es que la policía ha estado haciéndome preguntas. Había pensado... –tenía la cara junto al cuadro y siguió raspando, sin mirar a Wimsey– que a lo mejor usted podía decirme qué debería hacer al respecto.

–¿Respecto a qué? –preguntó Wimsey.

–A la policía. Lo primero que han hecho ha sido investigar mis movimientos, empezando por el lunes por la noche. En cuanto al martes, ha sido muy fácil, porque cogí el tren de Glasgow de las nueve y ocho minutos, y pasé allí todo el día. Pero tuve que reconocer que estuve aquí toda la noche del lunes y se pusieron... muy impertinentes.

–¿Ah, sí? ¡Vaya por Dios!

–Por eso quería saberlo, ¿comprende? Sería verdaderamente desagradable que... bueno, que hubiera dudas sobre si Campbell estaba vivo el martes por la mañana.

–Sí, comprendo lo que quiere decir. Bueno, que yo sepa... pero ojo, que yo no pretendo saber nada, que yo sepa, quien tenga una coartada completa para el martes está totalmente a salvo.

–Me alegro. No por mí, aunque naturalmente no me hace ninguna gracia que se sospeche de mí, sino... La verdad, Wimsey, no sabía qué decirle a esos tipos.

–Ah –dijo Wimsey paseando la mirada por la habitación–. Oiga, me gusta eso de ahí, lo de la casa blanca y el brezo en primer plano. Queda muy bien, así recortado contra la ladera de la montaña.

–Sí, no está mal. Wimsey, voy a decirle una cosa. Después de lo que ha dicho, no me importa tanto... O sea, cuando estuvieron aquí esos tipos, pensé que a lo mejor pasaba algo raro y por eso... me reservé mi opinión, por así decirlo. Pero a lo mejor debería descubrirle el pastel a usted y después usted me dirá si debo mencionarlo o no. No deseo en absoluto crear problemas, pero, por otro lado, no quiero ser cómplice de nada, ¿comprende?

–Si mi opinión sirve de algo, le diría que lo soltara –dijo Wimsey–. Al fin y al cabo, si alguien se cargó a ese pobre hombre, depende de uno descubrirlo y esas cosas.

–Supongo que sí, aunque por desgracia no se puede devolver la vida a nadie. Si se pudiera, no lo dudaría ni un momento. Sin embargo...

–Además –añadió Wimsey–, nunca se sabe a quién pueden favorecer los testimonios. La gente a veces se guarda la información con la brillante idea de proteger a sus maridos, sus hijos o sus novias y se las hacen pasar canutas a la policía, y cuando sale a la luz, resulta que era precisamente lo que se necesitaba para salvarles el cuello, a los maridos, los hijos y las novias, quiero decir.

Ferguson no parecía muy contento.

–Si al menos supiera por qué quieren saber lo de la noche del lunes... –dijo pausadamente.

–Quieren encontrar a la última persona que lo vio con vida –replicó Wimsey de inmediato–. Siempre lo hacen. Es parte del numerito de costumbre. Aparece en todas las novelas policíacas. Pero, claro, la última persona que ve a la víctima no es la que comete el crimen. Sería demasiado fácil. Un día de estos voy a escribir un libro en el que se ve a dos hombres andando por una calle sin salida, se oye un disparo, uno de ellos aparece muerto y el otro sale corriendo con una pistola en la mano, y al cabo de veinte capítulos repletos de pistas falsas resulta que lo había hecho el hombre de la pistola.

–Bueno, nueve de cada diez veces es él quien lo hace, en la vida real, quiero decir, ¿no? Bueno, no lo sé.

–Pero ¿qué le ha contado a la policía? –preguntó Wimsey, que empezaba a perder la paciencia y jugueteaba con un tubo de pintura blanca.

–Les dije que había estado en casa toda la noche y me preguntaron si había oído o visto algo sospechoso en la casa de al lado. Dije que no y la verdad es que realmente no lo sé. Me preguntaron si había visto a Campbell volver a casa y les dije que no lo había visto, pero que había oído el coche. Eso fue un poco después de las diez. Oí el reloj y pensé que iba siendo hora de meterme en la cama, porque tenía que coger el tren a la mañana siguiente. Me tomé una última copa, hice un poco de orden, elegí un libro para leer y acababa de subir cuando lo oí.

–¿Esa fue la última vez que lo oyó?

–Sí... Solo que tengo la vaga idea de haber oído abrirse y cerrarse la puerta poco después, como si hubiera vuelto a salir, pero no estoy seguro. Debí de regresar más tarde, si es que salió, porque lo vi marchar otra vez en su coche por la mañana.

–Bueno, eso es muy útil. ¿Qué hora era?

–Entre las siete y media y las ocho menos cuarto... no puedo decirlo con exactitud. Estaba terminando de vestirme. Tenía que desayunar, para coger el ómnibus y llegar a tiempo al tren de las nueve y ocho minutos. Hay diez kilómetros y medio hasta esa maldita estación.

–¿Y vio realmente a Campbell en el coche?

–Sí, sí, lo vi. Aunque supongo que si tuviera que subir al estrado en un juicio, solo podría jurar que vi su ropa y su aspecto. No le vi la cara, pero no cabe duda de que era Campbell.

–Comprendo.

A Wimsey le había dado un vuelco el corazón, pero se tranquilizó. Había visto las esposas cerrándose en las muñecas de Ferguson. Si hubiera jurado haber visto a Campbell vivo a una hora en la que Wimsey sabía que estaba muerto... Pero a los detectives no les ponían las cosas tan fáciles.

–¿Qué llevaba?

–Pues esa odiosa capa de cuadros y el famoso sombrero. Son inconfundibles.

–Sí. Bien, entonces ¿qué es lo que no les contó?

–Un par de cosas. En primer lugar, y aunque no creo que tenga nada que ver con el asunto, que hubo una trifulca alrededor de las ocho de la tarde del lunes.

–¿Ah, sí? Oiga, Ferguson, lo siento. He estropeado un tubo de Winsor y Newton que estaba en perfecto estado. Es esta maldita costumbre mía de jugar con todo. Se ha apelonado todo en un extremo.

–Bueno, no importa. Enróllelo. Tome un trapo. ¿Se ha manchado la chaqueta?

–No, gracias, está bien. ¿Qué clase de trifulca?

–Un tipo se puso a dar golpes en la puerta de Campbell soltando improperios. Campbell estaba fuera... afortunadamente, porque supuse que se iba a armar una buena.

—¿Quién era?

Ferguson miró a Wimsey, después el lienzo, y dijo en voz baja:

—La verdad, me temo que Farren.

Wimsey soltó un silbido.

—Sí. Me asomé y le dije que no armara tanto escándalo y me preguntó que dónde demonios estaba el..., ya me entiende usted, de Campbell. Le dije que no lo había visto en todo el día y le aconsejé que desapareciera. Así que empezó a soltar estupideces, que si siempre encontraba al muy hijo de su madre rondando su casa y que quería ajustarle las cuentas, y que si le ponía las manos encima lo iba a dejar para el arrastre. No le hice ni caso, por supuesto. Farren siempre pierde los estribos, pero es como la reina de corazones, que nunca ejecuta a nadie. Le dije que se olvidara del asunto y él me dijo que me fuera a hacer esto y lo otro, entonces me harté. Así que contesté que por mí como si se colgaba de un árbol y me dijo que era precisamente lo que iba a hacer, pero que antes tenía que matar a Campbell. Así que le dije, vale, pero no molestes a los que trabajamos. Se quedó allí un rato y después se largó.

—¿A pie?

—No, en bicicleta.

—Sí, claro. Difícilmente podría haber ido andando desde Kirkcudbright. Oiga, Ferguson, ¿qué hay de cierto en esa historia sobre la señora Farren?

—Maldita sea, creo que Campbell le tenía cariño a su manera, pero ella es demasiado altruista para meterse en líos. Le gusta el papel maternal... la inspiración y la influencia de una mujer pura, ¿comprende? Haz el bien y que este cruel mundo diga lo que quiera. La ternura y la vida maravillosa y esas paparruchas. ¡Maldita sea! ¿Qué he hecho con el cobalto? No soporto a esa mujer, nunca he podido. ¡Ah! Lo tengo en el bolsillo, para variar. Sí. Gilda Farren se cree con derecho a sermonearme. Por lo menos he conseguido pararle los pies, pero una vez tuvo la impertinencia de intentar que «nos conociéramos». ¡Qué frescura! Creó una situación de lo más embarazosa. Ya no importa, pero no soporto a esas arpías bienintencionadas y entrometidas. Ahora, siempre que coincidimos, me mira a los ojos con expresión dolida e indulgente. No aguanto esas majaderías.

—Un asco, sí —admitió Wimsey—. Como la gente que se ofrece a rezar por ti. ¿Se marchó Farren definitivamente o volvió?

—No lo sé. Esa es la cuestión. Más tarde vino alguien.

—¿A qué hora?

—Justo después de la medianoche, pero no me levanté para ver quién era. Alguien llamó a la puerta y enseguida entró, pero no me molesté en levantarme a mirar. Y después me quedé dormido.

—¿Y no oyó si esa persona se fue?

—No. No sé cuánto tiempo se quedó, él o ella.

—¿Ella?

—Digo él o ella porque en realidad no tengo la menor idea de si era hombre o mujer. No creo que fuera Farren, porque creo que oí un coche. Deme ese trapo, si ha terminado. Francamente, no lo recuerdo muy bien. A decir verdad, pensé que era Jock Graham volviendo a las andadas.

—Es muy probable. Hummm... Ferguson, yo en su lugar lo contaría.

—¿Qué? ¿Quiere decir lo de la visita a medianoche? ¿O también lo de Farren?

—También lo de Farren, pero sobre todo lo de la visita a medianoche. Al fin y al cabo, parece ser la última persona que vio a Campbell con vida.

—¿Qué quiere decir? Yo lo vi por la mañana.

—Lo vio hablar con él —replicó Wimsey—. Quizá pueda prestarle a la policía una ayuda muy valiosa, si es que lo encuentran.

—Entonces ¿por qué no ha dado la cara?

—¡Por Dios! Pues por miles de razones. A lo mejor ha estado vendiendo salmón ilícitamente o a lo mejor, como usted dice, es una mujer. Quién sabe.

—Cierto. De acuerdo. Voy a limpiar mi conciencia, como se suele decir. Y más vale que lo haga enseguida o pensarán que sé más de lo que sé.

–Sí –admitió Wimsey–. Yo no perdería ni un momento.

Él desde luego no lo perdió, porque volvió directamente a Kirkcudbright, donde se encontró con el inspector Macpherson entrando en su coche.

LORD PETER WIMSEY

–¡Vaya, vaya! –exclamó Wimsey–. ¿Adónde va?

–Tengo que contarle una cosa.

El inspector salió del coche con cierta dificultad y saludó cordialmente a Wimsey.

–Pues yo también tengo algo que enseñarle –dijo–. ¿Quiere pasar a la comisaría un ratito?

El inspector no lamentaba en absoluto que alguien admirara el horario que había establecido y Wimsey lo celebró calurosamente.

–Aún más, yo puedo rellenarle un par de huecos.

Expuso sus suposiciones, mientras el inspector lo escuchaba humedeciéndose los labios.

–Sí –dijo Macpherson–. Está más claro que el agua. Pobre Farren... Muy mal debía de estar para hacer una cosa así. Lástima que hayamos perdido tanto tiempo. Cien a uno a que ya ha abandonado el país.

–Abandonado el país o este mundo –apuntó Wimsey.

–Sí, es posible. Dijo que le iba a ajustar las cuentas a Campbell y después se iba a quitar de en medio. Muchos lo dicen y no lo hacen, pero los hay que sí.

–Desde luego –dijo Wimsey.

–Estaba pensando –añadió Macpherson– que no haríamos mal en enviar una partida de rescate a las montañas que hay detrás de Creetown. Recordará el triste asunto de hace un par de años, con aquella pobre mujer que se tiró a una de las antiguas minas de plomo. Donde hay problemas una vez puede haberlos dos. Sería terrible que el cuerpo del pobre hombre estuviera tirado allá arriba y que nosotros no lo encontráramos. ¿Sabe una cosa, milord? Estoy pensando que esto es precisamente lo que teme la señora Farren, aunque no quiera reconocerlo.

–Estoy totalmente de acuerdo con usted –replicó Wimsey–. Creo que está convencida de que su marido se ha suicidado y que no se atreve a decirlo porque sospecha que él puede haber cometido el asesinato. Será mejor que saque a sus sabuesos enseguida, inspector, y después iremos a dar una vuelta en busca de esa llave inglesa.

–Hay un trabajo tremendo por delante –dijo Macpherson–. Dudo que tengamos hombres suficientes para tantas investigaciones.

–Anímese –dijo Wimsey–. Ha reducido bastante el asunto, ¿no?

–Sí –contestó el inspector con prudencia–, pero no cuento con ello. Hay muchos cabos sueltos y no puedo perder de vista a ninguno de los sospechosos, de momento.

La pequeña Helen había descrito el lugar del encuentro de Campbell con el desconocido en el coche con tal precisión que no hizo falta llevarla para que lo indicase.

–Estaremos más tranquilos y a gusto solos –observó Macpherson, y se acomodó con un suspiro de satisfacción en el asiento delantero del enorme Daimler de Wimsey. Al cabo de seis o siete minutos ya estaban en la curva.

Según lo que había contado Helen, había tomado posiciones debajo del muro hundido, a la izquierda de la carretera en dirección a Gatehouse. En consecuencia, Wimsey y Macpherson empezaron a buscar, cada uno a un lado de la curva, en un radio de un par de metros a partir del muro, acercándose gradualmente uno a otro. Era un ejercicio que te destrozaba la espalda, porque la hierba era bastante alta, y mientras tanteaba, Wimsey se puso a versificar a la manera del viejo que estaba sentado en una cerca.¹

*Mas yo tramaba un plan
para la llave encontrar
con un descomunal imán
y venderla por seis peniques,
o entrenar buenos sabuesos
para olfatearla cual conejos*

¹ Referencia a *Alicia a través del espejo*, de Lewis Carroll. (N. de la T.)

*y algo, algo, algo... niques
y algo, algo, lejos.*

Se detuvo y se enderezó.

«No muy animado», reflexionó. «Creo que le iría mejor a un dibujo de Heath Robinson.»

*O comprar un quintal de pedernal
y lanzarlo en la oscuridad
y algo que acabe en brillo
y por último algo en cuchillo.*

«Tendría que haberme traído a Bunter. Esto es cosa de criados. Francamente, está por debajo de la dignidad de cualquier ser humano, a menos que uno sea como el ejército de Napoleón, que, según se dice, marchaba reptando sobre la tripa. ¡Vaya, vaya, vaya!»

Su bastón, que llevaba a todas partes, incluso en el coche, por temor a que por casualidad tuviera que dar unos pasos vacilantes al llegar a algún lugar, chocó contra algo que produjo un ruido metálico. Se agachó, miró y soltó un agudo grito.

El inspector llegó a todo correr.

—Aquí está —dijo Wimsey exagerando su orgullo.

Era una llave inglesa grande, una King Dick, ligeramente herrumbrosa a causa del rocío y estaba como a medio metro del muro.

—No la habrá tocado, ¿verdad? —preguntó el inspector, con ansiedad.

—¿Por quién me toma? —contestó Wimsey ofendido.

Macpherson se arrodilló, sacó una cinta métrica y midió con expresión solemne la distancia entre la llave inglesa y el muro. Después miró la carretera por encima del muro y, sacando su cuaderno, trazó un meticuloso plano de la posición exacta. A continuación sacó una navaja de grandes dimensiones y la lanzó entre las piedras del muro, para precisar aún más la posición, y una vez terminados estos ritos, y tras haberse envuelto los dedos en un gran pañuelo blanco, recogió con sumo cuidado la llave inglesa, rodeándola delicadamente con los pliegues de la tela.

—Es que puede haber huellas dactilares, ¿sabe? —dijo.

—Sí, puede —admitió Wimsey, con el acento de la región.

—Y ahora solo nos queda obtener las huellas de Farren y compararlas. ¿Cómo lo hacemos?

—Una cuchilla, una espátula, marcos de cuadros, tarros... cualquier cosa de su estudio. En los estudios nunca se quita el polvo. Supongo que el verdadero altercado se produjo al otro lado de la carretera y me temo que no quedarán muchos rastros.

El inspector negó con la cabeza.

—No es muy probable, con los coches y el ganado pasando continuamente. No hubo derramamiento de sangre, y en esta hierba tan seca no puede haber huellas. Una lástima, pero echaremos un vistazo.

En el asfalto no descubrieron nada y los indicios en la hierba eran tan borrosos que no servían de nada. Pero de repente Wimsey, que estaba dando golpes a unos helechos y unas zarzas, emitió un ruidito de sorpresa.

—¿Qué es eso? —preguntó Macpherson.

—Exacto. ¿Qué es? —contestó Wimsey—. Uno de esos problemas, inspector, eso es lo que es. ¿Ha oído hablar de los gatos de Kilkenny que se pelearon hasta que solo quedaron las colas? Pues en este caso tenemos a dos caballeros enzarzados en una pelea, y los dos han desaparecido como por arte de magia, y solo han dejado un mechón de pelo. Y aún más: no es del color que debería ser. ¿Qué le parece?

Levantó con la mano un mechón negro y rizado que recordaba a un mural asirio.

—Qué cosa tan rara —dijo Macpherson.

—Y cortado, no arrancado —dijo Wimsey. Sacó una lupa del bolsillo y examinó cuidadosamente el trofeo—. Es suave y sedoso, y nunca ha sido recortado por los extremos. Podría ser de una de esas

encantadoras chicas de pelo largo, tan anticuadas, pero la textura es un poco áspera. Francamente, es trabajo de un experto decir de dónde ha salido.

El inspector lo cogió con cuidado y miró con la lupa con cuantas luces le permitían las circunstancias.

–¿Por qué piensa que nunca lo han recortado? –preguntó.

–Fíjese en cómo se va afinando hacia las puntas. ¿Hay alguna mujer en el país con un cabello tan negro y rizado y que no haya conocido jamás unas tijeras? ¿Estaban nuestros dos tipos peleando por una prenda de amor, inspector? Pero ¿de quién? No de la señora Farren, a menos que de la noche a la mañana haya pasado de ser un cuadro de Burne-Jones a uno de Rossetti. Pero si no es de la señora Farren, ¿adónde va a parar nuestra teoría, inspector?

–¡Rayos! –exclamó el inspector–. A lo mejor no tiene nada que ver con el asunto.

–Es usted muy sensato e imparable –dijo Wimsey–. Calmo sin... No me acuerdo: pleno, sin desbordarse. Y hablando de eso, ¿cuánto tardarán en abrir los bares? ¡Vaya! Otro mechón de pelo. ¡Una prenda de amor! Oiga, vamos a casa a ver a Bunter. Tengo la sensación de que podría interesarle.

–¿Usted cree? –dijo Macpherson–. En fin, no es mala idea, pero estaba yo pensando que sería mejor que fuéramos primero a Newton-Stewart. Tendremos que buscar al médico y al director de la funeraria para que abran el ataúd. Tengo curiosidad por ver si la llave inglesa coincide con la herida en la cabeza.

–Yo también –dijo Wimsey–. Pero un momento. Primero vamos a echar un vistazo, a ver si descubrimos qué pasó con el cadáver. El asesino lo metió en su coche y se dirigió hacia Gatehouse. No pudo haber ido muy lejos, porque enseguida volvió a buscar el Morris de Campbell, así que tiene que haber una cerca por aquí. Es más, creo recordar que he visto una.

La búsqueda no se prolongó mucho. Unos cuarenta y cinco metros más allá llegaron a una verja de hierro llena de herrumbre, a la derecha de la curva. Daba a un sendero cubierto de hierba que, tras unos treinta metros, torcía bruscamente a la izquierda y quedaba oculto por los arbustos.

–Aquí es –dijo Wimsey–. Por aquí ha pasado un coche recientemente. Se ve la rozadura del guardabarros en el poste. La verja tiene cadena y un gancho, o sea que se puede abrir fácilmente. Debió de entrar marcha atrás. Después, con las luces apagadas, resultaría totalmente invisible desde la carretera. No tiene la menor dificultad y no hay otro escondite en más de un kilómetro a la redonda, estoy seguro. Esto es sumamente gratificante. Me regodeo, como dice Stalky. Venga al coche, inspector. Agárrese bien, que me siento con muchos bríos y voy a batir todas las marcas de velocidad hasta Newton-Stewart.

Al doctor Cameron le despertó gran interés la llave inglesa y le costó tanto trabajo no ponerle las manos encima que decidieron que lo mejor sería realizar cuanto antes las pruebas para encontrar huellas dactilares. La tarea se llevó a cabo gracias a los esfuerzos conjuntos de la policía, el fotógrafo local y Wimsey. Tras una pasada de polvo de mercurio, hizo su aparición una magnífica huella dactilar de un pulgar y, para usar la expresión favorita de los periodistas, «se registró» un negativo excelente.

Entretanto un agente de policía había llevado al director de la funeraria, que apareció muy alterado, deglutiendo las últimas migas de la merienda. Hubo otro pequeño retraso debido a que a alguien se le había ocurrido que había que dar parte al fiscal. Por suerte, dio la casualidad de que el fiscal estaba en la ciudad y acudió a la reunión. Mientras se dirigían al depósito de cadáveres, le explicó a Wimsey que era el caso más desagradable que había pasado por sus manos durante toda su vida profesional y que le había sorprendido la superioridad de las leyes escocesas frente a las inglesas en estas cuestiones.

–Porque dar publicidad a las investigaciones realizadas por un juez de instrucción provoca un dolor innecesario a los familiares, algo que se evita con nuestro método de investigaciones privadas.

–Cuánta razón tiene –admitió cortésmente Wimsey–, pero piense en toda la diversión que nos proporcionan los periódicos del domingo. Este tipo de investigación es un verdadero reto para ellos.

«A continuación nos dirigimos al depósito de cadáveres –decía el informe oficial del inspector Macpherson–, donde se procedió a abrir el féretro y extraer el cadáver de Campbell en presencia del fiscal, el doctor Cameron, James McWhan (el director de la funeraria), lord Peter Wimsey y yo. Al comparar la llave inglesa ya mencionada con las heridas en la cabeza del cadáver, el doctor Cameron expresó la opinión de que el contorno de una contusión sobre el pómulo izquierdo coincidía perfectamente con la cabeza de dicha llave y que con toda probabilidad había sido infligida con aquel instrumento u otro similar. Con respecto a la contusión sobre la sien, más extensa, que había ocasionado la muerte, el doctor Cameron no pudo pronunciarse con absoluta certeza, pero dijo que su aspecto parecía concordar con el uso de dicha llave.»

Tras esta entrada triunfal, con la impronta de un considerable esfuerzo literario, aparece otra.

«Por indicación de lord Peter Wimsey –el inspector era un hombre justo y capaz de reconocer los méritos ajenos, a pesar de sus sentimientos heridos–, se tomaron las huellas dactilares del cadáver – esta última frase está tachada y sustituida por una locución mejor–, se obtuvo un registro de las huellas dactilares del cadáver. Al comparar dicho registro con la huella dactilar hallada en la llave inglesa, ambas resultaron idénticas. Actuando según las órdenes recibidas, despaché ambos registros a Glasgow para ser inspeccionados por expertos.»

En este solemne párrafo nada se dice de la amarga decepción que sufrió el inspector. Con aquella huella dactilar en las manos, le parecía que aquel caso estaba cerrado y de repente lo arrojaban a las tinieblas exteriores de la incertidumbre y al rechinar de dientes. Pero actuó con una generosidad extrema.

–Es una verdadera suerte que a su señoría se le ocurriera esa idea –le dijo a Wimsey–. A mí no se me habría pasado por la cabeza. Podríamos haber eliminado a los seis sospechosos basándonos en esa huella dactilar engañosa. Tuvo usted una gran idea, milord, una gran idea.

Exhaló un profundo suspiro.

–Anímesese –dijo Wimsey–, Es cuestión de suerte. Venga a cenar algo conmigo al Galloway Arms.

Y esa invitación no fue precisamente afortunada.

La reunión en el estudio de Bob Anderson estuvo muy concurrida aquella noche. Bob era pintor y su carácter amable puede calibrarse por el hecho de que a ninguno de los implicados en el caso se le ocurriera ni por asomo que hubiera podido odiar a Campbell, haberle causado algún daño ni estar mezclado en el misterio de Campbell. Llevaba viviendo en Kirkcudbright casi tantos años como Gowan y gozaba de grandes simpatías, no solo entre los pintores, sino entre todos los vecinos del pueblo, sobre todos los pescadores y los hombres que trabajaban en el puerto. Raras veces hacía visitas, prefería quedarse en casa todas las noches y todas las noticias del pueblo se filtraban por el estudio de Bob tarde o temprano.

Cuando Wimsey asomó su larga nariz por la puerta aquel jueves por la noche, se encontró con la casa rebosante de invitados. Estaba allí la señorita Cochran y la señorita Selby, por supuesto, Jock Graham (con una indumentaria inaudita, consistente en jersey de pescador, pantalones de montar, correa de maleta y zapatos con suela de esparto), Ferguson (una sorpresa, porque tenía por norma no salir por las noches), el capitán de puerto, el médico, Strachan (casi sin moratón en el ojo), una tal señora Terrington, que hacía esculturas de metal, un hombre delgado, larguirucho y silencioso llamado Temple, de quien Wimsey no sabía nada salvo que era jugador de la categoría quinta en St. Andrews y, por último, la señora, la señorita y el joven señor Anderson. El murmullo de las conversaciones era tremendo.

Recibieron a Wimsey con un grito de bienvenida.

–¡Ya ha llegado! ¡Ya ha llegado! ¡He aquí el hombre que nos lo va a contar todo!

–¿Todo sobre qué? –preguntó Wimsey, aunque lo sabía perfectamente–. ¿Qué pajar por el Leger?

–Al diablo con Leger. El asunto del pobre Campbell. Es terrible que la policía no deje de entrar y salir de tu casa. No tienes ni un momento de calma. Por suerte yo tengo una coartada a prueba de bombas, porque si no empezaría a sentirme como un criminal.

–No, tú no, Bob –dijo Wimsey.

–Nunca se sabe hoy en día. Pero tuve la suerte de cenar con el alcalde el lunes por la noche y no volví a casa hasta medianoche, y el lunes por la mañana me dejé ver por St. Cuthbert's Street. Pero cuéntanos, Wimsey, tú que eres uña y carne con la policía...

–No se me permite contar nada –replicó Wimsey lastimero–. No me tientes. No es justo. No podría amarte tanto, Bob, si más no amara el honor.² Además, supuestamente yo tengo que averiguar cosas, no revelar información.

–Pero usted sí puede compartir todo lo que sabemos –dijo la señorita Selby.

–¿Ah, sí? –replicó Wimsey–. Entonces, dígame: ¿cuántos centenares de personas, aparte de Jock, sabían en el país que Campbell tenía intención de ir al Minnoch el martes?

–Sería mejor que preguntara quién no lo sabía –contestó el médico–. Lo dijo aquí el domingo por la noche. Había hecho un boceto por la tarde. El lunes iba a ir a pescar a un sitio maravilloso del que no quería hablarle a nadie...

–De todos modos, yo sé dónde es –interrumpió Graham.

–Cómo no. Y el martes pensaba ir a pintar el Minnoch si seguía el buen tiempo. Tú también lo oíste, Sally.

–Sí –dijo la señorita Cochran.

–Yo también estaba aquí –dijo Ferguson– y lo recuerdo perfectamente. Algo debí de contarle a Farren el lunes por la mañana, porque tenía preparada una merienda o algo parecido en la bahía de Brighthouse el martes y dijo que esperaba que no se toparan con Campbell.

–Yo también lo sabía –intervino Strachan–. Mi mujer y yo lo vimos allí el domingo, como creo que ya le he dicho a Wimsey.

Wimsey asintió con la cabeza.

–Parece que Campbell estuvo más comunicativo que de costumbre –comentó.

–Venga, Campbell no era tan mal tipo si lo pillabas por el lado bueno. Tenía unos modales muy agresivos, pero estoy convencido de que se debía a que se sentía fuera de lugar. Tenía unas discusiones tremendas con la gente...

–Era muy dogmático –dijo el capitán de puerto.

–Sí, pero por eso resultaba tan gracioso. A Campbell no podías tomártelo en serio.

–Pues Gowan sí –replicó el médico.

–Ah, pero es que Gowan se lo toma todo muy en serio, sobre todo a sí mismo.

–Da igual. El caso es que Campbell no debería haber hablado de Gowan como lo hizo –dijo la señora Anderson.

–Gowan está fuera, ¿no? Me han dicho que se ha ido a Londres. Por cierto, Wimsey, ¿qué pasa con Waters?

–Ni idea. Según tengo entendido, debe de estar en Glasgow. ¿Sabe algo de él, Ferguson?

–No. Ya me lo ha preguntado la policía. ¿Debo entender que sospechan de Waters por algo?

–Waters estuvo aquí el domingo por la noche, pero no se quedó mucho rato después de que apareciera Campbell –dijo el médico.

–Doctor, a usted se le dan muy bien los datos concretos, pero si Waters estaba en Glasgow no pudo estar en el Minnoch.

–Lo más raro es que nadie lo viera en Glasgow –dijo la señorita Selby–. En teoría iba a venir en el mismo tren que nosotros, pero no fue así, ¿verdad, señor Ferguson?

–Yo no lo vi, pero la verdad es que tampoco lo busqué. Las vi a ustedes dos al subir al tren en Dumfries y volví a verlas con sus acompañantes en la estación de St. Enoch, pero me marché enseguida. Tenía que hacer unas compras antes de ir a la exposición. Fue un auténtico engorro, francamente. Se me estropeó la dinamo del coche, porque si no me habría levantado temprano para

² Paráfrasis de un poema de Richard Lovelace, dedicado a Lucasta. (*N. de la T.*)

coger el expreso de las siete y media en Dumfries en lugar de esperar al de las once veintidós, que es espantoso y para en todas las estaciones.

–Pues en lugar de meterme en semejante tren, que es un tostón, yo habría esperado un poco más y me habría ido en el de la una cuarenta y seis.

–¿O sea, cogiendo el de las diez cincuenta y seis desde Gatehouse?

–O el ómnibus de las once. Llegas a Dumfries a las doce veinticinco.

–No –le corrigió Strachan–. Ese es el ómnibus de los domingos. En días laborables sale a las diez.

–Bueno, de todos modos no podía, porque tenía una cita en la exposición a las tres y cuarto, y el tren de la una cuarenta y seis no llega a Glasgow hasta las tres treinta y cuatro –dijo Ferguson–. Así que tuve que sacrificarme. Y lo que más rabia me dio fue que el hombre con el que tenía que entrevistarme no apareció. Encontré una nota en el hotel, diciendo que lo habían avisado para que fuera a ver a un familiar que estaba enfermo.

–Los familiares enfermos deberían estar prohibidos por ley –dijo Wimsey.

–Pues sí. Me fastidió muchísimo, pero al final llevé la dinamo a Sparkes y Crisp, y allí sigue, maldita sea. Por lo visto es algo del bobinado, pero no creo que ni ellos lo sepan. Y encima, es un coche prácticamente nuevo, solo tiene unos cuantos miles de kilómetros. Voy a reclamar, porque todavía está en garantía.

–Bueno, hombre, Sparkes y Crisp le proporcionarán una buena coartada –dijo Wimsey para consolarlo.

–Sí. No sé cuándo llegué allí exactamente, pero ellos sí podrán decirlo. Yo diría que hacia las tres. Por supuesto, el tren llevaba un cuarto de hora de retraso, para variar.

–Se retrasó casi veinte minutos –dijo la señorita Selby muy seria–. A nosotras nos vino fatal, porque tuvimos menos tiempo para estar con Kathleen.

–Los trenes de cercanías siempre llevan retraso –dijo Wimsey–. Es una de las normas. Es para que el guarda y el maquinista puedan salir a admirar el jardín del jefe de estación en todas las paradas. Conocerán esos concursos de jardinería que aparecen en las revistas de los ferrocarriles. Y así funcionan. El guarda se baja en Kirkgunzeon o Brig of Dee con una cinta métrica en la mano, mide la calabaza premiada y dice: «Setenta centímetros. No vale, señor McGeoch. En Dalbeattie hay una que le saca cinco centímetros. Ven a ver esto, George». El maquinista se acerca y dice: «¡Ah, pues sí! Debería poner mantillo de guano líquido y tónico de aspidistra». Y después vuelven a Dalbeattie y les cuentan que la calabaza de Kirkgunzeon les lleva delantera. No, no se rían. Sé que lo hacen. Si no, ¿a santo de qué pasan tanto tiempo en esas estaciones de tres al cuarto?

–Debería darles vergüenza hablar de tonterías con el pobre señor Campbell muerto –dijo la señorita Anderson.

–Lo entierran mañana, ¿no? –dijo de repente Jock Graham sin ningún tacto–. En Gatehouse. ¿Habrás que ir? No tengo ropa de boda.

–Vaya por Dios –dijo Bob–. No lo había pensado. Supongo que deberíamos ir. Si no vamos, va a parecer un poco raro. Además, me gustaría mostrarle cierto respeto al pobre hombre. Seguro que podemos ir con la ropa que llevamos ahora.

–No puedes ir con ese traje espantoso, Bob –dijo la señorita Selby.

–¿Por qué? –preguntó Bob–. Puedo sentir tanta lástima con un traje de cuadros como con una levita que apeste a naftalina. Iré con mi ropa normal de trabajo... y con corbata negra, claro. ¿Me imaginas con sombrero de copa?

–Papá, eres terrible –dijo la señorita Anderson.

–¡Dios mío! –exclamó Wimsey–. Espero que Bunter se haya acordado de encargarme una corona. Seguro que sí. Se acuerda de todo. ¿Has decidido enviar una en nombre del club, Strachan?

–Sí, sí –contestó Strachan–. Todos coincidimos en que es lo correcto.

–El problema de Campbell era que no sabía perder –dijo inesperadamente el jugador de la categoría quinta–. Un golpe con efecto a la derecha fallido o un mal golpe de aproximación y ya no volvía a jugar en toda la tarde.

Tras haber descargado su conciencia con esa crítica, volvió a sumirse en el mutismo.

–Iba a hacer una exposición él solo este otoño en Londres, ¿no? –dijo Ferguson.

–Espero que su hermana se encargue de todo –dijo el médico–. Probablemente tendrá mucho éxito.

–Nunca sé qué quiere decir el doctor con esos comentarios –intervino el joven Anderson–. Por cierto, ¿cómo es la hermana? ¿La ha visto alguien?

–Vino ayer –respondió la señora Anderson–. Una muchacha muy agradable, muy tranquila. Me cayó bien.

–¿Qué piensa de todo esto?

–Pues ¿qué va a pensar, Jock? Parecía muy afectada, como era de esperar.

–Y no tendrá ni idea de quién puede ser el responsable, me imagino –dijo Wimsey.

–No. Deduje que no veía a su hermano desde hacía años. Está casada con un ingeniero y vive en Edimburgo y, aunque no me lo dijo así exactamente, me dio la impresión de que los dos hombres no se llevaban muy bien.

–Es todo muy desagradable y muy misterioso –dijo la señorita Anderson–. Espero que no sea más que una pesadilla. No puedo creerme que nadie de por aquí haya cometido un crimen. Lo que pienso es que la policía quiere asustarnos. Lo más probable es que fuera un accidente, sin más.

El doctor abrió la boca, pero su mirada se cruzó con la de Wimsey, y la cerró. Wimsey pensó que su colega de Newton-Stewart debía de haber dicho algo y se apresuró a desviar la conversación por otros derroteros, de modo que sirviera de advertencia y posiblemente también sacara a la luz algún dato útil.

–En gran medida depende de cuánto tiempo pasara Campbell en el Minnoch el martes –dijo–. Sabemos, o al menos Ferguson lo sabe, que salió alrededor de las siete y media. Son unos cuarenta y tres kilómetros... o sea que digamos que llegó allí entre las ocho y media y las nueve menos cuarto. ¿Cuánto tardaría en hacer el boceto?

–¿Empezando desde cero?

–Precisamente de eso no podemos estar seguros, pero vamos a suponer que empezó con un lienzo en blanco.

–Que probablemente es lo que hizo –dijo Strachan–. Me enseñó el esbozo que tenía en el cuaderno el domingo, y el lunes no subió hasta allí.

–Que sepamos –intervino Ferguson.

–Exacto. Que sepamos.

–¿Entonces? –preguntó Wimsey.

–No hemos visto el cuadro. ¿Cómo vamos a saberlo? –dijo Bob.

–Vamos a ver –dijo Wimsey–. Sé cómo podríamos hacernos una idea aproximada. Suponiendo que todos ustedes empezaran con un lienzo de ese tamaño y trazaran un bosquejo a carboncillo... ¿podrían amañar algo, por así decirlo, imitando el estilo de Campbell en la medida de lo posible mientras yo vigilo con un cronómetro? Podríamos sacar la media e iniciar una especie de línea de investigación a partir de ahí.

–¿Reconstruir el crimen? –preguntó el joven Anderson riendo.

–En cierto sentido, sí.

–Pero Wimsey, no puede ser. No hay dos personas que pinten al mismo ritmo, y si yo, por ejemplo, intentara pintar como Campbell, con espátula, haría una verdadera porquería y no conseguiría nada.

–Es posible... pero sus estilos son muy distintos, Ferguson. Pero sé que Jock puede imitar a cualquiera, y Waters me dijo que sería fácil imitar un Campbell y que quedara un cuadro muy convincente. Y Bob es un experto de la espátula.

–Yo voy a prestarme, lord Peter –dijo la señorita Selby de modo sorprendente–. Si realmente va a servir de algo, no me importa hacer el ridículo.

–Así me gusta –dijo Graham–. Yo también, Peter.

–A mí no me importa intentarlo –dijo Strachan.

–Vale, sí, de acuerdo –intervino Bob–. Vamos a intentarlo todos. ¿Tenemos que ir al lugar de la tragedia, muchacho?

–¿Y salir de casa a las siete y media? –preguntó la señorita Selby.

–No serviría de nada llegar demasiado temprano, por la luz –objetó Strachan.

–Esa es una de las cosas que tenemos que demostrar –dijo Wimsey–. Cuándo pudo empezar a trabajar.

–¡Puf! –exclamó Bob Anderson–. Levantarme de madrugada va contra mis principios.

–No importa. Piensa en lo mucho que puedes ayudar –comentó Wimsey.

–En fin... ¿Estás pensando en mañana por la mañana?

–Cuanto antes, mejor.

–¿Nos vas a llevar tú?

–Con todos los lujos. Y Bunter servirá café caliente y sándwiches.

–Anímese, hombre –dijo la señorita Selby.

–Si no queda más remedio... –dijo Bob.

–A mí me parece espantoso –intervino Ferguson–. Ir allí todos apretados en los coches y con merienda. ¿Por quién nos va a tomar la gente?

–¿Y qué importa por quién nos tomen? –replicó Graham–. Creo que tienes toda la razón, Wimsey. Maldita sea, tenemos que hacer lo que podamos. Yo estaré allí. Vamos, Ferguson, no nos falles.

–Iré si quieren, pero de todos modos me parece vergonzoso –dijo Ferguson.

–Entonces, la señorita Selby, Bob, Strachan, Ferguson, Graham y yo de cronometrador. Café y espátulas para seis. Strachan, usted podría llevar a Ferguson y a Graham, y yo me encargaré del contingente de Kirkcudbright. También llevaré a un testigo de la policía. Muy bien.

–Estoy convencida de que todo esto le divierte, lord Peter –dijo la señora Terrington–. Supongo que estas investigaciones le entusiasman.

–Siempre resultan interesantes –admitió Wimsey–. A todo el mundo le fascina su trabajo, ¿no es así, señor Douulton? –añadió dirigiéndose al capitán de puerto.

–Así es, milord. Recuerdo que hace muchos años tuve que hacer algo parecido, una investigación sobre un velero que encalló en el estuario y quedó hecho pedazos con el temporal. Los del seguro pensaban que el accidente no estaba nada claro. Nosotros nos encargamos de demostrar que con el viento y la marea, el barco tendría que haber estado muy lejos de la orilla si hubieran salido a la hora que decían. Perdimos el juicio, pero yo no he cambiado de opinión.

–Ese estuario puede resultar complicado si no conoces los canales –dijo Bob.

–Sí, es verdad, pero un hombre con gran experiencia, como era el patrón, no habría cometido semejante error, a no ser que estuviera borracho.

–Eso le puede pasar a cualquiera –dijo Wimsey–. ¿Quiénes eran esos tipos que armaron tanto jaleo en el pueblo durante el fin de semana?

–Ah, dos caballeros ingleses, tenían un barquito que estaba anclado en el Doon –contestó con una completa tranquilidad el capitán de puerto–. No hicieron nada. Son unos tipos muy decentes, muy sociables, padre e hijo, y saben manejar el barco. Partieron el martes por la mañana, habían planeado subir por la costa oeste, camino de Skye, según me dijeron.

–Pues van a tener buen tiempo –dijo el médico.

–Sí, desde luego. Pero parece que por la noche habrá algún cambio. Mudará el viento y se aproxima una de esas depresiones de Islandia.

–Ojalá dejaran sus depresiones en casa –gruñó Wimsey pensando en su experimento.

La reunión no acabó hasta las once. Al salir a la calle, Wimsey se dio cuenta inmediatamente de que el tiempo había cambiado. Una leve humedad le acarició las mejillas y el cielo estaba cubierto con una espesa capa de nubes.

Estaba a punto de torcer por Blue Gate Close cuando vio a lo lejos, al final de la calle, la luz roja de la trasera de un coche. Era difícil calcular las distancias en la cerrada oscuridad, pero su instinto le dijo que el vehículo estaba ante la casa de Gowan. Movido por la curiosidad, bajó por la calle y de pronto, aguzando ojos y oídos, creyó oír un murmullo de voces y ver dos figuras embozadas cruzando la acera.

«¡Aquí pasa algo!», se dijo, y echó a correr sin hacer ruido, con zapatos de suela de goma. Apretó el paso.

Tropezó con algo, se cayó cuan largo era y se hizo unas buenas magulladuras. Cuando se recuperó, la luz roja estaba doblando la esquina.

El capitán de puerto apareció de repente y lo ayudó a ponerse de pie.

–Es un auténtico escándalo que pongan los escalones de las puertas justo en el bordillo. ¿Se ha hecho daño, milord? El ayuntamiento debería hacer algo al respecto. Recuerdo que, cuando era joven...

–Perdone –le interrumpió Wimsey. Se frotó las rodillas y los codos–. No me he hecho nada. Perdóneme, ¿eh? Es que tengo una cita.

Echó a andar apresuradamente hacia la comisaría, mientras el capitán de puerto se quedaba mirándolo con sorpresa.

EL AGENTE ROSS

El día siguiente amaneció revuelto y tormentoso, con fuerte lluvia y rachas de viento del suroeste. Hubo que aplazar sin remedio la excursión de pintores que tenía planeada Wimsey. No obstante, el día no estuvo falto de acontecimientos.

Lo primero que ocurrió fue el repentino regreso de Ayr del agente Ross, portador de una historia extraordinaria.

Había ido la noche anterior a Kilmarnock, a investigar el asunto de un ciclista con gabardina a quien habían visto salir de la estación de Ayr poco después de las 13.48, pero aquella pista no lo llevó a ninguna parte. Encontró al hombre en cuestión sin ninguna dificultad. Resultó ser un joven agricultor totalmente inocente y respetable que había ido a la estación a preguntar por unas mercancías que se habían extraviado en el viaje.

A continuación, Ross hizo más pesquisas en la ciudad y sus alrededores, con los siguientes resultados:

El quiosquero había visto al pasajero de gris pasar junto al quiosco a las 13.49, dirigiéndose hacia la salida. No llegó a verlo salir de la estación porque la esquina del quiosco le tapaba esa zona.

Un taxista que estaba justo a la salida había visto salir a un joven con gabardina y una bicicleta. (Era el labrador al que Ross interrogó posteriormente.) También había visto salir a un hombre más bien joven con gorra y traje de franela gris, con un pequeño maletín pero sin bicicleta. Después le hizo señas un pasajero y se marchó de allí, pero creía haber visto a un hombre de gris internándose en una calle lateral. Eso debió de ocurrir unos dos minutos después de la llegada del tren de Stranraer, o sea, a las 13.50.

Alrededor de las 14.20, un mozo que llevaba un carro de equipajes al tren de las 14.25 para Carlisle se fijó en una bicicleta de hombre apoyada en un tablero con horarios y carteles del ferrocarril que estaba justo encima de las taquillas. La examinó y vio que llevaba una etiqueta de L.M.S., los ferrocarriles de Londres, Escocia y la región central de Inglaterra, con destino Euston. No sabía nada de ella, pero le dio la impresión de que llevaba allí algún tiempo. La dejó en su sitio, suponiendo que estaría a cargo de uno de sus compañeros y que posiblemente perteneciera a algún pasajero que se pararía en Carlisle. Pero a las cinco observó que seguía allí mismo y preguntó a los demás mozos. Ninguno recordaba haberse encargado de la bicicleta ni de haberla etiquetado, pero como estaba debidamente etiquetada, cumplió con su obligación y la metió en el expreso de las 17.20 para Euston. Si su dueño había viajado en el tren de las 12.25, la bicicleta llegaría a Euston en el mismo tren, porque el de las 14.25 no llega a Euston, y los pasajeros de Londres tendrían que hacer transbordo en Carlisle y esperar dos horas y cuarto hasta que los recogiera el de las 17.20.

El mozo examinó minuciosamente la bicicleta, porque le había llamado la atención de una forma especial. Era una Raleigh, ni nueva ni en muy buen estado, pero los neumáticos sí estaban bien.

Ross casi dio un brinco al oír esta descripción y se apresuró a interrogar a todos los mozos. Sin embargo, no logró localizar al hombre que había puesto la etiqueta, ni obtuvo ninguna información sobre el propietario de la bicicleta.

A las 14.25, el taquillero había expedido diez billetes para Carlisle, dos billetes de ida de tercera, tres de ida y vuelta de tercera, uno de ida de primera y otro de ida y vuelta también de primera, además de dos de ida de tercera para Euston. No había expedido ningún billete de bicicleta para el tren de largo recorrido de las 17.20, que llevaba ocho pasajeros desde Ayr. Un mozo, pero no el mismo que había metido la bicicleta en el tren de las 17.20, recordaba a un caballero con traje gris que había ido a Carlisle en el tren de las 14.25, sin equipaje; le había hecho algunas preguntas sobre el itinerario, que pasaba por Mauchline. Aquella persona no llevaba gafas y no dijo nada sobre ninguna bicicleta, como no lo hizo ningún otro pasajero del tren de las 17.20.

A continuación, el agente Ross intentó seguir el rastro del hombre del traje gris que había desaparecido por una calle lateral, pero no consiguió nada. Más que una calle era un callejón, en el que no había sino las entradas traseras de varios almacenes y unos servicios públicos.

Al volver a interrogarlo, el quiosquero dijo que creía recordar haber visto a un hombre con sombrero de fieltro y gabardina que venía de las taquillas pasando ante el quiosco con una bicicleta

alrededor de las 13.53, pero que no le había prestado mucha atención. Nadie más se había fijado en aquella persona, porque el tren de Stranraer estaba a punto de salir hacia Glasgow y había numerosos pasajeros que se apresuraban a tomarlo.

Dos mozos, que habían despachado las últimas maletas al tren de Glasgow de las 13.45, aseguraron categóricamente que no había ninguna bicicleta en ninguno de los furgones.

El agente Ross no sabía qué pensar. La descripción de la bicicleta coincidía casi exactamente con la de la que se habían llevado del hotel Anwoth y no tanto con la de Farren. Pero ¿por qué llevaba una etiqueta para Ayr? El mozo había facturado para Ayr la bicicleta que habían dejado en Girvan, extremo que fue corroborado por el guarda que la sacó en Ayr. Era prácticamente imposible que le hubieran puesto otra etiqueta en Ayr durante los seis minutos de espera del tren en la estación, porque durante ese rato siempre había estado uno u otro mozo rondando la caja de las etiquetas y todos estaban dispuestos a jurar que por sus manos no había pasado ninguna bicicleta.

La única posibilidad consistía en que le hubieran puesto otra etiqueta a la bicicleta después de la partida del tren de Glasgow, pero no la había facturado ningún mozo, porque ninguno recordaba haber hecho tal cosa.

¿Qué había sido del hombre del traje gris?

Si era la misma persona con gabardina que había visto el quiosquero empujando una bicicleta a las 13.53, debió de ponerse la gabardina fuera (¿tal vez en los servicios públicos?) y volver por el vestíbulo de las taquillas. ¿Y qué había sido de él después? ¿Se había quedado por la estación hasta las 14.55? Pero ¿dónde? No había ido a la cantina, porque la chica que servía estaba completamente segura de no haber visto a nadie de tales características y tampoco lo habían visto ni en la sala de espera ni en el andén. Posiblemente había dejado la bicicleta junto a la valla y había vuelto a salir o había cogido otro tren.

Pero ¿qué tren?

No había ido a Glasgow en el de las 13.54, porque saltaba a la vista que no podían haber facturado la bicicleta con otra etiqueta antes de que saliera el tren.

Quedaban el tren de las 13.56 para Muirkirk, el de las 14.12 y el de las 14.23 para Glasgow, el de las 14.30 para Dalmellington, el de las 14.35 para Kilmarnock y el de las 14.45 para Stranraer, aparte, por supuesto, del de las 14.25.

De las siete posibilidades, Ross pudo eliminar la de las 13.56, la de las 14.30 y la de las 14.35. Nadie que respondiera ni remotamente a la descripción había viajado en ninguno de esos trenes. Pensó que también podía descartar el de las 14.45 para Stranraer. Tenía la ventaja de que el asesino (si es que era el asesino) volvería sobre sus pasos y Ross no olvidaba la observación de Wimsey que el asesino probablemente querría volver a casa lo antes posible, pero parecía inconcebible que alguien se tomara la molestia de irse hasta Ayr para deshacerse de una bicicleta que podría haber dejado tirada fácilmente en cualquier sitio más cercano.

Quedaban los dos trenes de Glasgow y el de las 14.25. El de las 14.12 era relativamente lento, y llegaba a las 15.30; el de las 14.23 enlazaba con el barco de Stranraer, que llegaba a las 15.29. El primero tenía la ventaja de que los viajeros salían de la estación más temprano. Investigó sobre esos dos trenes, pero en ambos casos solo obtuvo vagas descripciones de viajeros con gabardina y traje gris. Que esa indumentaria fuera tan normal y corriente lo dejó un tanto deprimido. Le dio vueltas a la idea de que el hombre que buscaba se hubiera cambiado de ropa antes de marcharse de Ayr, pero la descartó. No podía haber llevado en el maletín otro traje, además de la gabardina, y difícilmente podría haber salido, comprado otro traje y haberse cambiado en un hotel. Sí, podría haberlo hecho, pero corriendo un riesgo innecesario, en cuyo caso tendría que haber cogido un tren mucho más tarde, y cuanto más tiempo hubiera perdido en Ayr, menos creíble resultaría su coartada. Y si no quería procurarse una coartada, ¿qué sentido tenía haber tomado medidas tan complicadas en el Minnoch? Entonces, si había ido a Glasgow, no podría haber llegado antes de las 15.29, como muy pronto, y lo más probable era que no hubiera viajado más tarde.

Quedaba el de las 14.55. Podría ser el pasajero de traje gris que había ido a Euston. Pero en ese caso, ¿por qué llevarse la bicicleta, con billete o sin él? Podría haberla dejado tranquilamente en el andén de Ayr.

¡Pero no! Quizá lo mejor habría sido que se la llevara. Tenía que saber que harían averiguaciones, si no por pérdida, sí como prueba de un asesinato. Euston era una localidad más grande y estaba más lejos del lugar del crimen que Ayr. En Londres se podía perder una bicicleta sin problemas, y siempre y cuando no lo hubieran visto con ella, podía negar que supiera nada del asunto.

Al agente Ross no acababa de convencerlo ninguna de aquellas explicaciones. Era muy posible que el hombre en cuestión no hubiera cogido ningún tren y que estuviera aún deambulando por Ayr. Podía haber cogido un coche o un ómnibus a cualquier parte. Empezó a tener la sensación de que aquello se estaba complicando demasiado, de que no podía encargarse de todo él solo. De modo que decidió volver a Newton-Stewart con su informe para que le dieran nuevas instrucciones.

Evidentemente, lo primero era averiguar qué había pasado con la bicicleta y cuándo había llegado a Londres, si es que había llegado. Dalziel encargó una investigación a Euston. La respuesta llegó al cabo de una hora: una bicicleta que respondía a la descripción había llegado el miércoles, en el tren de las cinco de la mañana. Como nadie la había reclamado, la habían depositado en consigna, a la espera de que apareciera su propietario. Era una Raleigh que respondía a la descripción.

La policía no sabía muy bien qué hacer, salvo ordenar a las autoridades del ferrocarril que retuvieran el vehículo hasta que alguien fuera a identificarlo. Entretanto, si alguien lo reclamaba, había que detenerlo. Se hizo una llamada a la policía de Londres para pedir ayuda en esa parte del asunto, si bien parecía probable que, si la bicicleta era realmente la que había sido robada, quien la reclamara solo podía ser un imbécil.

–Si la reclamara no se la darían –dijo el agente Ross–. No la entregan sin el billete.

–¿No? –replicó el sargento Dalziel–. ¿Y si el individuo se hubiera bajado del tren y comprado un billete en otra estación, en Carlisle o Crewe o Rugby, por ejemplo?

–Es verdad –dijo Ross–. Pero de ser así, habría ido a buscarla antes. Cuanto más tiempo la deje allí, más riesgos correrá.

–Sí, tendremos que dar gracias si no se la han llevado ya –admitió Dalziel.

–Pues sí –dijo Ross, satisfecho de sí mismo.

También el inspector Macpherson se sentía satisfecho. Había ido bastante temprano a Newton-Stewart para presentar su horario al sargento Dalziel y estaba que no cabía en sí de gozo.

–Encaja estupendamente con mi teoría –dijo–. Si no es la bicicleta de Farren, me afeito el bigote.

Entretanto se estaba preparando una desagradable sorpresa para el sargento Dalziel. Desbordante de orgullo por su eficacia y su rapidez de reacción, al volver de Ayr la noche anterior había dejado varias fotografías en la comisaría de Girvan con la orden de que se las enseñaran a McSkimming, el mozo, en cuanto llegara por la mañana, para ver si podía identificar al hombre del traje gris. Y la policía de Girvan llamó para decir que habían ingresado en el hospital a McSkimming por la noche, porque el terrible dolor de estómago que sufría había resultado ser apendicitis aguda.

Al llamar al hospital recibió la noticia de que al hombre en cuestión lo estaban operando en aquel mismo momento y que, por supuesto, no podría hacer declaraciones durante un tiempo. Para mayor desasosiego, le dieron detalles como «perforación», «posible peritonitis» y «corazón deficiente». Dalziel soltó unas cuantas palabrotas y despachó inmediatamente a Ross con otro paquete de fotografías para que se las enseñara a los funcionarios de Ayr.

El siguiente golpe iba dirigido al inspector Macpherson, y le pilló de lleno.

«Si no es la bicicleta de Farren, me afeito el bigote.» Eso había dicho.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando sonó el teléfono.

–Llamo de la policía de Creetown –dijo alguien–. Hemos encontrado la bicicleta del señor Farren abandonada en las montañas de Falbae. No cabe duda de que es la suya, porque tiene el nombre escrito en una etiqueta que está atada al manillar.

Habrà que recordar que la noche anterior el inspector había enviado una partida de rescate a la zona de unas minas de plomo abandonadas, donde había ocurrido una desgracia hacía un par de años. Las minas consistían en una media docena de pozos abiertos en la montaña de granito, a unos

cuantos kilómetros al este de Creetown. Para llegar hasta allí había que pasar por una carretera que llegaba a una granja llamada Falbae. Desde allí salían un par de caminos de cabras que llegaban hasta las minas, que estaban prácticamente en el exterior, puesto que tenían una profundidad de diez o doce metros como máximo. Seguían en su sitio algunas vigas de sujeción de las jaulas de extracción, pero hacía tiempo que todos los aparejos habían desaparecido. Las minas tenían mala fama, sobre todo desde que una pobre desgraciada se tiró a uno de los pozos, y nadie se acercaba por allí, salvo algún pastor de vez en cuando. Los habitantes de la granja tenían pocas oportunidades de visitar el lugar, y la carretera acababa en la granja. Si bien las minas estaban relativamente cerca de la civilización, a todos los efectos prácticos estaban tan solitarias y desoladas como si se hubieran encontrado en medio de un desierto.

Fue en aquel aciago paraje donde encontraron la bicicleta de Farren. Macpherson se apresuró a llegar allí para iniciar la investigación y se encontró con la policía de Creetown y varios voluntarios apiñados ante la boca de uno de los pozos. Un hombre se estaba atando una cuerda alrededor de la cintura para descender.

La bicicleta seguía donde la habían encontrado, a unos centenares de metros detrás de la granja, y como a ochenta metros del pozo más cercano. Se encontraba en buen estado, pero con las partes de chapa un poco herrumbrosas tras cuatro noches entre los helechos. No había indicios de accidente ni de violencia. Todo parecía indicar que simplemente la habían dejado tirada cuando el camino se hacía demasiado escabroso y empinado para seguir en bicicleta.

—¿Han encontrado el cadáver? —preguntó Macpherson.

No, no habían encontrado el cadáver, ni ropa, pero parecía muy probable que el pobre Farren estuviera en el fondo de uno de los pozos. Tenían la intención (siempre y cuando les dieran la orden) de explorar los pozos uno a uno. Podía ser una tarea difícil, porque en un par de ellos había agua en el fondo. Macpherson les dijo que continuaran y que le comunicaran cualquier cosa que surgiese. Después, profundamente decepcionado y disgustado, recorrió el triste camino de vuelta a Kirkcudbright.

La desagradable tarea de explicarle a la señora Farren los temores que albergaban sobre su marido recayó sobre el jefe de policía. La mujer le abrió la puerta sonriente y parecía más animada que unos días antes, de modo que a sir Maxwell le costó trabajo empezar a hablar sobre el asunto. En términos generales, la señora Farren se lo tomó bien. Sir Maxwell insistió en que nada demostraba de momento la posibilidad del suicidio y que se estaban realizando investigaciones por simple precaución.

—Lo entiendo perfectamente, es usted muy amable —dijo la señora Farren—. Es usted muy atento. No puedo creerme que Hugh pueda haber hecho algo tan espantoso. Estoy segura de que es todo un error. Sí, es un poco maniático, creo que seguramente se fue a alguna parte, sin más. Pero, por supuesto, deben investigar en las minas. Lo comprendo.

El jefe de policía le hizo varias preguntas más, con el mayor tacto posible.

—Pues sí... bueno, si ya lo sabe... Sí, tengo que reconocer que estaba muy enfadado cuando se marchó. Hugh es muy nervioso y estaba fastidiado por algo de la cena. No, no, por Dios... nada que ver con el señor Campbell. ¡Qué idea tan absurda!

Sir Maxwell pensó que no podía dejar pasar aquella ocasión. Con la mayor amabilidad posible, explicó que alguien había oído a Farren hacer ciertas observaciones sumamente inoportunas sobre el señor Campbell aquella noche concreta.

La señora Farren reconoció que a su marido le molestaban las continuas visitas de Campbell.

—Pero cuando se lo pensaba mejor, se daba cuenta de que estaba siendo muy injusto conmigo —dijo—. Jamás habría llegado hasta ese extremo, ser violento contra sí mismo, ni contra nadie. Tiene que creerme, sir Maxwell. Yo conozco a mi marido. Es muy impulsivo, pero se le pasa enseguida. Tengo la absoluta certeza de que está bien y de que no ha hecho nada malo movido por un arrebató. Incluso... incluso si lo encuentra muerto, nada podrá convencerme de que no se trate de un accidente. Todo lo demás es inconcebible, dentro de poco vendrá a verme para decirme que tengo razón.

Pronunció estas palabras con tal seguridad que Jamieson empezó a dudar de sus propias convicciones. Sir Maxwell dijo que confiaba en que los acontecimientos demostraran que la señora Farren tenía razón y se despidió. Al salir, el coche de Strachan pasó a su lado por la curva y, al mirar por encima del hombro, lo vio detenerse ante la puerta de la casa de la señora Farren.

«Pase lo que pase con Farren, Strachan está metido en esto hasta el cuello», se dijo.

Tras unos momentos de titubeo se dio la vuelta. Recordó que Macpherson aún no había recibido respuesta a sus indagaciones en Gatehouse sobre los movimientos de Strachan a las nueve y cuarto de la noche del lunes.

–¡Ah, señor Strachan! –dijo.

–Buenos días, sir Maxwell.

–Quería preguntarle una cosa. No sé si se habrá enterado de... esto... de las inquietantes noticias sobre Farren.

–Pues no. ¿Qué ha pasado?

Sir Maxwell le contó lo del descubrimiento de la bicicleta.

–¡Vaya! Sí... bueno..., la verdad es que no tiene muy buena pinta, ¿verdad? Farren es muy temperamental, el pobre, ya sabe. Espero que no pase nada. ¿Lo sabe la señora Farren?

–Sí. He pensado que sería mejor que estuviera preparada... por si acaso.

–Ya. ¿Se lo ha tomado mal?

–No. Es muy valiente. Por cierto, mis hombres estuvieron intentando ponerse en contacto con usted anoche.

–¿Ah, sí? Pues lo siento. Nos fuimos todos a Sand Green y la muchacha tenía la noche libre.

¿Para qué me buscaban?

–Para preguntarle si por casualidad estaba usted en casa el lunes por la noche, a las nueve y cuarto.

–¿El lunes por la noche? A ver... Pues no. Me fui a pescar a Tongland. ¿Por qué?

–Vieron a Farren por Laurieston Road y pensamos que a lo mejor se acercó a su casa.

–No, que yo sepa –replicó Strachan–. Pero se lo preguntaré a mi esposa. Ella lo sabrá, o si no, la muchacha. Pero no me han dicho nada, así que no creo que viniera. ¡Pobrecillo! Sería imperdonable que hubiera venido a buscarme, que yo hubiera podido evitar... En fin. Todavía no sabemos si le ha pasado algo.

–No, claro –replicó el jefe de policía–. Esperemos que haya suerte.

Se dirigió hacia casa.

«Si tendrá cara de póquer... –dijo para sus adentros–. No me fío de él. Pero es posible que Farren no tenga nada que ver con esto. Este Wimsey y sus historias...»

Porque como una hora antes, Wimsey le había dado un sobresalto en comparación con el cual todos los demás se quedaban en un juego de niños.

BUNTER

El sobresalto fue de padre y muy señor mío y no contribuyó a atenuarlo el hecho de que se produjera en unos términos sumamente tristes y quejumbrosos. Wimsey capeó el temporal con la cabeza gacha y al final se sentía tan desanimado que permitió dócilmente que lo despojaran de su traje de franela gris y lo despacharan al funeral de Campbell con frac, sombrero de copa y guantes negros, lo cual dejó consternados a sus amigos y absolutamente deslumbrado al señor McWhan.

El problema era el siguiente. El jueves por la mañana, Bunter había pedido permiso, permiso que le había sido concedido, para ausentarse con el fin de asistir al cinematógrafo. Debido a que Wimsey había cenado con el inspector Macpherson en Newton-Stewart y que a continuación había ido a casa de Bob Anderson, no volvió a ver a Bunter hasta que el criado regresó, entre medianoche y la una de la madrugada, tras su visita a la comisaría.

Estas fueron sus primeras palabras:

–¡Bunter! En casa del señor Gowan pasa algo.

A lo cual replicó Bunter:

–Milord, estaba yo a punto de comunicarle algo semejante a su señoría.

–Alguien acaba de irse a tomar viento –dijo Wimsey–. He ido a contárselo a la policía. Bueno, no exactamente, porque no es que haya mucho viento, está más oscuro que boca de lobo y encima yo me he caído en unos malditos escalones –se corrigió–, pero en principio da lo mismo, y a ver, ¿tienes árnica por ahí?

La respuesta de Bunter es memorable.

–Milord, en ausencia de su señoría, me he encargado de poner en conocimiento de sir Maxwell Jamieson el proyecto de fuga del señor Gowan. Tengo sobradas razones para prever que será detenido en Dumfries o Carlisle. Si su señoría tiene la amabilidad de quitarse la ropa, aplicaré el remedio adecuado a sus contusiones.

–Bunter, por Dios, haz el favor de explicarte –dijo Wimsey desplomándose en una silla.

–Cuando su señoría tuvo la amabilidad de ponerme al corriente de los resultados de la investigación del inspector Macpherson en la casa del señor Gowan, se me pasó por la cabeza que quizá el ayudante personal de un caballero podría obtener más información de la servidumbre del señor Gowan que un funcionario de la ley –dijo Bunter–. Con tal objetivo en mente, milord, solicité permiso para asistir a una función cinematográfica esta noche. Hay... –Bunter tosió levemente– hay una joven persona empleada en la casa del señor Gowan, llamada Elizabeth, de quien, por una conversación intrascendente que mantuvimos ayer, obtuve el dato de que iba a recibir permiso para pasar la noche fuera. La invité a acudir a la función cinematográfica. Yo ya había visto la película en Londres, pero para ella era una novedad y aceptó la invitación con sumo agrado.

–No me cabe duda –replicó Wimsey.

–En el transcurso de la proyección logré que nuestra relación se hiciera más íntima.

–¡Bunter!

–Su señoría no debe albergar ningún temor. En resumen, la joven me confesó que tiene motivos de descontento en su actual empleo. El señor Gowan es amable, y también son amables la señora y el señor Alcock, pero en los últimos días se han dado ciertas circunstancias que la han llevado a un estado de extraordinaria inquietud. Naturalmente, le pregunté cuáles eran tales circunstancias. Con su respuesta me dio a entender que su intranquilidad se debe a la presencia de un misterioso desconocido en la casa.

–¡Me dejas de piedra!

–Gracias, milord. Presioné a la joven para que me contara más detalles, pero me dio la impresión de que temía que alguien la oyera en un lugar tan concurrido. En consecuencia, esperé hasta el final de la proyección, que tuvo lugar a las diez, y la invité a dar un paseo por los alrededores del pueblo.

»No voy a aburrirle con una larga historia, milord. Al fin logré que me contara los siguientes pormenores. Los misteriosos acontecimientos de los que se quejaba comenzaron a producirse el pasado lunes, día en que se le concedió permiso para pasar la tarde con un familiar enfermo. Al regresar a la casa a las diez y media, fue informada de que el señor Gowan había recibido aviso de Londres y que había partido en el tren de Carlisle de las nueve menos cuarto. Alega que no le habría

parecido una circunstancia especial de no haber sido por el excesivo empeño por recalcarlo del mayordomo y el ama de llaves.

»Al día siguiente la sorprendió aún más que la señora Alcock le prohibiera expresamente que entrase en cierto pasillo del piso superior de la casa. Se trata de un pasillo que lleva a unas habitaciones en desuso y al que, bajo circunstancias normales, jamás se le habría ocurrido subir. Siendo, no obstante, del sexo femenino, la prohibición despertó inmediatamente en ella una viva curiosidad y, a la primera ocasión que se le presentó, con motivos para suponer que el resto de la servidumbre estaba ocupada en el piso inferior, se dirigió al pasillo proscrito y prestó oídos. No oyó nada, pero detectó con cierto temor un leve olor a desinfectante, olor que inmediatamente relacionó con la idea de la muerte. Lo que me recuerda, milord, que sus heridas...

—Olvídate de las heridas. Continúa.

—Amedrentada como estaba, la joven se asustó aún más al oír unos pasos por la escalera. No deseando ser sorprendida en un acto de desobediencia, corrió a refugiarse en un pequeño armario donde se guardan escobas en lo alto de la escalera. Mirando por la abertura vio a Alcock pasar por el pasillo y entrar en la habitación del extremo, con una jarra de agua caliente y una maquinilla de afeitar. Convencida de que había un cadáver en la casa y de que Alcock se disponía a lavarlo y afeitarlo para el entierro, se precipitó escaleras abajo y fue presa de un ataque de histeria en la despensa. Por suerte, la señora Alcock no andaba cerca, y al cabo de un rato la joven logró dominar sus emociones y proseguir con sus obligaciones cotidianas.

»Inmediatamente después del almuerzo la enviaron a hacer un recado en el pueblo, pero le dio miedo comunicar sus sospechas a nadie. Al regresar, la mantuvieron ocupada con diversas tareas, y hasta la hora de acostarse estuvo bajo la vigilancia de alguno de sus compañeros. Pasó la noche aterrorizada, sumamente nerviosa, intentando reunir valor para volver al pasillo misterioso a investigar, mas sin conseguirlo.

»Por la mañana temprano empezó a pensar que incluso la certidumbre más desagradable sería preferible a aquellas inquietantes sospechas. Se levantó, pasó de puntillas junto al dormitorio de los Alcock y fue al piso superior. Se había atrevido a internarse en el pasillo cuando un gemido sofocado la dejó clavada en el sitio.

—Francamente, Bunter, tu estilo narrativo es digno de *El castillo de Otranto*.

—Gracias, milord. Solo conozco de oídas la obra que menciona, pero tengo entendido que gozó de extraordinaria fama en su época. La muchacha, Elizabeth, dudaba entre chillar o salir corriendo, cuando pisó un tablón suelto, que hizo un ruido tremendo. Pensando que despertaría a los Alcock, estaba a punto de batirse en retirada al refugio del armario de las escobas cuando se abrió sigilosamente la puerta al final del pasillo y un rostro espeluznante se quedó mirándola.

Bunter parecía disfrutar de la sensación que estaba causando y se calló.

—Un rostro espeluznante —repitió Wimsey—. Muy bien, comprendido. Una cara espeluznante. ¡Sigue, por favor!

—Según he creído comprender, el rostro estaba envuelto en un sudario —añadió Bunter—. Las mandíbulas estaban fuertemente atadas, los rasgos eran repugnantes, los labios estaban retorcidos, dejando al descubierto unos dientes protuberantes y el espectro tenía una palidez cadavérica.

—Mira, Bunter, ¿no podrías ahorrarte los adjetivos estrambóticos y decir sencillamente cómo era la cara? —dijo Wimsey.

—Yo no he tenido ocasión de contemplar la cara personalmente —replicó Bunter en tono de reproche—, pero la impresión que me causó la descripción de la joven fue la de un hombre de pelo oscuro, sin barba ni bigote y dientes protuberantes aquejado de algún tipo de sufrimiento físico.

—Ah, era un hombre.

—Eso opina Elizabeth. Por entre las vendas asomaba un mechón de pelo. Parecía tener los ojos cerrados, pues, aunque Elizabeth era perfectamente visible, el hombre dijo con voz apagada: «¿Es usted, Alcock?». Ella no contestó y de repente la aparición se replegó hacia la habitación y cerró la puerta. Entonces la joven oyó un fuerte timbrado. Recorrió el pasillo, presa del pánico, y se topó con Alcock cuando este emergió de su dormitorio. Demasiado aterrorizada para pensar en lo que hacía, exclamó: «¿Qué es eso? ¿Qué es eso?», a lo que Alcock replicó: «Deben de ser los dichosos

ratones jugueteando con los cables del timbre. Vuelve a la cama, Betty». Entonces Elizabeth cayó en la cuenta de que se merecía una reprimenda por haber ido al pasillo de arriba. Se retiró a su habitación y escondió la cabeza bajo la almohada.

–Lo mejor que podía haber hecho –dijo Wimsey.

–Exacto, milord. Al reflexionar sobre el asunto durante la mañana, llegó a una conclusión muy razonable: que la persona a la que había visto podía no ser un muerto viviente, sino simplemente un hombre enfermo. No obstante, está segura de que no había visto aquella cara en su vida. Después empezó a observar que en cada comida desaparecían alimentos, en cantidad superior a la que consumían los Alcock y ella, y eso le resultó reconfortante, pues como ella mismo dijo, los muertos no comen.

–Cierto –replicó Wimsey–. Como dice G. K. Chesterton: «Prefiero estar vivo a no estarlo».

–Así es, milord. Intenté animar a la joven y me ofrecí a acompañarla a casa del señor Gowan. Sin embargo, me comunicó que le habían concedido permiso para pasar la noche en casa de su madre.

–¿De veras?

–Sí, milord. Por consiguiente, la llevé a casa y volví a High Street, donde observé que el sedán del señor Gowan estaba aparcado ante la puerta. Eran las once menos cinco. Se me ocurrió la idea de que alguien estaba a punto de abandonar furtivamente la residencia del señor Gowan y que le habían concedido una noche de permiso a Elizabeth con el fin de que no presenciara los preparativos de la marcha.

–Creo que la deducción es razonable, Bunter.

–Sí, milord. Me tomé la libertad de ocultarme tras la esquina de la calle contigua a la de la casa del señor Gowan, donde hay un pequeño tramo de escalones que desciende hasta el río. De repente apareció por la puerta una figura alta, enfundada en un abrigo, con bufanda y el sombrero bien calado para ocultar los rasgos del rostro. No pude distinguirlos, pero tengo la absoluta certeza de que se trataba de un hombre. Cruzó unas palabras con el chófer en voz baja y me dio la impresión de que quien hablaba era el mismísimo señor Gowan.

–¿Gowan? Entonces ¿quién era el desconocido misterioso?

–No sabría decir, milord. El coche se alejó y, al consultar mi reloj, vi que marcaba las once y tres minutos.

–Hummm... –murmuró Wimsey.

–Milord, en mi opinión, resulta que el señor Gowan no se marchó de Kirkcudbright el lunes por la noche como aseguró Alcock, sino que permaneció oculto en su casa para auxiliar al enfermo que vio Elizabeth.

–Sumamente curioso –dijo Wimsey.

–Volví aquí y consulté el horario de los trenes de cercanías –añadió Bunter–. Descubrí que había uno con destino a Carlisle y el sur que salía de Dumfries a las doce y dos minutos. Me pareció concebible que el señor Gowan tuviera intención de cogerlo en Dumfries o en Castle-Douglas.

–¿Viste si sacaban equipaje?

–No, milord, pero podrían haberlo colocado en el coche previamente.

–Sí, claro. ¿Se lo contaste a la policía?

–En vista de lo delicado de las circunstancias, consideré que lo mejor sería comunicarme directamente con sir Maxwell Jamieson, milord. Fui al Selkirk Arms a toda prisa e hice una llamada desde allí.

–Debimos de cruzarnos. Yo acababa de ir a la carrera a la comisaría, pero el inspector Macpherson no estaba.

–Lamento infinitamente no haber visto a su señoría. Di noticia de las circunstancias a sir Maxwell, y entendí que iba a telefonar de inmediato a Castle-Douglas y Dumfries, con el fin de interceptar al señor Gowan si hacía su aparición en alguna de esas dos localidades, y que iba a difundir una descripción del coche y de su conductor.

–Vaya, vaya –dijo Wimsey–, Para ser un pueblo tranquilo, parece que Kirkcudbright puede vanagloriarse de unos habitantes muy listos. Aparecen y desaparecen como gatos de Cheshire. Me

rindo. Trae el árnica y un whisky con soda, y vámonos a dormir. Lo único que sé es que es absolutamente inútil que yo intente descubrir nada. Siempre te me adelantas.

Lo inesperado de este suceso fue el desenlace. El inspector llegó al día siguiente, después del almuerzo, de un humor espantoso. No solo habían interrumpido su descanso la noche anterior por una alarma de ladrones en una casa a las afueras del pueblo, que resultó falsa, no solo se había perdido la primicia sobre Gowan como consecuencia, sino que el jefe de policía lo había echado todo a perder. Aunque había telefoneado inmediatamente (o eso decía) a Castle-Douglas, Dumfries, Carlisle y todas las estaciones intermedias hasta Euston para dar la descripción del coche y sus ocupantes, no se había visto ni el uno ni a los otros. Las pesquisas sobre Stranraer también habían resultado infructuosas.

–Es absurdo –dijo el inspector–. Es perfectamente posible que el coche se parase a las afueras de Castle-Douglas o Dumfries y que Gowan siguiera a pie hasta la estación, pero es inconcebible que no vieran a Gowan... con lo que llama la atención con su larga barba negra y demás.

De repente, Wimsey soltó un fuerte grito.

–¡Inspector, inspector! ¡Nos la ha jugado! ¡Pero qué papanatas somos! Y supongo que esa maldita fotografía estará circulando por todo el país. Enséñele la muestra a Bunter, inspector. Ya le dije que teníamos que hacer eso antes que nada. Este es nuestro fin. No volveremos a levantar cabeza. ¡La muestra, inspector, la muestra!

–¡Dios mío, creo que su señoría tiene razón! ¡Y pensar que yo estaba convencido de que era Farren! –dijo el inspector.

Sacó el cuaderno y le dio el mechón de pelo negro a Bunter.

–Es verdaderamente lamentable que no haya visto esto antes, milord –dijo Bunter con un deje de reproche–. Sin pretender ser un experto, podría decir que en diversas ocasiones he tenido la oportunidad de examinar la barba de una persona de creencia mahometana. Milord, sin duda sabe usted que los seguidores rigurosos de esta secta consideran ilícito recortar el vello del rostro, de modo que la barba es de una textura extraordinariamente sedosa, ya que cada hebra mantiene su punta natural.

Sin pronunciar palabra, Wimsey le tendió la lupa a Bunter.

–Sin duda habrá observado su señoría –añadió Bunter– que esta muestra coincide en todos los detalles con la descripción, y que, al haber visto la barba del señor Gowan, no dudo en sostener que, en mi opinión personal, siempre sujeta a la corrección de los expertos, se encontrará al señor Gowan despojado de su ornamento facial, total o parcialmente.

–Me temo que tienes razón, Bunter –replicó Wimsey con tristeza–. Ya sabemos quién era el misterioso desconocido y qué lo aquejaba. Tendrá que revisar su horario y colocar a Gowan en el papel principal, inspector.

–Tengo que enviar una descripción modificada enseguida –dijo el inspector.

–En efecto –dijo Wimsey–. Pero ¿tiene usted idea de cómo es Gowan sin barba? Inspector, me atrevo a augurarle que se va a llevar un susto. Cuando un hombre se deja crecer una maraña hasta los pómulos y hasta la mitad del pecho, suele tener algo que ocultar. Yo he hecho cada descubrimiento... –Suspiró–. Amigo mío, ¿se da cuenta de que no ha visto nada de Gowan, salvo los ojos y una nariz un tanto exagerada?

–Lo cogeremos por la nariz –dijo el inspector sin la menor intención humorística y salió disparado.

–Bunter, este caso se parece a la trama de una novela de Wilkie Collins, en la que todo ocurre demasiado tarde para evitar que tenga un final feliz demasiado prematuro.

–Sí, milord.

–El problema, Bunter, es que esto destruye por completo nuestra teoría y al parecer elimina a Farren.

–Así es, milord.

–Y a menos que su amiga Betty mienta, Gowan también queda eliminado.

–Tal parece el caso, milord.

–Porque, si estuvo escondido durante la noche del lunes y la mañana del martes, tras haber sufrido un accidente, no pudo estar pintando cuadros más allá de Newton-Stewart.

–Lo comprendo, milord.

–Pero ¿dice Betty la verdad?

–A mí me parece una joven honrada, milord, pero recordará que no vio a Alcock entrar en la cámara de Barbazul, si se me permite tan pintoresca expresión, hasta el martes después del almuerzo, y que no vio al enfermo en persona hasta el miércoles por la mañana temprano.

–Cierto –admitió Wimsey, pensativo–. No tenemos pruebas de que estuviera allí el martes. Habrá que interrogar a Alcock, y en mi opinión, es hombre de recursos y sagacidad considerables.

–Efectivamente, milord. Y aún más: Alcock también ha desaparecido.

EL INSPECTOR JEFE PARKER

El misterio del coche tenía al final una explicación muy sencilla. Se dio parte de él desde un pequeño hotel de Brig of Dee, un pueblo a pocos kilómetros de Kirkcudbright por la carretera de Castle-Douglas. La policía descubrió a los señores Alcock y Hammond almorzando tranquilamente. La historia que contaron era muy sencilla. El señor Gowan había escrito desde Londres, proponiéndoles que, en su ausencia, se tomaran unas vacaciones y dándoles permiso para utilizar el coche. Se habían decidido por una pequeña excursión de pesca, y allí estaban. Habían salido tarde, debido a unas pequeñas reparaciones que había tenido que hacer Hammond en el motor. El embozado que había entrado en el coche era el propio Alcock. Por supuesto que el inspector podía ver la carta. Allí estaba, escrita desde el club del señor Gowan, el Mahlstick, en papel del club y enviada desde Londres el miércoles.

Con respecto a la historia de Bunter, Alcock la negó tajantemente. Aquella chica, Betty, era una joven estúpida e histérica, que se imaginaba muchas tonterías. Era absolutamente cierto que la señora Alcock le había prohibido que entrara en la parte en desuso de la casa. A Betty le gustaba demasiado perder el tiempo. Había un montón de revistas antiguas en un trastero y la chica entraba continuamente allí a hurtadillas para leerlas cuando debía estar cumpliendo sus obligaciones domésticas. La señora Alcock ya había hablado del asunto en anteriores ocasiones. Con respecto al martes, era verdad que él (Alcock) había subido allí con agua caliente. Uno de los perros había recibido heridas en una trampa para conejos. Le hizo una cama en la habitación en desuso y le limpió las heridas con desinfectante. La señora Alcock les enseñaría el perro a la policía si tenían la bondad de acudir a la casa. En lo referente a la supuesta aparición el miércoles por la mañana, saltaba a la vista que la muchacha había sufrido una pesadilla, debido a sus fantasías con cadáveres. Allí no había ninguna persona enferma, ni la había habido. El señor Gowan había salido de Kirkcudbright, como había declarado anteriormente, el lunes por la noche, en coche, para tomar el tren de las 20.45. La persona a la que Bunter había visto entrar en el coche el jueves por la noche era Alcock. Podían confirmarlo Hammond y la señora Alcock.

Podían confirmarlo y así lo hicieron. Llevaron al perro lesionado, que tenía una horrible llaga en una pata y, cuando la sometieron a un riguroso interrogatorio, Betty reconoció que se había metido en líos con frecuencia por haber leído revistas en el trastero.

Por contraste estaba el testimonio del propietario de un garaje de Castle-Douglas, según el cual la noche anterior lo había telefoneado un caballero, que dijo llamarse Rogers, solicitando un coche veloz para coger el expreso de las 00.12 en Dumfries. Preparó un Talbot de catorce caballos, nuevo y muy rápido, y el caballero entró en el garaje alrededor de las 23.20. Era alto, de ojos oscuros y cara que el propietario describió como «conejo». Llevó al señor Rogers a Dumfries y lo dejó en la estación a las 23.56 exactamente.

El taquillero de Dumfries confirmó lo anterior hasta cierto punto. Recordaba haber despachado un billete de primera clase para Euston a un caballero que había llegado justo antes de la medianoche. No lo recordaba con precisión (era como tantos otros caballeros), pero coincidió en que tenía la nariz bastante grande y dientes prominentes.

El revisor del tren no sirvió de ayuda. Los señores de los trenes nocturnos suelen ir adormilados y abrigados de pies a cabeza. A las 00.12 subieron al tren varios caballeros en Dumfries. Desde luego, no había visto a nadie que se pareciera ni por asomo a la fotografía de Gowan. ¿Había alguien que se pareciera a como sería Gowan sin barba? Menuda pregunta, pero menuda pregunta. ¿Tenía idea el inspector de cómo sería un erizo sin púas? Pues él tampoco, y suponía que nadie podía tenerla. Él era revisor, no experto en rompecabezas. El taquillero de Dumfries expresó la misma opinión con aún más contundencia.

El inspector Macpherson, a quien aquella aburrida investigación había llevado a Euston, se centró entonces en el club desde el que supuestamente había escrito Gowan. Allí las noticias eran un poco más alentadoras. Desde luego, el señor Gowan no se había alojado allí. Habían llegado un par de cartas para él, que había recogido un caballero presentando la tarjeta del señor Gowan. El caballero había firmado un recibo. ¿Podía ver el inspector el recibo? Naturalmente que sí. J. Brown,

según la firma. El inspector se preguntó cuántos J. Brown habría entre los cuatro millones de habitantes de Londres y se encaminó con pesadumbre hacia Scotland Yard.

Allí preguntó por el inspector jefe Parker, que lo recibió con algo más que cordialidad oficial. Cualquier amigo de Wimsey merecía toda su atención y escuchó receptivo la historia de Gowan, la llave inglesa, Farren, Strachan y las dos bicicletas.

–Encontraremos a Gowan –dijo Parker para darle ánimos–. Con los detalles tan precisos que nos ha proporcionado, no tardaremos mucho. ¿Qué quiere que hagamos con él cuando lo encontremos?

–Bueno, señor Parker –dijo el inspector respetuosamente–, ¿cree que tenemos suficientes pruebas para detenerlo?

Parker lo pensó detenidamente.

–Por lo que veo, tiene usted la idea de que Gowan se encontró con ese hombre llamado Campbell en la carretera de Gatehouse a Kirkcudbright y lo mató en una pelea. Después se asustó y decidió fingir un accidente. Como primera medida se cortó la llamativa barba, supongo que con la esperanza de pasar inadvertido en Gatehouse. Debí de llevarle un buen trabajo cortar esa barba. Sin embargo, podría haber conseguido parecer un hombre que lleva quince días sin afeitarse. Después realizó todos los movimientos que al principio usted atribuyó a Farren. Escondió el cadáver en el sendero y volvió a Gatehouse conduciendo el coche de Campbell. Pero ¿por qué haría una cosa así?

–¡Ahí está! Esa es la gran dificultad –dijo el inspector–. Por qué no se llevó el cadáver. Era comprensible cuando suponíamos que el asesino era Farren en el coche de Strachan, porque teníamos la teoría de que al principio tenía intención de echarle la culpa a Strachan, pero ¿por qué habría de cometer Gowan semejante estupidez?

–Bueno, veamos –dijo Parker–. De alguna manera tenía que devolver el coche de Campbell a su sitio. Ferguson podría haberse dado cuenta si hubiera entrado otro coche. Pero no se llevó el cadáver en ese viaje, porque, claro, Ferguson u otra persona podría haberlo visto. El coche de Gowan era un dos plazas y quizá el maletero no fuera suficientemente grande para que el cadáver quedara bien escondido. Entonces decide que es mejor arriesgarse a dejar el cadáver y su coche en el sendero que volver a Gatehouse con un muerto erguido y a la vista en el asiento de al lado. Muy bien. Ahora tiene que volver al lugar del crimen. ¿Cómo? ¿Andando? No, en ese momento es cuando alguien robó la bicicleta en el hotel... como se llame.

–Es probable –dijo el inspector.

–Quizá haya que alterar un poquito las horas, pero aún queda un amplio margen. Según usted, cuando llegó el coche de Campbell a la laguna de Standing Stone eran las diez y veinte. Y vamos a ver: su hombre aún tiene que hacer el viaje de vuelta en bicicleta, pero no puede perder tiempo yendo a pie a casa de Strachan. Así que, si acaso, llegaría al lugar del crimen un poquito antes de lo que suponíamos. Recoge su coche, mete la bicicleta en el maletero (hemos de dar por buena esa posibilidad), de todos modos debía de estar ya muy oscuro y seguramente nadie se fijaría. Por cierto, veo que ese individuo, Ferguson, dice que el coche de Campbell llegó poco después de las diez. Eso encaja perfectamente con su primer horario y significa que el asesino se llevó el coche justo después del crimen, pero también veo que aquí ha hecho algún cambio.

–Sí –dijo Macpherson–. Pensábamos que había depositado el coche de Campbell en algún sitio, junto a la carretera, y que había trasladado allí el cadáver en el segundo viaje. Habría resultado sospechoso que hubiera aparecido otro coche en casa de Campbell.

–Cierto, pero si Ferguson no se equivoca con las horas, no es el caso. ¿Es un hombre puntual?

–Sí. Según me han contado, tiene una gran memoria para los detalles.

–Entonces el asesino tuvo que ir una segunda vez con el cadáver en su propio coche. Qué raro que Ferguson no oyera el segundo coche ni al entrar ni al salir.

–Sí, es verdad.

–El segundo coche... ¿cuándo habría llegado? Entre ocho y diez kilómetros en bicicleta... digamos media hora. Con eso nos ponemos en las once menos diez. Mete la bicicleta en el maletero, y otros ocho o diez kilómetros en un coche rápido... digamos que quince minutos, como máximo. Entonces, la segunda llegada se produce a las once y cinco. Ferguson dice que se acostó poco

después de las diez. Debía de estar dormido, sin más, y seguir dormido cuando el coche volvió a salir, el coche del asesino, quiero decir. No, no encaja. ¿Cómo y cuándo volvió Gowan en su coche a Kirkcudbright, si es que él es el asesino? Tenía que estar en Gatehouse para ocuparse del cadáver y preparar su coartada para la mañana siguiente. Supongo que podría haber llevado su coche a Kirkcudbright de madrugada y después haber vuelto a Gatehouse a pie o en bicicleta.

—Sí, no cabe duda de que podría haberlo hecho, pero no era necesario. Podría haberlo llevado Hammond, el chófer.

—En efecto. Eso convierte claramente a Hammond en cómplice, pero no hay razón para que no lo sea. Si Gowan cometió el asesinato, salta a la vista que todos sus criados, salvo quizá Betty, están mintiendo como Ananías, y no hay diferencia entre un grado de culpabilidad más o menos. Bueno, eso lo explica todo, y hemos de suponer que Gowan llevó a cabo el plan según lo previsto, hizo transbordo al tren de Londres en Ayr y anda merodeando por Londres hasta que le crezca la barba. Y también explica (en caso contrario, sería muy raro) por qué, tras haber amañado el asesinato, no acalló las sospechas dejándose ver abiertamente en Kirkcudbright.

—Sí —dijo Macpherson entusiasmado—, pero ¿no comprende que eso no explica nada? No encaja con la descripción del hombre del traje gris que llevó la bicicleta hasta Ayr, ni explica lo que le contó Betty a Bunter, ni el hombre embozado que escapó de la casa de Gowan a altas horas de la noche, ni el tipo con cara de conejo del tren de Castle-Douglas a Euston. ¿Y el hombre que llamó a la puerta de la casa de Campbell el lunes a medianoche?

Parker se frotó pensativamente la barbilla.

—La descripción de ese hombre es curiosa —dijo—. Es posible que Gowan lograra disfrazarse de alguna manera, con un bigote postizo rubio o algo por el estilo. Y como asegura Alcock, la historia de la chica podría ser pura fantasía, al menos en parte. Gowan podría haber vuelto a Kirkcudbright el martes por la noche en lugar de seguir hasta Londres, aunque no se me ocurre por qué lo habría hecho, y la carta enviada desde el Mahlstick indica que el miércoles estaba en Londres. Y el hombre de la cara de conejo podría ser otra persona. Yo me inclino a pensar que el hombre que llamó a la puerta a medianoche era otra persona, totalmente distinta.

—Pero si ese hombre entró en la casa y encontró a Campbell muerto y a Gowan allí, ¿por qué no se ha presentado para contarlo? —preguntó el inspector.

—Posiblemente no tenía muy buenas intenciones —replicó Parker—. O, como ha sugerido usted antes, podría haber sido una dama. Sin embargo, reconozco que hay muchas lagunas en todo esto. Creo que lo mejor será que sigamos el rastro de Gowan y del hombre de cara «conejo» por separado, y que intentemos precisar por dónde se fue Gowan. Y cuando lo pillemos, creo que sería mejor no detenerlo, sino simplemente retenerlo, aduciendo que puede dar información. Al fin y al cabo, ni siquiera sabemos con certeza si fue él quien encontró a Campbell en la carretera, inspector. Puede haber más hombres con barba negra.

—No hay otro pintor con una barba negra así —replicó Macpherson testarudo—. No en este distrito.

—¡Vale! —exclamó Parker—. Tiene que ser un pintor, por supuesto. Bueno, de todos modos, retendremos a Gowan.

El inspector Macpherson le dio las gracias.

—Y también está ese hombre, Farren —continuó Parker—. ¿También lo quiere? En el supuesto de que no esté en algún pozo de la mina.

—Yo creo que habría que buscarlo —contestó el inspector—. Le oyeron proferir amenazas, y además ha desaparecido, lo que ya de por sí es motivo de preocupación para su familia y sus amigos.

—Cierto. Bueno, haremos averiguaciones para ver si ha sido robado, secuestrado o si se ha perdido. Eso no vendrá mal. Pero yo diría que usted ya lo tiene situado. ¿Quién más está metido en esto? El inglés... ¿cómo se llama?... Waters. ¿Qué pasa con él?

—Me había olvidado de Waters —contestó Macpherson con franqueza—. No sé cómo encaja en esto.

—Ni yo —replicó Parker—. Bueno, pues lo eliminamos. Y por supuesto, vigilaremos esa bicicleta de Euston por si acaso hay alguien lo suficientemente imbécil para ir a buscarla. Y más vale que

envíe a alguien para identificarla, porque quizá no sea la que nos interesa. ¿Nada más? ¿Y si después de tanta charla nos vamos a tomar una copa? Ah, por cierto, ¿podría decirme dónde estudió Gowan? ¿No? Bueno, no tiene importancia. Ya lo averiguaré.

El inspector no parecía muy contento.

—¿Qué pasa? —preguntó Parker.

—No han... —empezó a decir, y añadió impulsivamente—: Si no encontramos nada pronto, creo que tendrá noticias oficiales del jefe de policía muy pronto.

—¡Vaya! No veo ninguna necesidad —dijo Parker—. Usted no ha perdido el tiempo y a mí me parece que está haciendo muy bien su trabajo. Nosotros tenemos que ayudarle, por supuesto, lo mismo que usted me ayudaría si uno de mis angelitos se me escapara a Escocia, pero nosotros no tenemos por qué meternos en la resolución de este caso. Me parece que quien trabaja en la zona tiene todas las ventajas de su parte.

—Sí, pero es una tarea tremenda —replicó el inspector, y exhaló un enorme suspiro.

LORD PETER WIMSEY

—¡Strachan! —gritó lord Peter Wimsey.

El señor Strachan dio tal respingo que estuvo a punto de caerse a una poza y arrastrar el lienzo al mismo tiempo. Estaba encaramado precariamente en una roca de granito a la orilla del Carrick, pintando con gran empeño las islas de Fleet. Soplaban viento fuerte y amenazaba tormenta, y la combinación de ambos fenómenos producía un curioso efecto de las nubes sobre el mar turbado.

—¡Hola, Wimsey! —dijo—. ¿Cómo demonios has llegado hasta aquí?

—En coche —contestó Wimsey—. Para tomar el aire y esas cosas.

Se sentó en un cómodo saliente de la roca, se encasquetó más el sombrero y sacó la pipa, con expresión de haber encontrado al fin un lugar acogedor.

Strachan frunció el ceño. No le gustaba tener espectadores mientras pintaba, pero Wimsey estaba hurgando pausadamente en su petaca y no parecía darse por aludido.

—Mucho viento, ¿eh? —dijo Strachan, cuando el silencio ya duraba un rato.

—Mucho —coincidió Wimsey.

—Pero no llueve —añadió Strachan.

—De momento no —dijo Wimsey.

—Mejor que ayer —añadió Strachan e inmediatamente se dio cuenta de que había dicho una tontería.

Wimsey volvió la cabeza al instante y dijo animado:

—Pero muchísimo mejor. Francamente, parece que ayer abrieron las compuertas del cielo a propósito para estropearme la excursión de pintores.

—Qué le vamos a hacer —replicó Strachan.

—En fin, a lo mejor era una idea absurda —dijo Wimsey—, pero a mí me gustaba mucho. Eso está muy bien —añadió—. ¿Cuánto rato llevas pintando?

—Como una hora —contestó Strachan.

—Utilizas pinceles muy grandes. Un estilo de pinceladas rápidas, amplias y tal. Campbell usaba mucho la espátula, ¿no?

—Sí.

—¿Se trabaja rápido con la espátula?

—Sí, en general sí.

—¿Trabajas tan rápido como Campbell?

—No podría ir tan rápido como él con la espátula, si te refieres a eso, porque vacilaría un poco a menos que hubiera practicado antes, pero con mis propios métodos, probablemente podría terminar un boceto casi al mismo tiempo que él.

—Comprendo. En tu opinión, ¿cuánto se tardaría normalmente en terminar un boceto?

—Pues... ¿de qué tamaño?

—Más o menos como el que estás haciendo ahora.

—Con este habré terminado todo lo que tenía pensado dentro de media hora o quizá un poco más. Eso si no se me viene abajo todo el montaje antes —añadió, cuando otra ráfaga de viento procedente del mar hizo que el caballete vibrara y se bamboleara, a pesar de la pesada piedra colocada entre las patas.

—No, tiene buen contrapeso, pero me extraña que no traigas una caja de dibujo en días como este.

—Sí, no sé por qué, pero es que nunca lo he hecho y no estoy acostumbrado. Es cuestión de costumbres.

—Sí, supongo.

—La verdad es que soy muy metódico —añadió Strachan—. Podría coger cualquier herramienta con los ojos cerrados. A algunos les gusta enredarse y meterlo todo de cualquier manera en una cartera. Yo lo preparo todo antes de empezar: los tubos de pintura siempre en el mismo orden sobre la bandeja, la cucharilla al lado, los pinceles de repuesto ahí... incluso preparo la paleta siempre en el mismo orden, aunque no con los mismos colores, claro, pero en líneas generales, sigue el orden del espectro.

—Comprendo —dijo Wimsey—. Yo no soy metódico, pero me entusiasma el método. Bunter, mi criado, es una auténtica maravilla para esas cosas. Sufre muchísimo cuando se encuentra toda clase de cachivaches sobresaliendo de mis bolsillos o trastos que no vienen a cuento en el cajón de los cuellos de camisa.

—Yo también soy un desastre con los cajones —dijo Strachan—. Mi sentido del orden empieza y termina con la pintura. Como ya he dicho, es simple costumbre, porque no tengo una mente ordenada.

—¿Ah, no? ¿No se te dan bien las fechas, los números, los horarios y todas esas cosas?

—En absoluto. No soy nada observador. Ni siquiera tengo buena memoria visual. Hay personas que cuando vuelven de un lugar son capaces de pintar de memoria un cuadro con todas las casas y los árboles donde les corresponde, pero yo tengo que ver las cosas antes de dibujarlas. En cierto modo es una desventaja.

—Ah, yo sí que podría hacer eso —replicó Wimsey—. Si supiera dibujar, quiero decir. Pongamos por ejemplo la carretera entre Gatehouse y Kirkcudbright. Podría hacer un plano aquí mismo, con todas las esquinas, todas las casas y prácticamente todos los árboles y cercas de la carretera. O si me llevaras en coche con los ojos vendados, podría explicarte por dónde pasamos en cada momento.

—Pues yo no podría hacerlo —dijo Strachan—. He estado allí montones de veces, por supuesto, pero en cada ocasión veo cosas en las que no me había fijado antes, y claro, me entretengo con continuas sorpresas.

—Sí, estás protegido contra el aburrimiento. Pero a veces resulta útil tener vista para los detalles. Si quieres contar una mentira verosímil, por ejemplo.

—Bueno, supongo que sí... en ese caso —dijo Strachan.

—Lo que contaste sobre la pelota en el campo de golf, sin ir más lejos —añadió Wimsey—. Habría quedado mucho mejor si lo hubieras apoyado en detalles exactos, consistentes y bien estudiados. Para empezar, no era una mentira demasiado buena, porque no explicaba lo que había ocurrido durante un largo rato.

—No sé a qué te refieres —dijo Strachan con frialdad—. Si dudas de mi palabra...

—Por supuesto que dudo de tu palabra. No me creo nada, como no se lo creería nadie. Para empezar, a tu esposa no le contaste lo mismo que a mí. Un tremendo descuido. Cuando cuentas una mentira, tiene que ser siempre la misma. Omitiste el detalle del hoyo en el que estabas jugando cuando ocurrió el percance. Nadie que juegue al golf contaría una anécdota así sin reforzarla con toda clase de detalles geográficos e históricos. En eso te faltó un poco de astucia. En tercer lugar, dijiste que habías pasado toda la mañana en el campo de golf, sin tener en cuenta que podría haber habido testigos más que de sobra que dijeran que no habías puesto el pie allí y que, además, le habías ordenado a Tom Clark que nivelara los *greens* aquella mañana. La verdad es que él estaba en el noveno entre las diez y las once, y puede asegurar que tú no apareciste por allí, y si fuiste más tarde, no se podría decir que fuera «después de desayunar». Y además...

—Vamos a ver —dijo Strachan arrugando la frente—. ¿Se puede saber por qué me hablas en ese tono?

—Sencillamente me gustaría saber si te tomaste la molestia de dar otra explicación por lo del ojo morado. O sea, si quieres contármelo ahora y resulta que fue... bueno, digamos una pequeña trifulca doméstica o algo así, pues no tendría por qué divulgarlo, a ver si me entiendes.

—Pues no lo entiendo en absoluto —contestó Strachan—. Me parece una impertinencia imperdonable.

—Vamos, amigo mío, no digas eso —suplicó Wimsey—. Tus diversiones nocturnas me importan bien poco. Si estuviste de juerga o lo que sea...

—Como sigas así, te rompo la crisma.

—¡Por lo que más quieras, no sigas amenazando! —exclamó Wimsey.

Strachan lo miró y le subió un intenso rubor desde el cuello hasta la frente.

—¿Me estás acusando de tener algo que ver con el asesinato de Campbell? —preguntó con voz quebrada.

—No estoy acusando a nadie de su asesinato... todavía —replicó Wimsey con tranquilidad.

Se levantó bruscamente y se plantó en la roca, mirando el mar que se extendía a espaldas de Strachan. El viento había formado una amenazadora aglomeración de nubes y las olas besaban la orilla con fríos labios amarillos, dejando al descubierto desafiantes dientecitos de espuma.

–Pero sí te acuso –añadió volviéndose bruscamente e inclinándose para protegerse del viento y mantener el equilibrio–, sí te acuso de saber mucho más de lo que le has contado a la policía. ¡Espera! No te pongas violento. ¡No hagas tonterías! Es peligroso ponerse violento.

Aferró la muñeca de Strachan justo cuando el puño le rozó la oreja.

–Escúchame, Strachan, escúchame. Ya sé que resulto tentador, aquí donde estoy. Maldita sea, si por eso lo he hecho. Soy menos corpulento que tú, pero podría mandarte a la vida eterna con solo torcerte la muñeca. Quédate quieto. Así está mejor. ¿Es que nunca reflexionas dos minutos antes de hacer las cosas? ¿De verdad crees que lo puedes solucionar todo con la fuerza bruta? Supongamos que me hubieras tumbado. Supongamos que me hubieras abierto la cabeza, como Campbell. ¿Qué habrías hecho después? ¿Estarías en mejor o en peor situación? ¿Qué habrías hecho con el cadáver, Strachan?

El pintor lo miró y se llevó la palma de la mano a la frente, con un gesto como de desesperación.

–¡Eres el diablo en persona, Wimsey! –exclamó. Retrocedió y se sentó en la silla plegable, temblando–. Tenía intención de matarte. Tengo muy mal genio. ¿Por qué has hecho eso?

–Quería saber hasta dónde llega tu mal genio –respondió Wimsey con calma–. Y la verdad es que si me hubieras matado, habrías corrido muy pocos riesgos. Podrías haberme dejado sin más y marcharte, ¿no? Mi coche está ahí. Todo el mundo pensaría que el viento me había hecho caer y que me había partido el cráneo, como Campbell. ¿Qué pruebas habría contra ti?

–Ninguna, supongo –contestó Strachan.

–¿Eso crees? –replicó Wimsey–. ¿Sabes una cosa, Strachan? Casi preferiría haberte dejado que me tumaras, solo para ver qué hacías. En fin, no importa. Está empezando a llover. Más vale que recojamos y nos vayamos.

–Sí –dijo el pintor.

Aún estaba muy pálido, pero se puso dócilmente a guardar su material de pintura. Wimsey observó que, a pesar de su evidente conmoción, actuaba rápida y ordenadamente, a todas luces siguiendo un método de trabajo. Metió el lienzo húmedo en una cesta, a continuación, mecánicamente, las espigas del lienzo, apretó las correas, trasladó los pinceles a un maletín metálico y la paleta a una caja y después recogió los tubos de pintura del soporte del caballete.

–¡Vaya, hombre! –exclamó.

–¿Qué pasa? –preguntó Wimsey.

–No está el azul cobalto –contestó Strachan con voz débil–. Se habrá caído.

Wimsey se agachó.

–Aquí está –dijo, sacándolo de entre el brezo–. ¿No hay nada más?

–Nada más –dijo Strachan.

Colocó los tubos en la caja, plegó el caballete, lo ató con las correas y se quedó allí parado, como si esperase órdenes.

–Pues ya podemos ponernos en camino –dijo Wimsey subiéndose el cuello del abrigo, pues la lluvia había empezado a caer con fuerza.

–Un momento –dijo Strachan inmóvil en medio del aguacero–. ¿Qué piensas hacer?

–Irme a casa –contestó Wimsey–. A menos que... –miró fijamente a Strachan–, a menos que quieras decirme algo.

–Te voy a decir una cosa –replicó Strachan–. Un día de estos vas a llegar demasiado lejos y alguien acabará contigo.

–No me sorprendería lo más mínimo –dijo lord Peter con tranquilidad.

LA SEÑORA SMITH-LEMESURIER

Durante todo este tiempo había un caballero que se sentía dolido e indefenso: y era el joven agente de policía que tan estrepitosamente había fracasado en el interrogatorio del señor Jock Graham. A este joven, llamado Duncan, le entusiasmaba su profesión y era plenamente consciente de que no le estaban poniendo las cosas fáciles. Graham se había reído de él; el sargento Dalziel, dándose importancia con lo de las bicicletas y los billetes de tren, había sido insensible a sus sugerencias y lo había dejado a cargo de los borrachos y las infracciones de tráfico. Nadie confiaba en el agente Duncan. No importaba. El agente llevaría a cabo investigaciones por su cuenta. Quizá cuando les demostrara de lo que era capaz, todos lo lamentarían.

Duncan no albergaba ninguna duda de que había que investigar los movimientos de Graham. Corrían rumores, en los bares se dejaban caer indirectas y se veía a los pescadores darse un codazo y callarse de repente cuando se mencionaba el nombre de Graham. Por desgracia, un policía local de una zona rural apenas tiene posibilidades de husmear, de sonsacarles información a los vecinos a la manera de Sherlock Holmes. Todos conocen su cara. Es un hombre fichado. Duncan jugueteó con la idea de hacerse pasar, cuando estuviera fuera de servicio, por un clérigo de edad o un vendedor de cebollas bretón, pero solo con mirarse al espejo y ver aquel cuerpo fornido y aquellas mejillas redondas y rubicundas fue más que suficiente para que perdiera la confianza en sí mismo. Envidiaba al agente de Scotland Yard que, perdido en una populosa urbe y respaldado por un cuerpo de policía con medios, podía ir a todos lados, enigmático y desconocido, y codearse con los ladrones del East End o con los duques y los millonarios de los clubes nocturnos de Mayfair. Pero ¡ay!, en Creetown y Newton-Stewart no tenía más que asomar la nariz por la puerta y ya lo habían reconocido y lo evitaban.

Persistió en sus pesquisas y llegó a embaucar e incluso a amenazar a un par de personas que parecían saber más de lo que deberían haber sabido. Por desgracia, el campesino escocés está excepcionalmente dotado para el silencio cuando le conviene y, también por desgracia, Jock Graham le caía bien a todo el mundo. Sin embargo, tras varios días de lo mismo, Duncan descubrió un dato prometedor. Un labrador que iba en carro hacia Bargrennan a las once y media de la mañana del martes había visto a un hombre andando por la otra orilla del Cree, como si viniera del lugar del crimen. Aquel hombre se escondió inmediatamente, como si quisiera pasar inadvertido, pero no antes de que el labrador reconociera a Graham. Pero, aparte de eso, lo único que consiguió Duncan fue oír y dar pie a más rumores. Un periodista del *Glasgow Clarion*, al que irreflexivamente había contado más de lo que debía, publicó un artículo lamentable y el agente Duncan recibió una severa reprimenda de sus gobiados superiores.

—Y aunque Graham fuera más culpable que el demonio —dijo el sargento Dalziel muy enfadado el mismo día que el mozo de Girvan enfermó de apendicitis y el sargento estaba dispuesto a pagarlo con cualquiera—, ¿por qué tuvo que decir que es sospechoso y darle así la oportunidad de inventarse una coartada? Mire, mire esto. —Sacudió el *Clarion* ante los ojos del pobre Duncan—. «Razones para suponer que el crimen fue cometido por un pintor.» ¿No es precisamente ese detalle lo que queríamos ocultar a los sospechosos? «Entrevista de nuestro reportero con conocido pintor.» ¿Quién le dijo que mandara a ese tipo a hacer preguntas a casa de Graham? Si no puede ser discreto, más le vale buscarse otra profesión, Charlie Duncan.

Esta indiscreción tuvo sus consecuencias. El sábado por la mañana el sargento Dalziel estaba en su despacho cuando entró una señora, recatadamente ataviada con traje de chaqueta negro y sombrero muy ajustado a la cabeza. Sonrió nerviosamente al sargento y murmuró que deseaba hacer una declaración relacionada con el asesinato de Campbell.

Dalziel conocía de sobra a la dama. Era la señora Smith-Lemesurier, que vivía de alquiler desde hacía unos tres años en Newton-Stewart y aseguraba ser viuda de un funcionario de África. Vivía sencilla y modestamente en una casita reformada, con una criada francesa. Sus modales eran de ingenua y desvalida; su edad, más de la que aparentaba, y los jóvenes que no sabían gran cosa del mundo podían considerarla un ejemplar vivo de una feminidad ya caduca. Nadie se explicaba por qué había elegido aquel sitio tan apartado para instalarse. La señora Smith-Lemesurier siempre decía que los alquileres en Escocia eran muy baratos y que tenía que arreglárselas con sus escasos

ingresos. Daba igual donde viviera, añadía con tristeza, desde la muerte de su esposo estaba sola en el mundo. A lord Peter Wimsey se la habían presentado el año anterior en un mercadillo de beneficencia patrocinado por la Iglesia episcopaliana. Wimsey expresó su opinión sobre la dama en términos muy groseros, diciendo que «estaba de acoso y derribo». Era una ingratitud, porque la señora Smith-Lemesurier le había dedicado amablemente toda la tarde, que a lord Peter debió de resultarle tediosa, y le había vendido una bolsita de seda verde con la palabra «pijama» bordada con sus propias manos. «No puedo dar dinero –dijo la señora Smith-Lemesurier, sonriéndole tímidamente, porque era una personita muy melindrosa–, pero sí puedo ofrecer mi trabajo, y la intención es lo que cuenta, ¿no?»

El sargento Dalziel colocó una silla para la visita y suavizó la dureza de su tono de voz al preguntarle en qué podía servirle.

La señora Smith-Lemesurier hurgó en su bolsito un rato y al fin sacó el recorte del *Glasgow Clarion* que tantos problemas había causado al agente Duncan.

–Solo quería preguntar –dijo elevando suplicante los ojos azul verónica hacia el rostro del policía– si esta... terrible insinuación tiene fundamento.

El sargento Dalziel leyó el párrafo tan minuciosamente como si no lo hubiera visto nunca y contestó con precaución:

–Sí, es posible.

–Pero es que dice que el ase... asesinato debió de cometerlo un pintor –añadió la señora Smith-Lemesurier–. ¿Por qué piensan una cosa así?

–Pues porque no diría yo que no hubiera ciertas pruebas que apuntaran en ese sentido –contestó el sargento.

–¡Oh! –exclamó la señora–. Yo esperaba... pensaba... o sea, creía que a lo mejor el reportero se lo había inventado todo. Ya sabe cómo son. Esa idea, ¿realmente se la dio la policía?

–No podría decirle –replicó el sargento–. Posiblemente se la dio algún irresponsable.

–Pero ¿eso es lo que piensa la policía? –insistió la mujer.

–Yo no diría tanto –contestó el sargento Dalziel–, pero en vista de que el difunto era pintor y de que la mayoría de sus amigos también, cabe esa posibilidad.

La señora Smith-Lemesurier manoseó el broche del bolso.

–Y después habla del señor Graham –dijo.

–Sí, así es –replicó el sargento.

–Pero ustedes, ustedes... –los ojos azules volvieron a buscar los del sargento–, no pueden... no sospecharán del señor Graham por algo tan espantoso, ¿verdad?

El sargento Dalziel se aclaró la garganta.

–Bueno, verá, siempre hay motivos de sospecha cuando se ha cometido un crimen y una persona se niega a declarar dónde estaba en el momento del crimen. Yo no diría que hay lo que se llama grave presunción de culpa, pero existen motivos para lo que podríamos llamar sospecha general.

–Comprendo. Dígame, agente... Suponiendo... suponiendo que alguien disipara esa... esa... sospecha general contra el señor Graham... ¿sería necesario... hacer pública la explicación?

–Depende de la clase de explicación que sea –contestó Dalziel observando a su interlocutora con más atención–. Si eliminara toda posibilidad de que este caballero estuviera implicado, estuviera cimentada sobre pruebas concluyentes y siempre y cuando el asunto no llegara a juicio, no habría por qué hacerlo público.

–¡Ah! En ese caso... señor Dalziel, puedo confiar en su discreción, ¿verdad? Es terrible tenerle que contar una cosa así... imagínese... pero estoy segura de que lo comprenderá... que en mi triste situación, sola como estoy... ¡Oh, no sé cómo decirlo!

La señora Smith-Lemesurier sacó un pañuelo minúsculo y veló unos momentos la luz de la mirada azul verónica.

–Vamos, vamos –dijo el sargento con dulzura–, no tiene de qué preocuparse. En nuestra profesión nos enteramos de muchas cosas y no les damos importancia. Además, soy un hombre casado –añadió con amabilidad.

—No sé si eso no será peor —gimoteó la señora Smith-Lemesurier—, pero estoy segura de que es usted un hombre bondadoso y comprensivo y que no me pondrá las cosas más difíciles si puede evitarlo —añadió asomando unos ojos esperanzados por el borde del pañuelo.

—Por supuesto que no —replicó el sargento—. Deje de preocuparse, señora Smith-Lemesurier. Cuéntemelo, como si fuera su padre.

—Sí, sí. Gracias. El señor Graham no dirá nada, desde luego, es demasiado generoso y demasiado caballeroso. Señor Dalziel... no podía decirle dónde estuvo el lunes por la noche porque estaba... conmigo.

La señora Smith-Lemesurier se quedó callada y sofocó un grito. El sargento Dalziel, a quien aquella confesión ya no le reservaba ninguna sorpresa, asintió con aire paternal.

—¿Ah, sí? Es una buena razón para que guarde silencio, una razón verdaderamente convincente. Señora Smith-Lemesurier, ¿podría decirme a qué hora llegó el señor Graham a su casa y a qué hora se marchó?

—Vino a cenar, alrededor de las ocho. Y se marchó después de desayunar. Debían de ser las nueve pasadas.

El sargento lo anotó en una hoja de papel.

—¿Y alguien lo vio entrar o salir?

—No... Tuvimos mucho cuidado.

—Ya. ¿Y cómo fue a su casa?

—Creo que me dijo que lo había acercado un amigo hasta Newton-Stewart.

—¿Qué amigo?

—No lo sé... no me lo dijo. Ay, señor Dalziel, ¿tendrá que averiguarlo? Mi criada puede decirle cuándo llegó. ¿Es necesario meter en el asunto a otra persona?

—Quizá no —contestó el sargento—. ¿Y se marchó después de las nueve? Su criada podrá confirmarlo, supongo.

—Sí, por supuesto.

—¿Y estuvo en la casa todo el tiempo?

—No... no lo perdí de vista ni un momento —contestó la señora Smith-Lemesurier con un gemido, de nuevo abrumada por la dolorosa confesión.

El sargento contempló los hombros convulsos de la mujer y trató de endurecerse.

—¿Y qué le hace pensar, señora, que lo que me ha contado proporciona una coartada al señor Graham por el asesinato de Campbell, que fue encontrado con el cráneo fracturado a las dos de la tarde del martes?

La señora Smith-Lemesurier soltó un grito.

—¡Ah! —Se quedó mirando al sargento, espantada—. No lo sabía. Yo creía... mire ese periódico. Dice que el señor Graham se negó a declarar dónde había estado la noche anterior. No entiendo nada. Yo suponía... ¡No, por Dios, no me diga que esto no lo deja libre de sospecha!

—No diría yo tanto —replicó el sargento—, pero usted misma ve que no despeja todas las dudas. El señor Graham desapareció dos días. ¿No sabe adónde fue cuando se marchó de su casa?

—No... no tengo ni idea. ¡Ay, Dios mío! ¿Para qué habré venido aquí? Estaba tan segura de que era la coartada para el lunes por la noche lo que usted quería...

—Bueno, pero de algo servirá —dijo el sargento, a modo de consuelo—. Es muy probable que, cuando se entere de que se ha aclarado lo de la noche del lunes, nos cuente el otro asunto. Vamos, la llevaré a casa en mi coche para hablar un poco con su criada y pedirle que lo corrobore. Séquese las lágrimas, señora. No diré ni una palabra más de lo necesario. Ha sido usted muy valiente viniendo a contármelo y puede contar con mi discreción.

La historia de la criada coincidía punto por punto con la de su ama, como en realidad esperaba el sargento. No le gustó nada aquella mujer (una extranjera ladina, eso pensó de ella), pero no pudo hacerla Saquear en nada esencial.

El incidente resultaba inquietante. No bien acababa de aparecer aquel maldito párrafo en el periódico cuando ya esperaba que presentaran una coartada. Así se lo había dicho al desdichado Duncan, pero ¿por qué esa coartada concreta? La historia de la señora Smith-Lemesurier no era

inverosímil en sí misma, si se tenía en cuenta quiénes eran Jock Graham y ella, pero... ¿por qué solo una coartada para el lunes por la noche? Volvió a leer el recorte de periódico: «... el señor J. Graham, renombrado pintor que se negó entre risas a declarar dónde había estado entre la noche del lunes y la mañana del miércoles». No; nadie podía deducir de eso que el lapso crucial fuera la noche del lunes. Wimsey debía de haberse ido de la lengua. Solo Dios sabía qué habría soltado en el transcurso de sus investigaciones extraoficiales. Y si no había sido Wimsey...

Si no había sido Wimsey, únicamente el conocimiento de algo inculpatario podía explicar semejante coartada, que tan convenientemente cubría la hora de la muerte de Campbell. Y si Jock Graham sabía algo inculpatario, ¿qué pasaba entonces con la bonita teoría sobre Farren y con el prometedor embrollo de la bicicleta?

El sargento soltó un gemido. Seguramente habría gemido aún más fuerte si hubiera sabido que el inspector Macpherson y el inspector jefe Parker, de Scotland Yard, estaban en aquel mismo momento dedicados a la tarea de destruir la bonita teoría de Farren en favor de la teoría de Gowan.

Su mirada recayó sobre un objeto que había en la mesa. Era un sombrero de fieltro gris, la única prenda que había traído de Falbae la partida de rescate hasta la fecha. No era de Farren. La señora Farren y Jeanie así lo habían confirmado. No llevaba nombre alguno. Otro rompecabezas. Le dio vueltas entre las manos, contrariado.

Sonó el teléfono. El sargento descolgó el auricular. Quien llamaba era el comisario de policía de Glasgow.

—Tenemos aquí a un hombre que dice ser el señor Waters, de Kirkcudbright. ¿Aún lo está buscando? Estaba a punto de subir al tren de Dumfries.

—¿Qué explicación ha dado?

—Dice que acaba de volver de una excursión en barco. No ha intentado negar su identidad. ¿Qué hacemos con él?

—Detenerlo —contestó el sargento Dalziel desesperado—. Voy para allá en el primer tren.

«No pienso correr más riesgos», se dijo para sus adentros mientras se preparaba a toda prisa para el viaje. «Voy a detenerlos a todos, vaya que si voy a detenerlos.»

LA HISTORIA DE WATERS

El sargento se llevó una enorme sorpresa al encontrar a Wimsey en la comisaría de Glasgow. Estaba esperando tranquilamente en el despacho del comisario, con las manos apoyadas en la empuñadura del bastón y la barbilla en las manos, y saludó al sargento con un júbilo irritante.

—¡Vaya, vaya! —dijo—. Así que aquí estamos otra vez.

—¿Y cómo ha llegado aquí? —le espetó Dalziel, con el acento de Galloway marcado y agudizado hasta tal punto que casi parecía amenazante.

—Dando un rodeo, pero en tren —contestó Wimsey—. Pasé la noche de ayer en la casa de Campbell. He llegado a Glasgow en el tren de las dos dieciséis para ver la exposición de pintura. Un compatriota en apuros envía un telegrama a Kirkcudbright en el que dice que está en manos de los hijos de Amalee y que vaya a soltarlo. El fiel ayuda de cámara envía un telegrama a la exposición de pintura. Un vigilante inteligente de la exposición me localiza y me entrega el telegrama. Cual águila madre vuelo raudo al lugar donde está sangrando el compatriota, como aguilucho herido, metafóricamente hablando. ¿Conoce a mi amigo, comisario Robertson?

—Sí, sí —respondió el comisario—. El sargento Dalziel ya ha colaborado en este asunto. Bueno, sargento, probablemente querrá ver enseguida a ese hombre, Waters. Ya nos ha contado su historia, pero será mejor que se la cuente a usted él mismo. Forbes, vuelva a traer a Waters.

Al cabo de unos momentos se abrió la puerta y dio paso a un Waters extraordinariamente astroso y extraordinariamente enfadado, ataviado con un impermeable mugriento y jersey y pantalones de franela aún más mugrientos. El pelo revuelto formaba una cresta infame gracias a la venda que casi le cubría un ojo y le daba un aire disoluto, de pirata.

—¡Cielo santo, muchacho! —exclamó Wimsey—. ¿Qué demonios has hecho?

—¿Que qué he hecho yo? —protestó Waters—. Querrás decir qué demonios habéis hecho vosotros. ¿A qué viene todo este lío? ¿Qué paparruchas están diciendo de Campbell? ¿Qué hacen esos cretinos deteniéndome? Y, además, ¿qué diablos tiene que ver todo esto conmigo?

—Hijo mío —intervino Wimsey sin darle tiempo a hablar al sargento—, tu elocuencia resulta impresionante, pero no más que tu aspecto, que no podría calificar sino de sumamente pintoresco. Que no acudieras a los antros de costumbre es motivo de enorme preocupación para tus amigos, preocupación y angustia que no va a contribuir precisamente a aliviar el hecho de que vuelvas de tal guisa. Antes de enzarzarte en una discusión sobre Campbell u otro asunto superficial, ¿serías tan amable de aliviar el tormento de un compatriota que se compadece de ti y decir dónde has estado, por qué no has escrito y por qué tienes ese aspecto de haber librado un combate de lucha libre, que ha provocado considerables daños en tu magnífica fachada?

—Jamás había visto semejante barullo por una estupidez —rezongó Waters—. He estado navegando con un tipo, nada más... Tom Drewitt, lo conozco de Trinity. Fuimos por la costa oeste, e iba a dejarme en Gourock el jueves, pero el tiempo empeoró y tuvimos que cruzar y quedarnos en la costa de Irlanda un par de días hasta que se pasó. No sé si te gustaría quedarte a sotavento pegado a una costa llena de rocas con temporal del suroeste. Te puedo asegurar que a nosotros no. Supongo que estoy un poco zarrapastroso, como cualquiera que hubiera pasado cinco días en ese asqueroso cascarón de nuez de Tom. Me he despellejado las manos, y si estoy vivo no es precisamente gracias a ese bichejo que tiene Tom. Se asustó... y Tom debería haber estado al timón. La botavara se vino abajo y por poco me abre la cabeza. Tom quería que siguiera con él hasta Skye esta mañana, pero yo no estaba dispuesto. Le dije que me dejara inmediatamente en Gourock y que si volvía a navegar con él sería cuando ese puñetero cachorro suyo estuviera ahogado y no pudiera fastidiar más.

—Vamos a ver una cosa, a ver si nos enteramos de la historia —intervino el sargento Dalziel—. Dice usted que zarpó con el tal Drewitt en su barco. ¿Cuándo fue eso, señor?

—Pero ¿qué significa todo esto? —replicó Waters dirigiéndose a Wimsey.

—Cuéntaselo —dijo Wimsey—. Ya te lo explicaré más tarde.

—Vale, si tú lo dices... Pues bien, voy a contarle exactamente lo que pasó. El lunes pasado, por la noche, estaba en la cama, dormido, cuando oí a un imbécil tirándome piedras a la ventana. Bajé y resultó que era Drewitt. ¿Te acuerdas de Drewitt, Wimsey? ¿O no es de tu época?

–No conozco a nadie del Trinity –contestó Wimsey–. Los judíos no se tratan con los samaritanos.

–Ah, claro, tú estuviste en Balliol. Bueno, es igual. El caso es que le abrí la puerta a Drewitt y le ofrecí una copa. Serían las once de la noche, y me fastidió que me sacaran de la cama, porque tenía intención de ir a Glasgow en el tren de las nueve menos cuarto y quería dormir para estar fresco y lozano al día siguiente. Además, estaba de un humor de perros. Wimsey, ¿te acuerdas de la gresca que tuve con Campbell en el McClellan Arms? Y a propósito, ¿qué es eso que dicen sobre Campbell?

–Ya te lo contaré, muchacho. Continúa.

–Bueno, pues le dije a Drewitt que quería ir a Glasgow y me dijo que tenía una idea mejor, que por qué no me iba con él. Pensaba ir en esa dirección, y si yo no tenía prisa podíamos pescar juntos un poco y tomar el aire del mar. Hacía un tiempo estupendo y su barco, el *Susannah*, como él lo llama, podía hacer el trayecto en dos o tres días o, si nos apetecía, quedarnos haciendo el vago más tiempo y, si el viento no era favorable, podíamos recurrir al motor. Me pareció bien y, como en realidad me daba igual cuándo llegara a Glasgow, le dije que me lo pensaría. Él me dijo que por qué no lo acompañaba a echar un vistazo al *Susannah*, que estaba fondeado en el Doon.

–Sí, es verdad –le dijo Wimsey a Dalziel–. Había un barco allí el lunes por la noche y zarpó el martes por la mañana.

–Vaya, parece que estás enterado de todo –dijo Waters–. Bueno, pensé que podía darme una vuelta, porque sería la mejor manera de echar a Drewitt de la casa, así que me puse el abrigo y me fui con él. Había alquilado un coche no sé dónde y me llevó hasta allí. Quería que subiera a bordo a conocer al cachorro, pero yo no tenía ganas. Es que todavía no me había decidido. Así que volvió a llevarme en el coche y me dejó en una esquina, donde la carretera tuerce hacia Borgue. Quería llevarme hasta casa, pero no lo dejé, porque sabía que entonces tendría que haberle invitado a otra copa y yo ya había bebido más que de sobra. Así que volví andando a Kirkcudbright y quedamos en que me lo pensaría y que si no estaba en el barco a las nueve y media, no tenía que esperarme, porque yo no iría y él desaprovecharía la marea.

»En realidad no tenía intención de ir, pero me metí en la cama y dormí estupendamente, y a la mañana siguiente, cuando me despertó la señora McLeod, hacía un tiempo fenomenal y pensé que por qué no, al fin y al cabo. Así que desayuné, cogí la bicicleta y me fui.

–¿No le dijo a la señora McLeod adonde iba?

–No, no tenía por qué. Sabía que iba a ir a Glasgow y que a lo mejor pasaba varios días fuera, no era asunto suyo cómo fuera. Además, estaba en la parte trasera de la casa y no la vi. Fui en bicicleta hasta el Doon, le hice señas a Drewitt y nos marchamos.

–¿Qué hiciste con la bicicleta? –preguntó Wimsey.

–La metí en un cobertizo que hay allí arriba, entre los árboles. La he dejado muchas veces mientras pintaba o me bañaba en el Doon y nunca le ha pasado nada. Y eso es todo. Como ya he dicho, tuvimos mala suerte con el tiempo y, entre unas cosas y otras, no hemos llegado a Gourrock hasta esta mañana.

–¿No se detuvieron en ningún sitio?

–Sí. Si quiere, le explico el itinerario. Bajamos por el estuario con la marea de la mañana y pasamos frente al faro de Ross un poco antes de las diez. Después cruzamos la bahía de Wigtown, muy cerca del cabo de Barrow. Teníamos buena brisa del sureste y llegamos a la isla de Mull hacia la hora del té. Después seguimos hacia el norte, por la costa, dejamos atrás Portpatrick alrededor de las siete y fondeamos para pasar la noche en la bahía de Lady, junto a la ría de Ryan. No puedo darle más detalles, porque no soy marino. Eso fue el martes. El miércoles estuvimos haciendo el vago y pescando, y después, a la hora de comer, empezó a soplar viento del sureste y Drewitt dijo que sería mejor ir a Larne en lugar de seguir hasta Gourrock, como teníamos pensado. Hicimos escala en Larne para pasar la noche y llevamos al barco cerveza y otras cosas. El jueves hacía bastante bueno, pero había viento fuerte, así que zarpamos camino de Ballycastle. Menudo asco de lugar. Empecé a pensar que estaba perdiendo el tiempo y encima me puse malo. El viernes fue un día espeluznante, con una lluvia y un viento de mil demonios. Pero a Drewitt le parecía un día

estupendo para navegar, porque tenía suficiente espacio marítimo o algo parecido, dijo. Fuimos tambaleándonos hasta Arran y yo estuve malísimo durante toda la travesía. Ese fue el día en que me hice esta brecha en la cabeza, maldita sea. Obligué a Tom a ponernos a sotavento en algún lugar de la isla, y por la noche amainó el viento, gracias a Dios. Esta mañana llegamos a Gourrock y yo me largué de ese puñetero barco. Que no me hablen de veleros, muchas gracias. Lo mejor para aburrirse mortalmente y ponerse fatal físicamente es un velero pequeñito en medio de un temporal. ¿Has intentado freír pescado en una cocinilla asquerosa de queroseno, con las rodillas por encima de la cabeza? Bueno, a lo mejor a ti te gustan esas cosas, pero a mí no. Pescado y carne en conserva durante cuatro días... Para mí no es precisamente lo más divertido del mundo. ¡Conque seguir por la costa! Jamás de los jamases, le dije. Me bajé de esa infame barquichuela en cuanto pude, me fui a Glasgow en tren, me di un baño caliente y me afeité, que buena falta me hacía. Y estaba a punto de subir al tren de las cinco y veinte cuando me cogieron por banda esos cretinos de policías. Y ahora, ¿te importaría contarme de qué demonios va todo esto?

—¿No ha leído ningún periódico durante estos cuatro días? —preguntó el sargento.

—Hojeamos el *Daily Mail* en Larne el jueves por la mañana y esta tarde he comprado el *Express* en Glasgow, pero la verdad es que no los he leído a fondo. ¿Por qué?

—La historia cuadra bien, ¿no? —dijo Wimsey con un movimiento de cabeza hacia Drewitt.

—Sí, desde luego. Cuadra estupendamente, solo que nos falta el testimonio de ese tal Drewitt.

—Claro, habrá que encontrarlo —dijo el comisario de Glasgow—. ¿Dónde estará ahora, señor Waters?

—Sabe Dios —contestó Waters con aire cansado—. Supongo que andará por Kintyre. ¿Es que no me creen?

—Por supuesto. ¿Por qué no habríamos de creerle? —contestó el comisario—. Pero es que verá, señor, es nuestro deber corroborar su declaración, si es posible. ¿Tiene aparato de radiotelegrafía el barco del señor Drewitt?

—¿Radiotelegrafía? Pero si esa repugnante canoa no tiene ni una sartén como es debido —dijo Waters enfadado—. ¿Podría saber de qué se me acusa?

—No se le acusa de nada —respondió el sargento. Y añadió con astucia—: Si estuviera acusándolo de algo, le habría advertido de que no tenía por qué contestar a mis preguntas.

—Oye, Wimsey, esto no tiene ni pies ni cabeza. Por lo que más quieras, ¿me lo puedes explicar?

—Bueno, verás —dijo Wimsey consultando con una mirada al comisario, que le dio permiso para hablar con un asentimiento de cabeza—, el caso es el siguiente, muchacho. El martes pasado encontraron a Campbell muerto en el Minnoch, con una tremenda herida en la cabeza producida por un objeto contundente. Y como la última vez que se te vio estabas a punto de lanzarte a su yugular y amenazando con cargártelo, pues nos preguntábamos qué habías andado haciendo.

—¡Dios mío! —exclamó Waters.

—Vamos a ver —le dijo el sargento Dalziel a Wimsey poco después, cuando Waters se retiró para escribir como un loco cartas y telegramas al *Susannah* a todos los puertos habidos y por haber—, este testimonio es de lo más inoportuno. Naturalmente, encontraremos a ese tal Drewitt, y naturalmente, los dos contarán la misma historia. Pero aun suponiendo que Waters subiera al barco en el Doon como él asegura... ¿quién puede decir que sí o que no?... A lo mejor desembarcó en cualquier otro sitio.

—Un momento —dijo Wimsey—. ¿Y el cadáver? No podría haber subido al barco con él.

—No, claro. Eso sí que es verdad. Pero supongamos que Drewitt lo llevara por la noche al Minnoch y...

—No —le interrumpió Wimsey—. Se olvida de una cosa, que el hombre que tiró piedrecitas a la ventana podría haber sido Campbell o Drewitt. No pudieron ser los dos. Y alguien volvió a la habitación de Waters aquella noche y por la mañana se tomó su desayuno. No pudo ser Campbell y parece muy improbable que fuera Drewitt, así que tuvo que ser Waters. Es imposible que llegara al Minnoch y volviera en tan poco tiempo.

—Pero Drewitt podría haberse llevado el cadáver.

–Depende. Tendría que haber conocido muy bien la zona para encontrar el lugar en medio de la oscuridad. ¿Y cuándo se planeó todo esto? Si el hombre que tiró piedras a la ventana era Campbell, ¿cómo se puso en contacto Waters con Drewitt? Si el de las piedras era Drewitt, ¿cuándo y dónde asesinaron a Campbell? Venga, sargento, tiene que ser, lo uno o lo otro. Si Waters subió al barco cuando dice que lo hizo, tiene una coartada. De lo contrario, reconozco con toda franqueza que algo falla. Es muy probable que lo recogiera el *Susannah* en cualquier sitio el martes por la noche. Supongamos, por ejemplo, que Waters supiera que el barco iba a estar en la bahía de Lady aquella noche. Podría haber alquilado un coche y haber subido al *Susannah* allí, y haber tramado el resto del plan entre los dos. Lo que tiene usted que demostrar es que Waters subió a bordo del *Susannah* el martes por la mañana. Hay bastantes casas junto al Doon, y válgame Dios si no hay alguien que lo viera.

–Tiene razón –comentó el sargento.

–Y la bicicleta también tendría que estar allí.

–En fin –dijo Dalziel con aire de resignación–. Está visto que mañana no voy a la iglesia. Es que con un caso como este hay un montón de trabajo y no hay ningún tren de vuelta a Newton-Stewart por la noche.

–No. En la vida te viene una cosa detrás de la otra –dijo Wimsey.

–Eso es lo que tiene –replicó el sargento Dalziel.

LA HISTORIA DE FARREN

Gilda Farren estaba sentada en la silla de respaldo alto, erguida como tallo de lirio, hilando. Llevaba un vestido de estilo medieval, de corpiño ceñido y falda larga y amplia, apenas separado del suelo por el pie que se balanceaba suavemente sobre el pedal. El escote era cuadrado y las mangas largas, ajustadas a los brazos, todo de sarga de un color crema que le daba un aire de majestuosa pureza. Tenía además la ventaja de que no se pegaba la pelusa de lana blanca que cubre a la hilandera y que suele darle aspecto de haber dormido con la ropa puesta. Sentado cerca de ella para evitar el aire que despedía la rueda al girar, lord Peter Wimsey tomó nota del detalle con cierto sarcasmo.

–Bueno, señora Farren, dentro de poco volverá el marido que ha hecho novillos –dijo alegremente.

Las alargadas manos parecieron titubear al colocar el copo en el huso y el hilo salió primero fino y después volvió a espesarse.

–¿Por qué dice eso? –preguntó la señora Farren sin volver la cabeza dorado rojiza.

–Aviso a todas las comisarías –contestó Wimsey encendiendo otro cigarrillo–. Nada inquietante. Ya sabe, amigos y familiares preocupados y eso.

–Eso es una gran impertinencia –replicó la señora Farren.

–He de reconocer que no parece usted especialmente preocupada –dijo Wimsey–. Si no lo considera una grosería, ¿puedo preguntarle por qué?

–Yo sí lo considero una grosería –contestó la señora Farren.

–Lo siento, pero no ha contestado a la pregunta. ¿Por qué? La bicicleta abandonada, una vieja mina peligrosa, la policía buscando incansable con cuerdas y garfios, una silla vacía, el hogar vacío... y una dama hilando. Puede resultar desconcertante.

–Ya le he dicho que considero absurdo todo eso sobre las minas y el suicidio –replicó la señora Farren–. Yo no soy responsable de las estúpidas ideas que se les meten en la cabeza a los policías rurales. Me molesta extraordinariamente tanta curiosidad por mis asuntos privados. A la policía puedo perdonarla, pero ¿qué tiene usted que ver con esto, lord Peter?

–Nada en absoluto –contestó Wimsey alegremente–, pero si me diera los datos, quizá pudiera callarles la boca.

–¿Qué datos?

–Podría decirme, por ejemplo, desde dónde le han enviado la carta –contestó Wimsey.

La mano derecha se detuvo y vaciló. La hebra se escapó del pulgar y el índice de la mano izquierda y se enrolló bruscamente en el huso. La señora Farren profirió una exclamación de fastidio, paró la rueda y desenrolló la hebra.

–Perdone –dijo, tras unir la lana. Puso en marcha la rueda con un leve movimiento de la mano–. ¿Qué ha dicho?

–Que podría decirme desde dónde le han enviado la carta.

–¿Qué carta?

–La que le escribió su marido el jueves.

–Si la policía ha estado figgando en mi correspondencia, quizá puedan darle ellos toda la información que necesita... a menos, claro, que tampoco les guste que la gente se meta donde no la llaman.

Respiraba entrecortadamente, furiosa.

–Pues la verdad es que han prescindido de esa sencilla precaución, pero como admite usted la existencia de la carta...

–Yo no admito nada semejante.

–Vamos, señora Farren –dijo Wimsey–. La naturaleza no la ha dotado para la mentira. Hasta el jueves, estaba usted realmente asustada y preocupada por su marido. El viernes fingió estar preocupada, pero no lo estaba. Y hoy, me da la impresión de que ha recibido una carta de su marido, el viernes por la mañana, y ha llegado a la conclusión de que la policía ha estado investigando su correspondencia. Por consiguiente, ha recibido una carta. ¿Por qué lo niega?

–¿Y por qué tendría que contárselo?

–¿Que por qué? Solo tengo que esperar un par de días y Scotland Yard me dará la respuesta.

–¿Qué tiene que ver Scotland Yard en esto?

–Señora Farren, no me cabe duda de que tiene que saber que su marido es, o podría ser, un testigo muy valioso en el caso, Campbell.

–¿Por qué?

–Pues verá. Salió de aquí para ir a buscar a Campbell. Lo último que se sabe de él es que anduvo preguntando por Campbell en Gatehouse. Sería interesante saber si lo encontró... ¿no cree?

–¡Lord Peter Wimsey! –La señora Farren detuvo la rueda y se volvió indignada para enfrentarse con él–. ¿Se ha parado a pensar en lo despreciable que es usted? En Kirkcudbright le hemos tratado como a un amigo y todo el mundo ha sido amable con usted. Y usted nos corresponde irrumpiendo en las casas de sus amigos como espía de la policía. ¡Si existe alguien más ruin que el hombre que intenta intimidar y atrapar a una mujer para que traicione a su marido, es la esposa que cae en la trampa!

–Señora Farren –dijo Wimsey al tiempo que se levantaba, muy pálido–, si es una cuestión de traición, le ruego que me disculpe. No le contaré nada a la policía de la carta ni de lo que acaba de decirme. Pero en ese caso, tengo que insistir, y en esta ocasión es un aviso, en que han dado parte a todas las comisarías desde Londres y que a partir de hoy sí que vigilarán su correspondencia. Al decirle esto, posiblemente estoy traicionando secretos oficiales y haciéndome cómplice de un asesinato. Sin embargo...

–Pero ¿cómo se atreve?

–Seré franco –respondió Wimsey tomándose la pregunta en sentido literal–. No creo estar corriendo grandes riesgos. De lo contrario, sería más cauteloso.

–¿Tiene la osadía de sugerir que pienso que mi marido es culpable de un asesinato?

–Si tengo que contestar a su pregunta... sí, creo que lo ha pensado. No estoy seguro de que no siga pensándolo, pero pensaba que podía usted creer que es inocente, en cuyo caso, cuanto antes vuelva para dar explicaciones, mucho mejor, para él y para todo el mundo.

Recogió el sombrero y se dispuso a salir. Tenía la mano en el picaporte cuando la señora Farren dijo:

–¡Lord Peter!

–Piense antes de hablar –replicó Wimsey precipitadamente.

–Se... se equivoca. Estoy segura de que mi marido es inocente. Hay otra razón...

Wimsey la miró.

–¡Vaya! Si seré tonto. Es cuestión de orgullo. –Volvió a la sala, andando con lentitud, y dejó el sombrero sobre la mesa–. Estimada señora Farren, ¿me creerá si le digo que todos los hombres, los buenos y los malos, todos por igual, pasan por momentos de rebelión y aversión? No significa nada. Es cuestión de comprensión... y, perdone, de reacción.

–Yo estoy dispuesta a perdonar... –dijo Gilda Farren.

–Ni se le ocurra –la interrumpió Wimsey–. El perdón es el único pecado imperdonable. Casi mejor armar un escándalo... aunque claro –añadió pensativo–, eso depende del carácter de la persona en cuestión.

–Yo no voy a armar ningún escándalo. Faltaría más –dijo la señora Farren.

–No, claro. Usted no.

–No pienso hacer nada –dijo la señora Farren–. Bastante tengo con haber sido insultada, pero que encima me abandonen... –Su mirada estaba llena de dureza y rabia–. Si decide volver, lo acogeré, por supuesto, pero no es asunto mío lo que decida hacer con su persona. Parece que las mujeres tenemos que soportarlo todo. No le estaría contando esto si no fuera porque...

–Porque ya lo sé –la interrumpió Wimsey.

–He intentado hacer como si no pasara nada, mirar para otro lado –dijo la señora Farren–. No quiero dejar en evidencia a mi marido ante sus amigos.

–Es natural –dijo Wimsey–. Además, podría parecer que usted ha fallado en uno u otro sentido –dijo Wimsey con cierta brusquedad.

–Siempre he cumplido mi obligación de esposa.

–No lo dudo –replicó Wimsey–. Su marido la puso en un pedestal y desde entonces ahí está usted. ¿Qué más podría haber hecho?

–Le he sido fiel –respondió la señora Farren crispada–. He hecho todo lo posible para que esta casa sea bonita... para que él encuentre aquí reposo e inspiración. Lo he animado a que alcanzara sus deseos. He aportado mi parte a los gastos de la casa... –Al llegar aquí pareció darse cuenta de que se estaba adentrando en lo prosaico y añadió apresuradamente–: Quizá piense usted que esto no es nada, pero supone un sacrificio y mucho trabajo.

–Lo sé –replicó Wimsey con calma.

–¿Es culpa mía que, porque esta casa haya sido siempre bonita y tranquila, ese pobre desgraciado acudiera a mí para contarme sus problemas? ¿Es razón suficiente para que se me ultraje con odiosas sospechas? ¿Usted cree que mis sentimientos por Sandy Campbell iban más allá de la simple compasión?

–Ni se me ocurriría pensarlo –contestó Wimsey.

–Entonces ¿por qué lo creía mi marido?

–Porque estaba enamorado de usted.

–Esa clase de amor no es lo que yo considero amor. Si me amaba, tendría que haber confiado en mí.

–La verdad es que estoy de acuerdo con usted –dijo Wimsey–. Pero cada cual tiene sus ideas sobre el amor, y Hugh Farren es un hombre decente.

–¿Es decente creer cosas odiosas sobre otras personas?

–Bueno... lo siento, pero muchas veces las dos cosas van unidas, quiero decir que las personas honradas suelen ser bastante tontas para esas cosas. Por eso los peores hombres siempre tienen una esposa fiel: no son tontos. Y lo mismo pasa con las peores mujeres, que atan corto a sus maridos. No debería ser así, pero eso es lo que hay.

–¿Usted se considera un hombre decente hablándome así?

–No, válgame Dios –replicó Wimsey–. Pero yo no soy tonto. Mi esposa no tendría motivo de queja por eso.

–Me parece que usted piensa que la infidelidad es una minucia, en comparación con...

–Con la estupidez. Yo no llegaría tan lejos, pero tanto lo uno como lo otro pueden producir muchos conflictos, y el problema es que no tiene cura. Es una de esas cosas que hay que aceptar. Yo no seré necesariamente infiel a mi esposa, pero sí sabré lo suficiente sobre la infidelidad para reconocerla y no confundirla con otras cosas. Si, por ejemplo, estuviera casado con usted, sabría que no sería infiel bajo ninguna circunstancia. En primer lugar, usted no es así. En segundo lugar, no le gustaría rebajarse. En tercer lugar, atentaría contra su sentido de la estética. Y por último, la gente tendría un pretexto para volverse contra usted.

–¡Santo cielo! –exclamó la señora Farren–. Sus razonamientos son aún más insultantes que las sospechas de mi marido.

–Tiene usted toda la razón –replicó Wimsey.

–Si Hugh estuviera aquí, le tiraría por la ventana.

–Probablemente –dijo Wimsey–. Pero ahora que lo he expresado con suficiente claridad, verá usted que la actitud de su marido hacia usted es en realidad más halagadora que otra cosa.

–Vaya a verlo –repuso la señora Farren enfurecida–. Dígale lo que acaba de decirme a mí, si es que se atreve, y a ver qué le dice.

–Con sumo gusto, si me da su dirección –replicó Wimsey.

–No la conozco –dijo la señora Farren en tono cortante–. Pero el matasellos es de Brough, en Westmoreland.

–Gracias. Iré a verlo... Ah, por cierto, no voy a contarle nada de esto a la policía.

A primera hora de la mañana del lunes, un enorme Daimler negro de capó gigantesco y carrocería como de coche de carreras se deslizaba tranquila y silenciosamente por la calle principal de Brough. Mirando imperturbable por el monóculo a derecha e izquierda, el conductor estuvo a punto de parar en el hotel más afamado; cambió súbitamente de opinión, siguió adelante y se paró

ante una pequeña hostería, que destacaba por la efigie de un brioso toro en actitud de furiosa embestida en una pradera de un verde esmeralda bajo un deslumbrante cielo azul.

Abrió la puerta y entró. El dueño del establecimiento estaba limpiando vasos y le dio los buenos días con suma educación.

–Qué buen día hace –dijo el viajero.

–Bueno de verdad –replicó el dueño.

–¿Podría prepararme algo para desayunar?

El dueño del establecimiento le dio unas cuantas vueltas en la cabeza a semejante idea.

–¡Oye, madre! –vociferó dirigiéndose hacia una puerta del interior–, ¿le puedes preparar algo de desayuno aquí al caballero?

Al grito acudió una mujer bastante agraciada, de cuarenta y tantos años, quien después de mirar al caballero de arriba abajo y decidir dónde encasillarlo, llegó a la conclusión de que podía servirle un desayuno, si al caballero le bastaba con unos huevos y jamón de Cumberland.

En opinión del caballero, nada podía ser mejor. Lo llevaron a un salón atestado de sillas forradas de felpa y aves disecadas y lo invitaron a tomar asiento. Al cabo de un rato apareció una joven bastante robusta y preparó la mesa. Al cabo de otro rato llegaron una enorme tetera humeante, una hogaza de pan casero, un plato de bollos, un buen trozo de mantequilla y dos clases de mermelada. Por último reapareció la dueña del establecimiento, portadora de los huevos y el jamón.

El automovilista la felicitó por la calidad de la comida, empezó a dar cuenta de ella con apetito y dijo que venía justamente de Escocia. Hizo unos comentarios muy acertados sobre el curado de los jamones y una inteligente descripción del método que se utilizaba en Ayrshire. También preguntó con interés por cierta clase de queso propio de la región. La dueña de la posada, en quien el monóculo del viajero había despertado al principio ciertas sospechas, empezó a pensar que era un tipo más campechano de lo que parecía a primera vista y se ofreció amablemente a enviar a la chica a la tienda a comprarle un queso.

–Veo que conoce el pueblo, señor –comentó.

–Sí, sí... He venido un montón de veces, pero creo que nunca había parado aquí. Es muy elegante y he visto que han vuelto a pintar el toro.

–Ah, se ha fijado el señor. Pues ayer mismo lo terminaron. Lo ha hecho un caballero, un pintor. Entró en el bar el jueves y le dijo a George: «Patrón, al rótulo no le vendría mal una manita de pintura. Si pinto un toro bien bonito, ¿me dejará una habitación a buen precio?». George, la verdad, no sabía qué pensar, pero el caballero dijo: «Le voy a hacer una buena oferta. Aquí está el dinero. Deme comida y alojamiento y yo haré lo que pueda con el toro, y si le gusta cuando esté terminado, puede descontar lo que le parezca de la factura». Estaba haciendo una excursión a pie, eso dijo, y llevaba una de esas cajitas llena de pinturas, así que nos dimos cuenta de que era pintor.

–Curioso –dijo el automovilista–. ¿Y llevaba equipaje?

–Una bolsita de nada. Cualquiera se daba cuenta de que era un caballero, pero George no sabía qué pensar.

Por lo que el viajero había visto del tal George, le parecía más que probable. La actitud de George parecía mostrar una flema y una dignidad que daban a entender que no le gustaba que lo aturullaran por cualquier cosa.

Sin embargo, el misterioso pintor había dibujado, allí mismo, con un trozo de material negro, un boceto en el envés de un sobre, un toro tan plétórico, fiero y desbordante de ardor y vigor que había conquistado las inclinaciones agrarias de George. Tras una breve charla se cerró el trato, descolgaron el toro y sacaron las pinturas. El jueves hizo su aparición el nuevo toro por uno de los lados del cartel, con la cabeza gacha y el rabo en alto, resoplando por los ollares, y el pintor explicó que representaba el estado de ánimo del viajero que llega hambriento y clamando por comida. El viernes dibujó y coloreó el toro por el otro lado, impecable, magnífico y satisfecho, tras haber comido como es debido y haber sido tratado estupendamente. El sábado pusieron a secar el cartel en el lavadero. El domingo, el pintor aplicó una capa de barniz por ambos lados y volvió a dejarlo en el lavadero. Aunque el barniz estaba todavía un poco pegajoso, el domingo por la noche el cartel parecía lo suficientemente seco como para colocarlo en su sitio y allí estaba. El pintor se había

marchado, a pie otra vez, el domingo por la tarde. George estaba tan contento con el toro que no quiso que el caballero le pagara nada y además le dio una carta de recomendación para un amigo de un pueblo cercano, que también tenía un cartel que necesitaba una manita de pintura.

El automovilista prestó oídos a lo que le estaban contando, con sumo interés y preguntó, como de pasada, el nombre del pintor. La dueña del establecimiento le llevó el libro de registro.

—Está aquí escrito —dijo—. El señor H. Ford, de Londres, pero por el habla pasaría por escocés.

El automovilista miró el libro con una leve sonrisa en la comisura de los labios. Sacó una pluma estilográfica del bolsillo y escribió, bajo la firma de H. Ford:

Peter Wimsey. Kirkcudbright. Buen cebo en el Bull.

Después, se levantó, se abrochó el cinturón del abrigo de cuero y dijo cordialmente:

—Si viniera algún amigo mío a preguntar por el señor Ford, haga el favor de enseñarle el libro y dígame que le dé recuerdos de mi parte al señor Parker, de Londres.

—¿El señor Parker? —repitió la dueña del establecimiento, perpleja, pero impresionada—. Descuide, señor. Se lo diré.

Wimsey pagó la cuenta y salió. Mientras se alejaba vio a la mujer ante la puerta, libro en mano, bajo el cartel, contemplando el toro que brincaba con bravura sobre la hierba de un verde deslumbrante.

El pueblo que había mencionado la dueña de la posada estaba a solo unos diez kilómetros de Brough y se llegaba a él por una desviación de la carretera. Solamente tenía una posada, en la que no había letrero, sino un soporte de hierro vacío. Wimsey volvió a sonreír, paró ante la puerta y entró en el bar, donde pidió una jarra de cerveza.

—¿Cómo se llama la posada? —preguntó inmediatamente.

El dueño, un enérgico hombre del sur, le dirigió una franca sonrisa.

—Dog and Gun, señor. Han quitado el letrero para pintarlo. Hay un caballero trabajando en él en el jardín trasero. Es uno de esos pintores ambulantes, pero desde luego, un caballero. Por el habla parece de Escocia. Me lo mandó George Wetherby. Dice que ha hecho buen trabajo en el Bull de Brough. A mi entender, va trabajando para pagarse el viaje a Londres. Un caballero muy agradable. Un gran artista... pinta carteles para los espectáculos de Londres, eso me ha dicho. A mi letrero no le va a venir mal un poco de pintura y además a los niños les gusta verlo enredar.

—A mí nada me gusta más que mirar mientras otro trabaja —dijo Wimsey.

—¿Ah, sí? Pues si quiere pasar al jardín, allí lo verá, señor.

Wimsey se echó a reír y salió, jarra en mano. Se agachó un poco bajo un pequeño arco cubierto de rosas trepadoras de un color desvaído y, efectivamente, allí estaba el desaparecido Hugh Farren, sentado en un cubo boca abajo, con el letrero del Dog and Gun frente a él, apoyado en una silla de cocina, silbando alegremente mientras ponía pintura en la paleta.

Estaba de espaldas a Wimsey y no volvió la cabeza. Tres niños contemplaban fascinados los churretes que iban apareciendo en la madera.

—Oiga, ¿eso qué es?

—Es el verde para la chaqueta del caballero. No, no lo aprietes o te pondrás perdido. Sí, puedes ponerle la tapa. Sí, es para que no se seque. Sí, ponlo en la caja... Eso es amarillo. Sí, ya sé que no hay amarillo en el cartel, pero quiero mezclarlo con el verde para hacerlo más vivo. Ya veréis. No olvidéis la tapa. ¿Qué? Donde quieras, en la caja. El blanco, sí... Es un tubo grande, ¿verdad? Ves, hay que poner un poco de blanco en casi todos los colores... ¿Que por qué? Pues porque si no, no quedan bien. Ya veréis cuando pinte el cielo. ¿Cómo? ¿Que queréis el perro todo blanco? No, no puede ser un retrato de Scruggs. ¿Que por qué? Pues porque Scruggs no es un perro de caza. Pues porque no. Tiene que ser un perro cobrador. Vale, pondré un spaniel rojizo y blanco. Es un perro muy bonito, de orejas largas. Sí, supongo que como el del coronel Amery. No. No conozco al coronel Amery. ¿Has puesto la tapa en el tubo del blanco? ¡Vaya, hombre! Como sigas perdiendo cosas te mando a casa con tu madre y te dará una buen tunda. ¿Qué? Pues el caballero lleva una chaqueta verde porque es guardabosques. A lo mejor el guardabosques del coronel Amery no, pero

este sí. No. No sé por qué los guardabosques llevan chaquetas verdes... para ir abrigados, supongo. No, no tengo pintura marrón igual que la de ese árbol. La hago mezclando colores. No, tengo todos los colores que necesito. Guarda los tubos y cierra la caja. Sí, sé cuánto necesito antes de empezar. Eso se llama espátula. No, no tiene que estar afilada. Es para limpiar la paleta y esas cosas. Algunas personas la utilizan para pintar. Sí, se dobla muy bien, pero si la sigues tratando así no aguantará mucho, muchacho. Sí, claro que se puede pintar con ella, si quieres. Hasta puedes pintar con los dedos. No, no te lo aconsejo. Sí, bueno, la superficie se pone más rugosa, llena de churretes y trocitos de pintura. Vale, ahora mismo os lo enseño. Sí, voy a empezar con el cielo. ¿Que por qué? A ver, ¿tú que crees? Sí, porque está encima. Sí, tienes razón, ese azul es demasiado oscuro, pero voy a ponerle un poco de blanco. Sí, y un poco de verde. ¿No sabías que en el cielo también hay verde? Pues sí. Y a veces rosa y púrpura. No, no voy a pintar el cielo rosa y púrpura. El caballero y los perros acaban de salir de casa. Es por la mañana. Sí, lo sé, por el otro lado vuelven con un montón de pájaros y cosas. Pintaré un atardecer rosa y púrpura si os portáis bien y no hacéis demasiadas preguntas. Vamos, sé buena y no me tires del brazo. ¡Dios santo!

–¡Hola, Farren! –dijo Wimsey–. ¿Qué, los jóvenes demasiado impacientes por aprender, no?

–¡Dios mío! –exclamó el pintor–. ¡Por todos los santos, Wimsey! ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¡No me digas que te manda mi mujer!

–No exactamente –contestó Wimsey–, pero ahora que lo dices, me parece que hizo algo por el estilo.

Farren suspiró.

–Venga, suéltalo de una vez –dijo–. Vamos, criaturas, id con vuestra madre. Tengo que hablar con este señor.

–Verás, en primer lugar quiero decirte que no tengo ningún derecho a preguntarte nada –dijo Wimsey–, pero me encantaría que me contaras con detalle qué demonios has estado haciendo desde el lunes por la noche.

–Supongo que en Kirkcudbright estarán criticando severamente mi conducta –dijo Farren–. Abandono de hogar y esas cosas.

–Pues no –replicó Wimsey–. Tu mujer asegura que tu desaparición no tiene nada de extraño, pero... el caso es que la policía te anda buscando por todas partes.

–¿La policía? Pero ¿por qué demonios...?

–Mira, voy a fumarme una pipa –dijo Wimsey–. El caso es que te pusiste hecho una furia y empezaste a hablar de suicidio y otras cosas, ¿sabes? Y además han encontrado tu bicicleta junto a las viejas minas cerca de Creetown. Es que... da a entender ciertas cosas que...

–Me había olvidado de lo de la bicicleta. Pero seguro que Gilda... Le he escrito una carta.

–Ya no le preocupa eso.

–Supongo que había estado muy inquieta. Debería haberle escrito antes... pero ¡maldita sea! No se me ocurrió que fueran a descubrirlo. Y... ¡diablos!, el pobre Strachan se habría metido en una buena.

–¿Por qué Strachan en particular?

–Pues porque seguro que anduvo contando que... ¿o no?

–Vamos a ver, Farren, ¿se puede saber de qué estás hablando?

–Del lunes por la noche. ¡Pobre Strachan! Debí de pensar que de verdad lo había hecho.

–Entonces ¿cuándo viste a Strachan?

–Pues esa noche, junto a las minas. ¿No lo sabías?

–Yo no sé nada –replicó Wimsey–. ¿Y si me lo cuentas todo desde el principio hasta el final?

–De acuerdo. No me importa. Supongo que sabes que tuve una trifulca esa noche con Campbell.

Ah, por cierto, eso me recuerda una cosa, Wimsey. ¿No has leído algo raro sobre Campbell en el periódico? ¿Que lo han encontrado muerto o algo?

–Ha sido asesinado –replicó Wimsey con brusquedad.

–¿Asesinado? No fue eso lo que yo leí, pero llevo días sin ver un periódico. Lo que vi... ¿cuándo fue?... sí, el miércoles por la mañana, creo, fue algo como «... famoso pintor escocés hallado muerto en un río».

–Sí, todavía no había salido a la luz, pero le dieron un golpe, el lunes por la noche o el martes por la mañana... en el Minnoch.

–¿Sí? Pues merecido se lo tenía, el muy cretino. Ah, ya, me parece que detrás de todo esto hay algo. ¿Piensan que he sido yo, Wimsey?

–No lo sé –respondió Wimsey con toda franqueza–, pero lo que piensa la gente es que deberías presentarte y decir algo. Y es que tú estuviste buscándolo el lunes por la noche.

–Pues sí, y si lo hubiera encontrado, habría corrido la sangre, pero lo cierto es que no lo encontré.

–¿Puedes demostrarlo?

–Pues... no lo creo. No es nada grave, ¿verdad?

–No lo sé. A ver, cuéntamelo, Farren.

–Comprendo. En fin... Fui a casa alrededor de las seis y me encontré a ese tipejo cortejando a mi mujer. Estaba muy harto, Wimsey. Lo eché a patadas y supongo que hice un poco el ridículo.

–Un momento. ¿Quieres decir que viste a Campbell?

–Él estaba saliendo cuando yo entré. Le dije que se largara y después solté todo lo que tenía que soltar. Le dije a Gilda que no estaba dispuesto a que ese tipo volviera. Ella lo defendió y yo me enfadé. Una cosa, Wimsey, no tengo nada que decir contra Gilda, salvo que no entiende y nunca entenderá que Campbell es... era un perro asqueroso y que por culpa de ella yo era el hazmerreír de todo el mundo. Tiene sus ideas sobre la bondad y la compasión, y no se da cuenta de que eso no funciona con individuos de la calaña de Campbell. Maldita sea, sé perfectamente que ese tipejo estaba loco por ella. Y cuando intenté, con toda delicadeza, darle a entender que ella estaba haciendo el ridículo, se puso a pontificar y... ¡maldita sea, Wimsey! No quiero decir barbaridades sobre mi mujer, pero lo cierto es que es demasiado buena y tiene demasiados ideales para comprender cómo es el hombre normal y corriente. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

–Perfectamente –contestó Wimsey.

–Porque mi esposa es una mujer realmente maravillosa. Solo que... bueno, supongo que dije demasiadas estupideces.

–Sé exactamente lo que dijiste –observó Wimsey–. No me lo contó ella, pero me lo puedo imaginar. Te pusiste a despotricar y ella te dijo que no fueras tan ordinario, tú te calentaste y ella se puso aún más fría, y tú dijiste cosas que no querías decir con la esperanza de que cayera en tus brazos, por, decirlo de alguna manera, y después ella se echó a llorar y te dijo que la estabas insultando, y tú casi llegaste a creerte las acusaciones que le habías soltado solo para fastidiarla. Y por último amenazaste con el asesinato y el suicidio, saliste de casa y te emborrachaste. Venga, hombre, que no eres el primero ni serás el último.

–Sí, así fue más o menos, solo que en su momento empecé a creérmelo de verdad –replicó Farren–. Al menos, creí que Campbell estaba dispuesto a hacer todo el mal que pudiera. Me emborraché, me tomé unas cuantas en el pueblo y luego me fui corriendo a Gatehouse a buscar a Campbell.

–¿Y cómo es que no lo viste en Kirkcudbright? Estuvo todo el tiempo en el McClellan Arms.

–No se me ocurrió. Me fui como una flecha a Gatehouse. No estaba en su casa y Ferguson me gritó. Pensé en pelearme con Ferguson, pero no estaba tan borracho para eso. Después me tomé unas cuantas más. Alguien me dijo que había visto a Campbell cuando iba hacia Creetown y fui detrás de él.

–No, no fuiste detrás de él –replicó Wimsey–. Llegaste hasta el campo de golf.

–¿Ah, sí? Sí, es verdad. Fui a buscar a Strachan, pero no estaba. Le dejé una nota o un recado, creo. No lo recuerdo bien, la verdad, pero creo que le dije que iba a Creetown a cargarme a Campbell y a cortarme el cuello o alguna estupidez por el estilo... ¡Pobre Strachan! ¡Lo debe de haber pasado fatal! ¿Le ha enseñado esa nota a la policía?

–No, que yo sepa.

–No, claro, ya me lo imaginaba. Strachan es buen tipo. Pues fui a Creetown. Cuando llegué estaban cerrados los bares, pero entré en uno y pillé por banda a un hombre... no, por Dios, él

tampoco habrá dicho nada. Bueno, da igual. No quiero meterlo en líos. El caso es que me llevé una botella de whisky. –¿Y?

–Pues no tengo muy claro qué pasó después, pero sí recuerdo que subí a las montañas, con la vaga idea de tirarme por un precipicio. Di vueltas por allí, recuerdo haber arrastrado la dichosa bicicleta por las piedras, hasta que de repente llegué a la entrada de una de las minas y estuve a punto de caerme. Me senté en el borde y reflexioné un poco, con ayuda del whisky. Debía de estar como una cuba. No sé cuánto tiempo estuve así. De repente alguien gritó y yo grité. Se me acercó y se puso a hablar. Era el pobre Strachan. Al menos me dio la impresión de que era Strachan, pero tengo que reconocer que a lo mejor estoy confundiendo un poco las cosas. Sé que habló sin parar, que intentó agarrarme y que yo me revolví contra él. Fue una gran pelea, eso sí. Lo tumbé y eché a correr. Corrí como alma que lleva el diablo. ¡Madre mía! Fue increíble. A mí es que la bebida se me sube a la cabeza, pero me deja bien las piernas. Fui dando tumbos por el brezo y las estrellas dando tumbos encima de mi cabeza. ¡Dios! Ahora lo recuerdo. No sé cuánto tiempo pasé así. Y de repente resbalé y me caí rodando por una cuesta. Supongo que acabé en el fondo, porque cuando me desperté era bien entrada la mañana, y yo cómodamente tirado en una especie de hondonada entre los helechos, sin siquiera dolor de cabeza.

»No sabía dónde estaba, pero me daba igual. Era como si nada me importara. No quería volver a casa. Campbell me importaba un comino. Me sentía como si hubiera dejado atrás todas las preocupaciones y volviera a brillar el sol. Eché a andar. Empezaba a tener un hambre canina, porque no había cenado la noche anterior, pero no había ni una triste cabaña de pastores a la vista. Seguí andando. Estaba todo lleno de arroyuelos y, eso sí, bebí un montón de agua. Al cabo de no sé cuántas horas llegué a una carretera y la seguí, sin ver a nadie. Y entonces, a eso de mediodía, crucé un puente y supe dónde estaba. Es un sitio que llaman New Brig of Dee, en New Galloway Road. En realidad no me había ido tan lejos. Supongo que debí de dar un gran rodeo, aunque pensaba que el sol estaba a mi derecha todo el tiempo.

–Es que el sol también se mueve o da esa impresión –dijo Wimsey.

–Ya... Creo que no me di cuenta de cuánto tiempo llevaba andando. En fin, el caso es que empecé a andar hacia New Galloway. Vi ovejas, vacas y unos carros, y al fin me recogió un hombre que iba en un camión. Me llevó hasta New Galloway y allí comí algo.

–¿Qué hora era? –preguntó Wimsey.

–Pues debían de ser casi las tres. Después pensé qué podía hacer. Llevaba unas diez libras en el bolsillo y la única idea que tenía era que no quería volver. Estaba hundido, acabado. Quería deambular por ahí. Me importaba bien poco no volver a ver la torre de Toolbooth. Vi un camión vacío con el rótulo de una empresa de Glasgow y regateé con el conductor para que me llevara a Dumfries. Iban en esa dirección.

–¿Cómo se llamaba la empresa?

–¿Eh? Ah, no sé. Eran dos tipos muy decentes y hablamos de pesca.

–¿Dónde te dejaron?

–Justo antes de Dumfries. Es que quería pensar un poco. Era cuestión de tomar el tren allí o quedarme en cualquier bar. Me daba miedo toparme con alguien de los nuestros en la estación. Además, podía reconocerme alguien del tren. Voy con frecuencia a Dumfries. Ese era también el problema con lo del bar... No sé si seré capaz de explicarte cómo me sentía, Wimsey. Era como si hubiera huido de algo y tuviera miedo de que... bueno, de que me cazaran. Quiero decir, si me hubiera encontrado con alguien conocido, me habría inventado alguna historia, que iba a pescar o a pintar, algo que pareciera normal, y habría vuelto a casa. No habría sido lo mismo si hubiera tenido que contar un montón de mentiras. No eres libre cuando tienes que andarte con engaños para huir, no vale la pena. Supongo que no puedes entenderlo.

–¿Por qué no iba a entenderlo? –preguntó Wimsey–. Sería como comprar un anillo de boda para poder pasar el fin de semana.

–Sí... tan molesto como si fuera de veintidós quilates, firmar en el libro de registro del hotel sin saber si el recepcionista te cree. Wimsey, tú eres rico y nada te impide hacer lo que quieres. ¿Por qué te empeñas en ser respetable?

–Precisamente porque nada me impide hacer lo que quiero, supongo. Me divierte.

–Ya lo sé –replicó Farren mirándolo desconcertado–. Es extraño. Das la impresión de libertad. ¿Es el dinero? ¿O que no estás casado? Pero hay muchos hombres solteros que no...

–¿No nos estamos desviando un poco del tema? –preguntó Wimsey.

–Tal vez. En fin... Entré en una pequeña posada, una de esas de tres al cuarto, y me tomé una cerveza en el bar. Había un tipo joven con motocicleta y sidecar. Me dijo que iba a Carlisle y se me ocurrió una idea. Le pregunté si podía llevarme y me dijo que sí. Era un tipo decente y no hizo preguntas.

–¿Cómo se llamaba?

–No se lo pregunté, él a mí tampoco me preguntó nada. Le dije que estaba haciendo una excursión a pie y que tenía mis cosas en Carlisle, pero yo creo que le daba igual. Jamás he conocido a nadie tan discreto.

–¿A qué se dedica?

–Deduje que a algo relacionado con los vehículos de segunda mano y que iba a intercambiar la motocicleta por algo. No me habría enterado de nada de no haber sido porque me pidió disculpas porque el motor de la motocicleta no andaba muy bien. Algo le pasó en plena carretera y tuve que sujetarle una linterna mientras lo arreglaba. No me pareció que tuviera muchas luces, aparte de pensar en bujías y cosas de esas. No hablaba. Solo me dijo que llevaba treinta y seis horas en la carretera, pero que no me preocupara, porque era capaz de conducir dormido.

Wimsey asintió con la cabeza. Conocía la esclavitud que conlleva el negocio de vehículos de segunda mano. Adustos, silenciosos, cínicos, siempre a la intemperie hiciera el tiempo que hiciera, aquellos hombres estaban acostumbrados a las desilusiones y las catástrofes. Entregar los trastos a sus clientes y marcharse antes de que se descubra algo que no conviene a nadie; arrastrarse hasta casa con los paquetes sorpresa de hierro viejo antes de que estalle el radiador remendado o se rompa el embrague... esa es su única inquietud. Siempre muertos de cansancio, sucios y preparados para lo peor, escasos de dinero y taciturnos, no suelen preguntar demasiadas cosas a los viajeros en apuros que ofrecen dinero para que los lleven.

–¿Así que fuiste a Carlisle?

–Sí. Fui durmiendo casi todo el trayecto, menos cuando tuve que sujetarle la linterna, claro, pero disfruté cuando estaba despierto, y me alegré de no saber quién era el conductor. Además, nunca había ido en sidecar. No es como un coche. Los coches también me fascinan, aunque las dos o tres veces que he intentado conducir no me he divertido mucho. Me gusta que me lleven y con eso del sidecar dejo volar la imaginación. Es como si te llevaran a remolque, sin que tú intervengas. Es como fugarse. Notas la fuerza del vehículo más que en un coche. ¿Por qué será?

Wimsey negó con la cabeza.

–A lo mejor son imaginaciones mías. Bueno, llegamos a Carlisle por la mañana y comí algo en una especie de salón de té. Y claro, llegó el momento de tomar una decisión. Me compré una camisa, calcetines, cepillo de dientes y demás, y una mochila para guardarlo todo. Hasta entonces no había pensado en el dinero. Tenía que cobrar un cheque en alguna parte, pero hacerlo implicaría descubrir dónde estaba. O sea, los del banco tendrían que llamar a Kirkcudbright y todo eso. Me pareció más divertido trabajar durante el viaje. Todavía me quedaba suficiente para comprar tubos de pintura, así que fui a una tienda y compré una caja, una paleta, pinceles, tubos de pintura...

–En Winsor y Newton, por lo que veo –dijo Wimsey.

–Sí. Se puede comprar en casi todas partes. A mí normalmente me lo traen de París, pero Winsor y Newton son totalmente de fiar. Pensé que podía ir a la región de los lagos y pintar cuadritos para los turistas o algo así. Es facilísimo. Te puedes hacer dos o tres al día... montañas, agua y neblina, esas cosas, y los muy imbéciles te dan diez chelines de golpe, si les parece lo suficientemente romántico. Conozco a un tipo que siempre se paga las vacaciones así. Claro, no firma con su verdadero nombre. Es como producir en serie.

–¿Y por eso se te ocurrió lo del señor H. Ford?

–Ah, has estado en el Bull de Brough... Sí, la idea me hacía gracia. Pues después de comprar las pinturas me quedaba lo suficiente para sobornar a otro camionero, pero no hizo falta. Conocí a un

tipo con un Riley, de Oxford, un personaje estupendo. Iba hacia el sur y me dijo que podía ir con él hasta donde quisiera sin pagarle nada. Ese sí que hablaba. Se llama John Barrett y andaba por ahí divirtiéndose, sin rumbo fijo. Le acababan de dar el coche nuevo y quería ver hasta dónde podía llegar. Y vaya si lo hizo. No he pasado más miedo en mi vida.

—¿Dónde vive?

—En Londres, pero no sé dónde. Me lo dijo, pero no me acuerdo. Me hizo muchas preguntas, pero yo solo le dije que era pintor ambulante y le pareció estupendo. No me importó contárselo, porque entonces era verdad. Me preguntó cuánto se podía sacar y todo eso, y yo le conté lo que sabía por mi amigo, y después me preguntó dónde había estado últimamente y le dije que en Galloway. Así de sencillo. Pero cuando llegamos a Brough, le dije que me quedaba allí. Pensé que era demasiado joven para morir, encima con la aventura que acababa de iniciar. Le decepcionó un poco, pero me deseó suerte y esas cosas. Fui al Bull, porque parecía menos ostentoso que el otro sitio, y ahí es donde se me ocurrió lo del cartel. Y fue buena idea, porque al día siguiente el tiempo se puso fatal, algo que no había tenido en cuenta cuando empecé a pensar en viajar por las montañas y los lagos. Eso es todo, y aquí me tienes.

Farren volvió a coger los pinceles y reanudó el asalto al perro y la escopeta.

—Muy bien, pero todo se reduce a lo siguiente: que no puedes presentar ni un solo testigo que diga dónde estuviste entre la noche del lunes y las tres de la tarde del martes —dijo Wimsey.

—¡Vaya! Me había olvidado de eso. Pero no es nada serio, ¿verdad? Y al fin y al cabo, tengo una explicación totalmente clara y normal.

—A mí quizá sí me puede parecer normal, pero que la policía opine lo mismo... —dijo Wimsey.

—¡Al diablo la policía! Oye, Wimsey...

Una sombra de algo terrible y frío cubrió los ojos del pintor.

—¿Eso significa que tengo que volver, Wimsey?

—Pues me temo que sí —contestó Wimsey—. Mucho me temo que...

Estaba mirando hacia la puerta trasera de la posada, por la que salían dos hombres fornidos con traje de mezclilla. Contagiado por la tensión, Farren volvió la cabeza.

—Dios mío —dijo—. Se acabó. Me han pillado. A la cárcel.

—Sí —replicó Wimsey con voz casi inaudible—. Y esta vez no puedes huir... nunca más.

LA HISTORIA DE STRACHAN

—¿Bicicletas? —dijo el inspector Macpherson—. No me venga con eso otra vez. Estoy tan harto de bicicletas que no quiero verlas ni en pintura. ¿Quién iba a pensar que se podría montar semejante jaleo por dos o tres bicicletas? Tenemos una en Euston y otra en Creetown, y por si fuera poco, resulta que la de Waters desaparece y no sabemos si detener a Waters por asesinato o buscar a un ladrón de bicicletas.

—Sí, es para sacarte de quicio —dijo Wimsey—. Y supongo que nadie habrá visto a Waters subir al barco en el Doon, claro.

—¿Estaría yo así si lo hubiera visto alguien? —replicó el inspector, iracundo—. Hay un hombre que vio a otro andando por la arena, pero estaba a kilómetro y medio de distancia, así que, a ver cómo va a asegurar que era Waters.

—Debo reconocer que jamás había oído coartadas tan poco convincentes —dijo Wimsey—. Por cierto, inspector, ¿ha comprobado lo que contó Ferguson?

—¿Ferguson? —repitió el inspector con el tono resentido de un colegial a quien le mandan demasiados deberes para casa—. Ah, sí, no nos hemos olvidado de Ferguson. Fui a Sparkes y Crisp e interrogué a los empleados. Dos de ellos lo recordaban muy bien. El muchacho de la planta de abajo, el de la sala de exposiciones, no supo decir con certeza la hora, pero reconoció a Ferguson por la fotografía y aseguró que había llevado una dinamo el lunes por la tarde. Dijo que el encargado de eso era el señor Saunders y llamó desde el teléfono de la casa al señor Sparkes. Saunders es muy despierto. Fue enseñarle las seis fotografías y la reconoció a la primera y sacó el número de registro de la dinamo.

—¿Podría decir sin dudarle a qué hora entró Ferguson?

—No se fia mucho de su memoria y dice que no puede asegurar el momento exacto, pero sí que volvía de comer y que Ferguson lo estaba esperando. Tiene desde la una y media hasta las dos y media para el almuerzo, pero ese día volvió un poco tarde, y Ferguson llevaba un ratito esperándolo. Cree que serían alrededor de las tres menos diez.

—Más o menos la hora que calcula Ferguson.

—Aproximadamente.

—Hummm... Todo parece coincidir. ¿Saunders no dijo nada más?

—Sí. Dijo que no acababa de entender qué le pasaba a la dinamo y que parecía que habían intentado estropearla a propósito.

—Curioso. Claro, eso lo habrá dicho el mecánico. ¿Vio al mecánico?

El inspector reconoció que no, al no ver qué relación podía tener con el caso.

—¿Está usted pensando que a lo mejor algún criminal tenía especial interés en que Ferguson no se llevara el coche esa mañana? —apuntó.

—Parece usted adivino, inspector —replicó Wimsey—. Es precisamente lo que estaba pensando.

Farren había vuelto a Kirkcudbright. Sus sueños de fuga se habían quedado en nada. Su esposa lo había perdonado. Su ausencia había quedado como una excentricidad, un simple capricho. Erguida y serena, Gilda Farren hilaba el copo blanco, transformándolo en una resistente hebra que indefectiblemente se enrollaba para acallar el huso, que no paraba de girar. Todo estaba en conocimiento de la policía. Sir Maxwell Jamieson no las tenía todas consigo. Si no detenían a Farren, tendrían que conformarse con lo que les había contado o desmentir la historia, y no podían detenerlo así como así, porque quizá tuvieran que detener a Waters, Gowan, Graham o incluso Strachan, cuyas coartadas eran igualmente sospechosas y extrañas. Sería absurdo detener a cinco personas por un solo crimen.

El mozo de Girvan seguía gravemente enfermo. Todo se había complicado y, sin duda por pura maldad, tenía peritonitis. Se había identificado la bicicleta de Euston, que pertenecía a Andrew, el joven del Anwoth, pero ¿qué pruebas había de que guardara ninguna relación con Campbell? Si Farren era el asesino, saltaba a la vista que no existía relación alguna, porque Farren no podía haber tomado el tren de Ayr en Girvan y haber estado en New Galloway a las tres. Además, esa parte del testimonio de Farren era verdad, porque lo habían comprobado. No, con Farren, como con los

demás, había que aflojar la cuerda. Y Farren estaba en su estudio, hundido, mientras la señora Farren tejía, quizá no una cuerda, pero sí unos grilletes, en el salón con cortinas de plácido azul.

El jefe de policía asumió la tarea de interrogar a Strachan, que lo recibió cortésmente pero no con demasiado entusiasmo.

—Tenemos una declaración del señor Farren sobre las actividades que realizó entre la noche del lunes y la mañana del martes que requiere su corroboración.

—¿De veras? ¿Por qué? —replicó Strachan.

—Vamos, sabe muy bien por qué —dijo el jefe de policía—. Por lo que nos ha dicho el señor Farren, usted no nos ha contado todo lo que hizo entonces. Ahora que el señor Farren se ha explicado, usted ya no tiene razón alguna para andarse con recelos.

—Es que no acabo de entenderlo —dijo Strachan—. Según me han dicho, el señor Farren se fue de vacaciones a Inglaterra y ya ha vuelto. ¿Por qué tendría yo que contestar a preguntas sobre sus asuntos privados? ¿Cuál es el objeto de la investigación?

—Señor Strachan, le ruego encarecidamente que no adopte esa actitud —dijo el jefe de policía—. No sirve para nada, solo para crear dificultades e incluso para despertar sospechas. Sin duda sabe usted que estamos investigando las circunstancias del asesinato del señor Campbell y también sabe que para nosotros es absolutamente necesario que las últimas personas que vieron al señor Campbell antes de su muerte nos aporten información. El señor Farren lo vio el lunes a las seis y nos ha explicado todos sus movimientos desde entonces. Necesitamos que usted lo corrobore. Si puede hacerlo, ¿por qué se niega?

—La cuestión es que el señor Farren puede ir y venir a su antojo y, por tanto, es de suponer que no tienen nada en su contra —respondió Strachan—. Por consiguiente, yo no tengo obligación de contestar a preguntas impertinentes sobre su conducta ni sus asuntos personales. Si, por otra parte, tiene usted intención de acusarnos, a él o a mí, de algún delito, es su deber decirlo, así como avisarnos de que no estamos obligados a responder a sus preguntas.

—Por supuesto, no está obligado a contestar si piensa que al hacerlo va a ser imputado —dijo sir Maxwell reprimiendo su irritación—, pero no puede evitar que saquemos las conclusiones naturales de su negativa a declarar.

—¿Es una amenaza?

—Desde luego que no. Es una advertencia.

—¿Y si le agradezco la advertencia y aun así me niego a declarar?

—Pues en tal caso...

—En tal caso lo único que puede hacer es detenerme y acusarme de asesinato o de complicidad de asesinato. ¿Está dispuesto a llegar tan lejos?

El jefe de policía no estaba en absoluto dispuesto a llegar tan lejos, pero contestó, cortante:

—Tendrá que arriesgarse.

Strachan tamborileó con los dedos sobre la mesa, sin decir palabra. El tictac del reloj de la repisa de la chimenea sonaba estruendosamente y la voz de Myra, que estaba jugando al ratón y el gato con su madre y su niñera en el jardín, se colaba por la ventana.

—De acuerdo —dijo al fin Strachan—. ¿Qué ha contado Farren para que yo tenga que corroborarlo?

Sir Maxwell volvió a enfadarse, porque era evidente que le estaba tendiendo otra trampa.

—Verá, señor Strachan, eso no va a servir —replicó con cierta acidez—. Me parece que será mejor que empiece usted por el principio y me cuente usted qué ocurrió.

—¿Por el principio? ¿Qué quiere decir?

—Que me diga dónde estuvo el lunes por la tarde.

—¿El lunes por la tarde? Pintando.

—¿Dónde?

—En Balmae. ¿Quiere comprobarlo? Puedo enseñarle el lienzo, pero claro, con eso no tendría pruebas de que lo hubiera pintado el lunes. Me imagino que alguien vio el coche. Lo dejé en un prado y caminé hasta el acantilado. El tema del cuadro, la isla de Ross. Precio, una vez terminado, cincuenta guineas.

—¿A qué hora se marchó de allí?

–Alrededor de las siete y media.

–¿Y todavía tenía buena luz para pintar?

–¡Por Dios santo! –exclamó Strachan–. ¿Es que la policía va a espiar también el arte? Pues no, pero me había llevado algo para cenar. La cena consistió en fiambre, panecillos, pan moreno, queso y tomates, y una botella de Worthington. Para entretenerme un poco durante semejante orgía, también me había llevado un libro, muy bueno, por cierto, sobre un asesinato que se cometió en esta región: *El último viaje de sir John Magill*, de un tal Crofts. Debería usted leerlo. La policía recurre a Scotland Yard para que les resuelva los problemas.

Sir Maxwell ni pestañeó al recibir tal información y se limitó a preguntar:

–¿Y después volvió usted a Gatehouse?

–No. Me fui a Tongland.

–¿Pasó por Kirkcudbright?

–Como no iba en avión, evidentemente tuve que pasar por Kirkcudbright.

–Quiero decir, a qué hora.

–Serían las ocho.

–¿Lo vio alguien?

–No me cabe la menor duda. Según mi experiencia, es imposible pasar por Kirkcudbright o por cualquier otro lugar sin que te vean al menos cinco o seis personas.

–¿Y no se detuvo para nada?

–No.

–Continuó hasta Tongland. ¿Y allí?

–Estuve pescando. Piezas cobradas: una trucha, de doscientos gramos, otro ejemplar de la misma especie, un kilo, y otras tres piezas demasiado jóvenes para abandonar el hogar.

–¿Vio a alguien allí?

–Creo que no. El guarda me conoce, pero no estaba allí. Pero seguro que me vio algún entrometido sin nada mejor que hacer.

–¿Cuándo se marchó de Tongland?

–Serían las once, más o menos. Los peces no estaban precisamente entusiasmados, y yo tampoco.

–¿Y después?

–Después me fui casa, como un buen chico. Llegaría allí alrededor de medianoche.

–Supongo que tendrá testigos, claro está.

–Claro. Mi esposa y mi criada, pero naturalmente, ellas declararían lo que yo les pidiera que declarasen.

–No me cabe duda –replicó sir Maxwell impertérrito ante aquel tono sarcástico–. ¿Y después?

–Volví a salir, en el coche.

–¿Por qué?

–Para buscar a Farren.

–¿Y qué lo empujó a hacerlo?

–Me había dejado una nota.

–¿Conserva esa nota?

–No. La quemé.

–¿Qué decía?

–Decía que se iba a suicidar. Y yo pensé que debía encontrarlo e impedirselo.

–¿Decía adónde iba?

–No, pero pensé que probablemente iría a las montañas de Creetown. Algunas veces habíamos hablado del suicidio y a mí me daba la impresión de que las viejas minas tenían una enorme atracción para él.

–Ya. ¿Fue usted directamente a Creetown?

–Sí.

–¿Está seguro, señor Strachan?

–Claro que sí.

Sir Maxwell era un hombre sagaz y algo en el tono de Strachan, un tanto taimado, le dio a entender que estaba mintiendo, e impulsivamente se echó un farol.

–Pues es posible que entonces le sorprenda que su coche fue visto en la carretera entre el hotel Anwoth y la laguna de Standing Stone entre las doce y las doce y media...

Strachan no estaba preparado para semejante noticia.

–Pues sí, es una sorpresa.

–Es sorprendente, pero como usted mismo ha dicho, siempre hay algún entrometido sin nada mejor que hacer –insistió el jefe de policía–. En fin, ahora que se lo he recordado, ¿se acuerda de haber ido en esa dirección?

–Pues sí. Lo había olvidado. Fui a... pensé que...

–Fue a casa de Campbell, señor Strachan. Es más, lo vieron allí. ¿Por qué fue?

–Pensé que podría encontrar a Farren allí.

–¿Por qué?

–Bueno... Campbell no le caía demasiado bien y pensé... se me ocurrió que a lo mejor había ido a pedirle explicaciones o algo parecido.

–Una idea un poco rara, ¿no?

–No tanto. Al fin y al cabo, de nada sirve fingir que Campbell y él se llevaban bien. Se habían peleado aquella noche y...

–Sí, pero entonces usted no lo sabía, señor Strachan. Me dice que fue de Balmae a Tongland sin parar ni hablar con nadie en Kirkcudbright.

–No, claro, eso es verdad, pero si Farren quería suicidarse, até cabos.

–Ya. Una simple suposición. ¿No había nada en la nota del señor Farren que diera a entender que a lo mejor iba a ver al señor Campbell?

–Nada en absoluto.

–Señor Strachan, debo advertirle que si se empeña en ocultar la verdad, podría verse envuelto en graves problemas. Conocemos el contenido de la nota.

–¡Ah! –Strachan se encogió de hombros–. Entonces, si lo saben, ¿por qué me pregunta?

–Señor Strachan, lo que le pedimos es una corroboración imparcial, y debo decirle que con su actitud está dificultando mucho las cosas, para el señor Farren y para nosotros.

–Bueno, si Farren les ha contado... Pues sí, en la nota mencionaba el nombre de Campbell y yo fui a ver si Farren estaba allí, y si no, a advertir a Campbell.

–¿A advertirle? Entonces ¿se tomó muy en serio las amenazas del señor Farren?

–Bueno, no demasiado, pero los dos son muy nerviosos y pensé que podría resultar muy desagradable si se encontraran en ese estado, e incluso que habrían acabado en una pelea seria.

–¿Llegó a darle el aviso?

–No había nadie en su casa. Llamé varias veces a la puerta, y como estaba todo a oscuras, entré.

–Entonces ¿la puerta estaba abierta?

–No, pero yo sabía dónde estaba la llave.

–¿Y eso lo sabía todo el mundo?

–¿Y yo cómo voy a saberlo? Lo único que puedo decirle es que he visto muchas veces a Campbell cerrar la puerta y colgar la llave de un clavo que hay detrás del canalón.

–Ya. ¿Y entonces usted entró?

–Sí. Todo parecía normal, en orden, y no me dio la impresión de que Campbell hubiera estado allí. No había ni platos ni nada, y él no estaba en la cama, porque fui al piso superior a mirar. Le dejé una nota en la mesa, salí, cerré la puerta con la llave y la dejé donde la había encontrado.

El jefe de policía tuvo que hacer un extraordinario esfuerzo para controlarse y no mostrar su asombro ante tal noticia. Consiguió preguntar con naturalidad:

–¿Qué escribió exactamente en la nota? –Como Strachan vaciló, añadió, con más seguridad de la que sentía–: Ahora intente precisar más sus recuerdos, señor Strachan. Como ve, a veces podemos comprobar estas cuestiones.

–Sí –replicó Strachan con tranquilidad–. La verdad es que me preguntaba por qué no había oído nada sobre la nota.

–¿De veras? ¿No dio por descontado que Campbell la había recibido y la había destruido?

–Al principio sí y por eso pensé que todo el alboroto que se ha armado acerca de la noche del lunes era innecesario. Si Campbell entró en casa después de que yo estuviera allí, seguía vivo mucho después de que yo lo viera. Desayunó, ¿no? Al menos eso tengo entendido... y supuse que había visto la nota y se había deshecho de ella.

–¿Y ya no piensa lo mismo?

–Bueno, si ustedes tienen la nota, es evidente que no lo hizo. Y si la hubieran encontrado en el cadáver, sin duda lo habrían dicho antes.

–Yo no he dicho desde cuándo está la nota en nuestro poder –replicó sir Maxwell intentando parecer paciente.

A Strachan le molestaron esas palabras, por alguna razón, y guardó silencio.

–Bueno, ¿le importaría contarme qué decía la nota? –preguntó el jefe de policía–. Ha tenido tiempo más que suficiente para pensarlo.

–¿Quiere decir para inventarme algo? No me inventaré nada, pero no puedo comprometerme a recordarlo palabra por palabra. Más o menos decía esto: «Estimado Campbell. Estoy muy preocupado por E. Está muy exaltado y amenaza con hacerte algo. Por muchos motivos que tenga para quejarse de tu conducta, y tú lo sabes mejor que nadie, creo que debo avisarte para que te pongas en guardia». O algo parecido, y firmé con mis iniciales.

–¿Consideró que merecía la pena escribirle esa nota sobre un amigo suyo a una persona que le desagradaba personalmente y sigue manteniendo que no se tomó en serio las amenazas de Farren?

–Es que nunca se sabe. Estaba más preocupado por Farren que por Campbell. No quería que se metiera en líos... que lo demandaran por agresión o algo así.

–Sin embargo, a mí me parece que dio usted un paso muy contundente, señor Strachan. ¿Cuántas veces había amenazado seriamente Farren con hacerle algo a Campbell?

–Se había expresado en términos muy imprudentes en varias ocasiones.

–¿Lo había agredido alguna vez?

–No... Un día tuvieron una pequeña refriega...

–Creo recordar algo sobre una pelea... hace como unos seis meses, ¿no?

–Sí, más o menos, pero no pasó nada.

–De todos modos, usted consideró que el asunto era lo bastante importante para escribirle una nota a un hombre tan descaradamente indiscreto y furibundo como Campbell. Eso ya es significativo, ¿no? ¿Y qué pasó después?

–Fui a Creetown en mi coche y torcí por la carretera de la montaña. Dejé el coche donde acaba la carretera, justo detrás de Falbae, y seguí a pie, llamando a Farren. No había luna, pero sí estrellas, y además llevaba una linterna. Conozco muy bien esa carretera. Bueno, más que carretera es un camino de cabras. Cuando estaba cerca de las viejas minas me puse a buscar detenidamente. De repente me pareció ver algo que se movía y volví a gritar. Entonces me di cuenta de que era un hombre. Echó a correr, yo fui detrás de él y lo alcancé. Dije: «Por Dios, Farren, ¿eres tú?», y él me dijo: «¿Qué demonios quieres?». Así que lo agarré.

–¿Era Farren?

Strachan volvió a vacilar, pero al final respondió:

–Sí, era él.

–¿Y?

–Pues estuvimos discutiendo un rato e intenté convencerlo de que volviera a casa. Se negó en redondo y echó a andar. Lo agarré por el brazo, pero se resistió, y en medio de la pelea me dio un puñetazo en la cara y me tiró al suelo. Cuando me levanté se había escapado y lo oí a lo lejos, dando tumbos entre las piedras. Salí corriendo detrás de él. Estaba muy oscuro, pero había un cielo claro y se veían los objetos en movimiento como bultos grises. Aparecía y desaparecía, recortándose contra el horizonte. Conocerá ese sitio, todo lleno de lomas y hondonadas. Yo estaba ya sin resuello, preocupado por él, y no veía ni por dónde pisaba. Tropecé con algo y me caí de bruces... por un abismo o esa impresión me dio. Me di golpes contra lo que me parecieron vigas de madera y finalmente choqué con algo. Perdí el conocimiento, claro. Cuando me desperté me vi en el fondo de

un agujero muy profundo, sumido en la más negra oscuridad, con una pizca de luz de las estrellas arriba del todo. Fui a tientas, con mucha cautela, e intenté levantarme, pero en cuanto me puse de pie me mareé y volví a perder el conocimiento. No sé cuánto tiempo estuve así. Debieron de pasar varias horas, porque cuando recobré la conciencia era pleno día y vi dónde estaba.

–Uno de los antiguos pozos, supongo.

–¡Por Dios! ¡Menuda ratonera! No creo que tuviera más de doce metros de profundidad, pero a mí me pareció tremendo, y se levantaba como una chimenea, con un cuadradito de luz que destellaba arriba del todo: me dio la impresión de que estaba a un kilómetro de distancia. Por suerte era estrecho. Extendiendo brazos y piernas, conseguí aferrarme a las paredes e izarme poco a poco, centímetro a centímetro, pero avanzaba muy lentamente y tenía la cabeza tan embotada y las piernas tan débiles que volví a caerme tras las dos o tres primeras tentativas. Me puse a gritar como un loco, con la vana esperanza de que me oyera alguien, pero había un silencio sepulcral. Tuve una suerte enorme al no romperme un brazo o una pierna. Si no, supongo que aún seguiría allí.

–No –contestó el jefe de policía–. Nosotros lo habríamos sacado el viernes o el sábado.

–Ya... pero a esas alturas no creo que estuviera en condiciones de preocuparme por nada. Pues bien, después de descansar un ratito, conseguí dominar un poco la cabeza y las piernas y subir. Fue muy lento, porque las paredes eran lisas y no podía agarrarme ni con las manos ni con los pies y a veces perdía pie y retrocedía. Afortunadamente había vigas horizontales de trecho en trecho y pude aferrarme a ellas y darme un respiro de vez en cuando. Tenía la esperanza de que los de la granja encontrarán mi coche y fueran a buscarme, pero si lo veían seguramente pensarían que estaba pescando o merendando en el campo y no le darían ninguna importancia. Fui subiendo como pude... Por suerte soy más bien alto y corpulento y al fin... ¡Dios santo, qué alivio!, llegué arriba, saqué un brazo y lo apoyé en la hierba... ¡Qué alegría! El último medio metro me costó Dios y ayuda... Pensaba que no podría llegar al borde, pero lo conseguí, no sé cómo. Arrastrando las piernas, que me pesaban como si fueran de plomo, eché a rodar por la hierba, jadeando. ¡Puf!

Strachan hizo una pausa y el jefe de policía lo felicitó por la hazaña.

–En fin, me quedé allí tumbado un rato. Hacía un día precioso, con mucho viento, y la verdad es que el mundo me pareció maravilloso durante unos momentos. Estaba temblando como un flan y con más hambre y más sed que un perro...

–¿Qué hora sería?

–No lo sé, porque se me había parado el reloj. Es un reloj de pulsera y debí de darle algún golpe cuando me caí. Me quedé descansando un rato, quizá media hora, y cuando me recuperé un poco, intenté averiguar dónde estaba. Había pozos por todas partes y no fui capaz de reconocer la zona. Pero de pronto encontré un arroyo, bebí y metí la cabeza en el agua. Empecé a sentirme mejor, pero también descubrí que tenía un ojo morado, a consecuencia del puñetazo que Farren me había dado en la cara, y naturalmente estaba molido y lleno de cardenales de pies a cabeza. Todavía tengo un chichón del tamaño de un huevo en la nuca, supongo que por eso perdí el conocimiento. A continuación fui en busca del coche. Calculé que debía de encontrarme a unos tres kilómetros de Falbae y pensé que si seguía por la orilla del arroyo iría por el camino adecuado, así que seguí la corriente. Hacía un calor espantoso y había perdido el sombrero. Por cierto, ¿lo han encontrado?

–Sí, pero no sabíamos qué pensar. Debí de caérsele en la refriega con Farren y al principio pensamos que era de él, pero la señora Farren nos dijo que no, así que no sabíamos a qué atenernos.

–Pues ya lo saben. El hecho mismo de que lo hayan encontrado debería demostrar que lo que cuento es verdad, ¿no cree?

El jefe de policía estaba pensando lo mismo, pero ante el tono triunfal de Strachan le asaltó una duda. ¿Qué le habría resultado más fácil que tirar un sombrero en el sitio adecuado, entre el martes y el viernes, para respaldar tan trágica historia?

–Lo que yo crea no tiene importancia, señor Strachan –dijo–. Continúe. ¿Qué hizo después?

–Pues seguí por la orilla del arroyo y al cabo de un rato vi el coche en la carretera. Estaba justo donde lo había dejado y según el reloj del salpicadero eran las doce y cuarto.

–¿No se encontró con nadie al volver?

–Bueno, sí, vi a un hombre, pero... me escondí hasta que pasó.

–¿Por qué?

Strachan parecía incómodo.

–Porque... bueno, porque no me sentía en condiciones de que me hicieran preguntas. No sabía qué le había pasado a Farren. Era consciente de que debía de parecer que acababa de volver de la guerra, y si encontraban el cuerpo de Farren en un agujero o qué sé yo, podría verme en apuros.

–Pero entonces...

–Sí, sé lo que va a decir, que entonces, si pensaba eso, debería habérselo contado y organizado un grupo de rescate. Pero es que veré, era más que probable que Farren hubiera recuperado el juicio y hubiera vuelto a casa tranquilamente. Habría sido una estupidez armar un escándalo por nada. Me pareció que lo mejor sería volver y averiguar qué había pasado de verdad. Lo pasé fatal para arrancar el coche. Me había dejado las luces encendidas la noche anterior, creyendo que lo encontraría enseguida, y se había descargado la batería. Así que tuve que darle la vuelta con la manivela y me costó mucho trabajo. Esos Chrysler setenta tienen un motor muy grande, pero al cabo de un cuarto de hora más o menos conseguí ponerlo en marcha y...

–Podría haber pedido ayuda a alguien de la granja, ¿no?

Strachan hizo un gesto de fastidio.

–¿Es que no le he dicho que no quería llamar la atención? La verdad es que tenía miedo de que me oyera alguien y fuera a ver qué pasaba, pero no apareció nadie. Seguramente estarían tocios comiendo. En el coche tenía una gorra y una chaqueta de motorista, así que me arreglé lo mejor que pude y me metí por la carretera secundaria, la que pasa por Knockeans. Atraviesa Skyre Burn, justo detrás de Glen, y sale hasta Anwoth Auld Kirk. Llegué a casa a eso de la una y media.

El jefe de policía asintió con la cabeza.

–¿Estaba su familia preocupada por que hubiera pasado la noche fuera?

–No. Se me había olvidado decirle que cuando recibí la nota de Farren llamé por teléfono a mi esposa para decirle que me habían avisado para cierto asunto y que no quería que dijera nada al respecto.

–Comprendo. ¿Qué hizo cuando volvió a casa?

–Llamé al McClellan Arms de Kirkcudbright y les pregunté si tendrían la amabilidad de darles un recado a los Farren, para que el señor Farren me llamara porque íbamos a ir de pesca. Me pasaron la llamada como a la media hora, cuando ya me había bañado y me sentía mucho mejor. Contestó la señora Farren y dijo que Hugh no estaba en casa, pero que sí podía darle el recado. Le dije que no hablara con nadie, pero que iría a verla después del almuerzo, porque tenía algo muy importante que contarle. Casi se quedó sin habla y le pregunté si Hugh había vuelto a casa la noche anterior, que me dijera simplemente sí o no. Dijo que no. Y entonces le pregunté si había habido algún problema con Campbell y me dijo que sí. Le pedí que no contara nada y le dije que iría a verla en cuanto pudiera.

–¿Y qué le contó usted a su esposa sobre este asunto?

–Solo que Farren se encontraba fatal, que se había marchado de casa y que bajo ninguna circunstancia debía decir nada, ni que yo hubiera vuelto a casa tan tarde y en semejante estado. Cuando me puse un poco presentable, comí algo, porque ya me iba haciendo falta.

–Me lo imagino. ¿Y después fue usted a Kirkcudbright?

–Pues no.

–¿Por qué?

Los continuos «porqués» del jefe de policía resultaban irritantes, inquietantes, y Strachan se removió intranquilo en la silla.

–Pues porque me lo pensé mejor.

–¿Por qué?

–Pensaba ir, por supuesto. –Dio la impresión de que Strachan perdía el hilo unos segundos y continuó con otro tema–. Comemos a mediodía por mi hija, que es pequeña. Teníamos cordero asado y no estuvo listo hasta las dos. Era más tarde de lo normal, claro, pero lo habían guardado con la idea de que a lo mejor yo aparecía. Me apetecía comer cordero y no quería que la criada pensara nada raro, así que la comida duró bastante, no terminamos hasta casi las tres. Debían de ser las tres

y cuarto cuando pude salir. Fui a abrir la cerca para sacar el coche. Vi a Tom Clark que venía del campo de golf. Justo enfrente de mi cerca se encontró con el policía de Gatehouse. Ellos no me vieron, por el seto.

El jefe de policía no hizo ningún comentario. Strachan tragó saliva y añadió:

–El agente dijo: «¿Está el alcalde en el campo de golf?». Clark contestó: «Sí, allí está». El agente dijo: «Lo están buscando. Han encontrado muerto al señor Campbell en Newton-Stewart». Después subieron por la carretera y ya no oí nada más. Volví a casa para pensar sobre el asunto.

–¿Y qué pensó?

–No sabía qué pensar. No sabía cómo podía afectarme, pero me pareció que no era el momento más adecuado para ir a casa de los Farren. La gente podía empezar a hablar y, además, necesitaba tiempo para reflexionar.

–¿Fue la primera vez que oyó lo de Campbell?

–Claro. Si acababa de saltar la noticia...

–¿Le sorprendió?

–Naturalmente.

–Pero no salió corriendo a preguntar los detalles, como habría hecho cualquier otra persona.

–No.

–¿Por qué?

–¿Qué demonios quiere decir con ese «por qué»? Pues porque no.

–Ya. Cuando por la tarde se presentó lord Peter Wimsey, ¿aún no había ido usted a Kirkcudbright?

–No.

–Le dio la noticia de la muerte de Campbell a su esposa. ¿Ella ya lo sabía?

–No. Yo no conocía los pormenores y pensé que era mejor ni mencionarlo.

–¿Le dijo a lord Peter que ya lo sabía?

–No.

–¿Por qué?

–Pensé que a mi mujer le parecería raro que no se lo hubiera contado a ella.

–¿Dijo algo sobre ese ojo morado?

–Sí. Di una explicación... esto... falsa.

–¿Por qué?

–Porque no creí que fuera asunto de Wimsey.

–¿Y qué pensó su esposa de esa explicación?

–No creo que eso sea asunto suyo.

–¿Pensó entonces que Farren había cometido un asesinato?

–Entonces ni siquiera se había planteado la posibilidad de un asesinato.

–Exactamente, señor Strachan. Por eso resulta tan extraño su comportamiento. ¿Fue a ver a la señora Farren más tarde?

–Sí.

–¿Qué le dijo?

–Le conté lo que había ocurrido la noche anterior.

–¿Nada más? ¿No le dijo, por ejemplo, que creía que se presentarían cargos de asesinato contra Farren y que debía tener mucho cuidado con lo que le decía a la policía?

Strachan frunció el ceño.

–¿No es una de esas preguntas que supuestamente usted no debe hacer ni yo contestar?

–Haga usted lo que le plazca, señor Strachan. –El jefe de policía se levantó–. Me da la impresión de que conoce bastante bien las leyes. Por ejemplo, ¿sabe que al cómplice de un asesinato se le puede imponer la misma condena que al autor del mismo?

–Por supuesto, sir Maxwell. También sé que no es lícito que se sirva de amenazas, ni explícitas ni implícitas, en el interrogatorio de un testigo. ¿Puedo hacer algo más por usted?

–Nada, gracias –contestó educadamente el jefe de policía.

Desde luego, Strachan había hecho bastante, pensó sir Maxwell mientras volvía a Kirkcudbright. Si la historia sobre la nota en la mesa de Campbell era cierta (y se inclinaba a creer que así era), Strachan echaba por tierra la compleja teoría que había elaborado la policía, porque significaba lo siguiente. O Campbell seguía vivo tras la visita de Strachan, en cuyo caso no había habido un asesinato en la carretera de Gatehouse a Kirkcudbright, u otra persona, desconocida hasta la fecha, había entrado en la casa después de la medianoche y esa persona era indudablemente el asesino.

Por supuesto, también cabía la posibilidad de que la nota no existiera y de que Strachan hubiera encontrado a Campbell en casa y lo hubiera matado. Eso coincidía con el testimonio de Ferguson, pero, en tal caso, ¿por qué inventarse lo de la nota, a no ser para que las sospechas recayeran sobre Farren? Era absurdo, porque entonces la única explicación razonable de la conducta de Strachan consistía en que estuviera protegiendo a Farren o confabulado con él.

Otra persona... otra persona. Pero ¿quién? Hasta el momento, lo que había contado Ferguson estaba sobradamente confirmado. La primera vez que llegó el coche con el cadáver, la segunda llegada de Strachan... si había llegado una tercera persona, ¡qué mala suerte que Ferguson no lo hubiera oído! Ferguson...

Ferguson. Sí. ¿Qué pasaba con él?

Él mejor que nadie podría haber entrado en casa de Campbell sin que nadie se diera cuenta. Solo tenía que dar la vuelta y abrir la puerta con aquella llave tan práctica, que debía de haber visto esconder a Campbell cientos de veces.

Pero era absurdo. Ferguson no solo tenía una coartada (el jefe de policía no daba demasiada importancia a las coartadas), sino que esta teoría dejaba sin responder una pregunta fundamental: ¿dónde estaba Campbell cuando entró Strachan? Si Strachan lo había encontrado en casa, ¿por qué no lo decía?

Y suponiendo que Strachan hubiera encontrado a Campbell muerto, asesinado por Ferguson un poco antes... entonces ¿qué? ¿Estaba Strachan confabulado con Ferguson?

Por fin una idea de verdad. Todas las dificultades habían surgido de la suposición de que en el crimen solo había un pintor implicado. Ferguson podía haber cometido el asesinato e ido a Glasgow para tener una coartada, mientras Strachan se quedaba preparando el falso accidente y pintando el cuadro.

La historia de la pelea con Farren y la caída a la mina era muy endeble. Strachan había estado en Newton-Stewart todo el tiempo. Quizá pudiera probarse que había regresado por la carretera secundaria entre Creetown y Anwoth Kirk, y que coincidiera al menos relativamente con el tiempo necesario para llevar el cadáver al Minnoch, pintar el cuadro y darse a la fuga.

Solo que... ¿por qué meter a Farren en todo aquello? ¿No podría haberse inventado Strachan una excusa mejor para haber estado fuera toda la noche que algo que implicaba a su mejor amigo? ¿Y además tan sospechoso él mismo? Suponían una vileza y una sangre fría que difícilmente podían esperarse de Strachan.

Sin embargo, era un tipo listo, capaz de prever por dónde iban a ir las preguntas antes de que se las hicieran, un individuo agudo, astuto, endiabladamente hábil, un hombre capaz de idear un plan así con mucha antelación.

Muy hábil, lo de llevar el sombrero a Falbae y dejarlo al borde del pozo de la mina, pero su actitud triunfal con eso había resultado un tanto excesiva.

El jefe de policía no se sentía tan satisfecho desde hacía tiempo. Se relajó hasta el extremo de ir a buscar a Wimsey para contárselo todo. Pero Wimsey no estaba en casa.

LA HISTORIA DE GRAHAM

–Oye, Wimsey, ¿no tienes nada que hacer? –dijo Waters, enfadado–. ¿Por qué no te vas a pescar, o a dar una vuelta en el coche? No puedo pintar como es debido si andas por aquí todo el rato. No doy pie con bola.

–Lo siento –contestó Wimsey–. A mí me fascina. No hay nada más agradable en la vida que ver a alguien trabajando mientras tú estás de brazos cruzados. Fíjate en lo simpáticos que caen los que excavan con taladradoras las calles de Londres. El hijo del duque, el hijo del cocinero, el hijo de cien reyes... todos se quedan mirando durante horas y horas, con los tímpanos a punto de reventar... ¿Por qué? Por el simple placer de no hacer nada mientras los demás trabajan.

–Puede ser –dijo Waters–. Pero afortunadamente, el jaleo les impide oír los comentarios de los obreros sobre ellos. ¿A ti te gustaría que me quedara mirándote mientras tú te dedicas a investigar cosas?

–No tiene nada que ver –dijo Wimsey–. Lo esencial de investigar es el secreto. No tiene que ser algo espectacular. Pero puedes mirarme, si quieres.

–¡Eso es! Anda, vete a investigar algo y después voy yo a verte, cuando termine este lienzo.

–No te molestes –replicó Wimsey amablemente–. Puedes mirarme ahora. No te cobraré nada.

–¡Ah! ¿O sea que estás investigando?

–A toda máquina. Si pudieras levantarme la tapa de los sesos, verías cómo giran las ruedas.

–Ya. Espero que no me estés investigando a mí.

–Eso es lo que espera todo el mundo.

Waters lo miró con dureza, inquieto, y dejó la paleta.

–Oye, Wimsey, ¿es una indirecta? Te he contado todo lo que he estado haciendo y supongo que me crees. A la policía puede perdonársele que no vean más allá de sus narices, pero pensaba que al menos tú tenías sentido común. Si hubiera asesinado a Campbell, seguro que me habría tomado la molestia de buscarme una coartada mejor.

–Depende de lo listo que seas –replicó Wimsey con frialdad–, Acuérdate de «La carta robada», de Poe. Un asesino estúpido no se preocupa por la coartada. Un asesino con una inteligencia algo superior dice: «Si quiero librarme de toda sospecha, debo tener una buena coartada». Pero un asesino aún más inteligente dice: «Todo el mundo espera que el asesino tenga una coartada excelente; por consiguiente, cuanto mejor sea mi coartada, más sospecharán de mí. Y voy a llegar aún más lejos: voy a presentar una coartada a todas luces imperfecta y así dirán que si yo soy el culpable, tendría que haberme procurado una coartada mejor». Si yo fuera un asesino, eso es lo que haría.

–Y seguramente te encontrarías en un callejón sin salida.

–Es muy probable, porque la policía podría ser tan imbécil como para no llegar más allá del primer paso del razonamiento. Lástima lo de esa bicicleta tuya, ¿eh?

–No quiero hablar de esa estupidez.

–Yo tampoco. Sigue pintando. Qué cantidad de pinceles tienes. ¿Los usas todos?

–¡No, qué va! –exclamó Waters–. Los tengo de adorno.

–¿Y siempre guardas las cosas en esta cartera? Parece el bolso de una mujer, todo revuelto.

–Pues yo siempre encuentro lo que busco.

–Campbell también tenía una cartera.

–Mira por dónde, teníamos algo en común, ¿no? –Waters le quitó de las manos la cartera a Wimsey, rebuscó y sacó un tubo de rosa alizarina, puso un poco de pintura, cerró el tubo y volvió a meterlo en la cartera.

–¿Usas rosa alizarina? –preguntó Wimsey con curiosidad–. Dicen que es un color muy complicado.

–A veces viene bien... si sabes utilizarlo.

–¿No es más bien delicado?

–Sí... Yo no lo empleo mucho. ¿Qué pasa, has hecho un curso de pintura?

–Algo por el estilo. He estado estudiando los diferentes métodos y esas cosas. Muy interesante. Qué lástima que nunca viera trabajar a Campbell. Era...

–¡Por lo que más quieras, deja de machacar con Campbell!

–¿Vale? Es que recuerdo tan bien cuando me dijiste que podías hacer una imitación perfecta de Campbell... Fue justo antes de que se lo cargaran. ¿No te acuerdas?

–Yo no recuerdo nada.

–Bueno, estabas un tanto achispado y supongo que no hablabas en serio. Esta semana ha aparecido un articulillo sobre él en *The Sunday Chronicle*. No sé dónde lo he metido... Ah, mira. Dice que supone una terrible pérdida para el mundo artístico. «Un estilo inimitable», dice. Claro, algo tenían que decir. «Una técnica totalmente personal», buena frase. «Gracias a su extraordinaria capacidad visual y su excepcional sentido del color figuró desde el principio entre los pintores más destacados.» Es curioso, toda la gente que se muere de repente destaca muchísimo.

Waters soltó un bufido.

–Conozco al tipo ese que escribe en *The Sunday Chronicle*. Es de la panda de Hambledon, pero Hambledon es un pintor de verdad. Campbell copió lo peor de Hambledon y así se hizo con un estilo. Yo te digo que...

La puerta del estudio se abrió de golpe y entró Jock Graham dando tumbos, jadeante.

–Oye, ¿está Wimsey? Perdona, Waters, pero tengo que hablar con Wimsey. No, vale, no voy a llevármelo. Oye, Wimsey, me he metido en un lío espantoso. Es horroroso. ¿No te has enterado? Acaba de caerme encima.

–Marchad, marchad –dijo Wimsey–. Lo que no debíais oír habéis oído. La camisola poneos, que tan pálida no estéis. Una vez más lo digo: muerto es Campbell, y de su tumba no habrá de salir.¹

–Pues ojalá pudiera.

–¿Despertar a Duncan con tus golpes? Ojalá pudieras.

–Deja de hacer el memo, Wimsey. Es espantoso.

–¡Ah, horror, horror de horrores! –continuó Wimsey tambaleándose con mucho realismo hacia a un rincón–. Boca y corazón ni concebirlo ni aun nombrarlo pueden. ¿Y a santo de qué esa cara de ganso?

–Es la palabra apropiada –replicó Graham–. Eso debo de parecer ahora mismo, un ganso.

–Los gansos están para desplumarlos –dijo Wimsey dirigiéndole a Graham una mirada perspicaz–, como tú.

–¿Ha sido por pura chiripa o lo has hecho a propósito?

–¿Se puede saber de qué estáis hablando? –preguntó Waters de mal humor.

–No me importa que lo sepas –contestó Graham–. Como no se le ponga remedio, dentro de nada se habrá enterado el condado entero. ¡Cielo santo!

Se enjugó la frente y se desplomó en la primera silla que encontró.

–Vaya, vaya... –dijo Wimsey.

–Oye, tú sabes todo el jaleo que se ha armado con lo de Campbell. Resulta que ese tipo, el policía ese, Duncan...

–Ya sabía yo que Duncan tenía que aparecer en algún momento.

–¿Te quieres callar de una vez? Ese idiota me ha estado haciendo preguntas, que si dónde estaba el martes y demás. La verdad es que no me lo tomé en serio y le dije que se fuera a tomar viento, pero de pronto ha salido algo en los periódicos y...

–Ya lo sé, ya lo sé –replicó Wimsey–. Démoslo por leído.

–De acuerdo. Bueno... ¿sabes quién es esa mujer de Newton-Stewart, la Smith-Lemesurier?

–La conozco.

–¡Y yo! Se me echó encima esta mañana...

–¡Vamos, Jock! ¡Jock!

–Al principio no sabía qué quería. Se me insinuó, toda sonriente y lánguida, y me dijo que no le importaba lo que yo hubiera hecho, porque eso no influiría en su amistad, y se puso a hablar del honor, el sacrificio y Dios sabe qué, hasta que al final casi tuve que sacárselo a la fuerza. ¿Sabes lo que ha hecho?

¹ Paráfrasis de un parlamento de *Macbeth*, de Shakespeare, en el que también se menciona a Duncan, asesinado por Macbeth, cuyo nombre coincide con el de uno de los agentes de policía que aparecen en la novela. (*N. de la T.*)

–Sí, claro –respondió Wimsey alegremente–. Es lo de siempre. La reputación de una mujer sacrificada en aras del amor. Pero a ver, muchacho, si nadie te echa la culpa a ti. Sabemos que, antes de comprometer a una generosa dama, habrías subido al patíbulo con los labios sellados por un caballeroso silencio. No sé cuál será mayor generosidad, si la de aquella mujer que sin en sí misma pensar... Vaya, me parece que me están saliendo versos sueltos.

–Por favor, Wimsey, no me irás a decir que te lo has creído ni por un momento...

–Pues no, francamente. Sé que has tenido tus arrebatos, pero estoy seguro de que a la señora Smith-Lemesurier la tienes calada.

–Menos mal, pero ¿qué demonios hago yo ahora?

–Es complicado, es complicado –dijo Wimsey–. A no ser que expliques dónde estuviste realmente aquella noche, no te queda más remedio que aceptar el sacrificio y, junto con el sacrificio, a la dama. Y mucho me temo que la dama significa el matrimonio. De todos modos, es algo que nos sobreviene a la mayoría y la mayoría sobrevive.

–Es chantaje –protestó Graham–. Al fin y al cabo, ¿qué he hecho yo para merecer esto? Te aseguro que aparte de algún cumplido, jamás... ¡maldita sea!

–¿Ni siquiera un apretón de manos?

–Bueno, a lo mejor un apretón de manos sí. O sea, hay que ser corteses, caray.

–¿Ni un beso o algo... sin mala intención?

–No, no, Wimsey. Jamás he llegado tan lejos. Puede que sea un sinvergüenza, pero tengo instinto de autoprotección. No, en serio.

–Bueno, no te preocupes –replicó Wimsey para consolarlo–. A lo mejor el amor llega después del matrimonio. Cuando la mires con la taza del desayuno delante y te digas: «Al afecto de esta noble mujer le debo la vida y la libertad», tu corazón te reprochará tanta frialdad.

–¡Al infierno la vida y la libertad! No seas idiota. Imagínate lo horrendo que ha sido. He tenido que ponerme hecho una fiera y salir corriendo.

–¿Has rechazado a esa pobrecilla?

–Sí, claro. Le dije que no fuera imbécil y se echó a llorar. Es vergonzoso. ¿Qué va a pensar la gente de allí...?

–¿Qué gente? ¿De dónde?

–Los del hotel. Entró, preguntó por mí y yo la dejé berreando en el sofá del salón. ¡Sabe Dios qué les estará contando! Tendría que haberla acompañado hasta la calle, pero... ¡Dios, Wimsey! Me asusté y salí pitando. Habría que meter a la gente en la cárcel por dar espectáculos en lugares públicos. Ese viejo capellán que se aloja allí se metió de por medio, justo cuando la señora estaba llorando a moco tendido, como una Magdalena. ¡Tendré que marcharme de aquí!

–Parece que no has jugado muy bien tus cartas.

–Y ahora tendré que ir a aclarárselo a la policía, por supuesto. Pero ¿de qué servirá? Nadie se va a creer que no haya nada.

–¡Cuánta razón tienes! ¿Qué le vas a decir a la policía?

–Pues tendré que explicarles dónde estuve. Eso no me importa. Pero ¿no comprendes que el simple hecho de que esa mujer haya salido con semejante cuento será prueba suficiente de que yo he dado motivos para ello? Me tiene atado de pies y manos, muchacho. Escocia no es suficientemente grande para los dos. Tendré que irme a Italia o a donde sea. Cuanto más demuestre que la historia es pura mentira, más evidente resultará que no podría haber contado una mentira así a menos que mantuviéramos una relación deplorablemente íntima.

–¿A que es difícil la vida? –dijo Wimsey–. Esto viene a demostrar que hay que contarle todo a la policía lo antes posible. Si te hubieras sincerado con ese joven policía tan diligente, te habrías evitado todo esto.

–Ya lo sé, pero no quería meter en líos a nadie. Verás, Wimsey. El caso es que estuve de pesca furtiva con Jimmy Fleeming, en Bargrennan. Pensé que sería divertido. Echamos las redes en la poza que hay justo debajo de la cascada.

–¿Ah, sí? Eso pertenece al conde de Galloway.

–Ya. Estuvimos allí toda la noche del lunes. Lo pasamos estupendamente, solo que yo bebí más whisky de lo conveniente. Pero eso no tiene nada que ver. Allí arriba hay una especie de cabañita, de uno de los hombres de la finca, y allí acampamos. El martes yo no me sentía demasiado bien, así que me quedé allí, y por la noche hicimos otra intentona, porque el lunes nos había aportado más diversión que pescado. El martes nos fue bastante bien. Esos tipos son estupendos. Me lo paso mucho mejor con esa panda que con los que supuestamente son de nuestra clase. Jimmy Fleeming tiene un repertorio increíble de anécdotas estupendas. ¡Y te enteras de cada detalle de la vida de los ciudadanos respetables...! Además, esos hombres saben mucho más que la gente culta normal y corriente. Si ellos no saben algo de caza y pesca, es que no vale la pena saberlo. Y todos son muy buenos amigos míos. Me pongo malo solo de pensar en chivarme de ellos a la policía.

–Eres un majadero, Graham –dijo Wimsey–. ¿Por qué demonios no me lo habías contado antes?

–Porque tendrías que habérselo contado a la policía.

–Sí, claro, pero se podría haber arreglado. ¿Esos tipos están dispuestos a prestar declaración?

–No les he dicho nada. ¿Cómo iba a hacerlo? Por Dios, no soy tan cerdo como para pedirles una cosa así. No me cabe duda de que me apoyarían, pero no se lo puedo pedir. No estaría bien.

–Lo mejor que puedes hacer es ir a ver ahora mismo a sir Maxwell Jamieson y soltárselo todo –dijo Wimsey–. Es un hombre decente y te aseguro que se encargará de que no les pase nada a tus amigos. Por cierto, ¿estás seguro de que pueden responder por ti tanto el martes como el lunes por la noche?

–Sí, claro. Jimmy y otro chaval estuvieron rondando por allí la mayor parte del martes por la mañana. Pero eso me importa un comino. Lo que quiero aclarar es el asunto de la noche del lunes.

–Ya lo sé, pero lo que le va a interesar a la policía es la mañana del martes.

–Por Dios santo, Wimsey... Todas esas paparruchas sobre Campbell no irán en serio, ¿verdad?

–Eso mismo digo yo –terció Waters en tono grave–. Creo que estamos en la misma situación, Graham. Supuestamente, yo he amañado una coartada, he sobornado a mis amigos y he organizado un lío de tres pares de narices. Wimsey, me da la impresión de que Graham es un asesino tan listo como yo. Sin embargo, no me cabe duda de que tú eres el superdetective capaz de calarnos a los dos y los dos no podemos ser culpables.

–¿Por qué no? –replicó Wimsey–. Podríais ser cómplices, no lo sé. Por supuesto, en ese caso no seríais tan listos, porque los mejores asesinos no tienen cómplices, pero nadie es perfecto.

–Pero en serio, Wimsey, ¿qué pruebas existen sobre el asesinato, si es que ha habido un asesinato? Todo el mundo lanza indirectas de lo más misteriosas, pero nadie suelta prenda de por qué es un asesinato, ni cuándo ocurrió, ni con qué ni por qué se cometió, ni nada de nada... salvo que, según los periódicos, lo cometió un pintor. ¿Por qué? ¿Es que el asesino dejó sus huellas dactilares en la pintura o qué?

–No os lo puedo contar –contestó Wimsey–, pero sí puedo deciros una cosa: que todo depende de la rapidez con la que Campbell pudiera hacer ese boceto. Si hubiéramos hecho esa fiesta que teníamos pensada...

–¡Sí, maldita sea! Al final no hemos puesto en práctica esa idea –dijo Graham.

–¿Y por qué no lo hacemos ahora? –sugirió Wimsey–. Tanto tú como Waters aseguráis ser capaces de imitar el estilo de Campbell. Si empezáis a pintar algo ahora, yo os cronometraré. ¡Un momentito! Voy corriendo a la comisaría a que me dejen el boceto para que podáis copiarlo. No será lo mismo, pero podremos hacernos una idea.

El inspector Macpherson entregó el lienzo sin poner reparos, pero sin mucho entusiasmo. Parecía tan deprimido que Wimsey se sintió obligado a preguntarle qué pasaba.

–Qué va a pasar –contestó Macpherson–. Hemos encontrado a un hombre que vio el coche de Campbell en dirección al Minnoch el martes por la mañana, así que el horario se nos ha ido al cuerno.

–¡No me diga! –exclamó Wimsey.

–Pues sí. Es uno de los hombres que está trabajando en las obras de la carretera de Newton-Stewart y vio el coche y a Campbell dentro, o sea, a la persona que se hizo pasar por Campbell,

pasar por la carretera de New Galloway entre Creetown y Newton-Stewart a las diez menos veinticinco. No conoce a Campbell, pero ha hecho una descripción del coche, el sombrero y la capa, y se fijó porque iba muy deprisa y por poco no se lo lleva por delante, porque él iba en bicicleta a darle un recado al capataz.

–Las diez menos veinticinco –repitió Wimsey pensativo–. Parece un poco tarde.

–Sí. Calculábamos que había salido de Gatehouse a las siete y media.

–No, eso da igual –replicó Wimsey–. Debió de largarse antes de que llegara la señora Green y dejar el cadáver en algún sitio, aunque no entiendo por qué tuvo que correr semejante riesgo. Lo que me preocupa es el otro extremo de la historia. A ese ritmo no pudo haber llegado al Minnoch mucho antes de las diez. Consideramos que para coger el tren en Girvan tendría que haber vuelto a salir alrededor de las once y diez. Tuvo que darse mucha prisa con el cuadro.

–Sí, desde luego, pero hay algo más. Hemos encontrado a un hombre que pasó junto a un ciclista cuando iba hacia Girvan y es imposible que llegara a tiempo de coger el tren.

–Vamos, no diga tonterías –replicó Wimsey–. Debió de cogerlo, porque lo cogió.

–Sí, pero debió de ser otro hombre.

–Muy bien –dijo Wimsey–. Si era otro hombre, no era nuestro hombre. Seamos lógicos.

El inspector movió la cabeza y en aquel mismo momento un agente llamó a la puerta, asomó la cabeza y anunció que había llegado el sargento Dalziel con el señor Clarence Gordon para ver al inspector.

–Es ese hombre –dijo Macpherson–. Veamos qué cuenta.

El señor Clarence Gordon era un caballero robusto, de baja estatura, con las mandíbulas muy salientes, y se quitó apresuradamente el sombrero al ver a Wimsey.

–Cúbrase, cúbrase –dijo el otro caballero con gentileza–. Posiblemente le pedirán que haga una declaración jurada.

El señor Gordon extendió las manos con aire de reproche.

–Eztoy más que dizpueyto a ayudar a la policía en lo que cea y a jurar lo que cea nevezario –dijo cortésmente–. Pero caballeroz, lez ruego que tengan en concideración que he tenido que abandonar miz azuntoz. He venido de Glazgow con laz conciguienez moleztiaz...

–Naturalmente, naturalmente, señor Gordon –dijo el inspector–. Es usted muy amable.

El señor Gordon se sentó y, extendiendo los gruesos dedos de la mano izquierda sobre una rodilla, como para lucir un bonito anillo de rubíes, levantó la mano derecha, para darle mayor énfasis a su declaración, y dijo:

–Me llamo Clarenz Gordon. Zoy viajante de comercio y trabajo para la empreza Moz y Gordon, de Glazgow, veztidoz y mediaz de zeñora. Aquí tienen mi tazjeta. Viajo por ezta región en lunez alternoz, pazo la noche en Newton-Eztewart y vuelvo el marte z a Girvan y Ayr, donde tengo muy buenoz clientez, por la cadetera de Bargrennan. Zalí de Newton-Eztewart el marte z pasado en mi limucina, dezpuéz de comer temprano, como de coztumbre. Pacé por Barhill poco dezpuéz de laz doce y media. Decuerdo que vi el tren zalir de la eztación juzto antez de llegar allí. Pod ezo zé la hora. Había pasado pod el pueblo cuando vi a un ciclizta con traje griz muy rápido por la cadetera, delante de mí. Me dije: «Tengo que tocar la bocina muy fuezte». Ez que iba bamboleándeze de un lado a otro, con la cabeza gacha. Y me dije: «Como no tenga cuidado, va a tener un accidente». Toqué la bocina muy fuezte, me oyó y ze puzo a un lado. Lo adelanté, y vi que tenía la cara muy blanca. Ezo ez todo. No volví a vedlo, y ez el único ciclizta que vi hazta que llegué a Gidvan.

–Las doce y media –dijo Wimsey–. No, más tarde... El tren sale de Barrhill a la una menos veinticinco. Tiene razón, inspector, no puede ser nuestro hombre. Entre Barrhill y Girvan hay por lo menos veinte kilómetros, y el hombre de traje gris, es decir, nuestro hombre, estaba allí a la una y siete minutos. No creo que pudiera hacerlo. Ni un buen ciclista conseguiría una velocidad de treinta y ocho por hora durante veinte kilómetros por una carretera así... como mínimo no con la bicicleta del hotel Anwoth. Haría falta una persona muy entrenada, con una bicicleta de carreras. ¿Está seguro de que no adelantó a ningún otro ciclista más adelante, señor Gordon?

–Ni uno –contestó el señor Gordon con toda seriedad levantando todos los dedos en un gesto de protesta que cortó el aire–. No vi ni un alma en bicicleta. Me habdía dado cuenta, podque conduzco

con mucho cuidado y no me guztaría darle un empujón a un ciclizta. No, no vi a nadie. No hice cazo de ece hombde, claro, pero el domingo me dijo mi mujed: «Clarenz, han dado una noticia por la radio para loz viajeros de la cadetera de Badgrennan, que zi vieron a un ciclizta el martes pazado. ¿Lo haz oído?». Y le dije: «No, me pazo la cemana viajando y no puedo oíd la radio todo el tiempo». Bueno, mi mujer me dijo lo que era, y yo le dije: «Puez en cuanto tenga tiempo iré a decirle a la policía lo que he vizto». Y aquí me tienen. Me cauza muchaz moleztiaz y no ez bueno para mi negocio, pero ez mi deber de ciudadano. Le dije a mi empreza, podque el jefe ez mi hermano, que tenía que ayudar. Y aquí eztoy, y ezo ez todo, podque él me dijo: «Clarenz, tienez que decírcelo a la policía. Tienen que zaberlo».

–Muchas gracias, señor Gordon. Nos ha dado una información muy valiosa y le estamos muy agradecidos. Solo una cosa más. ¿Podría decirnos si el hombre que vio es uno de estos, señor?

El inspector extendió las seis fotografías en la mesa y el señor Gordon se inclinó con recelo sobre ellas.

–Caci no vi al hombde y llevaba anteojoz. Aquí no hay ninguna fotografía con anteojoz. Pero creo que no era ezte. –Apartó la foto de Strachan–. Ezte hombde tenía azpecto de militar, y yo diría que era alto y fuegte. El que yo vi no era muy fuegte. Y no llevaba badba. Ezte hombde –el señor Gordon examinó atentamente la fotografía de Graham–, ezte hombde tiene unoz ojoj zordprendentez, pero con anteojoz podría zer cualquiera. ¿Comprende? Ce podría habed dizfrazado muy bien con loz anteojoz. También podría zer ezte, pero tiene bigote, y no me acuerdo zi el hombre que vi tenía bigote. Ci lo tenía, no era muy grande. Podría zed ezte o ezte. No, no puedo decirlo.

–No se preocupe, señor Gordon. Nos ha prestado una gran ayuda y le estamos muy agradecidos.

–¿Puedo madchadme? Tengo que atender mi negocio.

El inspector lo dejó libre y se volvió hacia Wimsey.

–Ni Strachan ni Gowan –dijo–. Gowan es muy corpulento.

–Y al parecer, tampoco el asesino –replicó Wimsey–. Otra pista falsa, inspector.

–Pistas falsas hasta en la sopa –se lamentó el inspector Macpherson–. Pero para mí es un milagro que una bicicleta haya llegado a Euston por sí misma y que no tenga nada que ver con el crimen. No tiene sentido. ¿De dónde venía el hombre de Girvan? Y llevaba el traje gris, los anteojos y todo lo demás, pero veinte kilómetros en treinta minutos... Me pregunto si se podrá conseguir. Si alguno de nuestros hombres fuera deportista...

–Consulte *Who's Who*. A lo mejor arroja luz sobre el terrible pasado de alguno de ellos –sugirió Wimsey–. Tengo que salir con presteza. Hay dos pintores muertos de impaciencia. ¡Adelante! Soltemos los perros de presa. Es curioso. Hoy se me viene a la cabeza con toda la naturalidad del mundo el verso blanco. Supongo que es el reflejo de mi mente en blanco.

Al volver se encontró con que Waters le había dado a Graham lienzo, paleta, espátula y pinceles y estaba discutiendo animadamente con él sobre las virtudes de dos caballetes de dibujo.

Wimsey colocó el boceto de Campbell sobre la mesa, ante ellos.

–Ah, ese es el tema –dijo Graham–. Hummm... Representativo. Incluso ultrarrepresentativo, ¿no te parece, Waters?

–Es justamente lo que se puede esperar de todos los campbell de este mundo –comentó Waters–. El truco degenera en manierismo y termina pintando caricaturas de su propio estilo. La verdad es que puede pasarle a cualquiera. Incluso a Corot, por ejemplo. Una vez fui a una exposición de Corot y os juro que después de ver como cien cuadros suyos empecé a tener mis dudas. Y eso que era un maestro.

Graham cogió el lienzo y lo llevó a la luz. Frunció el ceño y lo frotó pensativamente con el pulgar.

–Es curioso –dijo–. El tratamiento no es en absoluto... ¿Cuántas personas lo han visto, Wimsey?

–De momento, solo la policía y yo. Y el fiscal, claro.

–Ah, bueno. Es que yo habría dicho... si no supiera qué es...

–¿Qué?

–Pues casi habría pensado que lo había pintado yo. Tiene un ligero aire de pastiche. Y una especie de... Mira esas piedras del arroyo, Waters, y la sombra bajo el puente. Es mucho más frío y lleva más azul cobalto que el estilo normal de Campbell. –Extendió un brazo para contemplar el cuadro a más distancia–. Parece un experimento. Le falta libertad, ¿no crees?

Waters se acercó y lo miró por encima del hombro de Graham.

–No sé, Graham. Sí, ya veo a qué te refieres. Se advierte cierta indecisión... No, no es eso. Más bien es vacilación. No, tampoco es esa la palabra. Falta de sinceridad. Pero precisamente es de lo que me quejo con todos los cuadros de Campbell. Consiguen el efecto deseado, pero en cuanto te fijas no resiste un examen minucioso. Yo diría que es una auténtica obra campbelliana. Un Campbell flojo, pero lleno de campbellismos.

–Sí –replicó Graham–. A mí me recuerda lo que dijo aquella buena señora sobre *Hamlet*, que está lleno de citas.

–G. K. Chesterton dice que la mayoría de las personas con un estilo muy definido escriben a veces malas parodias de sí mismas –terció Wimsey–. Habla de Swinburne, por ejemplo, eso de «Del langor y los lirios de la virtud al arrobó y las rosas del vicio». Supongo que los pintores harán lo mismo, pero claro, yo no tengo ni idea.

Graham lo miró, abrió la boca como para hablar y volvió a cerrarla.

–Bueno, ya vale –intervino Waters–. Si tenemos que copiar este horror, será mejor que empecemos. ¿Ves bien ahí? Voy a poner los tubos aquí, en la mesa. Y haz el favor de no dejarlos tirados por el suelo, como sueles hacer.

–Yo no los dejo tirados –replicó Graham indignado–. Los guardo cuidadosamente en el sombrero, si no lo llevo puesto, y si lo llevo, los dejo a mano, en la hierba. Y no tengo que rebuscar en una cartera entre los sándwiches. A mí lo que me extraña es que no te comas las pinturas y pongas la pasta de arenque en el lienzo.

–No llevo los sándwiches en la cartera –contestó Waters–. Los llevo en el bolsillo, en el izquierdo. Siempre. A lo mejor piensas que no soy muy metódico, pero siempre sé dónde encontrar las cosas. Ferguson se mete los tubos de pintura en los bolsillos y por eso sus pañuelos parecen trapos.

–Mucho mejor que ir lleno de migas –dijo Graham–, Por no hablar de cuando la señora McLeod pensó que se había atascado el sumidero, hasta que encontró tu bata por la peste que soltaba. ¿Qué era? ¿Paté?

–Eso fue un descuido. No querrás que vaya por ahí como Gowan, con esa mezcla de cesta de la merienda y caja de dibujo con un separador para cada color y una tetera portátil, ¿no?

–¿Gowan? Pura fanfarronería. ¿Te acuerdas del día que le quité la caja y llené todos los compartimentos de pececitos?

–Aquello estuvo muy bien –dijo Waters en tono nostálgico–. No pudo usar la caja durante una semana por el olor a pescado. Y tuvo que dejar de pintar, porque no soportaba aquel desbarajuste. O eso dijo.

–Gowan es un hombre metódico –dijo Graham–. Yo soy como una pluma Waterman: funciona en cualquier postura. Pero él necesita tenerlo todo en su sitio. Es igual. Heme aquí, como pez fuera del agua. No me gusta tu espátula, no me gusta tu paleta y sencillamente detesto tu caballete, pero no creas que me voy a desanimar por tales menudencias. Ni hablar. Venga. ¿Tienes el cronómetro, Wimsey?

–Sí. ¿Listos? Uno, dos, tres... ¡ya!

–Por cierto, supongo que no tienes intención de contarnos si todo esto es con el objetivo de incriminarnos, ¿verdad? O sea, ¿nos van a colgar por ser lentos o por ser rápidos?

–Todavía no lo tengo claro –contestó Wimsey–, pero sí puedo decir que cuanto menos os entretengáis, más contento me pondré.

–No es una prueba del todo justa –dijo Waters, mientras conseguía el color de un cielo matutino mezclando azul y blanco–. Copiar un cuadro no es lo mismo que pintar del natural. Será mucho más rápido.

–Más lento –contestó Graham.

–Bueno, distinto.

–El incordio es la técnica –dijo Graham–. No me siento a gusto con la espátula.

–Yo sí –dijo Graham–. La utilizo mucho.

–Yo antes también, pero últimamente la he dejado –comentó Graham–. Supongo que no tendremos que copiarlo con pelos y señales, ¿no, Wimsey?

–Si lo intentas, seguro que irás más lento –dijo Waters.

–En eso os dejo libertad –dijo Wimsey–. Lo único que quiero es que hagáis algo parecido a lo que tenéis delante.

Los dos pintores trabajaron en silencio durante un rato, mientras Wimsey enredaba nervioso por el pasillo, cogiendo cosas y volviendo a dejarlas y silbando desafinadamente fragmentos de Bach.

Al cabo de una hora Graham había avanzado un poco más que Waters, pero el cuadro estaba incompleto en comparación con el modelo.

Tras otros diez minutos Wimsey se colocó detrás de los pintores y se puso a observarlos con una atención como para sacar de quicio a cualquiera. Waters parecía inquieto, raspó algo que había hecho, volvió a pintarlo, soltó una palabrota y dijo:

–¿No te podrías marchar?

–Los nervios sucumbiendo a la presión –dijo Wimsey con indiferencia.

–¿Qué pasa, Wimsey? ¿Vamos retrasados?

–No del todo, pero casi –contestó Wimsey.

–Pues por mi parte ya puedes ir calculando media hora más –dijo Graham– y, como me sigas atosigando, a lo mejor más.

–No te preocupes. Hazlo como es debido. Aunque estropees mis cálculos, da igual. Seguramente conseguiré solucionarlo.

La media hora tocó a su fin. Mirando la copia y el original, Graham dijo:

–Ahí está. He dado lo mejor de mí.

Tiró la paleta y se estiró.

Waters echó un vistazo al cuadro desde donde estaba y dijo:

–Me has ganado –y siguió pintando. Tras unos quince minutos más anunció que había terminado. Wimsey se aproximó y examinó el resultado. Graham y Waters se levantaron e hicieron otro tanto.

–En general no está mal –apuntó Graham. Entrecerró los ojos, retrocedió bruscamente y pisó a Wimsey.

–Te ha salido muy bien lo del puente –dijo Waters–. Totalmente campbelliano.

–Si a eso vamos tu arroyo es mejor que el mío y mejor que el de Campbell –replicó Graham–. Sin embargo, supongo que el mérito intrínsecamente artístico no tiene importancia en este caso concreto.

–Ni pizca –repuso Wimsey. De repente parecía más animado–. Os estoy enormemente agradecido. Vamos a tomar una copa. Varias copas. Quiero celebrarlo.

–¿Qué? –preguntó Waters. Se puso muy colorado y de pronto palideció.

–¿Por qué? –preguntó Graham–. ¿Quieres decir que has descubierto al asesino? ¿Es uno de nosotros?

–Sí –contestó Wimsey–. Quiero decir, creo que lo he descubierto. Tendría que haberlo sabido hace tiempo. La verdad es que no tenía demasiadas dudas, pero ahora tengo la certeza.

LA HISTORIA DE GOWAN

Una llamada de Londres para usted, inspector –dijo el agente de policía.

El inspector Macpherson cogió el auricular.

–¿Es el inspector Macpherson, de Kirk-cud-bright? –preguntó alguien desde Londres con delicadeza.

–Sí –contestó el inspector Macpherson.

–Un momento, por favor. –Silencio. Después–: Hable –y una voz como en tono autorizado:

–¿La comisaría de policía de Kirkcudbright? ¿El inspector Macpherson? Scotland Yard. Un momento, por favor.

Otro silencio, más breve. Y a continuación:

–¿Es el inspector Macpherson? Buenos días, inspector. Soy Parker... el inspector jefe Parker, de Scotland Yard. ¿Cómo está?

–Bien, gracias. ¿Y usted?

–Estupendamente, gracias. Bueno, inspector, hemos encontrado a su hombre. Nos ha salido con una historia de lo más divertida, pero no es la que usted quería. De todos modos, es muy importante. ¿Quiere venir a echarle un vistazo, se lo mandamos allí o le digo lo que nos ha contado y lo vigilamos?

–¿Qué dice?

–Reconoce que se encontró con Campbell en la carretera aquella noche y que se pelearon, pero asegura que no lo mató.

–Era de esperar. ¿Y qué dice que hizo con él?

Una prolongada risita recorrió los seiscientos cincuenta kilómetros de cable.

–Dice que no hizo nada, que usted lo ha entendido todo mal. Asegura que él era el cadáver del coche.

–¿Cómo?

–Sí, que él, Gowan, era el cadáver.

–¡Sí, hombre, y un cuerno! –exclamó el inspector olvidándose del protocolo, y Parker volvió a reírse.

–Dice que Campbell le pegó un puñetazo y lo dejó allí tirado, sin conocimiento.

–¿En serio, señor? Pues entonces creo que voy a ir a verlo. ¿Pueden retenerlo hasta que yo llegue?

–Haremos todo lo posible. ¿No quiere que lo inculpemos?

–No, mejor que no. El jefe de policía tiene una teoría completamente nueva. Cogeré el próximo tren.

–De acuerdo. No creo que se niegue a esperarlo. Me da la impresión de que de lo único que tiene miedo es de que lo mandemos a Kirkcudbright. Pues nada, aquí estaremos esperándolo. ¿Cómo está lord Peter Wimsey?

–Ah, pues entre unas cosas y otras, no para. Un muchacho muy listo, vaya si lo es.

–Y puede confiar en su criterio –replicó Parker.

–Lo sé muy bien, señor. ¿Le digo que venga conmigo?

–Siempre nos alegramos de verlo –contestó Parker–. Es como un rayo de sol en este viejo edificio. Invítelo, por supuesto. Creo que le gustaría ver a Gowan.

Pero lord Peter Wimsey rechazó la invitación.

–Me encantaría ir, pero creo que sería por simple capricho –dijo–. Me imagino lo que va a contar. –Sonrió–. Me lo voy a perder, pero puedo resultar más útil aquí... si es que soy útil para algo. Dele recuerdos de mi parte a Parker, por favor, y dígame que he resuelto el problema.

–¿Que ha resuelto el problema?

–Sí. El misterio ya no es tal misterio.

–¿Y a mí no me va a contar lo que ha pensado?

–Todavía no. No he demostrado nada, solo lo tengo claro en mi cabeza.

–¿Y Gowan?

–Ah, no menosprecie a Gowan. Es de una importancia vital. Y acuérdesse de llevarse la llave inglesa.

–En su opinión, ¿es la llave inglesa de Gowan?

–Sí.

–¿Y las marcas del cadáver?

–Ah, sí, claro. Podemos suponer que esas marcas corresponden a la llave inglesa.

–Gowan dice que... –empezó a decir el inspector.

Wimsey miró el reloj.

–Vamos, tiene que coger ese tren –lo interrumpió animadamente–. Le aguarda una sorpresa al final del trayecto.

Cuando el inspector Macpherson pasó al despacho de Parker, había un hombre sentado en una silla en un rincón, con aspecto abatido. Tras saludar afectuosamente al inspector, Parker se volvió hacia aquel hombre y dijo:

–Señor Gowan, evidentemente conoce usted al inspector Macpherson. Está deseando oír de sus propios labios lo que nos ha contado a nosotros.

Aquel hombre levantó la cabeza; como un conejo enfurruñado el inspector Macpherson se abalanzó sobre él y retrocedió bruscamente con un gruñido de sorpresa.

–¿Cómo? Este no es el hombre que buscamos.

–¿Ah, no? –replicó Parker–. Pues él dice que sí.

–No es Gowan ni nadie que se le parezca –insistió Macpherson–. No he visto un tipo con esa cara de hurón en mi vida.

El caballero en cuestión ya no pudo contenerse.

–No sea imbécil, Macpherson –dijo.

Al oír aquella voz, al inspector se le removió todo por dentro o esa impresión dio. El hombre se levantó y su rostro quedó a la luz. Estupefacto, Macpherson se quedó mirando el pelo negro, muy corto, la enérgica nariz, los ojos oscuros con una mirada de infinito asombro bajo una frente despoblada de cejas, la boquita mustia, con los prominentes incisivos asomando sobre el labio inferior y el exiguo mentón que se deslizaba incontenible hasta el largo cuello de abultada nuez. A mejorar el aspecto de aquel espectro no contribuía precisamente una barba negra de diez días, que le daba un toque de dejadez y suciedad.

–La voz es la de Gowan, desde luego –admitió el inspector.

–Parece que el no tener barba y bigote le ha dejado a usted un poco confundido –dijo Parker reprimiendo la risa–. Señor Gowan, póngase el sombrero y enróllese la bufanda alrededor del cuello. A lo mejor así...

El inspector se quedó horrorizado a medida que se llevaba a cabo la metamorfosis.

–Sí, sí, tiene razón, señor... Soy yo el equivocado. Pero por el santísimo... Perdona, señor, pero es que no podía creerme que...

Siguió mirando al prisionero, lo observó lentamente de espaldas, pero aún no podía dar crédito.

–Macpherson, si quiere dejar de hacer el imbécil, le cuento lo que tengo que contarle y me marchó –dijo el señor Gowan en tono glacial–. Tengo mejores ocupaciones que hacer de bufón en una comisaría de policía.

–Pues venga, a ver –dijo el inspector. No se habría dirigido en ese tono al ilustre señor Gowan de Kirkcudbright, pero no sentía ningún respeto por aquel desharrapado al que no reconocía–. Nos ha creado muchos problemas, señor Gowan, y esos criados suyos se las tendrán que ver con el fiscal por obstrucción a la ley. Yo he venido para tomarle declaración y es mi deber advertirle de que...

Gowan hizo un gesto de enfado con la mano y Parker dijo:

–Ya ha sido informado, inspector.

–Pues muy bien –replicó Macpherson, que ya había recobrado la habitual confianza en sí mismo–. Señor Gowan, ¿tendría usted la amabilidad de decirme cuándo y dónde vio usted por última vez al difunto señor Campbell y por qué salió huyendo de Escocia disfrazado?

–Se lo diré con sumo gusto, pero supongo que usted no será capaz de morderse la lengua – replicó Gowan con irritación–. Había estado pescando en el Fleet...

–Un momento, señor Gowan. Para mí que estará usted hablando de lo ocurrido el lunes...

–Naturalmente. Yo había estado pescando en el Fleet y volvía en el coche desde Gatehouse a Kirkcudbright alrededor de las diez menos cuarto cuando estuve a punto de estamparme contra ese cretino de Campbell en la doble curva que hay justo después del cruce de la carretera de Kirkcudbright con la principal de Castle-Douglas a Gatehouse. No sé en qué estaría pensando el muy imbécil, pero tenía el coche justo en mitad de la carretera. Por suerte no era en la parte más peligrosa de la curva, porque si no nos habríamos dado un golpe de mil demonios. Era en la segunda mitad, donde la curva es menos pronunciada. Hay un muro de piedra a un lado, y al otro lado está hundido.

El inspector Macpherson asintió con la cabeza.

–Le dije que se quitara de en medio y se negó. Saltaba a la vista que estaba borracho y de un humor de perros. Lo siento, ya sé que ha muerto, pero eso no cambia el hecho de que fuera un perfecto canalla y aquella noche se superó con creces. Salió del coche, se me acercó, diciendo que tenía ganas de pelea y preguntándome si yo estaba por la labor. Se encaramó al estribo de mi coche y se puso a lanzarme toda clase de insultos. Es que no acabo de entenderlo. Yo no había hecho nada para darle pie a aquello, salvo decirle que quitara de en medio su puñetero coche. –Vaciló unos segundos y añadió–: Me gustaría que comprendiera una cosa. El pobre estaba borracho, era un auténtico peligro y había perdido la chaveta o eso pensé. Era un hombre corpulento, de anchas espaldas, enorme, y yo estaba encajonado detrás de la barra de la dirección. Llevaba una pesada llave inglesa en la guantera del coche y la agarré, en defensa propia. En realidad, solo quería amenazarlo.

–¿Es esta la llave? –intervino Macpherson sacando la herramienta de un bolsillo de la chaqueta.

–Es posible –contestó Gowan–. No me precio de distinguir las llaves inglesas como el pastor distingue sus ovejas, pero desde luego era parecida. ¿Dónde la encontraron?

–Por favor, continúe con la declaración, señor Gowan.

–Es usted muy amable. Campbell había abierto la puerta del coche y yo no pensaba quedarme allí esperando a que me machacara sin defenderme. Me zafé del volante, me puse en el asiento de al lado y me levanté, con la llave inglesa en la mano. Intentó darme un puñetazo y yo le propiné un golpe en la mejilla con la llave, no muy fuerte, porque se apartó. De todos modos, supongo que le dejaría marca –añadió con cierto respeto.

–Pues sí –replicó Macpherson con aspereza.

–No voy a fingir que lo lamento. Me abalancé sobre él, me agarró por las piernas y rodamos hasta la carretera. Lo golpeé con la llave con todas mis fuerzas, pero él era tres veces más corpulento que yo. Me aferró por el cuello y pensé que iba a ahogarme. No podía gritar, así que mi única esperanza era que apareciera alguien, pero tuve tal mala suerte que por la carretera no pasaba ni un alma. Me soltó el cuello justo a tiempo de no estrangularme y se sentó sobre mi pecho. Intenté atizarle otro golpe con la llave, pero me la quitó de la mano y la tiró. Para colmo, los guantes me impedían mover bien las manos.

–¡Ah! –exclamó el inspector.

–¿Cómo que «ah»?

–Eso explica muchas cosas, ¿no? –dijo Parker.

–No sé a qué se refiere.

–No importa, señor Gowan. Continúe.

–Pues después...

Al parecer, Gowan había llegado a la parte más desagradable del relato.

–Yo me encontraba en un estado lamentable –añadió como disculpándose–, medio asfixiado, y cada vez que intentaba zafarme, me pegaba un porrazo en la cara. Entonces... bueno, sacó unas tijeras... me estaba llamando de todo... sacó las tijeras y...

El inspector no pudo reprimir un destello en los ojos.

–Creo que podemos adivinar qué pasó después, señor Gowan –dijo–. Encontramos un buen mechón de barba junto a la carretera.

–¡El muy salvaje! –exclamó Gowan–. No se conformó con la barba. Me cortó el pelo, las cejas... todo. La verdad es que no me enteré hasta después, porque el último golpe me dejó inconsciente. – Se frotó la mandíbula con delicadeza–. Cuando recobré el conocimiento, estaba en mi coche, en un sendero cubierto de hierba. Al principio no sabía dónde me encontraba, pero al cabo de un rato comprendí que aquel hombre había llevado el coche hasta una especie de carril junto a la carretera. Hay que pasar por una verja. Supongo que conocerán ese lugar.

–Sí.

–Bueno... me encontraba fatal, terriblemente dolorido, y además... ¿cómo iba a aparecer en Kirkcudbright en esas condiciones? No sabía qué hacer, pero algo tenía que hacer. Me calé el sombrero, me enrollé una bufanda alrededor de la cara y salí disparado hacia casa. Menos mal que no había mucho tráfico en la carretera, porque estaba hecho polvo y apenas podía controlar el coche. Pero al final llegué a casa, alrededor de las diez y cuarto, creo.

»Alcock es de toda confianza y, por supuesto, tuve que contárselo. Fue él quien lo arregló todo. Me llevó a la cama, sin que nos vieran ni su esposa ni la muchacha, me prestó los primeros auxilios para las heridas y los moratones, me preparó un baño de agua caliente y después me propuso que fingiera que me había ido a Carlisle. La primera idea que se nos ocurrió fue decir que estaba enfermo, pero eso habría supuesto visitas y mucho jaleo, además de avisar al médico y darle explicaciones. Así que aquella noche decidimos que haría como si me hubiera marchado a Carlisle en el tren que sale a las once y ocho minutos de Dumfries. Naturalmente, no se nos pasó por la cabeza que fuera a haber una investigación y pensamos que no valía la pena sacar el coche. El ama de llaves estaba al tanto de la trama, pero pensamos que no podíamos confiar en la muchacha. Estábamos seguros de que hablaría. Dio la casualidad de que era su noche libre, así que no tenía por qué enterarse de cuándo había llegado yo ni nada y, la única persona que sabría algo del asunto era Campbell. Claro que él también podía hablar, pero teníamos que correr ese riesgo, y al fin y al cabo, cuando se le pasara, seguramente se daría cuenta de que si no se andaba con cuidado podía caerle una acusación por agresión. En todo caso, cualquier cosa mejor que dejarme ver por Kirkcudbright para que me compadecieran.

Gowan se retorció en su asiento.

–Desde luego, desde luego –dijo Parker con dulzura.

Recorrió con despreocupación el perfil de su cara con el envés del pulgar. Era irregular, pero el mentón reconfortantemente prominente. Iba bien afeitado, y le parecía que no le sentaba nada mal.

–Al día siguiente –prosiguió Gowan– nos enteramos de la muerte de Campbell. Naturalmente, pensamos que había sido un accidente, pero también comprendimos que cabía la posibilidad de que alguien quisiera preguntarme si lo había visto la noche anterior. Fue entonces cuando a Alcock se le ocurrió una brillante idea. Hammond había ido la noche anterior a Dumfries, alrededor de las nueve menos cuarto, a hacer un recado, y Alcock me propuso que dijéramos que yo había tomado el tren de Carlisle a las nueve menos cuarto. Hammond estaba dispuesto a confirmarlo y, como la gente había visto salir el coche, resultaría bastante verosímil. Por supuesto, cabía la posibilidad de que me hubieran visto al regresar a casa en el coche más tarde de esa hora, pero pensamos que podríamos resolverlo alegando que se habían equivocado de persona. Por lo visto, no ha surgido esa cuestión.

–Pues no, aunque parezca raro –dijo Macpherson–. Al menos no hasta bastante más tarde.

–Ya. Bueno, Alcock es prodigioso. Me sugirió que enviase una carta por el correo de la tarde del martes, dirigida a un amigo mío de Londres, usted lo sabe, inspector jefe, el comandante Aylwin, gracias al cual me encontró usted, adjuntando una carta para Alcock en la que le daba orden de que la remitiera inmediatamente. Hicimos como si la carta se hubiera escrito desde mi club, y le decía a Alcock que Hammond y él podían tomarse unas vacaciones y llevarse el sedán, ya que yo iba a quedarme unos días en la ciudad. La idea consistía en que me llevaran a escondidas hasta las afueras de Castle-Douglas, a tiempo para coger el tren. Sabía que nadie me reconocería sin la barba, aunque naturalmente, sí podían identificar a Hammond o el coche. Alcock recibió la carta en el segundo correo del jueves y llevamos a cabo el resto del plan esa misma noche. ¿Funcionó?

–En absoluto –replicó secamente Macpherson–. No nos costó nada averiguarlo.

–Durante todo ese tiempo yo no tenía ni idea de que Campbell hubiera sido asesinado, por supuesto. Supongo que Alcock sí debía de saberlo y, francamente, habría sido mejor que me lo hubiera dicho, pero también sabía que era imposible que yo tuviera nada que ver con el asunto y no creo que se le pasara por la cabeza que fueran a sospechar de mí. Era tan evidente que había dejado a Campbell rebosante de salud... –Torció el gesto–: Y poco más puedo decir. Pasé todo el martes y el miércoles completamente aturdido y con raspones en la cara. ¡El muy animal me había arrastrado por las piedras, maldito sea! Alcock fue un excelente enfermero. Me limpió las heridas y les puso un ungüento cicatrizante. Un auténtico profesional, mi fiel criado. No me tocaba sin haberse lavado antes minuciosamente con desinfectante, me tomaba la temperatura tres veces al día y todo lo demás. Creo que le gustó cuidarme. El jueves por la noche casi me había curado y estaba en perfectas condiciones para viajar. Llegué a la ciudad sin problemas y he estado instalado allí todo este tiempo con el comandante Aylwin, que se ha portado extraordinariamente bien conmigo. Solo espero que no me necesiten en Kirkcudbright de momento. Cuando esta mañana apareció el señor Parker... Por cierto, señor Parker, ¿cómo me localizó?

–Fue muy fácil, después de escribir a su antigua escuela, donde me dieron una fotografía de usted sin barba –contestó Parker–. Buscamos al mozo que le había llevado el equipaje en Euston, al taxista que lo llevó a casa del comandante Aylwin y al portero del edificio, y todos lo reconocieron. Luego solo fue cuestión de llamar al timbre y entrar.

–¡Dios mío! –exclamó Gowan–. No me acordaba de esas viejas fotografías.

–Todos dudaron un poco al principio, hasta que se nos ocurrió la brillante idea de eliminar también las cejas –dijo Parker–. Así tenía un aspecto tan... especial, con perdón, que lo identificaron, con gritos de júbilo.

Gowan se sonrojó.

–Pues esa es mi declaración –dijo–. ¿Puedo marcharme?

Parker consultó a Macpherson con una mirada.

–Pondremos la declaración por escrito y quizá quiera usted firmarla. Después, no veo razón alguna para que no vuelva a casa del comandante Aylwin, pero le rogamos que se mantenga en contacto con nosotros y que no cambie de domicilio sin comunicárnoslo.

Gowan asintió y, una vez mecanografiada y firmada la declaración, se marchó, aún con la misma expresión de perplejidad en el rostro sin cejas.

FARREN. FERGUSON. STRACHAN

El fiscal había convocado una reunión de emergencia, a la que sir Maxwell Jamieson llevó a lord Peter Wimsey. El inspector Macpherson estaba allí por su cargo, al igual que el sargento Dalziel. También asistió el doctor Cameron, para procurar que no hubiera contradicciones con las pruebas médicas. Estaban asimismo presentes el agente Ross y el agente Duncan, por generosa invitación de sus superiores, a quienes este último había creado numerosos problemas pero que aun así pensaban que, en un caso tan confuso y desconcertante, merecía la pena escuchar la opinión de un subordinado.

El fiscal abrió la sesión rogando al jefe de policía que expusiera sus opiniones, pero este puso reparos. Pensaba que los demás policías quizá podrían formular sus teorías con más libertad sin la influencia de sus propias hipótesis. A continuación hubo una cortés contienda para ver quién ocupaba el segundo lugar entre Macpherson y Dalziel, que finalmente ganó el inspector, basándose en que, como el cadáver había sido hallado en el distrito de Newton-Stewart, Dalziel tenía más derechos sobre él, por decirlo de alguna manera.

Nervioso, Dalziel se aclaró la garganta.

–Pues bien, milord, señor fiscal, sir Jamieson, caballeros –dijo un tanto influido en sus palabras iniciales por el recuerdo de la fórmula empleada en las cenas del Club de Fútbol–, parece incontrovertible que este pobre caballero encontró la muerte la noche del lunes, causada por un instrumento contundente, y que su cadáver fue trasladado al lugar donde se halló. Creo además que todos estamos de acuerdo en que la persona que lo mató fue un pintor, y lord Peter Wimsey ha indicado que el bonito cuadro encontrado en el lugar del crimen debe de ser obra del asesino. Gracias a la meticulosa investigación del inspector Macpherson, podemos concluir que hay que tener en cuenta a todos los pintores del distrito durante el período de tiempo en el que se cometió el crimen, es decir, cinco, o quizá seis, que son el señor Farren, el señor Gowan, el señor Waters de Kirkcudbright, y el señor Strachan, el señor Graham y posiblemente el señor Ferguson de Gatehouse. Los seis tenían motivos para asesinar al difunto, ya que es sabido que habían proferido amenazas contra él y, por añadidura, por una extraordinaria coincidencia, ninguno de ellos tiene una coartada convincente para el período de tiempo en cuestión.

»Los seis han realizado declaraciones en su descargo, y si coincidimos en que el culpable se encuentra entre los seis, uno o más de uno mienten.

»Pues bien, considerando todo lo anterior, yo soy de la opinión de que nuestras investigaciones deben centrarse en los movimientos del señor Farren. ¿Por qué? Porque él tenía mayores motivos para matarlo que los demás. Al parecer consideraba que el difunto prestaba demasiada atención a la señora Farren. No estoy diciendo nada contra la señora, pero esa es la idea que se le había metido en la cabeza a Farren. No puedo creerme que ningún caballero mate a otro por unas palabrillas de más o de menos sobre un cuadro, ni por una pequeña diferencia de opinión sobre una partida de golf o un par de truchas de más o de menos ni por una pelea por cuestión de nacionalidades. Ahora bien, cuando se trata de la felicidad del hogar de un hombre, a mi entender sí que hay un buen móvil para el asesinato.

»Sabemos que Farren salió de Kirkcudbright aquella noche con la intención de buscar a Campbell y hacerle algo. Fue a su casa, donde lo vio el señor Ferguson, y entró en casa del señor Strachan, donde según su propia confesión dejó una carta diciendo que había salido a buscar a Campbell para saldar cuentas con él. Y después desaparece y no volvemos a encontrarlo hasta las tres de la tarde del martes en la carretera de New Galloway.

»El inspector y yo pensamos al principio que Farren había asesinado a Campbell en la carretera de Gatehouse a Kirkcudbright, y no entendíamos cómo había llegado allí ni por qué había hecho esas cosas tan raras con el coche de Campbell. Nos vimos obligados a meter al señor Strachan en el asunto, pero ahora vemos que no hay por qué enredarlo tanto. Sabemos que fue el señor Gowan quien se encontró con Campbell en la carretera y que este lo atacó, y que Campbell volvió a casa en su propio coche, como era de esperar. Asimismo sabemos, por las declaraciones del señor Ferguson y el señor Strachan, que Campbell estaba vivo después de medianoche u otra persona entró en la

casa. Estoy convencido de que esa otra persona era Farren, que había estado esperando a Campbell cerca de la casa.

–Un momento –intervino sir Maxwell–. ¿Debo entender que acepta la declaración de Strachan en lo referente a la nota y su posterior visita a la casa?

–Sí, señor, así es. Al ser amigo del señor Farren, no se habría inventado semejante historia y coincide con la declaración de Farren. Les voy a explicar lo que yo creo que pasó. Lo tengo escrito aquí, en este papelito.

El sargento metió la mano en un bolsillo de la chaqueta del uniforme y sacó con dificultad un grueso cuaderno, del que retiró una hoja bastante mugrienta, con un montón de dobleces. La extendió sobre la mesa, la alisó con la palma de su ancha mano y, una vez recompuesta, se la entregó al fiscal quien, ajustándose las gafas sobre la nariz, leyó en voz alta lo siguiente:

Causa contra Farren

Lunes

18.00. Farren en Kirkcudbright. Encuentra a Campbell en la casa. Disputa con la señora Farren.

19.00. Farren se dirige a Gatehouse en bicicleta.

20.00. Farren llega a la casa de Standing Stone a preguntar por Campbell. Ferguson lo ve.

20.00-21.15. Farren en varias tabernas, profiriendo amenazas contra Campbell.

21.15. Farren va a casa de Strachan (en bicicleta) y deja la nota.

De 21.25 en adelante. Farren se esconde, probablemente junto a la carretera de Lauriston o Castramont.

21.45. Campbell encuentra a Gowan cuando vuelve de Kirkcudbright.

22.20. Campbell vuelve a la casa de Standing Stone en coche. Lo oye Ferguson.

22.20-24.00. Entre estas horas Farren se dirige a casa de Campbell en bicicleta. Entra y mata a Campbell. Esconde el cadáver. (Nota: Ferguson, posiblemente dormido.) Farren sale, cierra la puerta. Espera escondido, quizá en el garaje.

24.00. Strachan llega en coche (lo oye Ferguson). Entra con una llave. Deja la nota y se marcha. Medianoche lunes-7.30 martes. Farren vuelve a entrar en la casa, destruye la nota de Strachan, mete el cadáver en el coche, madura el plan de fuga, prepara y toma el desayuno de Campbell.

7.30. Disfrazado de Campbell, Farren sale de Gatehouse en el coche de Campbell. Lo ve Ferguson.

9.35. Farren visto en el coche de Campbell por trabajador en la desviación a New Galloway entre Creetown y Newton-Stewart.

10.00. Farren llega al Minnoch con el cadáver.

10.00-11.30. Farren pinta el cuadro.

11.30. Farren arroja el cadáver al Minnoch y se marcha en bicicleta por la carretera secundaria de Bargrennan a Minnigaff. (Nota: conjetura; aún no se han presentado testigos.) Entre doce y catorce kilómetros.

12.30. Farren llega a Falbae. Deja la bicicleta cerca de una mina abandonada.

12.30-15.00. Farren va a Brig of Dee a pie por la carretera de New Galloway; unos dieciocho kilómetros; quizá lo llevara un automovilista que pasara por allí.

El resto de los movimientos de Farren, de acuerdo con su declaración.

–Me parece una hipótesis sumamente verosímil y de gran profesionalidad –dijo el fiscal mirando a los demás por encima de las gafas.

–Es buenísima –dijo Wimsey.

–Desde luego, parece cubrir casi todos los aspectos y casi me hace dudar de mis convicciones. Es increíblemente sencilla –añadió sir Maxwell.

–¿No es un poquito demasiado sencilla? –intervino Macpherson–. No se tiene en cuenta esa cosa tan rara, lo del incidente de la bicicleta que enviaron a Euston desde Ayr.

Con tímida euforia por los halagos de las tres personas más ilustres de la sala, el sargento Dalziel se animó a contradecir a su superior.

–No veo por qué hay que tener en cuenta esa bicicleta –dijo–. No veo la necesidad de relacionarla con el asunto de Campbell. Una cosa es que alguien robara una bicicleta del Anwoth y que, por algún error, la mandaran a Londres, pero ¿por qué íbamos a suponer que el asesino fuera a hacer tantos esfuerzos y tantas bobadas cuando hay otra explicación mucho más clara y sencilla?

–Sí, pero ¿por qué se iba a tomar la molestia de robar una bicicleta en Gatehouse para ir a Ayr, cuando fácilmente podría haber hecho todo el trayecto en tren? –planteó el fiscal–. No puedo negar que el asunto de la bicicleta es muy misterioso.

–Sí –intervino Macpherson–, ¿y cómo se explica la increíble tardanza en ir de Gatehouse a la carretera de New Galloway? Son solo unos dieciocho kilómetros por la carretera principal, se hace en menos que nada.

Dalziel pareció desinflarse un poco, pero Wimsey acudió en su auxilio.

–Farren me contó que solo había conducido un coche dos o tres veces en su vida –dijo–. A lo mejor le surgió un problema, se quedó sin gasolina, se bloqueó la bomba de la gasolina o cualquier cosa. Lo más probable es que primero intentara hacer algo, apretar el arranque automático o mirar bajo el capó con la esperanza de ver algo, antes de pedir ayuda. Posiblemente se le acabó la gasolina y tuvo que meter el coche en una carretera secundaria e ir a pie hasta el garaje más próximo. O a lo mejor fue por la antigua carretera que hay después de la estación de Gatehouse y allí tuvo problemas. Un conductor inexperto puede perder mucho tiempo.

–Es posible –dijo Macpherson contrariado–. Es posible, pero yo no iría más allá.

–Por cierto, Dalziel –terció el jefe de policía–, según su teoría, ¿cómo se explica lo del sombrero de Strachan y lo que ha contado, que se encontró con Farren en Falbae? Porque, si su versión es correcta, tiene que ser pura invención.

–Yo lo explico de la siguiente manera –contestó Dalziel–. Creo que es verdad que el señor Strachan fue a buscar a Farren a Falbae, como él mismo dice, y que no encontró ni rastro de él. Pero también pienso que, al no encontrarlo, se temió que Farren anduviera haciendo de las suyas y, cuando se enteró de que habían encontrado el cadáver de Campbell, añadió un par de cosillas a la historia, para proporcionar a Farren una coartada. Incluso pienso que buena prueba de mi teoría es que Strachan sigue sospechando de Farren. Sir Maxwell, usted sabe muy bien que le contó todo eso con mucho miramiento y que no le habría dicho ni media palabra de la nota de Farren si usted no le hubiera convencido de que ya sabía la verdad.

–Sí, pero yo ya me había formado una opinión sobre eso –replicó sir Maxwell.

–Pues oigamos esa opinión, sir Maxwell –dijo el fiscal.

–Deseaba que la policía diera su parecer en primer lugar, pero en este punto tal vez sea mejor que exprese mis ideas –dijo–. Desde luego, lo primero que me llamó la atención fue la evidente connivencia de Farren y Strachan en ocultar algo, pero yo me lo tomé de una forma totalmente distinta. En mi opinión, era Strachan quien sabía algo que podía incriminarlo y su problema consistía en protegerse sin comprometer demasiado a Farren. Por su conducta, sus amenazas y su desaparición, Farren era una tapadera casi perfecta para Strachan y creo que le honra no haber querido utilizarla.

»Pero el punto flaco de su teoría, si me permite decírselo, Dalziel, me parece que se produce en el momento mismo del asesinato. Sencillamente no puedo creerme que, si como usted dice, se cometió en la casa entre la medianoche y la mañana, nada perturbara a Ferguson. Campbell era un hombre fuerte y, a menos que lo mataran a golpes mientras dormía, tendría que haber habido pelea y ruido. Dado el carácter de todas las personas implicadas, me cuesta trabajo creer que se trate de un asesino nocturno deslizándose sigilosamente hasta el dormitorio de Campbell y derribándolo de un solo golpe, sin darle siquiera tiempo a gritar. Sobre todo en el caso de Farren, me parece sumamente improbable. Por otra parte, si hubo una pelea ruidosa, no entiendo por qué Ferguson no oyó nada. Era agosto, las ventanas debían de estar abiertas de par en par y, aparte del ruido de la pelea, tuvo

que haber mucho trasiego durante la noche, entre llevar el cadáver y todo lo demás, de modo que me parece muy raro que Ferguson no oyera nada.

»Mi teoría es la siguiente. Creo que lo que cuenta Farren es verdad. Es una historia demasiado absurda, demasiado fantasiosa para no ser cierta, y todos los presuntos actos de Farren son precisamente las tonterías que Farren haría. Estoy seguro de que Farren no es la clase de persona capaz de elaborar un plan tan complicado, como colocar el cadáver y pintar el cuadro. El hombre que lo hizo es absolutamente frío e impasible y no se le habría ocurrido desaparecer de una forma tan sospechosa inmediatamente después. No. Tengan por seguro que el hombre que cometió el crimen no habría perdido tiempo en volver a su guarida.

»Mi punto de vista es el siguiente. Strachan recibió esa nota de Farren y fue a la casa, tal y como dice. Cuando llegó allí, pudieron pasar dos cosas, y no estoy muy seguro de cuál de las dos. Yo creo que Campbell le abrió la puerta, que Farren entró, intercambiaron unas palabras y la conversación acabó en discusión y en una violenta pelea. También creo que a Ferguson lo despertó el ruido y bajó justo cuando Strachan estaba asestándole el golpe mortal a Campbell, o posiblemente llegó cuando Strachan y Campbell se estaban peleando y fue él quien acabó con Campbell. Existe una tercera posibilidad, a la inversa, en cuyo caso Strachan entró en la casa y se encontró a Campbell muerto y a Ferguson con las manos en la masa. En mi opinión eso es menos probable, por un motivo que expondré más adelante.

»En cualquier caso, lo cierto es que tenemos la siguiente situación: los dos hombres en la casa con el cadáver de Campbell y al menos uno de ellos es el culpable del asesinato. Veamos, ¿qué podrían haber hecho? Cabe la posibilidad de que si hubiera sido obra de solo uno de ellos, el otro lo amenazara al principio con informar a la policía, pero podrían haber surgido ciertas dificultades. Era bien sabido que ambos se habían peleado con Campbell, y el acusado podría haber amenazado a su vez con acusar al otro. En cualquier caso, supongo que los dos comprenderían que se encontraban en una situación muy delicada y decidieron ayudarse mutuamente, dentro de lo posible.

»Naturalmente, no sé a cuál de los dos se le ocurrió amañar el accidente, pero yo diría que a Strachan. Es hombre de aguda inteligencia, la clase de persona capaz de prever las consecuencias de sus actos. Posiblemente fue él quien trazó las líneas generales del plan, pero sin duda Ferguson le ayudó, con su extraordinaria memoria para los detalles.

»Por supuesto, esperaban que todo el mundo lo considerase un simple accidente, pero también debieron de tener en cuenta que si se despertaba la sospecha de asesinato, necesitarían una coartada para el espacio de tiempo entre la medianoche y el mediodía siguiente. Los dos no podían tener coartada para todo ese lapso, evidentemente, pero si lo dividían, podía funcionar. Por último decidieron que la coartada de Strachan cubriera las horas nocturnas, mientras Ferguson se encargaba del cadáver, y que Ferguson se procurase una coartada para la mañana siguiente, mientras Strachan pintaba el cuadro.

El jefe de policía hizo una pausa para ver cómo se lo estaba tomando su público. Alentado por el murmullo de sorpresa y aprobación, reanudó el monólogo.

–La razón por la que lo organizaron así, creo yo, es porque Ferguson ya había anunciado que tenía intención de ir a Glasgow a la mañana siguiente, así que si de pronto hubiera cambiado de planes habría parecido raro. Después tuvieron que pensar en una coartada que pudiera presentar Strachan para esas horas de la noche y lo mejor que se les ocurrió fue que siguiera adelante con su primera idea, es decir, ir a buscar a Farren.

–Pero ¿no era un plan demasiado complicado, demasiado dudoso? –interpuso el fiscal–. Las posibilidades de que encontrase a Farren eran mínimas. ¿No habría sido más sencillo que buscaran a otra persona con una coartada más creíble? Por ejemplo, podría haberle expresado a alguien sus temores sobre Farren y haber incorporado esa persona a la coartada como testigo.

–Yo no lo veo así –dijo sir Maxwell–. A mí también se me ocurrió ese extremo, pero reflexionando, me di cuenta de que, dadas las circunstancias, el plan de Strachan era el mejor que podía haber adoptado. Para empezar, creo que le habría resultado difícil presentarse en público en aquellos momentos. Creo que ya le habían dado ese puñetazo en el ojo que él explicó de otra manera. Por eso digo que estoy casi seguro de que Strachan tomó parte en la pelea con Campbell, si

bien es posible que él no asestara el golpe mortal. Además, ¿y si hubiera conseguido que alguien fuera a indagar sobre Farren y que alguien se hubiera ofrecido amablemente a acompañarlo? Entonces, como muy bien dice el fiscal, habría contado con un testigo incontrovertible para su coartada, sin duda alguna. Pero ¿y si no podía librarse del testigo a tiempo para realizar la tarea tan importante que lo esperaba a la mañana siguiente? ¿Qué razón podía aducir para abandonar la búsqueda de Farren y marcharse deprisa y corriendo a Newton-Stewart? ¿Y cómo podía evitar que la gente se enterase de adonde iba si ya había dado la voz de alarma? Ocurriera lo que ocurriese, tenía que ir al Minnoch por la mañana temprano y tenía que hacerlo a escondidas.

»La verdad, no creo que su plan saliera como él lo había ideado. Es más, estuvo a punto de malograrse. Estoy seguro de que lo que intentaba era encontrar a Farren y llevárselo, a Kirkcudbright o a la casa de Farren, en Gatehouse. Así podría haber contado que el ojo morado se debía a una caída durante la búsqueda por Falbae.

–Pero de todos modos, tendría que haber ido al Minnoch a la mañana siguiente, ¿o no? –objetó Wimsey, que había seguido el razonamiento con una atención que sus párpados entrecerrados apenas podían disimular.

–Sí, efectivamente –repuso sir Maxwell–. Pero si hubiera dejado a Farren en Kirkcudbright, podría haber seguido sin problemas desde allí. Desde luego, no iba a quedarse para formar un trío en la reunión conyugal. Después pudo haberse marchado a donde le hubiera dado la gana, tras dejar un recado para tranquilizar a la señora Strachan. Y también es posible que, si había llevado a Farren a Gatehouse, fuera con el propósito de tranquilizar a la señora Farren por su marido. Y después, una vez en la carretera, pudo retenerlo algo, no sé, un fallo del motor, por ejemplo. No veo gran dificultad en eso.

–Yo tampoco –dijo Wimsey–. Adelante. Ola tras ola, imparable, oh profundo y azul mar.¹

–Pues bien, Strachan fue en busca de Farren, mientras Ferguson se encargaba de empaquetar el cadáver y de todo lo que había que hacer en la casa. Por cierto, he de añadir que me da la impresión de que ninguno de ustedes se ha fijado lo suficiente en esas cosas que se hicieron en la casa. Quien lo hizo debía de saber muy bien cómo vivía Campbell. Tenía que saber, por ejemplo, cuándo llegaba la señora Green y cómo actuaba Campbell, si ya se había arreglado o no, qué solía desayunar y todas esas cosas. De lo contrario, la señora Green se habría dado cuenta de que pasaba algo raro. ¿Cómo podían estar al tanto de esos detalles cotidianos Farren, Waters, Gowan o Graham? El único que podía conocerlos era Ferguson, que además de ser su vecino tenía la misma asistenta. Él era el único que veía a diario a Campbell desayunando y trajinando por la casa y, si no se enteraba de ciertas cosas por la simple observación, siempre contaba con el chismorreó diario de la señora Green.

–Apúntese una, jefe –dijo Wimsey con la objetividad de un chico de Eton aplaudiendo un buen golpe de remo del capitán de Harrow–. Claro que sí. La señora Green debe de ser una mina de información. «Ay, es que el señor Campbell es tremendo con los pijamas. Ayer los dejó en la carbonera, y yo que acababa de lavarlos. Y hoy me los encuentro en el estudio y resulta que los estaba usando como trapos para pintar.» Se aprende mucho de los vecinos con lo que se llama conversaciones de cocina.

–Sí, es verdad –admitió Macpherson con cierta reserva.

Sir Maxwell sonrió.

–Sí, cuando me puse a pensar en el asunto, me pareció muy convincente –dijo–. Pero sigamos con Strachan. No cabe duda de que encontró a Farren, y he de reconocer que en eso tuvo mucha suerte, aunque quizá tuviera bastantes probabilidades. Al fin y al cabo, sabía muy bien dónde podía estar y conocía muy bien el terreno alrededor de Falbae.

–Sí, es verdad, señor –dijo Dalziel–, pero ¿qué habría hecho si Farren se hubiera tirado a la mina?

–También reconozco que en ese caso habría tenido muy mala suerte –contestó sir Maxwell–. Entonces tendría que haber renunciado a su coartada hasta primeras horas de la mañana. Lo único

¹ De «Las peregrinaciones de Childe Harold», de Byron. (*N. de la T.*)

que podría haber hecho habría sido dejar uno o varios objetos en Falbae para demostrar que había estado allí (su sombrero, por ejemplo, o el abrigo) y ponerse a pintar en el Minnoch lo antes posible, regresar después para dar la voz de alarma y emprender la búsqueda de Farren. Podía haber contado que en el ínterin había estado buscando en otro sitio. No habría sido una explicación tan buena, pero sí bastante buena, sobre todo porque el posterior descubrimiento del cadáver de Farren habría confirmado su historia. Sin embargo, encontró a Farren, o sea que no tenemos que preocuparnos por eso.

»Pero por desgracia, el plan se desbarató en ese punto. En lugar de actuar tranquilamente, Farren huyó y Strachan se cayó a una mina, lo cual estuvo a punto de impedirle llevar a cabo la parte del plan que le correspondía. Se cayó, tuvo que hacer grandes esfuerzos para librarse (aunque no le llevara tanto tiempo como él asegura) y por eso tardó más de lo previsto en llegar al Minnoch. Si el plan hubiera funcionado como es debido, sin duda confiaba en haber vuelto con Farren alrededor de las tres de la madrugada, y después haber ido a recoger el coche y el cadáver donde se los había dejado Ferguson.

–¿Y eso dónde sería? –preguntó el fiscal.

–No puedo precisarlo, pero la idea sería que Ferguson llevara el coche de Campbell a un sitio discreto, junto a la antigua carretera de Creetown que pasa por la estación de Gatehouse, por ejemplo, y lo dejara allí para que lo recogiera Strachan. Entonces Ferguson habría vuelto en bicicleta...

–¿Qué bicicleta? –le interrumpió Wimsey.

–Cualquiera –replicó el jefe de policía–, excepto, naturalmente, la del hotel Anwoth, de la que tanto hemos oído hablar. Por estos parajes no es difícil llevarse una bicicleta, y habría tenido tiempo de sobra para devolverla y dejarla donde la había encontrado. Ferguson habría vuelto digamos que a las siete, con tiempo para desayunar y coger el ómnibus para la estación de Gatehouse.

–Debía de estar de desayuno hasta las orejas, si ya se había tomado el de Campbell –observó el fiscal.

–Mi querido amigo –replicó el jefe de policía con cierta irritación–, si hubiera usted cometido un asesinato y estuviera intentando que no lo descubrieran, no se detendría ante una nadería como desayunar dos veces.

–Si yo hubiera cometido un asesinato, no tendría apetito ni para desayunar una sola vez –objetó el fiscal.

Sir Maxwell reprimió lo que sentía ante la frivolidad de semejante comentario. Macpherson, que había estado anotando palabras y cifras en su cuaderno, terció en aquel momento.

–Entonces, señor, el horario del crimen, a su entender, es como sigue:

Causa contra Ferguson y Strachan

Lunes

21.15. Farren deja nota en casa de Strachan.

22.20. Campbell regresa a casa tras el encuentro con Gowan.

24.00 (aprox.). Strachan vuelve a casa y encuentra la nota.

Martes

24.10 (aprox.). Strachan va a casa de Campbell; llega Ferguson. Se comete el asesinato.

24.10-24.45 (aprox.). Maduran el plan para el falso accidente. Strachan va a Falbae en coche, con el sombrero, la capa, las pinturas, etc., de Campbell.

2.00-3.00. En este lapso se encuentran Strachan y Farren, y Farren huye.

3.30 (aprox.). Strachan cae a la mina.

4.00 (aprox.). Ferguson llega a la vieja carretera de la estación de Gatehouse a

Creetown, con el cadáver y la bicicleta en el coche de Campbell. Esconde el coche.

5.00-6.00. Ferguson vuelve en bicicleta a Gatehouse por la vieja carretera.

9.00. Strachan consigue salir de la mina y encuentra su coche.

9.08. Ferguson toma el tren para Dumfries.

- 9.20. Strachan llega al punto de encuentro y sube al coche de Campbell. Esconde su coche y se disfraza.
9.35. Un obrero ve a Strachan disfrazado de Campbell en la desviación hacia New Galloway.
10.00. Strachan llega al Minnoch. Deja el cadáver y pinta el cuadro.
11.15. Strachan termina el cuadro.

Macpherson hizo una pausa y después preguntó:

—¿Cómo podría haber vuelto Strachan a su coche, señor? Hay por lo menos veintidós kilómetros. Es imposible que los hiciera a pie.

—En la bicicleta de Farren —replicó el jefe de policía sin vacilación—. Eso tendría que haber sido en Falbae, pero si no se le hubiera estropeado el plan que tenía pensado en un principio, habría cogido otra bicicleta o habría tenido tiempo para ir a pie, pero dadas las circunstancias, teniendo a mano la bicicleta de Farren, es lógico que se sirviera de ella.

—Sí, señor. Tiene usted respuesta para todo.

Macpherson negó con la cabeza y volvió sosegadamente a consultar su horario.

12.45. Strachan vuelve a Creetown en la bicicleta de Farren; abandona la bicicleta.

Vuelve a su coche.

13.15. Strachan vuelve a Gatehouse por la carretera de Skyre Burn.

—Eso concuerda perfectamente con la declaración de Strachan —dijo el fiscal, que había estado contrastando ese horario con el informe del jefe de policía sobre su interrogatorio a Strachan.

—Efectivamente —contestó sir Maxwell—, y lo que es aún más importante: concuerda con los hechos. Hemos encontrado a un hombre que recuerda claramente haber visto a Strachan pasar por la carretera de Skyre Burn entre la una y la una y veinte. Además, hemos localizado la llamada que hizo al McClellan Arms, justo a la una y dieciocho minutos.

—Supongo que se darán cuenta de que solo han calculado una hora y cuarto para que pintara el cuadro —dijo Wimsey—. Yo he puesto a dos hombres de la zona a trabajar en lo mismo, y el más rápido no pudo obtener un resultado parecido en menos de una hora y media.

—Cierto —repuso el jefe de policía con gravedad—, pero su vida no dependía de un cuadro.

—Yo no estoy tan convencido de eso —dijo alguien, para sorpresa de todos. El agente Duncan había estado tan silencioso todo el tiempo que casi se habían olvidado de su existencia.

—¿De veras? —replicó el jefe de policía—. Bueno, Duncan, ha venido usted a darnos su opinión. Vamos a escucharla.

El policía se removió incómodo en su asiento y miró a Dalziel. Tenía la impresión de que le iba a caer un rapapolvo, pero blandió valientemente sus armas y abrió fuego.

GRAHAM. GOWAN. WATERS

–Esas dos teorías son muy buenas, no digo yo lo contrario, qué va, pero anda que no le dan vueltas –dijo el agente Duncan–. Solo de pensarlo se me va la cabeza. O sea, yo no es que quiera proponer nada, pero me gustaría saber cómo sabe sir Maxwell Jamieson que ese plan lo prepararon en tres cuartos de hora.

–Vamos a ver, ese tiempo es muy flexible –replicó sir Maxwell–. Suponiendo que Strachan llegara a Falbae con suficiente luz para no caerse a una mina, me da igual la hora a la que saliera.

–Dejemos eso aparte –intercedió el fiscal, al ver que Duncan se desanimaba un poco–. Si tiene usted una idea mejor y más sencilla, haga el favor de exponerla.

–Es que, con perdón, doctor Cameron, había pensado yo que si a lo mejor no sería posible que al hombre este lo mataran el mismo día que lo encontraron. Bueno, espero que no se ofenda –dijo Duncan.

–En absoluto –replicó el doctor Cameron con sinceridad–. Diga lo que tenga que decir, joven. Eso de precisar el momento exacto de la muerte no es tan fácil como parece en las novelas policíacas. Según mi experiencia, cuanto más viejo es un médico, menos dispuesto está a hablar ex cátedra y más comprende que la naturaleza tiene sus propios métodos para confundir a los profetas que tanto confían en sí mismos.

–Pues es que he estado leyendo un librito sobre este asunto –dijo Duncan–. Es un libro muy bueno que me lo regaló mi padre por mi último cumpleaños. Para la vida que ha llevado, resulta que mi padre tiene mucha cultura y siempre me ha dicho que los estudios eran el camino que había que seguir para ser algo en la vida.

Mientras decía esto, puso sobre la mesa un paquete grande, cuadrado, de papel marrón, y fue quitándole el cordel con el que estaba atado.

–Esto se titula –dijo, mientras cedía el último nudo y al desdoblarse el papel quedaba al descubierto el «librito», un tomo formidable de veintitrés centímetros de ancho por veinte de largo con un grosor proporcional–, se titula *Medicina forense y toxicología*, y es de Dixon Mann. Es una lectura muy buena para quienes nos dedicamos a esto. Hay aquí un párrafo sobre el que me gustaría conocer su opinión, doctor. He puesto un papelito para señalarlo. Aquí está, en la página treinta y siete. Es sobre la rigidez de la muerte.

–El rigor mortis –dijo el médico.

–Sí, eso, solo que aquí lo llaman rigidez ca... cada... davérica, pero se refiere al rigor mortis ese. Aquí es que ponen un nombre más difícil. Pues lo que dice este hombre, y es toda una eminencia, porque mi pobre padre pagó muchísimo dinero por el libro, es esto: «En circunstancias normales, los músculos es... que... madre mía... esqueléticos empiezan a agarrotarse entre cuatro y diez horas después de la muerte». Entre cuatro y diez horas. Eso nos da lo que podríamos llamar un margen de seis horas de error al estimar la hora de la muerte, ¿no, doctor?

–Si otras cosas están en las mismas condiciones, sí –reconoció el médico.

–Sí, y ahora dice: «Se asienta», o sea el rigor mortis, se entiende, «tras dos o tres horas». Eso nos da otra hora de margen.

–Bueno, sí.

–Sí. «Esta situación dura entre unas horas y seis u ocho días». ¡Es una diferencia enorme, doctor!

–Desde luego –repuso el doctor Cameron con una leve sonrisa–, pero hay que tener en consideración otras cosas aparte del rigor mortis. ¿No estará sugiriendo que el cadáver tenía seis u ocho días?

–Claro que no, doctor. Pero mire cómo sigue esto: «Entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas puede considerarse la duración media de la esque...», bueno, lo del rigor mortis. Tal vez piense que esa eminencia no acierta mucho, con eso de las veintitantas horas, pero cuando usted vio el cadáver, a las tres de la tarde, ¿cómo estaba de rígido, doctor?

–Bastante rígido –contestó el médico–. Es decir, por utilizar el pomposo lenguaje de esa eminencia, la rigidez cadavérica estaba plenamente asentada. Por eso es probable que el hombre llevara muerto no menos de seis horas y también es probable que mucho más tiempo, teniendo en cuenta el aspecto de las contusiones y demás. Si basamos el diagnóstico en el dictamen del señor

Mann, verá que podría calcularse la hora de la muerte hasta trece horas antes, diez horas para el inicio del rigor mortis y otras tres para que se asentara. Es decir, la muerte podría haberse producido a las nueve de la mañana o mucho antes, a medianoche, sin que haya que suponer nada anormal en la aparición o el desarrollo del rigor mortis.

–Sí, pero... –se apresuró a decir Macpherson.

–Sí, es justo lo que... –dijo Duncan al mismo tiempo.

–Un momento –terció el médico–. Sé lo que va a decir, inspector. No aseguro al cien por cien que el rigor mortis se hubiese asentado por completo antes de que yo lo viera. Suponiendo que se hubiera extendido lentamente y se hubiera asentado a la una, por ejemplo, entonces cabría la posibilidad de que la muerte hubiera tenido lugar a las diez de la noche del día anterior. Ya le había dicho que no era imposible.

Macpherson emitió un gruñido de satisfacción.

–Campbell gozaba de excelente salud –añadió el médico– y murió a consecuencia de un golpe contundente. Si sigue consultando el libro de esa eminencia, verá que dice que, en esas circunstancias, hay muchas probabilidades de que el inicio de la rigidez cadavérica sea lento, Duncan.

–Sí, doctor, pero también verá usted que cuando la fortaleza física del sujeto está agotada y deprimida, la rigidez puede sobrevenir muy rápidamente –insistió el policía–. Yo he estado pensando que ese Campbell debió de pasar una noche terrible, agotadora. Alrededor de las nueve estaba peleándose con el señor Waters, a las diez menos cuarto peleándose otra vez, con el señor Gowan, y además tenía la barriga llena de whisky, lo cual es bien sabido que tiene efectos depresivos... es decir –se apresuró a añadir al ver la leve sonrisa de Wimsey–, cuando se pasa la alegría del principio. A la mañana siguiente sale muy temprano, sin desayunar ni nada, como se ha demostrado por el examen de las vísceras, y conduce casi cuarenta y cinco kilómetros. ¿No estaría lo bastante agotado para quedarse rígido en cuanto lo mataron?

–Parece que lo tiene todo muy bien pensado, Duncan –replicó el médico–. Voy a tener que andarme con mucho cuidado, para que no me pillen en un renuncio. Solo voy a decir una cosa. La duración media del rigor mortis varía de veinticuatro a cuarenta y ocho horas. El cadáver de Campbell estaba rígido cuando lo vi el martes a las tres de la tarde y seguía rígido el miércoles por la noche, cuando lo metieron en el ataúd. El jueves por la tarde, cuando lo examiné en presencia de algunos de ustedes, caballeros, la rigidez había desaparecido por completo, es decir, que la duración del rigor mortis se corresponde con la media. En general, si aparece rápidamente, tiene una duración corta, y si aparece lentamente, tiene una duración larga. En este caso, podemos considerarla lenta, dentro del promedio. Por eso, en mi opinión, la hora más probable de la muerte fue alrededor de la medianoche, lo cual concuerda con cómo estaba el cadáver y las contusiones.

–¿Y el contenido del estómago? –preguntó sir Maxwell.

–Lo que contenía el estómago era whisky –contestó secamente el médico–, pero no voy a decir a qué hora de la noche del lunes estuvo bebiendo whisky el difunto.

–Pero, suponiendo que el asesinato no hubiera tenido lugar hasta las nueve del martes, por ejemplo, la duración del rigor mortis habría sido menor –apuntó Duncan.

–Sí, claro –replicó el médico–. Si no murió hasta el martes por la mañana, la duración del rigor mortis podría reducirse a poco más de treinta y seis horas. Solo puedo opinar sobre el lapso entre las tres de la tarde del martes y las siete de la tarde del miércoles, cuando entregué el cadáver a la funeraria.

–En fin, la cuestión es que, si bien las apariencias indican que la muerte se produjo alrededor de medianoche, podría haber un margen de error de un par de horas –dijo el fiscal.

–Efectivamente.

–¿Podría llegar el margen de error a ocho o nueve horas?

–No me gustaría que así fuera –contestó el médico con cautela–, pero tampoco puedo asegurar que sea imposible. Hay muy pocas cosas imposibles en la naturaleza y un error de diagnóstico no es una de ellas.

–Bueno –dijo Dalziel mirando a su subordinado no con muy buenos ojos–, ya ha oído lo que dice el doctor. No dice que sea imposible, que es más de lo que podía usted esperar, con tanto cuestionar su gran experiencia, con tanto rigor mortis y que si su pobre padre y que si el dichoso librito. Es de esperar que tenga una buena razón para tanto atrevimiento. Tenga la amabilidad de disculparlo, doctor. Duncan es buen chico, pero se esmera demasiado.

Alentado por estas palabras, Duncan empezó a hablar otra vez sonrojándose hasta la raíz del pelo.

–Pues bien, caballeros, yo he partido de lo siguiente: que no se ha demostrado que ninguno de los seis sospechosos estuviera cerca del lugar donde se encontró el cadáver, aparte del señor Graham. Pero tenemos constancia de que vieron a Graham en Bargrennan la misma mañana del crimen. Y es más, él lo reconoce.

–Es verdad –intervino el fiscal–. En sus notas tiene escrito que ese hombre, Brown, vio a Graham andando por la orilla del Cree, justo pasando Bargrennan, a las once y media de la mañana del martes. Dice que iba río arriba y que cuando vio que se acercaba Brown, se escabulló rápidamente, como para evitar que lo vieran. Desde luego, parece una circunstancia muy sospechosa.

–Sí –replicó Duncan con entusiasmo–. Y ¿qué dice Graham cuando lo interrogan? Al principio se niega a declarar dónde ha estado. Y eso antes de que nadie sospeche que la muerte de Campbell no ha sido más que un accidente. Eso para empezar. En segundo lugar, en cuanto se sabe por los periódicos que podría haber sido un asesinato, se presenta con una coartada falsa solo para la noche del lunes.

–Un momento, Duncan –intervino sir Maxwell–. Si, como parece usted suponer, Graham no cometió el asesinato hasta la mañana del martes, no tendría sentido que presentara una coartada para el lunes por la noche. Sabía que eso no le cubriría las espaldas.

–Sí, es verdad –replicó Duncan arrugando la ingenua cara con una expresión de redomada astucia–, pero fue la señora quien presentó la coartada, y ¿por qué? Porque dieron a entender (y no voy a decir quién) que lo más probable era que el asesinato se cometiera el lunes por la noche. Y entonces la señora, que sabe muy bien que Graham cometió el asesinato pero no tiene suficiente información para decir a qué hora, cae de cabeza en la trampa. Dice: «No puede haber sido él, porque estaba conmigo». Y el señor Dalziel le pregunta a bocajarro: «¿Cuánto tiempo estuvo con usted?». Y ella: «Hasta después de las nueve de la mañana», sabiendo muy bien que si hubiera dicho hasta las doce o así, la siguiente pregunta habría sido: «¿Y nadie lo vio salir de la casa?», cosa bastante improbable con toda la gente trajinando por el pueblo desde hacía horas. Muy bien. Cuando Graham se entera, dice: «Tengo que arreglarlo. Seguramente ese tipo me reconoció. Pues digo que estuve dos noches y dos días enteros en Bargrennan pescando furtivamente con Jimmy Fleeming, y Jimmy confirmará lo que digo». Y entonces es cuando se presenta con la segunda coartada.

–Por lo que veo, Jimmy Fleeming lo confirma –observó el fiscal revolviendo sus papeles.

–Sí, claro –replicó Duncan–, pero es el mayor embustero de Stewartry. Además, esa panda de pescadores furtivos le tienen mucho cariño a Graham. Todos estarían dispuestos a decir alguna mentirijilla para proteger a Graham.

–Es verdad –intervino Macpherson–. Y además, no tienen que decir grandes mentiras. Se pasarían la mitad de la noche pescando y la mitad del día durmiendo. ¿Qué pudo impedirle a Graham marcharse, cometer el asesinato y además preparar lo del cuadro sin que ellos se enterasen? A lo mejor dijo que había ido a dar una vuelta. O a lo mejor estaban dormidos y ni se dieron cuenta de si Graham iba o venía.

–Duncan, su idea es que Campbell fue al Minnoch... ¿cuándo exactamente?

–Eso está muy claro –intervino Wimsey–. Hemos de atenernos a los tiempos de Ferguson, porque en ese supuesto, no hay razón alguna para dudar de ellos. Si salió a las siete y media y condujo a una velocidad normal, no es probable que recorriese esos cuarenta y cuatro kilómetros en mucho menos de una hora. Supongamos que llega a las ocho y media y prepara las cosas para ponerse a pintar. En su paseo matutino, Graham llega allí a las nueve menos cuarto, más o menos.

Se pelean, Campbell recibe un fuerte golpe, cae al río y muere. Siendo verano, las nueve es una hora lógica para que Graham empiece a pintar, y tarda una hora y media. Lo sabemos, porque lo hemos visto hacerlo o al menos yo. Con eso llegamos a las diez y media, pero sabemos que estaba aún estaba allí a las once y cinco, así que tenemos que concederle todo ese tiempo. Es bastante probable que así fuera, porque si, cuando yo lo vi, solo estaba copiando su propio cuadro, seguramente lo habría hecho con más rapidez que si hubiera empezado desde el principio. En cuanto acaba y ve la carretera libre de viandantes, vuelve tranquilamente con sus amigos, que siguen dormidos y que con posterioridad están dispuestos a jurar que no se ha separado de ellos ni un momento. Esa es su teoría, ¿no, Duncan?

—Sí, exacto —contestó Duncan complacido.

—No está nada mal —añadió su señoría, como si estuviera catando una copa de oporto añejo—. Yo le encuentro al menos tres pegas, aunque supongo que podrían resolverse con un poco de buena voluntad. En primer lugar, el doctor debería de haberse equivocado por completo en sus cálculos, pero como al parecer a él no le importa, tampoco tiene por qué importarnos a nosotros. En segundo lugar, ¿quién se tomó el desayuno de Campbell? Bueno, podemos suponer que, habiendo bebido una buena cantidad la noche anterior, tuvo ánimos al día siguiente para prepararse un huevo y una loncha de tocino y que, tras haberlos preparado, no le apeteció comérselos y los tiró a la chimenea. O también podemos suponer, aunque me resultaría muy desagradable, que se los tomó la señora Green y luego lo negó. Y también podemos suponer que se lo comió Campbell, vomitó inmediatamente y llenó el vacío con whisky. Cualquiera de estas suposiciones explicaría la situación que se encontró, ¿verdad, doctor?

»Después tenemos las huellas de alquitrán en el Morris de Campbell, que atribuimos a neumáticos de bicicleta, pero también podrían deberse a otra cosa. Yo ya lo observé al principio, pero no quería que me tomaran por intransigente. No son suficientemente significativas para cargarse una teoría por eso.

»La gran pega de la ingeniosa reconstrucción de Duncan es el hombre que vio pasar el coche por la desviación de New Galloway a las diez menos cuarto. Sospecho que Duncan no lo ha tenido en cuenta. También podríamos pensar que se equivoca. Si se puede equivocar un médico, también puede hacerlo un honrado trabajador. No vio la matrícula del coche, así que podría haber sido otro Morris.

—Pero ¿y las cosas amontonadas debajo de la alfombra en la parte trasera y la llamativa capa del conductor? —dijo sir Maxwell—. No puede pasar eso por alto.

—¿Ah, no? —replicó Wimsey—. Usted no me conoce. Yo podría pasarme por alto hasta un coche de bomberos a toda velocidad. Usted ha dado aviso sobre un Morris conducido por un hombre con una capa escandalosa y un montón de equipaje en la trasera, ¿no? Ya se sabe lo que pasa cuando se da publicidad a algo, ¿no? Un hombre ve algo que coincide con una parte de la descripción y se imagina el resto. Probablemente pasaron veinte coches Morris por la carretera general de Castle-Douglas a Stranraer esa mañana y probablemente la mitad llevaba equipaje. Algunos caballeros que los conducían podían llevar una vestimenta más llamativa que discreta. Ese hombre no tenía ninguna razón especial para fijarse en el coche, salvo que se topara de manos a boca con él de repente. Si se llegara a saber la verdad, es probable que fuera conduciendo temerariamente. El coche se le puso por delante y se enfadó, y si es capaz de convencerse a sí mismo de que ha tenido un encontronazo con un delincuente que anda huyendo de la justicia, no se va a conformar con recordar unas cuantas cosas que no estaban allí. Hay muchísimas personas que siempre están dispuestas a recordar más de lo que han visto.

—Eso es una verdad como un templo —dijo Macpherson con un suspiro.

—Voy a decirles algo que me gusta de la teoría de Duncan —dijo el fiscal—. Todo en ella parece indicar que el crimen no fue premeditado. Parece más probable que Graham se topara con Campbell, se peleara con él y lo derribara que alguien ideara un plan para llevarse un cadáver a tantos kilómetros de distancia y lo dejara en un sitio tan raro.

—Al asesino le vino más o menos dado el lugar del crimen, porque Campbell ya había expresado su intención de pintar allí ese día, ¿no?

–Pero sir Maxwell, podríamos suponer que cambió de idea.

–Para un hombre inocente, esa suposición no presentaría ninguna dificultad –intervino Macpherson con gravedad–. Pero un asesino puede ser muy maniático, incluso hasta el extremo de arriesgarse a echar a perder sus planes por buscar una verosimilitud innecesaria.

–En fin, inspector, veo que no le convence ninguna de nuestras teorías –dijo el jefe de policía–. Exponga la suya.

Al inspector se le iluminó la cara. Había llegado su momento. Estaba convencido de que él y solamente él había sabido agarrar el toro por los cuernos, y les estaba sumamente agradecido a Dalziel, sir Maxwell y Duncan por haber echado mano de animales tan inferiores y haberse abstenido así de estropearle el mercado.

–El sargento acaba de decir que Jimmy Fleeming es el mayor embustero de Stewartry. Pues bien, yo conozco tres que son más embusteros que él, que son Gowan y su pandilla de criados ingleses. Y tengan en cuenta que esos tres son los únicos que han demostrado ser unos mentirosos por lo que han soltado por su propia boca, excepto Strachan, con ese cuento de la bola de golf. Yo creo que Gowan mató a Campbell cuando se encontraron en la carretera y no doy crédito a esa historia de la barba.

»Tengo aquí apuntado el transcurso de los acontecimientos, tal y como yo lo veo, y le ruego que lo lea usted, señor fiscal, porque veo que está usted más acostumbrado que yo a hablar en público.

Tras pronunciar estas palabras, el inspector le tendió un manuscrito muy pulcro que sacó del bolsillo superior de la chaqueta y se arrellanó en su asiento con la tímida sonrisa del poeta que asiste a la lectura pública de su obra.

El fiscal se ajustó las gafas y procedió a leer con voz clara:

LA CAUSA CONTRA GOWAN

Según el testimonio de la niña Helen MacGregor, Campbell se encontró con otro automovilista, Gowan, según él mismo ha admitido, en la carretera de Gatehouse a Kirkcudbright alrededor de las diez menos cuarto de la noche del lunes. Hubo una pelea, y una de las partes colocó el cuerpo inanimado de la otra parte en el coche de dos plazas y se dirigió en él hacia Gatehouse. Después la niña se asustó y echó a correr hacia su casa. Esta declaración fue posteriormente confirmada por el hallazgo de la llave inglesa, con las huellas dactilares de Campbell, cerca del lugar de la presunta agresión, y por el descubrimiento de huellas de neumáticos de coche, que venían a demostrar que el coche se había internado en un sendero cubierto de hierba, pasando por una cerca a unos cuarenta y cinco metros de dicho lugar.

En mi opinión, hay que reconstruir el crimen de la siguiente manera:

Tras haber matado a Campbell en el transcurso de la pelea, la primera medida que tomó Gowan fue trasladar el cadáver a un lugar en que no pudiera ser visto por ningún viandante. Lo llevó a cabo colocándolo en su propio coche, que metió en el sendero, y allí dejó el cadáver. Eligió su propio coche para tal objetivo porque era el que estaba más cerca de Gatehouse y el que más fácilmente podría cambiar de dirección. Si hubiera metido inmediatamente el cadáver en el coche de Campbell, en primer lugar habría tenido que retirar su propio coche, para sacar el otro, y podría haber aparecido alguien mientras lo hacía. Si tal persona hubiera visto el coche de Campbell obstruyendo la carretera y hubiera comprobado que en su interior había un cadáver, la situación habría despertado sospechas.

A continuación traspasó la cerca con el coche de Campbell, metió su cadáver dentro y lo depositó un poco más arriba del sendero. Después se dirigió a pie a su coche, dio la vuelta y regresó a Kirkcudbright. Lo consiguió conduciendo como un endemoniado (las tres últimas palabras estaban meticulosamente tachadas) de forma temeraria en menos de cinco minutos, pongamos las diez y diez. La joven Helen lo vio cuando pasó por delante de su casa.

Hammond debía de estar de estar de guardia y Gowan le rogó que volviera con él. Al llegar al lugar del crimen, alrededor de las diez y veinte, se dirige a pie al Morris y lo saca del sendero en dirección a Gatehouse, mientras Hammond regresa a Kirkcudbright en el dos plazas.

Gowan pudo haber vuelto en el Morris a la casa de Standing Stone alrededor de las diez y media. (Nota: Ferguson dice que las diez y cuarto, pero «aproximadamente».)

Gowan concibe entonces el plan de simular un accidente para la muerte de Campbell. Como con la barba negra sería imposible hacerse pasar por él, se la afeita con la navaja de Campbell, la limpia meticulosamente, se deshace de la barba en la chimenea, salvo el mechón que se guarda con otros propósitos.

Cuando llegó Strachan, Gowan estaba escondido en algún sitio, probablemente en el garaje. Cuando Strachan salió, él volvió a la casa sigilosamente, destruyó la nota y empezó a hacer los preparativos del plan.

Salió en el coche a las siete y media, disfrazado con la ropa de Campbell, con el cadáver, las pinturas y la bicicleta, la que se había llevado del hotel Anwoth. Ahora tendríamos que encontrar explicación para lo mucho que tardó en llegar a la carretera de New Galloway, donde lo vio aquel obrero. En mi opinión, siguió hasta un pueblo o una ciudad aún no determinados, y allí le dio instrucciones a Hammond para que fuera a recogerlo en el dos plazas. En mi opinión, debía de ser una localidad cercana a Pinwherry. Y ya se han iniciado pesquisas para localizar esa llamada telefónica en unos cincuenta kilómetros a la redonda de Gatehouse.

El jefe de policía interrumpió la lectura.

—¿No se podría localizar la llamada en Kirkcudbright?

—No, no —intervino Wimsey sin darle tiempo de hablar a Macpherson—. Le habría dado órdenes a Hammond para recibirla en otro sitio. Un individuo tan desesperado como Gowan no va a tomarse tantas molestias para meter la pata con un tontería como una llamada de teléfono, ¿no, Macpherson?

—Pues sí —replicó el inspector—. Eso es justo lo que tenía yo en la cabeza.

—Entonces ¿por qué no le dijo a Hammond lo que tenía que hacer cuando estaban juntos y así ahorrarse la llamada de teléfono? —preguntó sir Maxwell.

—Todavía no tenía ningún plan —repuso Wimsey—. ¡Hay que ver lo intranquilos que son todos, por Dios! El pobre hombre necesitaba tiempo para pensar. Lo primero que se le ocurrió fue: «Vamos a quitar de en medio el cadáver de esta carretera, porque se sabe que yo he pasado por ella. Lo dejaré en algún sitio, no sé dónde. Me lo pienso y le llamo mañana alrededor de las ocho. Voy a Lauriston o Twynholm (o a Kamchatka o a Tombuctú, lo que le pillara más a mano), y le pongo una conferencia desde allí». Al fin y al cabo, de alguna manera hay que explicar el retraso en la carretera. Ferguson es un mentiroso, Strachan se cayó a una mina, Farren... vamos a ver... sí, a Farren no se le dan bien los coches, y Gowan hizo una llamada de teléfono. Continúe leyendo, por favor, fiscal.

A continuación Gowan se dirigió al Minnoch y pintó el cuadro. Esa tarea debió de mantenerlo ocupado hasta las once y media. Después cogió la bicicleta y fue por la carretera de Pinwherry y Girvan hasta el lugar que había elegido. Debió de ser justo después de pasar Barrhill cuando lo vio el señor Clarence Gordon. El señor Gordon aseguró que el ciclista no era un hombre muy alto, pero Gowan no debía de parecer muy alto si iba inclinado sobre la bicicleta y pedaleando con fuerza. Sin la barba, no se podría haber reconocido a Gowan por una fotografía. Hammond debió de ir a buscarlo en el dos plazas a algún punto entre Barrhill y Girvan, y le proporcionaría algún aparejo para sujetar la bicicleta al coche. Fueron juntos hasta antes de llegar Girvan, donde Hammond se apeó, cogió la bicicleta y continuó hasta Ayr, en cuya estación, por casualidad o a propósito, la hizo desaparecer. Hay que recordar que, según los testimonios, la persona que llevaba la bicicleta tenía acento completamente inglés. A

continuación Gowan fue en el coche hasta un lugar desde el que pudo escribir y despachar una carta al comandante Aylwin. No quería aparecer en Kirkcudbright sin la barba, y por eso probablemente no volvió hasta la noche. Están intentando averiguar los movimientos del coche durante ese espacio de tiempo.

En referencia al mechón de barba hallado en la carretera de Gatehouse a Kirkcudbright. A Gowan y sus cómplices debió de ocurrírseles que podían surgir sospechas de que se tratara de un asesinato y que investigaran sus movimientos. En tal caso, el hecho de que se afeitara y de que huyera a Londres podría resultar sospechoso y, por consiguiente, tramaron un plan que se ajustara a los hechos y colocaron el mechón de barba junto a la carretera con el fin de que tal invención se mantuviera en pie. Eso fue lo que posteriormente contó Gowan a Scotland Yard, lo que podría haber inducido a error, dada la cantidad de hechos. Los detalles de la huida de Gowan de Kirkcudbright son exactamente los que aparecen en su declaración. Esta es la causa contra Gowan, de la cual hago entrega.

Firmado: JOHN MACPHERSON, inspector de policía

–Sutil, sutilísimo –dijo Wimsey–. Hay un montón de detalles que habría que verificar, pero todo parece estupendo. ¡Menuda pandilla de canallas esos criados ingleses! ¡Ni siquiera un asesinato les impide seguir rindiendo tributo al señor feudal que les paga!

El inspector se sonrojó.

–Está usted intentando dejarme en ridículo, milord –le reprochó.

–De ningún modo –contestó su señoría–. Hay una cosa en su teoría que me gusta especialmente, y es que se ha enfrentado con toda valentía al asunto de la bicicleta de Euston, del que los demás parecen no querer saber nada.

Justo entonces el agente Ross se aclaró la garganta con tal estruendo que todo el mundo lo miró.

–A juzgar por su actitud, Ross, deduzco que para usted la palabra bicicleta tampoco carece de relevancia –dijo su señoría–. Con permiso del resto de los caballeros aquí presentes, me gustaría oír su versión de los hechos.

El agente de policía miró al jefe en busca de aprobación, y al ver un asentimiento de cabeza, abordó su teoría.

–Lo que tengo yo en la cabeza es a ese Waters –dijo–. Es un hombre con una coartada muy endeble, que no se puede ni demostrar. Todavía no hemos establecido comunicación con ese otro, Drewitt, el del velero...

–Un momento, Ross –le interrumpió el jefe de policía–. Hemos recibido un telegrama suyo esta mañana desde Arisaig. Estuvimos a punto de pillarlo en Oban. Dice lo siguiente: «Waters vino al Doon martes ocho treinta. Dejó barco Gourrock sábado. Escribiré». Y según tengo entendido, ha hecho una declaración ante la policía para confirmarlo.

–Sí, de acuerdo –replicó Ross sin desconcertarse lo más mínimo–. Pero no sabemos qué clase de hombre es ese tal Drewitt. Pienso yo que apoyaría a Waters a toda costa. Sería capaz de jurar y perjurar que Waters subió al barco en el Doon, pero el hecho es que nadie lo vio y que la bicicleta ha desaparecido como por ensalmo. En mi opinión, esa bicicleta está en aguas profundas, entre Arran y Stranraer, y no volveremos a verla hasta el día del Juicio Final. A menos que se busque con aparejos de pesca de altura –añadió en aras del pintoresquismo.

–Entonces ¿cuál es su idea, Ross?

–Pues sir Maxwell, para mí es muy sencillo y muy claro. Campbell está como una cuba y con ganas de bronca. Se pelea con Waters y dice que la cosa no va a acabar ahí. Se va a Gatehouse, encuentra a Gowan y le atiza una buena. «Qué pasa. Una noche es una noche», piensa. Se marcha, se pone a beber otra vez y piensa: «¿Y si saco de la cama a ese hijo de puta (con perdón) de Waters y le doy su merecido?». Vuelve a coger el coche y se marcha. Ferguson está dormido y no lo oye. Él mismo admite que no oyó a Strachan cuando se fue, así que ¿por qué iba a oír a Campbell? Llega a Kirkcudbright y se pone a tirar piedras a la ventana de Waters. Waters se asoma, lo ve y piensa:

«No podemos pelearnos en la calle». Le abre la puerta, hablan un poco y el uno o el otro dice: «Vamos al estudio y allí lo solucionamos». Se van allí y Campbell muere.

»Waters está en un apuro tremendo y no sabe qué hacer. Sale del estudio, trastornado, y se encuentra a su amigo Drewitt, que ha ido allí en un coche de alquiler. Le dice: “Drewitt, me he metido en un lío espantoso. He matado a un hombre y no sé qué hacer. Ha sido una pelea limpia, pero me van a acusar de asesinato y acabaré en la horca”. Así que empiezan a darle vueltas a la cabeza y trazan un plan. Drewitt va a casa de la señora McLeod y se hace pasar por Waters. Y tenga en cuenta –añadió Ross con convicción que la señora McLeod no volvió a ver a su inquilino desde que salió poco después de medianoche. Lo oyó subir, lo oyó salir cuando le llevó el agua y, cuando volvió de la parte trasera de la casa, él ya había desayunado y se había marchado.

–Drewitt habría corrido un riesgo terrible –dijo Macpherson.

–Sí, pero los asesinos tienen que correr riesgos –contestó Ross–. Mientras tanto, Waters se marcha en el coche de Campbell, con la bicicleta, al tiempo que Drewitt entra en la casa. Después hace lo mismo que pensamos que hicieron los demás sospechosos. Se lleva el cadáver a las siete y media. Digo yo que iría por la vieja carretera que pasa por la estación de Gatehouse y que tal vez tuvo algún problema con el motor en un sitio tan solitario o que se le reventó un neumático y se vio obligado a cambiarlo. Esa carretera es muy mala, con tantas raíces de árboles y tantas piedras como hay. Pasa por la desviación de New Galloway a las diez menos veinticinco y llega al Minnoch a las diez. Pinta el cuadro, tira el cadáver al arroyo y se va de allí en la bicicleta. Tiene tiempo de sobra, porque no podrá llevar a cabo el resto del plan hasta antes del anochecer. Se esconde en las montañas, y ahí sí que echa pestes, porque se le ha olvidado llevarse los sándwiches que se encontraron en la cartera de Campbell. Sí, va a estar con el estómago vacío hasta la noche. Cuando ya no corre peligro, va en bicicleta al sitio donde tiene la cita con Drewitt.

»Drewitt debía de estar trabajando en la costa, como él mismo dice. Lo vieron subir al barco en el Doon y, a partir de entonces, el velero siguió un rumbo que concuerda con lo que ha declarado Waters. Por la noche navega desde la bahía de Lady hasta la bahía de Finnart, y allí recoge a Waters, que ha ido en bicicleta por la carretera desde Pinwherry. Suben la bicicleta a bordo y vuelven a la bahía de Lady, donde se esconden. Después solo les queda llevar a cabo el plan de navegación que tenían pensado, y dejar a Waters en Gourock el sábado por la mañana, después de hundir la bicicleta en un sitio donde no se pueda encontrar fácilmente. ¡Pero si está más claro que el agua!

–Pero... –dijo sir Maxwell.

–Pero... –dijo el inspector.

–Pero... –dijo el sargento.

–Pero... –dijo el agente Duncan.

–De acuerdo, caballeros –intervino el fiscal–. Todas estas teorías son muy interesantes, pero son puras conjeturas. Les felicito a todos por su ingenio y el gran trabajo que han hecho, pero decidir cuál de ellas es la más probable resulta más difícil que la elección entre los cofres de Porcia. A mí todas me parecen dignas de atención y creo que el siguiente paso debe consistir en continuar con las pesquisas que puedan contribuir a confirmar una u otra. Hay que comprobar minuciosamente los movimientos de todos los coches en las carreteras del distrito. Hay que interrogar a fondo a ese hombre, Drewitt, y preguntar a quienes viven en los alrededores de las bahías de Lady y Finnart si observaron los movimientos del velero. Debemos pensar que al menos una de las cinco teorías expuestas es la verdadera, y al menos eso ya es algo. ¿No le parece, lord Peter?

–Sí, Wimsey –intervino sir Maxwell–. El otro día le dijo al inspector que había resuelto el problema. ¿Está usted dispuesto a dar su voto? ¿Cuál de los sospechosos es el asesino?

EL ASESINO

–No me había sentido tan orgulloso en toda mi vida –dijo lord Peter Wimsey–. Al fin soy como Sherlock Holmes. Recurren a mí un jefe de policía, un inspector de policía, un sargento de policía y dos agentes de policía para que tercié en sus teorías y, sacando pecho como un palomo, voy a decirles tranquilamente lo siguiente: «Caballeros, todos ustedes están equivocados».

–Maldita sea, no podemos habernos equivocado todos –protestó el jefe de policía.

–Eso me recuerda al camarero que le dijo a un pasajero de la línea del Canal de la Mancha: «Aquí no puede vomitar». Todos ustedes pueden estar equivocados y lo están.

–Pero si tenemos a todos los sospechosos –contestó sir Maxwell–, Vamos a ver, Wimsey, no nos va a salir ahora con que el crimen lo cometió la señora Green, el lechero o algo por el estilo, ¿no? Eso sería lo peor de lo peor del género policíaco. Además, usted mismo ha dicho que el asesino tiene que haber sido un pintor, e incluso ha señalado a esos seis pintores. ¿Es que ahora va a desdecirse?

–No –contestó Wimsey–. Jamás haría semejante cosa, pero sí tengo que matizar lo que he dicho. Todos están equivocados, pero uno de ustedes menos que los demás. Ninguno de ustedes sabe quién es el asesino, como ninguno de ustedes ha dado con el método adecuado, si bien algunos han comprendido algunas partes.

–Wimsey, no se ponga solemne y pesado –replicó sir Maxwell–. El asunto es bastante serio. Si está en su conocimiento algo que nosotros desconocemos, debería contárnoslo. Es más, debería contárnoslo inmediatamente, en lugar de hacernos perder el tiempo.

–Ya se lo conté –replicó Wimsey–. Se lo conté el mismo día del crimen, pero se les ha olvidado. Y no me he estado guardando nada en la manga. He tenido que esperar hasta que se ha pillado a todos los sospechosos para estar seguro de mi teoría, porque en cualquier momento podría haber surgido algo que la hubiera echado por tierra. Y en realidad todavía no puedo demostrarla, pero me comprometo a hacerlo en cuanto ustedes quieran.

–Vamos, vamos –dijo el fiscal–. Haga el favor de decirnos qué es lo que quiere demostrar y contará con todo nuestro apoyo.

–¡Estupendo! Voy a ser buen chico. Tendremos que volver al momento en que se encontró el cadáver. La cuestión crucial del problema está ahí. Yo ya se lo dije, Dalziel, y también que por eso podíamos tener la certeza desde el principio de que la muerte de Campbell fue un asesinato y no un accidente.

»Recordará cómo encontramos el cadáver. Estaba en el arroyo, frío y rígido, y arriba, en el caballete, había un cuadro a medio terminar, con una paleta, una cartera y una espátula. Revisamos todos los objetos personales del difunto, y yo le dije: “Falta algo y si no lo encontramos, significa que ha sido un asesinato”. ¿Lo recuerda, Dalziel?

–Me acuerdo muy bien, lord Peter.

–En la cartera de Campbell encontramos nueve tubos de óleo: bermellón, azul de ultramar, dos de amarillo cromo, verde esmeralda, azul cobalto, rosa alizarina y amarillo limón. Pero no había blanco de plomo. Como le expliqué en su momento, es imposible pintar al óleo sin ese color. Es una sustancia fundamental que se mezcla con los demás colores para obtener diversos tonos de luz y sombra. Ni siquiera a alguien como Campbell, que empleaba muchos colores primarios, se le habría ocurrido ir a pintar sin blanco de plomo, igual que a nadie se le ocurriría ir a pescar truchas sin caña. Y además, la prueba de que Campbell había utilizado ese blanco por la mañana está en el cuadro mismo, donde había grandes masas nubosas, aún húmedas, con la pintura recién aplicada.

»Lo comprendí con solo mirar la paleta. Había siete montoncitos de pintura, en el siguiente orden: blanco, azul cobalto, viridiana, bermellón, azul de ultramar, amarillo cromo y rosa alizarina.

»En fin, usted sabe muy bien que buscamos ese tubo de pintura. Hurgamos en los bolsillos de la chaqueta de Campbell, rastreamos el terreno centímetro a centímetro y no dejamos piedra sin remover (mejor dicho, eso lo hizo usted, porque yo ya me había ido, como hombre sensato que soy) en ese arroyo dejado de la mano de Dios, hasta el puente. Le dije que el tubo de pintura debía de ser bastante grande, pero que podía estar medio vacío y, por consiguiente, no pesaría mucho. Si yo hubiera estado por allí cerca, me consta que lo habría encontrado.

–Sí, milord, no le quepa duda –repuso Dalziel.

–Muy bien. Por supuesto, existía una mínima posibilidad de que, tras la muerte de Campbell, alguien se hubiera acercado por allí para llevarse el tubo, pero nos pareció demasiado estrambótico y ni siquiera lo tomamos en consideración. ¿Por qué se le iba a ocurrir a una persona robar una sola cosa y nada más? Y encima, el estado del cadáver, que daba a entender que la muerte se había producido mucho antes de lo que podría suponerse si nos basamos en lo que había llegado a pintar en el lienzo. Ah, por cierto, doctor, me gustaría dejar su conciencia tranquila diciéndole que, a pesar de la ingeniosa exposición de Duncan, su estimación de la hora de la muerte es totalmente coherente.

–Pues me alegro.

–Sí, claro. En fin, la cuestión es, ¿dónde fue a parar el blanco de plomo? Tomando en consideración todos los indicios, llegué a la conclusión de que: *a)* Campbell había sido asesinado; *b)* el asesino había pintado el cuadro, y *c)* por alguna razón se había llevado el tubo de blanco.

»Ahora bien, ¿por qué se lo llevó? Es la mayor estupidez que podía haber hecho, puesto que su ausencia despertaría inmediatamente sospechas. Debió de cogerlo por error y eso significa que debió de ponerlo automáticamente en el sitio donde suele poner los colores mientras pinta. No lo había dejado en ninguno de los sitios normales, como el suelo, una caja, una cartera o la bandeja del caballete. Debió de depositarlo en alguna parte de su persona y un bolsillo parece el sitio más probable. Por eso desde ese momento pensé que debíamos buscar un pintor con la mala costumbre de guardarse los tubos de pintura en los bolsillos.

–No me dijo nada de eso –le reprochó Dalziel.

–No, perdone. Tenía miedo de que si decía algo quisiera usted indagar y que, en cuanto el asesino se diera cuenta de que se conocía esa nefasta costumbre suya, se acabaran la costumbre y la indagación. Además, es posible que varios pintores tengan esa costumbre. O a lo mejor yo estoy completamente equivocado, era una pista muy endeble y quizá yo esté llegando demasiado lejos. Pensé que el mejor plan consistiría en figonear en los estudios y observar a la gente mientras trabaja para ver sus costumbres. Evidentemente, era una tarea que yo, como particular, podía realizar mejor que un policía. Pero le di la idea, Dalziel, y la puse en su informe. Cualquiera podría haber llegado a la misma conclusión que yo. ¿Por qué no ha sido así?

–Eso da igual, Wimsey –dijo sir Maxwell–. Continúe.

–La siguiente cuestión era ¿por qué esa historia tan complicada del cuadro? ¿Por qué va a quedarse un asesino en el lugar del crimen pintando cuadros? Evidentemente, para ocultar el hecho de que Campbell había sido asesinado a las... bueno, a la hora que lo asesinaran. Pongamos que fue la noche anterior. Eso significa que el asesino no tenía una buena coartada para la noche anterior o cuando fuera. Pero si quería que pareciera que habían matado a Campbell por la mañana, significa que debía de estar preparando una coartada sólida para esa mañana concreta. De modo que llegué a la conclusión de que ya sabía cuatro cosas sobre el asesino: 1) era pintor, porque si no, no podría haber pintado el cuadro; 2) tenía la costumbre de guardarse los tubos de pintura en los bolsillos; 3) tenía una coartada poco convincente para la hora de la muerte, y 4) debía de tener una buena coartada para la mañana del martes.

»Después descubrimos las marcas de alquitrán en el coche, que parecían indicar la existencia de una bicicleta, pero no pude pasar de ahí, porque no sabía cuándo habían matado a Campbell, ni cuándo había ido al Minnoch, ni cuánto se tardaría en pintar el cuadro ni ningún detalle de ese tipo. Pero sí sabía que al menos seis pintores del distrito se la tenían jurada.

»Lo más extraño del caso es que cinco de esos seis pintores habían desaparecido. Por supuesto, no es nada raro que cinco pintores se ausentaran al mismo tiempo. Había una exposición en Glasgow, a la que asistieron varias personas, Ferguson entre ellos. También estaba la pesca, que muchas veces requiere que la gente salga de noche... Podían haber hecho cientos de cosas absolutamente lícitas. Pero el hecho es que no se podía investigar a esas cinco personas, porque estaban ausentes. No puedes ponerte a observar a un hombre mientras pinta si no sabes dónde está. Al único que encontré inmediatamente fue a Strachan, y cuando miré en su cartera, todo parecía

indicar que su coartada era cualquier cosa menos perfecta, no solo para la noche del lunes, sino también para la mañana del martes, por no hablar del ojo morado y su deterioro físico en general.

»De modo que la situación era la siguiente: Graham, desaparecido; Farren, desaparecido; Waters, desaparecido; Gowan, en Londres; Ferguson, en Glasgow, y Strachan, en casa, pero a todas luces mintiendo.

»Debo decir que a Strachan lo absolví casi inmediatamente, aunque pensé que tal vez supiera algo incriminatorio. Andaba buscando un asesino con una buena coartada y la de Strachan no podía ser peor ni más torpe. Graham, Farren y Waters tenían que esperar; a lo mejor se presentaban con una coartada estupenda, quién sabe, pero yo me esperaba algo más inmediato y evidente. Desde mi punto de vista, los más sospechosos eran Ferguson y Gowan, porque sus coartadas estaban respaldadas por personas ajenas al asunto. Pero si la coartada de Gowan era sólida, le cubría la noche y la mañana y, por consiguiente, el hombre que mejor cumplía todas las condiciones era Ferguson. Tenía exactamente la coartada que yo me esperaba. Sólo explicaba la mañana; era a toda prueba, hasta el último detalle, y la corroboraban desde jefes de estación hasta cobradores de ómnibus, que no tenían razón alguna para mentir. Si Ferguson realmente había ido de Gatehouse a Dumfries en el tren de las nueve y ocho minutos, no podía haber pintado el cuadro.

»Y después empezaron a aparecer los demás. Graham no dio ninguna explicación, pero sí me dio un buen sobresalto, porque de los seis sospechosos, Graham es el único que no solo tiene imaginación, sino la clase de imaginación que yo tengo. Es que veía perfectamente a Graham siguiendo esa argumentación sobre la coartada y diciéndose que cualquier coartada resultaría sospechosa y que la mejor manera de demostrar inocencia sería no tener coartada. Creo que entonces sospeché de Graham más que de nadie. Decía que podía imitar el estilo pictórico de Graham y hasta se tomó la molestia de demostrarlo. Tenía la terrible sensación de que jamás conseguiríamos que Graham concretara nada. Su actitud era perfecta, la más adecuada para la situación y no estaba dispuesto a comprometerse hasta saber qué se le venía encima.

»Entonces volvió Ferguson, con testigos de sobra para demostrar que había estado en Glasgow, y nos contó una historia que al menos nos proporcionó una serie de horas reales en las que basarnos. Por cierto, estoy seguro de que todas esas horas eran absolutamente correctas y que ni se quedó dormido ni se perdió nada. Me metí con él de lleno, observé su método para pintar y todo lo demás, y se me disiparon todas las dudas sobre él.

»Ese fue el día en que empezamos a tener información sobre la bicicleta de Ayr. En fin, no quiero ser grosero, pero creo que en cualquier explicación del crimen habría que haber tenido en cuenta esa bicicleta. Toda la historia es tan extraordinaria que no pudo haber sido ni un accidente ni una coincidencia. Por supuesto, no arrojaba luz sobre la identidad del asesino, porque, aunque la bicicleta era de Gatehouse, eso tan solo indicaba que el crimen había sido preparado allí, algo evidentemente más que probable. Y es una verdadera lástima que a ese pobre mozo de Girvan le diera por ponerse malo precisamente entonces. Si hubiera reconocido algunas fotografías, nos habría evitado muchos problemas.

»El jueves... a ver... ¿qué hice el jueves? Ah, sí, nos enteramos de lo de la pelea en la carretera entre Gatehouse y Kirkcudbright y de lo de la llave inglesa y la barba negra. Metimos bastante la pata con eso, Macpherson. Si hubiéramos sido más listos, podríamos haber pillado a Gowan antes de que se fugara y habernos ahorrado unos cuantos billetes de tren a Londres. Fue culpa mía, porque se me había metido en la cabeza la idea de la pintura y fui a casa de Bob Anderson para proponer una especie de reconstrucción de los hechos en el Minnoch. Tenía pensado llevarme a un montón de pintores y ponerlos a pintar al estilo de Campbell, para ver cuánto tardaban. Estaban allí Graham, Strachan y Ferguson. Todos accedieron, solo que a Ferguson la idea le pareció de dudoso gusto. Pero el tiempo nos estropeó el plan.

»¿Qué pasó después? Ah, sí. Fui a la orilla del Carrick a ver pintar a Strachan y estuvo a punto de tirarme al agua, pero se lo pensó mejor. Ya saltaba a la vista que estaba ocultando algo o protegiendo a alguien, y había muchas probabilidades de que tuviera algo que ver con la desaparición de Farren. Es que lo había visto en su casa el martes por la noche, cuando estuve

inspeccionando el estudio de Waters y me di cuenta de lo bien que venía el sendero para aparcar un coche.

»El sábado... no hice gran cosa, pero volvió Waters y la señora Smith-Lemesurier nos contó esa historia tan curiosa. Yo todavía no sabía qué pensar de Graham. Es demasiado absurda para que se la inventara, pero como ha señalado Duncan, la dama podría haber perdido la cabeza y haberla urdido sin consultarle a él.

»El sábado asusté a la señora Farren para que me dijera dónde podía encontrar a su marido. Di con él el lunes y me fijé en su método de trabajo, justo antes de que llegaran los sabuesos de oficio. De modo que ya solo me quedaba por investigar a tres pintores. Después, el jefe de policía se enteró de lo de Strachan, pero yo ya sabía todo lo que tenía que saber sobre él.

»Mi última tarea consistió en pillar por banda a Graham y Waters y ponerlos a copiar el cuadro de Campbell. Con eso maté varios pájaros de un tiro. Así me enteré de cómo utilizaban los colores, me proporcionó el factor tiempo con el que quería redondear mi teoría y, así, hablando hablando, me dieron un dato que necesitaba sobre Gowan. Por eso le dije que no necesitaba ir a ver a Gowan, inspector.

»Bueno, supongo que estarán todos ardiendo en deseos de saberlo... ¿Qué hacen esos seis pintores con sus tubos de colores?

»Pues al parecer, a Gowan le gusta tenerlo todo como una patena. No es capaz de pintar si no lo tiene todo ordenadito, cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa. Sería la última persona del mundo en guardarse los tubos de pintura en un bolsillo. Y además, a decir verdad, estoy seguro de que no podría haber hecho una imitación tan buena del estilo de Campbell. Está demasiado apegado a su método. Y no creo que tenga suficiente cabeza para haber montado la farsa de principio a fin. Lo más inteligente de su desaparición fue planeado por Alcock, que posee las dotes del perfecto intrigante.

»Waters suele guardar los tubos de pintura en una cartera. Por consiguiente, lo normal es que si hubiera tenido a mano la cartera de Campbell, los hubiera metido allí. Y aunque se precia de ser capaz de imitar a Campbell, tardó bastante en hacer la copia y encima no es demasiado buena. Sin embargo, no era lo bastante mala para que pareciera que lo había hecho mal a propósito. Y no me dio la impresión de que ni él ni Graham relacionaran el cuadro con nada desagradable.

»Graham... bueno, Graham es muy inteligente. Desde el principio se dio cuenta de que el cuadro no era de Campbell. No lo dijo exactamente así, pero observó diferencias de estilo y las comentó. Por supuesto, ese podría haber sido el punto culminante de su plan para enredarme, pero yo estaba seguro de que no era así. Me pareció que estaba realmente confuso y que desconfiaba. Además, dijo que cuando pintaba al aire libre dejaba los tubos en el suelo o en el sombrero, lo que Waters confirmó. Ni Graham ni Waters hicieron amago de meterse los tubos de pintura en los bolsillos. Estuve observándolos durante una hora y media y no los sorprendí ni en un solo movimiento en falso.

»Farren trabaja con un estuche de dibujo y es muy cuidadoso, siempre vuelve a poner el tubo en su sitio inmediatamente después de usarlo. No sé qué hará cuando no tiene una caja a mano, pero mientras estuve en su casa, registré los bolsillos de su vieja chaqueta de pintor y comprobé que no había tubos ni manchas de pintura en el forro. Además, lo eliminé de la lista en cuanto descubrí que no tenía coartada para la mañana del martes. El único objetivo de esa farsa era apoyar una coartada, y si no, no tenía razón de ser.

»Strachan coloca los tubos de pintura en la bandeja del caballete, siempre en el mismo orden, y también prepara la paleta ordenadamente, siguiendo el espectro. Pero en la paleta de Campbell los colores no estaban distribuidos así y todos los tubos de pintura estaban en la cartera, salvo el de blanco de plomo, naturalmente. Mientras observaba, tuve ocasión de sustraer un tubo de azul cobalto, pero en cuanto empezó a guardar las cosas lo echó en falta, a pesar de estar tan agitado por lo que yo le había contado. No es la clase de persona capaz de marcharse con un tubo de blanco de plomo comprometedor en el bolsillo.

»Y a continuación pasamos a Ferguson. El siempre se guarda los tubos de pintura en los bolsillos, yo le he visto hacerlo. Ferguson compra las pinturas en Robertson, pero en su mesa había

un tubo de Winsor y Newton. Lo vi y lo estuve manoseando. Ferguson tiene preferencia por un tono especial de azul que a Jock Graham le sorprendió en el cuadro falsificado. Fue Ferguson, y nadie más, quien falsificó el cuadro y preparó la coartada.

»Pero un momento. Querría destacar un par de cosas con respecto a Ferguson. Él es el único con la coartada que el asesino quería establecer por medio de la falsificación. Todo el mundo sabe que tiene una extraordinaria memoria visual para los detalles. Fue Ferguson quien se opuso a la excursión para ir a pintar al Minnoch. Y debo quitarme el sombrero ante sir Maxwell Jamieson por haber defendido, a pesar de los pesares, que fue Ferguson quien poseía los suficientes conocimientos para dejar todos los indicios adecuados a fin de engañar a la señora Green.

Hubo un breve silencio tras el largo parlamento de Wimsey, que lo había pronunciado con un estilo inusualmente sobrio y a continuación sir Maxwell dijo:

–Parece todo muy convincente, Wimsey, pero a menos que pueda dismantelar la coartada de Ferguson, no nos sirve de nada. Sabemos que él, u otra persona, fue de Gatehouse a Dumfries en el tren de las nueve y ocho minutos y que continuó hasta Glasgow. Picaron el billete en tres puntos del trayecto y fue entregado en Glasgow. Y además, los de la dinamo vieron a Ferguson en Glasgow, y también la señorita Selby y la señorita Cochran. ¿Qué está insinuando, que tenía un cómplice que se hizo pasar por él o qué?

–No. No tenía ningún cómplice, pero es aficionado a la literatura policíaca. Con su permiso, les explicaré qué tengo intención de hacer. Mañana es martes, y todos los trenes seguirán el mismo recorrido que la mañana del martes anterior, la de la coartada. Iremos esta noche a la casa para reconstruir los hechos de principio a fin y yo me comprometo a mostrarles cómo ocurrió todo exactamente. Si yo fallo en algún punto, falla toda la teoría. Pero si consigo llegar hasta el final, no solo demostraré que es posible, sino que se hizo así.

–No podría ser más justo –dijo el inspector Macpherson.

–El problema es que tenemos que quitar a Ferguson de en medio –dijo Wimsey–. Si se da cuenta de lo que hacemos, saldrá corriendo.

–Pues muy bien, que salga corriendo. Entonces sabremos que es culpable –replicó Macpherson muy serio.

–Buena idea –dijo Wimsey–. Pero vamos a ver, nos va a hacer falta un hombre más bien bajo y robusto para hacer de Campbell. Para mí que ustedes, chicos, son demasiado grandones, así que me temo que va a tener que ser usted, sir Maxwell.

–No me importa –replicó animosamente el corpulento militar–, siempre y cuando no me tire al arroyo.

–No voy a llegar a tanto, pero va a tener que hacer un viaje bastante incómodo. También vamos a necesitar dos observadores, uno para quedarse con el cadáver y el otro para vigilarme a mí. Van a hacer un ejercicio agotador. ¿Qué me dice usted, fiscal?

–No, no –contestó el caballero–. Yo ya estoy muy mayor para ir dando tumbos por ahí.

–Entonces van a ser el inspector Macpherson y el sargento. Si quiere, puede acompañarnos, fiscal. También vamos a necesitar una bicicleta, puesto que la auténtica bicicleta sigue en Euston, a la espera de que alguien sea lo suficientemente imbécil para reclamarla; huevos y panceta para todos, y otro coche para los observadores.

El inspector se comprometió a facilitar todo lo necesario.

–Ross y Duncan pueden encargarse de vigilar a Ferguson –añadió–, a ver si me entienden. A seguirlo a donde vaya, y si intenta largarse, a arrestarlo.

–Así me gusta –dijo Wimsey–. Sir Maxwell, usted saldrá de Kirkcudbright cuando cierren los bares y estará esperando en la curva a las diez menos cuarto. Usted, Macpherson, se situará en el coche de observación y desempeñará el papel de Gowan, pero en lugar de volver a Kirkcudbright, seguirá al jefe de policía hasta Gatehouse, para actuar como si fuera Strachan en el momento dado. Usted, Dalziel, se quedará conmigo, vigilándome como si fuera un gato a punto de saltar sobre una ratonera. Y usted, fiscal, haga lo que le parezca. Y ahora vamos a comer todos como es debido, porque nos espera un arduo trabajo.

LORD PETER WIMSEY

–¡Hola! –dijo Ferguson.

–¡Hola! –respondió Wimsey–. Mira, el fiscal y el sargento Dalziel, de Newton-Stewart, creo que ya los conoces. Estamos haciendo una especie de experimento sobre la muerte de Campbell y si no te importa, nos gustaría utilizar tu casa. Es que es un punto de observación estupendo, ¿sabes?

–Espero que no vayamos a molestarlo, señor Ferguson –intervino cortésmente el fiscal.

–En absoluto. Entren, por favor –dijo Ferguson–. ¿Qué es exactamente lo que quieren hacer?

–Vamos a reconstruir los hechos de la noche del lunes y nos gustaría que nos dijeras si nos equivocamos en algo –dijo Wimsey.

–Ah, muy bien. Encantado. ¿Cuándo empieza el espectáculo?

Wimsey miró su reloj.

–A las ocho. Debería empezar ya mismo. Dalziel, ¿hace usted de Farren o lo hago yo? Mejor usted, porque así me puede vigilar el fiscal.

–Muy bien –dijo Dalziel, y se marchó.

–Ferguson, ¿dónde estabas sentado cuando llegó Farren?

–Aquí –respondió Ferguson señalando un sillón junto a la chimenea.

–Vale. ¿Puedes volver a sentarte ahí y hacer lo que estuvieras haciendo aquella noche? El fiscal se sentará en el rincón de enfrente y yo aquí, entre los dos.

–¿Y quién se supone que vas a ser tú? –preguntó Ferguson con interés y cortesía.

–Pues nadie, de momento. Más adelante seré el asesino, lo que siempre he querido ser. ¡Vaya! Parece que ya ha empezado la algarabía.

Una serie de golpes en la puerta de la casa de Campbell dio testimonio de que Dalziel se estaba aplicando a la tarea.

–Adelante, Ferguson –dijo Wimsey.

Un tanto pálido y descompuesto a la luz de la lámpara de gas, Ferguson se acercó a la ventana y descorrió la cortina.

–¿Quién anda ahí? –gritó–. Por lo que más quieras, deja de armar tanto escándalo. Ah, eres tú Farren. ¿Qué pasa?

–¿Dónde está ese hijo de... de Campbell? –vociferó el sargento–. Usted perdone, señor, pero es que tengo órdenes de reproducir la conversación tal cual. ¿Dónde está Campbell?

–¿Campbell? No lo he visto en todo el día. No tengo ni idea de por dónde andará. ¿Por qué quieres verlo?

–¡Pues para rajarlo! –soltó el sargento a voz en grito–. No quiero ver a ese hijo de... rondando a mi mujer. Dime dónde puedo encontrar a ese cerdo hijo de... y le vuelo la tapa de los sesos.

–Estás borracho –dijo Ferguson.

–Si estoy borracho o dejo de estarlo, a ti ni te va ni te viene –replicó Dalziel con vehemencia–. Pero muy borracho no estaré cuando me doy cuenta cuando un hijo de... le hace la corte a mi mujer. ¿Dónde anda ese cerdo?

–No seas idiota, Farren. Sabes muy bien que Campbell no está haciendo nada por el estilo. Vamos, cálmate y olvídale. Vete a dormir la mona.

–¡Y tú vete a donde yo me sé! –vociferó el sargento–. Por lo menos, eso es lo que me han dicho que diga. ¡Sois los dos un par de... ya me entiendes!

–¿Por qué no te cuelgas del primer árbol que veas? –contestó Ferguson.

–Es justo lo que voy hacer –dijo Dalziel–. Voy a colgarme ahora mismo, pero antes voy a llevarme a Campbell por delante.

–¡Muy bien! Cuélgate o haz lo que quieras, pero no armes tanta bronca. Hazlo en otro sitio, por lo que más quieras.

Se hizo el silencio. Ferguson se quedó en la ventana. De pronto se oyó una voz lastimera:

–¿Qué hago ahora, señor? Mis órdenes son que me quede por aquí un rato.

–Dele una patada a la puerta, entre por la parte de atrás y haga ruido –contestó Ferguson–. Después vuelva a salir, suelte un montón de palabrotas y váyase en la bicicleta.

–¿Está todo bien, señor?

–Bastante bien –contestó Ferguson–. Una actuación estupenda. Le felicito.

–¿Me marcho ya?

–Ponga la bicicleta en su sitio y vuelva aquí –dijo Wimsey, que se había puesto al lado de Ferguson en la ventana.

–Muy bien –dijo Dalziel. La luz trasera de su bicicleta se alejó hacia la cerca y el brillo rojo se desvaneció detrás del seto.

–El respetable sargento se lo está pasando en grande –dijo Ferguson–. Pero su lenguaje no ha sido ni la mitad de bueno que el de Farren.

–A lo mejor nuestra presencia le ha coartado un poco –dijo Wimsey–. Las ocho y cuarto. El siguiente acto no empieza hasta después de las diez. ¿Qué hacemos, fiscal? ¿Jugar a las cartas o contar chistes? ¿O prefiere que le lea algo en voz alta? Ferguson tiene una buena colección de novelas policíacas. –Se acercó a las estanterías–. Oye, Ferguson, ¿dónde tienes eso de Connington, *El misterio de los dos billetes*? Se lo iba a recomendar al fiscal. Creo que le gustaría.

–Se lo he dejado al capellán del Anwoth –contestó Ferguson.

–¿Qué lástima! Bueno, no importa. Tienes uno de Austin Freeman, que es de lo más instructivo. A ver este, *El ojo de Osiris*. Es estupendo, sobre una momia y tal. O *El cadáver sobre una esterilla*, de Kennedy... es una cosa ligera y divertida, como su propio título indica. O bueno, si está harto de tanto cadáver, siempre tenemos la nueva de Colé, *Ladrones nadando en dólares*.

–No, gracias –contestó el fiscal con sequedad, desmentido por el destello tras las gafas–. Me he traído el último ejemplar de *Blackwood* para pasar el rato.

–¿Otra vez me ha ganado! –dijo Wimsey–. Ah, aquí está Dalziel. Venga, sargento, le echo una partida de dominó. Soy un hacha en el dominó.

Ferguson cogió un libro y se sentó frente a la chimenea. Wimsey sacó una caja con fichas de dominó de un bolsillo y las arrojó sobre la mesa. El sargento acercó una silla. El fiscal se puso a hojear el *Blackwood*.

El silencio se hizo opresivo. El revoloteo de las páginas, el chasquido de las fichas de dominó y el tictac del reloj resonaban demasiado, de una forma poco normal.

Dieron las diez.

–Ahora es cuando empiezas a prepararte para irte a la cama, ¿no, Ferguson? –preguntó Wimsey sin quitar los ojos de la mesa.

–Sí.

Ferguson retiró la silla y se levantó. Dio una vuelta por la habitación, recogiendo libros y periódicos. Se le cayeron unas cuantas cosas y volvió a ponerlas en su sitio. Fue hasta las estanterías, escogió un libro y a continuación se sirvió un whisky con soda. Se lo tomó lentamente, junto a la chimenea.

–¿Apago la luz? –preguntó, cuando hubo terminado.

–¿Apagaste la luz?

–Sí.

–Pues apágala.

Ferguson apagó la lámpara. La llama se fue debilitando, no sin que antes refulgiera la rojez de la camisa unos segundos, hasta extinguirse por completo.

–¿Me voy a la cama? –dijo alguien en la oscuridad.

–¿Te fuiste a la cama?

–Sí.

–Pues vete a la cama.

Se oyeron los pasos de Ferguson al salir lentamente por la puerta y después al subir las escaleras.

–Dios mío –dijo Wimsey en voz muy baja–. Ya me lo temía yo. ¡Escuche!

Por el sendero se oyó el ronroneo de un coche y el ruido fue aumentando a medida que se aproximaba a la cerca. Los faros destellaron al pasar frente a la ventana y desaparecieron. Wimsey se levantó.

–¿Lo has oído, Ferguson? –gritó hacia las escaleras.

–Sí.

–¿Qué es?

–El coche de Campbell.

–¿Puedes verlo?

–No lo veo, pero conozco el ruido del motor.

Wimsey salió al patio. El motor seguía encendido, con mucho ruido, y parecía que el conductor tenía dificultades para meterlo marcha atrás en el cobertizo.

–¿Qué demonios estás haciendo, Campbell? –gritó Wimsey–. Fíjate por dónde vas, borrachuzo. Vas a tirar ese muro otra vez.

La respuesta fue una andanada en lenguaje muy militar. Wimsey replicó y a continuación se produjo un interesante intercambio de improperios. Tras subir sigilosamente la escalera, en calcetines, el sargento Dalziel se encontró a Ferguson casi con medio cuerpo fuera de la ventana del dormitorio.

Se oían las estrepitosas voces de los hombres que reñían abajo. Después alguien dio un salto y se produjo una refriega, con dos cuerpos oscuros bamboleantes. Se oyó un golpe y alguien cayó al suelo, con un gemido de lo más realista.

–¿Fue así, señor Ferguson?

Ferguson se dio la vuelta con tal brusquedad que se dio un golpe en la cabeza con el marco de la ventana.

–¡Qué susto me ha dado! –exclamó–. No, en absoluto. Yo no oí nada parecido. No pasó así.

–En fin –dijo el sargento en tono filosófico–. A lo mejor estamos equivocados. Por cierto, señor Ferguson, tengo que pedirle que no vaya a acostarse ahora, porque vamos a necesitar la habitación como punto de observación.

–¿Y entonces qué hago?

–Pues baje y quédese con el fiscal en la sala de atrás.

–No sé qué es lo que pretenden –cediendo ante la presión del sargento sobre su brazo–, pero se equivocan de medio a medio. Y si no me van a dejar descansar durante toda la noche, me gustaría ir a pedir una habitación en el Anwoth.

–Pues no es mala idea, señor –replicó el sargento–, pero vamos a rogarle que aguarde aquí hasta las doce. Ya voy yo al hotel a decirles que le esperen.

–Puedo ir yo, sargento.

–Yo puedo ahorrarle la molestia, señor –contestó cortésmente Dalziel.

Habían bajado las escaleras con una linterna y acompañó a su víctima al estudio, donde estaba el fiscal, leyendo tranquilamente *Blackwood*, a la luz de una vela.

–Siéntese, señor –le pidió amablemente–. Yo vuelvo enseguida. ¡Ah! Ya llega el inspector Macpherson con el coche. Le hará compañía.

El inspector entró al cabo de unos momentos.

–¿Qué ha pasado? –preguntó el sargento con impaciencia.

–Su señoría está dale que dale con el cadáver, intentando revivirlo con whisky –dijo el inspector con una sonrisa.

–Inspector, ¿puede quedarse aquí un momento mientras yo voy corriendo al Anwoth a reservar una habitación para el señor Ferguson?

Macpherson miró la frágil figura del fiscal y después a Ferguson. Haciendo una pelota con el pañuelo entre las sudorosas manos, asintió con la cabeza. El sargento salió. Se hizo un largo silencio.

El sargento Dalziel no llegó más allá de la cerca, que enfocó con la linterna. La voluminosa silueta del agente Ross surgió silenciosamente de detrás del seto. Dalziel lo despachó al hotel, susurrándole algo al oído, y se fue a ver qué pasaba en el patio.

Allí se encontró con el jefe policía tirado en el suelo y Wimsey dándole primeros auxilios como un poseso.

–¿Ya está muerto? –preguntó Dalziel, preocupado.

–Como un corderito –replicó el asesino con tristeza–. Supongo que deberíamos haber seguido un poco más con la bronca, pero lo importante es que está muerto. ¿Qué hora es? Las diez y media. Muy bien. Tuvo estertores unos minutos y después murió. ¿Cómo se lo ha tomado Ferguson?

–Mal, pero lo niega –respondió el sargento.

–Natural.

–Se va a ir al Anwoth para pasar la noche tranquilo.

–Espero que duerma bien, pero lo necesitamos aquí hasta las doce.

–Sí, ya se lo he explicado.

–Bien. Continuemos. Yo supuestamente estoy preparando la fuga.

El sargento esperó a que regresara el agente Ross y después volvió a casa de Ferguson para anunciar que todo estaba bien.

–¿Qué tal ha ido su parte, señor? –preguntó al inspector.

–Bien... lo del tiempo ha funcionado estupendamente. Hemos dado un margen de cinco minutos para la pelea y otros cinco para el corte de pelo.

–¿Ha pasado alguien cerca?

–Ni un alma.

–Menos mal. Bueno, voy con su señoría.

–Bien.

–Pero inspector, todo esto es un error –protestó Ferguson–. No podría haber ocurrido una cosa así sin que yo lo oyera.

–Podría haber tenido lugar en la carretera –dijo el inspector con diplomacia–, pero resulta más práctico hacerlo en privado.

–Ya. Comprendo.

Al volver al patio, el sargento vio a Wimsey cargando trabajosamente a sus espaldas con el jefe de policía. Metió el cuerpo inerte en el garaje y lo dejó caer al suelo pesadamente.

–¡Eh! –dijo el cadáver.

–A callar, señor. Está usted muerto –contestó Wimsey–. No podía llevarlo arrastrando, porque habría dejado huellas. –Se quedó mirando el cuerpo–. No hay sangre –dijo–. Gracias a Dios, no hay sangre. Voy a hacerlo. Tengo que hacerlo. Tengo que pensar, nada más. Piensa. Puedo hacer como si me hubiera ido a pescar. No, eso no sirve. Necesito un testigo. Vamos a ver. Lo dejo aquí y hago como si Farren lo hubiera hecho. Pero a lo mejor Farren se ha ido a casa. Es posible que demuestre que no estaba allí. Además, no quiero meter en líos a Farren, si puedo evitarlo. ¿Y si hago como si pareciera un accidente? –Salió al coche–. Mejor meto esto, no vaya a ser que vuelva Farren. Como vuelva, lo pillo. O me pilla él a mí. O lo uno o lo otro. No, eso no va a servir, y no puedo contar con ello. Lo suyo es un accidente. Y una coartada. ¡Un momento! –Metió el coche marcha atrás en el garaje y apagó las luces–. Y ahora, whisky. Eso va a ser. –Recogió la botella de donde la había dejado–. Dalziel, es probable que lo pensara en la casa, pero de momento voy a pensar en el garaje. Voy a por un par de vasos y una jarra de agua.

Un grito ahogado en el garaje indicó que el cadáver se estaba poniendo nervioso.

–¡Vale, cadáver! –chilló Wimsey alegremente–. Voy a por las copas.

Cogió los vasos y el agua, con Dalziel a la zaga como un perrillo, y llevó toda la carga al garaje.

–Vamos a tomarnos algo –dijo–. Puede incorporarse, cadáver. Vamos a ver. Me resulta difícil pensar el plan en voz alta porque ya sé cuál va a ser, pero también sé que cuando empecé a descubrirlo, tardé como una hora en dar con las líneas generales y un poco más en perfilar los detalles. Así que vamos a suponer que Ferguson necesitó todo ese tiempo. Me pondré manos a la obra alrededor de las once y media. Mientras tanto, voy a escribir una lista de las cosas que tengo que hacer. Sería terrible que me olvidara de algo.

Encendió las luces y volvió a apagarlas.

–Será mejor que no. No puedo correr el riesgo de que se acabe la batería. Déjeme la linterna, Dalziel. No quiero hacerlo en la casa, delante de las narices de Ferguson. A lo mejor se viene abajo y confiesa, pero a lo mejor no. Además, preferiría que no lo hiciera. Estoy entusiasmado con esta reconstrucción.

Sacó un cuaderno del bolsillo y se puso a escribir. El jefe de policía y el sargento pasaron la botella de whisky de mano en mano, mientras hablaban en susurros. La torre de la iglesia dio las once. Wimsey siguió escribiendo. Y a las once y cuarto leyó las páginas que había escrito con sumo cuidado y se las guardó en el bolsillo. Al cabo de diez minutos se levantó.

–Supuestamente, ya he trazado mi plan a estas horas –dijo–. Bueno, más o menos. Ahora tengo que ponerme manos a la obra. Esta noche tengo que dormir en dos camas, así que voy a empezar con la de Ferguson. Dalziel, vaya preparándose para ser Strachan.

El sargento asintió con la cabeza.

–Y será mejor que el cadáver se quede aquí. Hasta luego, muchachos. Dejen algo en la botella para mí.

El cadáver y el sargento se quedaron unos momentos junto a la puerta, observando la oscura figura de Wimsey mientras cruzaba el patio. Estaba oscuro, pero no como boca de lobo, y lo vieron entrar muy ligero por la puerta. Inmediatamente parpadeó la luz de una vela en el dormitorio. Dalziel se marchó, se metió en el coche y lo puso en marcha.

–¡Ferguson!

La voz de Wimsey sonó un poco ronca. Ferguson se levantó y fue al pie de las escaleras.

–Sube.

Ferguson subió de mala gana y se encontró a Wimsey sin zapatos y en mangas de camisa junto a la cama.

–Voy a tumbarme un rato a descansar. Quiero que te quedes aquí conmigo hasta que pase algo.

–Esto es una estupidez.

–Sí, bastante, pero dentro de poco te librarás de todo esto.

Wimsey se metió en la cama y se cubrió con las sábanas. Ferguson se sentó en una silla junto a la ventana. Al poco se oyó el ruido de un coche, se paró ante la cerca y unas pisadas cruzaron apresuradamente el patio.

Toc, toc, toc.

Wimsey consultó su reloj. Las doce y diez. Saltó de la cama y se puso al lado de Ferguson, casi codo con codo.

–Asómate a la ventana, por favor.

Ferguson obedeció. Una oscura silueta se dibujó en el umbral de la puerta de Campbell. Volvió a llamar a la puerta, retrocedió y miró a las ventanas; dio la vuelta a la casa y fue de nuevo hasta la puerta. Después se hizo a un lado y se puso a rebuscar detrás del postigo. Se oyó el rascar de una llave al meterla en la cerradura. Se abrió la puerta, y alguien entró.

–¿Va bien así?

–Sí.

Se quedaron observando. En la ventana lateral de la habitación de abajo destelló una linterna. Después se apagó y volvió a aparecer en el dormitorio, cuya ventana estaba enfrente de la de Campbell. Los destellos fueron moviéndose por la habitación y de repente se desvanecieron. Al cabo de un rato reaparecieron abajo y se quedaron fijos.

–¿Va bien así?

–Pues no. Eran cerillas, no una linterna.

–Ya. Por cierto, ¿cómo te diste cuenta? Pensaba que solo habías oído entrar a esa persona, pero que no habías visto nada.

Oyó el respirar sibilante de Ferguson y a continuación:

–¿Yo he dicho eso? Pues no es la impresión que quería dar. Oí que se abría la puerta y vi la luz arriba, pero no vi a la persona que había entrado.

–¿Y tampoco la viste salir?

–No.

–¿Y no tienes ni idea de quién era?

–No.

–¿Y no viste a nadie más aquella noche?

–A nadie.

–¿Y viste a Campbell marcharse en su coche a las siete y media de la mañana siguiente?

–Sí.

–Vale. Pues ya puedes largarte, si quieres.

–Pues casi si... pero Wimsey...

–Dime.

–No, nada. Buenas noches.

–Buenas noches.

–El pobre ha estado a punto de contármelo –dijo Wimsey.

Ferguson salió de la casa y traspasó la cerca. Dos sombras salieron de detrás del seto y lo siguieron sigilosamente.

Wimsey se quedó esperando en la ventana hasta que vio salir a Dalziel de la casa de al lado, cerrar cuidadosamente la puerta y dejar la llave en su escondite. Cuando se hubo apagado el ronroneo del coche, bajó a toda prisa las escaleras y entró en el garaje.

–¡Cadáver! –gritó.

–¡Aquí estoy, señor! –contestó el cadáver sin tardanza.

–Mientras ese tipejo horrendo andaba husmeando por aquí, yo... o sea en mi papel de asesino, pues se me ha ocurrido una idea terrible. Que se está usted quedando rígido, y que si lo dejo así no podré meterlo en la trasera del coche. Salga usted y póngase cómodamente encorvado.

–¿No me va a meter primero en el coche?

–No, porque entonces no parecería natural. Voy a ponerlo en el suelo. ¿Dónde está ese sinvergüenza de Dalziel? Espero que no se haya ido corriendo a Falbae en cumplimiento de su deber. No. Aquí está. Dalziel, ayúdeme a poner el cadáver exactamente como estaba cuando lo encontraron. Tenía los brazos cruzados, me parece, y la cabeza apoyada... ¡no, no tanto! No tenemos que ocultar el moratón de la sien. Eso es. Y las piernas dobladas. Muy bien. Así. Está estupendo.

–¿Y me voy a quedar así toda la noche? –preguntó sir Maxwell acongojado.

–No... pero acuérdesse de la postura, porque mañana nos va a hacer falta. Podemos dar esto por concluido. Ahora vamos a cerrar la puerta del garaje y a llevarnos la llave, no vaya a ser que venga alguien. Vamos a casa de Campbell. ¿Qué tal, fiscal? Qué, ¿a divertirse un rato? ¿Y Macpherson? Aquí tenemos el programa.

»Ahora buscamos la llave, abrimos la puerta y la cerramos, creo. Cerramos los postigos y encendemos la luz. ¡Dios mío! ¿Qué es esto? Una nota. «Busca a F.» ¡Santo cielo! Ah, no, claro. No se refiere a mí, sino a Farren. Bueno... ¿La destruimos? Sí, mejor destruirla. Estamos poniendo en escena un accidente, no un asesinato. No deseamos que haya el menor signo de violencia. Además... hay que portarse bien con Farren. Campbell va a estar vivo hasta mañana a las siete y media, o sea que encontró esto y lo leyó. Pero ¿cuándo entró? Después de las doce, claro, puesto que Strachan puede asegurar que no llegó antes. Ya. Pero ¿cómo sé yo cuántas personas lo vieron entrar a las diez y cuarto? O una cosa o la otra. Mejor pensar que entró y volvió a salir mientras yo estaba dormido. Y a lo mejor se fue a pie, y por eso no oí el coche. ¡Maldito Strachan! ¿Por qué tuvo que meter las narices en este asunto?

»En fin... La cama de Campbell y su pijama. No, nos vamos a poner el pijama. Lo sacudimos un poco... el martes es día de colada, o sea que lo había usado durante una semana y solo con tirarlo al suelo parecerá natural. El lavabo... agua sucia... a lavarse la cara y las manos. La toalla mojada. La cama. Qué horror, estar en la cama cuando ni puedes ni debes dormir, pero hay que hacerlo. Y así se puede pensar.

»También se puede leer. Tengo varios libros, de los de Ferguson. Horarios de L.M.S. Interesante, aunque con un estilo un tanto telegráfico. Mapa de carreteras, también de la casa de al lado. ¿Está la cama lo suficientemente revuelta? No, otra media hora... otra media hora de desazón, me temo.

Una vez transcurrida la media hora de desazón, el asesino se levantó de la cama, arrastrando las sábanas.

–Bueno, parece bastante convincente. Agua sucia al cubo y un poquito más. ¿Brocha de afeitarse? ¿Cepillo de dientes? No, maldita sea. Eso después. Si no, se van a secar. Pero puedo preparar los

materiales para pintar y dos desayunos. Y mientras tanto, sigo trazando el plan. De momento hay un punto muy débil y tengo que confiarlo a la suerte. A propósito, debo decirles que tengo intención de coger el tren de las doce y treinta y cinco desde Barrhill, pero todo depende de que me vaya a tiempo del Minnoch. Esperemos que no haya mucha gente.

–Pero si no fue a Barrhill.

–No. Algo debió de pasar para que cambiara de idea. –Wimsey estaba trajinando con los cacharros de cocina–. Recordarán que mi principal preocupación es llegar como sea a Glasgow. He anunciado que tengo intención de ir y me pondría no solo nervioso, sino incluso enfermo, si tuviera que cambiar de planes. Si supieran cómo me da vueltas la cabeza... ¡Ya está! El desayuno de Campbell preparado: tetera, taza y platillo, dos platos, cuchillo, tenedor, pan, mantequilla, azúcar. ¡La leche! Por cierto, tengo que acordarme de llevarme la leche de Campbell por la mañana, es que sé cuándo esperarlo. Los huevos, el tocino y la sartén en la cocina. Y ahora, a mi casa. Aquí lo mismo. Creo que desayuné arenques, pero no importa. Para mayor comodidad, será un huevo cocido.

No paró de hablar mientras preparaba las cosas del desayuno y, de repente, como si se le hubiera ocurrido algo, dejó caer la sartén al suelo de la cocina.

–¡Maldita sea! Por poco se me olvida. Esta coartada depende de que me vaya en tren desde Gatehouse, pero ayer le dije a un montón de gente que iba a ir en coche hasta Dumfries y a coger el tren de las ocho menos veinticinco desde allí. ¿Por qué iba a cambiar de idea? Parecería muy raro. El coche. Le pasa algo al coche, algo que no pueden arreglar inmediatamente los del pueblo. Ya está... La dinamo. Además, eso contribuirá a la coartada. Tranquilo, muchacho. Tienes tiempo de sobra. Acaba una cosa bien antes de pasar a la siguiente. Vale. Desayuno listo. A ver. He hecho la cama, pero queda lo del agua y demás. Hay que hacerlo ahora. El pijama... Agua sucia por partida doble. Qué buena idea. Camisa y calcetines limpios para ir a Glasgow, y traje respetable. Tienen que imaginárselo. Tiene que ser una chaqueta de franela gris, para que haga juego con los pantalones de Campbell. Aquí está, colgada y todo. No me la voy a poner, pero podemos echarle un vistazo a los bolsillos. ¡Vaya, Macpherson, aquí está usted! ¿Ve la mancha de pintura blanca en el forro del bolsillo izquierdo de la chaqueta? Hay que ver, qué descuido. Esto lo quitamos con un poquito de bencina. Venga, ya está.

Se cambió de prendas rápidamente mientras los policías examinaban la chaqueta de franela gris con gran satisfacción. Muy bien con el histrionismo y demás, pero aquello tenía toda la pinta de ser una prueba definitiva.

Wimsey dio a entender que ya había acabado de cambiarse de ropa.

–Voy a pasar la noche en Glasgow, así que tengo que llevarme un maletín. A ver. Pijama limpio, avíos de afeitado, cepillo de dientes. Mejor me afeito ahora y ahorro tiempo. Cinco minutos para afeitarme. Ya está. ¿Qué más? Ah, una gabardina. Absolutamente imprescindible. Eso será lo primero. Y un sombrero de fieltro. *Voilà!* Un cuello de camisa limpio, sin duda. Ahí está. Y la dinamo también dentro. Con eso casi se llena el maletín. Y ahora volvamos a empezar.

Fueron a la casa de Campbell y, tras ponerse unos finos guantes, Wimsey revisó y volvió a guardar los materiales de pintura de Campbell, que había traído Dalziel de la comisaría con tal objeto.

–Campbell debió de llevarse algo de comer –observó el asesino pensativamente–. Voy a preparar algo. En la despensa hay un jamón. Pan, mantequilla, mostaza. Y una petaca de whisky, que gentilmente han dejado a la vista. Creo que será mejor que la llene. Estupendo. Ahora salimos y quitamos la dinamo. Con cuidado. Ya sale. Hay que estropearla. No se estropeará, pero vamos a suponer que sí. A envolverla bien con papel de estraza. Ferguson es muy apañado. Siempre tiene trozos de cuerda, papel y sobres por si hacen falta. Bien. Vamos a meterlo todo en el maletín para no olvidarlo. Necesitaremos una gorra para cuando dejemos de ser Campbell. La guardamos en la capa. Ah, sí, y estas gafas irán muy bien para el disfraz. Son de Campbell, pero por suerte son de sol, sin graduación. Muy bien. Al bolsillo. Bueno, ya estamos listos.

»Ha llegado el momento de confiar en la suerte. Vamos a salir a buscar una bicicleta. A lo mejor tardamos un poco, pero seguro que habrá alguna en una calle u otra. Hay que apagar las luces y

cerrar las dos puertas. Nos llevamos las llaves. No podemos arriesgarnos a que vengan más Strachan de visita mientras estamos fuera.

Acompañando las palabras con la acción, Wimsey salió y bajó rápidamente por la carretera, seguido de cerca por los observadores.

—Ya les dije que íbamos a hacer ejercicio —dijo—. Será mejor que ustedes cojan el coche. Yo volveré en la bicicleta.

Cuando la comitiva llegó frente al hotel Anwoth, una voluminosa figura fue a su encuentro cautelosamente.

—Está dentro —dijo el agente Ross—. Duncan está vigilando la otra entrada y tenemos al policía de Gatehouse en el jardín de atrás para que no se escape por las ventanas. Aquí tiene la bicicleta, milord.

—¡Estupendo! —exclamó Wimsey—, A la primera. Cualquiera diría que la han dejado aquí a propósito. No —añadió cuando el policía encendió atentamente una cerilla—, nada de luces. En teoría la estoy robando, amigo mío. Buenas noches o, mejor dicho, buenos días. Deséennos suerte.

Eran poco más de las dos cuando Wimsey volvió a la casa en la bicicleta.

—Y ahora podemos descansar un poco —dijo tras haber guardado la bicicleta en el garaje—. No va a pasar nada más hasta las cinco.

En consecuencia, los maquinadores se arroparon con mantas y abrigos, se acomodaron en sillas y alfombrillas y adjudicaron el sofá al fiscal en consideración a su edad.

Como buen militar que había sido, el jefe de policía se quedó dormido inmediata y profundamente. Lo despertó un poco antes de las cinco un estruendo de cacerolas y sartenes.

—El desayuno para los observadores se sirve en la cocina —le dijo Wimsey al oído—. Yo voy a terminar de arreglar los dormitorios.

A las cinco y cuarto había acabado la tarea; dejó el cepillo de dientes, la brocha de afeitar de Campbell, las dos pastillas de jabón y las dos toallas húmedas y todos los detalles en su sitio. Después bajó a prepararse y tomarse en solitario los huevos con panceta en el salón de la casa de Campbell. Dejó la tetera en el hornillo para que se mantuviera caliente.

—No sé si dejó el fuego encendido o volvió a encenderlo, pero no importa —dijo—. Cadáver, es hora de que lo meta en el coche. Probablemente lo hice antes, pero es que es una postura muy incómoda. Vuelva a adoptarla y recuerde que supuestamente ya está rígido por completo.

—A lo mejor usted lo encuentra divertido, pero a mí me está matando —refunfuñó sir Maxwell.

—Esa es la idea —replicó Wimsey—. No se preocupe. ¿Listo? ¡Arriba!

—¡Vaya! Su señoría es muy fuerte para su tamaño —dijo Macpherson mientras Wimsey aferraba el agarrotado y reacio cuerpo del jefe de policía y lo depositaba en el asiento trasero del Morris.

—Es cuestión de cogerle el tranquilo —dijo Wimsey estrujando despiadadamente a su víctima entre el suelo y el asiento—. Espero que no quede incapacitado, señor. ¿Puede aguantar? —añadió, mientras se ponía los guantes.

—Adelante —dijo el cadáver con voz ahogada.

Wimsey metió de golpe los artículos de pintura (caballete, taburete y cartera), a continuación la capa y el sombrero de Campbell, puso encima la bicicleta, que ató con una cuerda que sacó de un rincón del garaje, y envolvió la incómoda carga con una alfombra.

—Vamos a dejar que el caballete sobresalga un poco —comentó—. Parece inocente y explica el resto de la carga. ¿Está bien así? ¿Qué hora es?

—Las seis menos cuarto, milord.

—Bien. Ya podemos marcharnos.

—Pero no se ha tomado el desayuno de Ferguson, milord.

—No. Eso es después. Un momento. Será mejor que volvamos a cerrar las puertas con llave. ¡Ya está!

Se encasquetó una gorra de paño en la cabeza, se arrebujó en una gabardina y una bufanda y se acomodó en el asiento del conductor, irreconocible.

—¿Listo? ¡Pues allá vamos!

El coche salió suavemente con toda su carga a la pálida luz de la mañana. Torció a la derecha al final del sendero y se dirigió a la estación de Gatehouse. El coche de observación giró a su vez y lo siguió.

La carretera ascendía gradualmente, elevándose triunfal a su paso por la belleza boscosa de Castromont, dominando el hermoso valle del Fleet; salía entre árboles al altivo extremo del páramo, con las ondulantes colinas a la derecha asomando la cabeza entre la niebla, pasaba junto a la cantera y seguía subiendo hasta el extenso terreno de brezales y pastos. Las ovejas los miraban desde el borde de la carretera y echaban a correr como tontas. Las perdices disfrutaban de sus últimas semanas de tranquilidad, y salían de entre el brezo con gran algarabía y batir de alas. Al noroeste, blancos a la luz de la mañana, los gráciles arcos del viaducto del Fleet lanzaban pálidos destellos. Y enfrente, sombrío y ceñudo, se alzaba el gran muro de los riscos de Dromore, hendidos, escarpados y grises como el granito, puerta del páramo y barrera del Fleet.

La casita junto al paso a nivel parecía aún dormida y la verja estaba abierta. Los coches cruzaron las vías y, evitando la entrada de la estación, giraron bruscamente a la izquierda, por la vieja carretera de Creetown. Durante cierto trecho el camino estaba flanqueado a ambos lados por un muro de piedra que desaparecía al cabo de varios cientos de metros. Wimsey levantó una mano a modo de aviso, se detuvo, metió el coche con unas cuantas sacudidas en la hierba y lo llevó al abrigo del muro de la izquierda. El coche de la policía paró en mitad de la carretera.

—¿Qué pasa? —preguntó Macpherson.

Wimsey se apeó y miró con cautela debajo de la alfombra.

—¿Sigue vivo, sir Maxwell?

—Más o menos.

—Bueno, creo que podría salir a estirar las piernas. No vamos a necesitarlo hasta las nueve.

Siéntese tranquilamente con el fiscal a fumar un cigarrillo.

—¿Y qué van a hacer los demás?

—Volver conmigo a Gatehouse a pie —contestó Wimsey con sombría sonrisa.

—¿No podemos ir en el coche? —preguntó Macpherson en tono lastimero.

—Sí pueden, pero serían ustedes más amables si me entretuvieran con una amena conversación.

¡Maldita sea! Tengo que andar.

Finalmente acordaron que Macpherson fuera a pie con lord Peter mientras Dalziel llevaba el coche por si el ómnibus de la estación iba demasiado lleno. Tras decirle al fiscal que vigilara el cadáver para que se portara bien, Wimsey agitó alegremente una mano e inició la penosa marcha de diez kilómetros hasta Gatehouse.

El último kilómetro resultó el más incómodo, porque empezaba a haber tráfico y tuvieron que saltar continuamente muros y esconderse bajo los setos para evitar que los vieran. En el último momento estuvo a punto de pillarlos en el sendero el repartidor de periódicos, que pasó silbando a medio metro de ellos, pero se agacharon tras un oportuno espino.

—Maldito repartidor —dijo Wimsey—. Naturalmente, Ferguson lo habría esperado. De todos modos, es probable que hiciera todo esto antes, pero no quería dejar el cadáver al raso toda la noche. Las ocho menos cuarto. No nos queda mucho tiempo. No importa. Vamos allá.

Recorrieron el resto del sendero a la carrera, abrieron la puerta de la casa de Campbell, escondieron la llave, siguieron todo el proceso de coger la leche y tirar un poco al fregadero, coger y abrir cartas y periódicos y volver a toda velocidad a la casa de Ferguson. Allí Wimsey cogió la leche de Ferguson, coció un huevo, preparó té y se sentó a desayunar con aire de satisfacción.

A las ocho apareció la rechoncha figura de la señora Green bamboleándose por el sendero. Wimsey se asomó a la ventana y la saludó amistosamente con la mano.

—Será mejor que la avise, Macpherson —dijo—. Como entre en casa de Campbell, le da un ataque.

Macpherson salió apresuradamente y Wimsey lo vio desaparecer por la puerta de la casa de al lado con la señora Green. Volvió enseguida, con una amplia sonrisa.

—Estupendo, milord —dijo—. Me ha dicho que todo está bien, justo igual que la mañana que Campbell desapareció.

—Bien —replicó Wimsey.

Terminó de desayunar, guardó la gabardina en el maletín y dio una vuelta por la casa para asegurarse de que no había nada sospechoso. Con la excepción de los misteriosos restos de cuatro desayunos de más en la cocina, todo parecía normal. Salió, vio a la señora Green frente a las dos casas, habló un momento con ella, dejándole caer que iba a coger el ómnibus de la estación y fue tranquilamente hasta el final del sendero.

Poco después de las ocho y media se oyó el jadeo del ómnibus al subir por la carretera. Wimsey lo paró haciendo señas y subió. El coche de la policía iba detrás, lo que despertó el interés de los demás pasajeros.

A las nueve o un poco después, ómnibus y coche se detuvieron en el patio de la estación. Wimsey se apeó y se acercó al coche.

—Quiero que venga conmigo hasta el tren, inspector. Cuando arranque, salga y vuelva aquí con Dalziel. Después salgan a la otra carretera y recojan el otro coche.

Los dos policías asintieron, y Wimsey entró en la estación con el inspector a la zaga. Habló con el jefe de estación y el taquillero y sacó un billete de primera clase de ida y vuelta para Glasgow. Al cabo de unos minutos anunciaron la entrada del tren y se produjo un éxodo hacia el andén de enfrente. El jefe de estación cruzó, con el bastón bajo el brazo; el guardavía bajó de su privilegiado puesto y también cruzó para ejercer las funciones de mozo. Los pasajeros del ómnibus atravesaron las vías en tropel, seguidos por el cobrador, a la caza de pasajeros de vuelta con paquetes. El taquillero se retiró a su despacho y cogió un periódico. Wimsey y el inspector cruzaron con los demás pasajeros.

El tren entró en la estación. Wimsey estrechó la mano del inspector con afecto, como si no fuera a volver a verlo durante un mes, y subió al compartimento de primera cuya puerta tenía abierta el mozo. El jefe de estación intercambió bastones y un par de comentarios con el guarda. Llevaron una jaula de pollos y la metieron en el furgón. A Macpherson se le ocurrió de repente que todo iba mal. Tendría que ir con Wimsey. Corrió al vagón y se asomó a la ventanilla. El compartimento estaba vacío. Sonó el silbato. El vigilante agitó la bandera. El mozo le ordenó a Macpherson con mucho griterío que se apartase. El tren salió. Macpherson miró a derecha e izquierda y se dio cuenta de que las vías estaban vacías.

—¡Dios! —exclamó dándose una palmada en el muslo—. Entrar por un lado y salir por el otro. Pero si es el truco más viejo del mundo. —Cruzó precipitadamente las vías y se encontró con Dalziel—. ¡Ese viejo zorro! —exclamó con afecto—. ¡Lo ha hecho! ¿No lo ha visto cruzar?

Dalziel negó con la cabeza.

—¿Es eso lo que ha hecho? Ah, claro, el edificio de la estación está entre medias y hay un sendero que pasa por el jardín del jefe de estación. Por ahí habrá ido. Venga, en marcha.

Pasaron por la entrada de la estación y enfilaron la carretera. Delante de ellos caminaba con brío una pequeña figura de gris. Eran las nueve y diez.

LORD PETER WIMSEY

Volvieron a meter el cadáver en el coche. Wimsey se puso la capa y el sombrero de Campbell y se enrolló una bufanda alrededor de la barbilla, de modo que apenas eran visibles sus rasgos bajo el ala del sombrero negro. Salió marcha atrás a la carretera y empezó a conducir pausadamente hacia Creetown. La carretera estaba llena de piedras y Wimsey sabía que los neumáticos estaban muy gastados. Un pinchazo habría sido fatídico. Mantuvo una prudente velocidad de treinta kilómetros por hora, mientras pensaba en lo desesperante que debía de haberle resultado avanzar con tanta lentitud a Ferguson, para quien el tiempo era tan valioso. Con un cadáver de verdad, debía de ser una tentación terrible arriesgarse a ir a todo gas.

La carretera estaba desierta, salvo por el arroyuelo que reía apaciblemente a un lado. En una ocasión tuvo que bajarse para abrir una cerca. El arroyo abandonaba el borde derecho de la carretera, se deslizaba bajo un pequeño puente y reaparecía a la izquierda, cabrilleando sobre piedras hasta serpentear entre los árboles. El sol empezaba a picar.

Entre las nueve y veinte y las nueve y veinticinco llegaron a la pequeña pendiente que baja hasta Creetown, frente a la torre del reloj. Wimsey giró a la derecha, se adentró en la carretera principal y se encontró con la mirada atónita del propietario del hotel Ellangowan, que estaba hablando con un automovilista junto a la gasolinera. Se quedó mirando unos momentos como si hubiera visto una aparición; después vio a Macpherson y a Dalziel, que venían en el otro coche con el fiscal, y agitó una mano con sonrisa de complicidad.

–Primer incidente imprevisto –dijo Wimsey–. Qué raro que no vieran a Ferguson por aquí... sobre todo porque probablemente le habría gustado que lo vieran. Pero así es la vida. Cuando deseas algo, no lo consigues.

Apretó el acelerador y enfiló la carretera a más de cincuenta y cinco. Tras unos ocho kilómetros pasó junto a la desviación de la carretera de New Galloway. Eran las nueve y media pasadas.

«Por los pelos», pensó Wimsey. Siguió pisando el acelerador, corriendo por la superficie antideslizante, recién construida, que hacía de la carretera entre Creetown y Newton-Stewart una de las mejores y más seguras de los tres reinos. Justo al salir de Newton-Stewart tuvo que reducir la velocidad para pasar junto a la apisonadora y los trabajadores, porque las obras habían llegado ya a ese punto. Tras un breve retraso, entre sacudidas sobre el granito recién extendido, volvió a acelerar, pero en lugar de seguir por la carretera principal, justo antes de llegar al puente tomó una secundaria que discurría en paralelo a esta y atravesaba Minnigaff, siguiendo la orilla izquierda del Cree. Se internaba por un bosque, pasaba junto a la presa del Cree, por Longbaes y Borgan, y desembocaba en la solitaria región de las colinas, henchida de verdes montículos, redonda como la colina del rey de Elfland, y tras una curva cerrada a la derecha, Wimsey avistó al fin su meta: el puente, la cerca de hierro herrumbroso y la empinada pared de granito que se asomaba al Minnoch.

Adentró el coche en la hierba y se bajó. El coche de policía se detuvo al abrigo de una pequeña cantera al otro lado de la carretera. Cuando los observadores se reunieron con él, Wimsey ya estaba desenrollando la alfombra y sacando la bicicleta.

–Ha sido todo un récord –dijo el inspector–. Justo las diez.

Wimsey asintió con la cabeza. Subió rápidamente a un altozano para inspeccionar la carretera y las colinas a derecha e izquierda. No se veía ni un alma, ni tan siquiera una oveja o una vaca. Aunque se encontraban a escasos metros de la carretera y a poca más distancia de una granja, todo estaba calmo, silencioso como un desierto. Volvió corriendo al coche, tiró los materiales de pintura sobre la hierba, abrió la portezuela y sacó sin miramientos al jefe de policía que, acurrucado y más muerto que vivo tras tan desagradable viaje, apenas necesitó fingir la rigidez que le invadía todo el cuerpo. Llegó a la última etapa del viaje como un fardo, bamboleándose sobre la espalda de Wimsey, y acabó cayendo sobre el duro granito, al borde de la pendiente.

–Espere aquí y no se mueva, o se caerá al río –dijo Wimsey en tono amenazador.

El jefe de policía hincó los dedos en el brezo y se puso a rezar en silencio. Abrió los ojos, vio la pendiente de granito que caía en picado y volvió a cerrarlos. Al cabo de unos minutos lo envolvió el asfíxante olor a moho de la alfombra. Después silencio, a continuación voces y risas despiadadas. Volvió a quedarse solo. Intentó imaginar qué ocurría y lo adivinó: Wimsey estaba escondiendo la

bicicleta en alguna parte. Volvió a oír voces, y unos cuantos improperios entre dientes le dieron a entender que alguien estaba colocando un caballete con manos inexpertas. Más risas. Entonces alguien retiró la alfombra y Wimsey anunció:

—Ya puede salir.

Sir Maxwell se apartó cautelosamente a cuatro manos del precipicio que, a sus recelosos ojos, tenía una profundidad de unos sesenta metros, rodó por el suelo y se incorporó.

—¡Dios mío! —exclamó frotándose las piernas—. ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

—Lo siento, señor —dijo Wimsey—. Es que si hubiera estado muerto de verdad, ni lo habría notado, pero yo no quería llegar tan lejos. Bueno, tenemos una hora y media, y yo debería pintar un cuadro, pero como eso está por encima de mis posibilidades, he pensado que podíamos almorzar. Hay algo de comer en el otro coche. Ya lo suben.

—A mí no me vendría mal algo de beber —dijo sir Maxwell.

—También se lo darán. ¡Vaya! Viene alguien. Vamos a darle un susto. Vuelva a meterse debajo de la alfombra, señor.

Se oyó el tableteo de un camión a lo lejos. El jefe de policía agarró apresuradamente la alfombra y se quedó inmóvil. Wimsey se sentó ante el caballete, paleta y pincel en mano.

El camión apareció en el puente. Al mirar con el interés natural al lugar donde había ocurrido la tragedia, el conductor vio el caballete, el sombrero negro y la llamativa capa. Soltó un alarido espeluznante y hundió el pie en el acelerador. El camión avanzó dando tumbos, desparramando estrepitosamente las piedras a derecha e izquierda. Wimsey se echó a reír. El jefe de policía se incorporó de un salto para ver qué pasaba y también se rió. Al cabo de unos minutos los demás miembros del grupo estaban con ellos, con una risa tan convulsa que apenas podían sujetar los paquetes que llevaban.

—¡Ha sido estupendo, oye! —dijo Dalziel—. Era Jock. ¿Habéis oído qué chillido ha pegado? Y habrá ido a decir a los de Clauchaneasy que el fantasma de Campbell está pintando cuadros en el Minnoch.

—Confío en que no le pase nada al pobre muchacho con el camión —dijo el fiscal—. Me ha parecido que conducía a una velocidad temeraria.

—No se preocupe por él —repuso el jefe de policía—. Los muchachos como ese tienen siete vidas. No sé ustedes, pero yo estoy muerto de hambre y de sed. Desayunar a las cinco y media es espantoso.

El picnic fue muy animado, pero lo interrumpió el regreso de Jock, que fue con varios amigos a contemplar el portento de un fantasma a plena luz del día.

—Esto ya es de dominio público —dijo Wimsey.

El sargento Dalziel bajó gruñendo a advertir a los espectadores que se marcharan, aún masticando un trozo de empanada de jamón y ternera con sus potentes mandíbulas. Las colinas recuperaron la calma de costumbre.

A las once y veinticinco Wimsey se levantó con pesar.

—Hora de hacer de cadáver —dijo—. Sir Maxwell, es el momento de caer al agua dando tumbos.

—¿Ah, sí? —replicó el jefe de policía—. Pues por ahí no paso.

—Sería un aguafiestas —dijo Wimsey—. Bueno, vamos a suponer que ya está hecho. Recojan las cosas, indolentes aristócratas, y vuelvan a su Rolls-Royce, mientras yo me subo a esa maldita bicicleta a sudar y resollar. Vamos a llevarnos el Morris y todos los trastos. No tiene sentido dejarlos aquí.

Se quitó la capa y el sombrero negro de Campbell y se puso su gorra; después rescató la bicicleta de su escondite y ató el maletín al transportín. Con un gruñido de indignación se puso las gafas ahumadas, pasó una pierna sobre el sillín y se alejó pedaleando frenéticamente. Los demás se instalaron con parsimonia en los dos coches y la comitiva empezó a serpentear por la carretera de Bargrennan.

Tras quince kilómetros a paso de tortuga detrás de la bicicleta llegaron a Barrhill. A las afueras del pueblo Wimsey hizo señas para que se detuvieran.

–Vamos a ver –dijo–. Ahora hay que hacer conjeturas. Yo supongo que Ferguson tenía intención de coger el tren de la una menos veinticinco aquí, pero algo falló. Ahora son las doce y treinta y tres minutos, y podría conseguirlo. La estación está justo ahí, en esa carretera secundaria, pero él debió de salir tarde y lo perdió. No sé por qué. ¡Escuchen! ¡Ya viene!

En aquel mismo momento avistaron el humo del tren, lo oyeron entrar en la estación y a los pocos minutos salir jadeando.

–Puntual –dijo Wimsey–, pero lo hemos perdido. Es un tren de cercanías hasta Girvan. Después es un expreso y solo para en Maybole antes de llegar a Ayr. Después sube aún más de categoría, cuando le añaden un coche-restaurante, y no se digna parar hasta Paisley y Glasgow. La situación es desesperada. Lo único que podemos hacer es seguir por el pueblo, a ver si ocurre un milagro.

Volvió a montar y se puso a pedalear; cada poco miraba hacia atrás por encima del hombro. De repente se oyó el ruido de un coche que estaba adelantando. Pasó ronroneante una vieja limusina Daimler atestada de cajas de cartón con ropa, a la prudente velocidad de unos treinta y cinco kilómetros por hora. Wimsey dejó que lo adelantara y después, con la cabeza gacha y las piernas a toda máquina, se puso detrás de él. Al momento tenía la mano aferrada al saliente de la ventanilla trasera y rodaba cómodamente. El conductor no volvió la cabeza.

–¡Ajá! –exclamó Macpherson–. Es nuestro amigo Clarence Gordon, ¡válgame Dios! Y encima diciéndonos que había adelantado a ese hombre en la carretera... Sí, vale, a lo mejor decía la verdad. Esperemos que su señoría no se mate.

–Estará estupendamente, siempre y cuando le aguanten los neumáticos –dijo el jefe de policía–. A pesar de sus tonterías, es muy listo ese muchacho. A este ritmo, vamos a alcanzar el tren. ¿A cuánto está Girvan?

–A unos veinte kilómetros. Lo pasaremos en Pinmore. Tiene que llegar allí a las doce y cincuenta y tres minutos.

–Esperemos que Clarence Gordon siga pisando el acelerador. Con cuidado, Macpherson. No tenemos que adelantarlo.

Clarence Gordon conducía con prudencia, pero actuó con la nobleza que de él se esperaba. Inició una auténtica carrera tras pasar Pinwherry, y cuando atacaron la acentuada cuesta de Pinmore, vieron la negra trasera del tren subiendo penosamente por la vía que discurría en paralelo a la carretera. Al coronar la cima y dejar atrás el tren, Wimsey agitó la gorra. Siguieron rodando tan contentos, echándose hacia la izquierda y bajando hacia el mar. A la una y cinco surgieron ante ellos las primeras casas de Girvan. El corazón les latía con fuerza cuando el tren volvió a ponerse a su altura, a la derecha, y los adelantó a toda velocidad, camino de la estación de Girvan. A las afueras de la población Wimsey se soltó del coche, y pedaleó como un poseso hacia la derecha por el camino de la estación. A la una y ocho minutos estaba en el andén, con tres minutos por delante. Como las tropas de la Toscana,¹ los policías apenas pudieron reprimir los vítores. Dejando a Dalziel a cargo de los coches, Macpherson fue corriendo a la taquilla y sacó tres billetes de primera clase para Glasgow. Al pasar por el andén vio a Wimsey desatando el maletín y lo oyó gritar a los mozos, exagerando el acento de Oxford: «¡Eh, moozo! Etiquete esta bicicleta para Ayr». Y al apartarse de la ventanilla le llegó la apremiante voz del mozo, que decía: «Uno de primera y etiqueta de bicicleta para Ayr, y rápido, chaval, que tengo que volver aquí con el caballero».

Corrieron por el andén mientras los mozos cargaban la bicicleta en el furgón. Subieron de un salto al vagón. Sonó el silbato. Salieron.

–¡Caray! –exclamó Wimsey, enjugándose la cara. Y añadió–: ¡Maldito chisme! Parece un esparadrapo.

En la mano izquierda, oculto por la gorra que se había quitado para refrescarse un poco, llevaba algo que desveló con una amplia sonrisa. Era una etiqueta de equipaje para Euston.

–Ha sido coser y cantar –dijo riéndose–. Lo cogí mientras el mozo llevaba la bicicleta al furgón. Y con su pegamento y todo. Son muy apañados en la L.M.S. Por suerte había una etiqueta en el

¹ Referencia a «Horatius», de T. B. Macaulay. (*N. de la T.*)

casillero, así que no tuve que buscar mucho. Bueno, pues ya está. Podemos respirar un poco. No tenemos nada que hacer hasta que lleguemos a Ayr.

Tras una parada en Maybole para recoger los billetes, el tren siguió tranquilamente hasta Ayr. Casi antes de que se detuviera en el andén, Wimsey salió corriendo. Fue hasta el furgón, con Macpherson pisándole los talones.

–Rápido, esa bicicleta –le dijo al guarda–. Ahí lo verá, en la etiqueta. Es para Ayr. Tome, el billete.

El guarda, el mismo a quien había interrogado Ross, se quedó mirando a Wimsey con expresión dubitativa.

–No pasa nada –dijo Macpherson–. Soy de la policía. Dele al caballero lo que quiere.

Desconcertado, el guarda entregó la bicicleta y a cambio recibió el billete. Wimsey le puso un chelín en la mano y recorrió el andén a toda prisa con la bicicleta hasta un punto junto a la entrada en el que el extremo del quiosco impedía que lo vieran el guarda y el taquillero. Al darse cuenta de que Macpherson estaba dando explicaciones al guarda, Dalziel fue detrás de Wimsey cautelosamente y llegó a tiempo de ver cómo humedecía con un enorme lametón la etiqueta del equipaje para Euston y la pegaba en la bicicleta, encima de la etiqueta de Ayr. A continuación, Wimsey salió a paso vivo, maletín en mano, se internó en la callejuela y se metió en los servicios públicos. Salió al cabo de menos de medio minuto, desprovisto de las gafas, con el sombrero de fieltro en lugar de la gorra y la gabardina. Los viajeros pasaban a toda prisa por las taquillas para ir a Glasgow. Detrás de ellos, Wimsey sacó un billete de tercera para Glasgow. Jadeante, Dalziel adquirió cuatro. No bien los había pagado cuando Wimsey había desaparecido. El jefe de policía y el fiscal, que estaban esperando junto a la valla, vieron el guiño que les hacía Wimsey mientras apoyaba la bicicleta en la barrera. Probablemente fueron los únicos que se percataron de la maniobra, porque ya habían acoplado el coche-restaurante y el andén estaba lleno de pasajeros, mozos y maletas. Ocultándose la cara con las manos mientras encendía un cigarrillo, Wimsey se dirigió a la cabecera del tren. Las puertas se cerraron de golpe. Dalziel y Macpherson saltaron al compartimento. Wimsey los siguió, y el jefe de policía y el fiscal hicieron otro tanto. El guarda gritó «adelante», y el tren volvió a salir. Toda la historia llevó exactamente seis minutos.

–Otra bicicleta que se ha ido al garete –dijo Wimsey.

–No –replicó Macpherson–. Vi lo que se proponía usted y le advertí a un mozo que la enviara a Gatehouse. Es del agente de policía, y no le gustaría tener que buscarla –añadió sin dar más explicaciones.

–Estupendo. Oigan, todo ha ido bastante bien de momento, ¿no les parece?

–A las mil maravillas –contestó el fiscal–, pero lord Peter, ¿no se olvida de que este tren no llega a St. Enoch hasta las tres menos cinco y que, según los de la tienda de coches... esto... Sparkes y Crisp, el señor Ferguson estaba en el salón de exposición a las tres menos diez?

–Eso es lo que dicen ellos, pero Ferguson no dice lo mismo –replicó Wimsey–. Él dice que «alrededor de las tres». Supongo que, con un poco de suerte, podremos conciliar las dos declaraciones.

–¿Y ese otro billete que tiene? –terció sir Maxwell–. Eso es lo que me preocupa. El billete de Gatehouse a Glasgow.

–A mí no me preocupa –repuso Wimsey con convicción.

–Ah, bueno. Si usted está contento, nosotros también –dijo el jefe de policía.

–Yo hacía tiempo que no me divertía tanto –dijo el fiscal, que parecía incapaz de creerse lo bien que se lo estaba pasando en la excursión–. Debería lamentar ver que el cerco se está estrechando en torno al pobre señor Ferguson, pero debo reconocer que estoy entusiasmado.

–Sí... yo también lo siento por Ferguson –contestó Wimsey–. Ojalá no me lo hubiera recordado, señor. Pero no se puede evitar, y lo sentiría más si fuera Farren, por ejemplo. ¡Pobre desgraciado! Este asunto lo va a dejar atado de pies y manos para siempre, me temo. La oportunidad no se presenta dos veces. No, lo único que de verdad me preocupa es la posibilidad de que este tren lleve retraso.

Pero el tren llegó con una puntualidad encomiable y entró en St. Enoch exactamente a las tres menos cinco. Wimsey salió de inmediato y atravesó a paso vivo el andén, a la cabeza del grupo.

Al pasar por la entrada del hotel de la estación se volvió hacia sir Maxwell.

—No estoy seguro, pero yo diría que fue aquí donde Ferguson divisó a la señorita Cochran, la señorita Selby y quienes las acompañaban. Probablemente acababan de salir de comer, y él pensó que sus amigos habían ido para coger el tren en Glasgow.

Se calló para parar un taxi agitando frenéticamente una mano. Los cinco se apretujaron en el vehículo y Wimsey le indicó al taxista que los llevara a la calle donde tenían el salón de exposición Sparkes y Crisp.

—Y a toda velocidad —añadió.

A las tres y cinco dio un golpecito en el cristal. El taxista se detuvo, y todos se bajaron. Wimsey pagó al taxista y se dirigió a buen paso al salón de exposición, a unos metros de distancia.

—No vamos a entrar todos de golpe —dijo—. Venga usted conmigo, sir Maxwell, y que los demás pasen un poco más tarde.

El establecimiento de Sparkes y Crisp era lo habitual en el gremio, con altas vitrinas en las que se exhibían toda clase de artilugios para el mundo del motor. A la derecha había un mostrador, donde un muchacho discutía con ardor sobre las virtudes de dos clases de amortiguadores. En un pasillo había un deslumbrante despliegue de motocicletas con sidecar. Una puerta de cristal esmerilado a la izquierda parecía dar a un despacho interior.

Wimsey entró apresurada y silenciosamente con sir Maxwell y desapareció tras una vitrina. El chico y el cliente seguían hablando. Al cabo de un minuto Wimsey salió y se dirigió furibundo al mostrador.

—Oye, chaval —dijo en tono imperioso—, ¿vas a trabajar un poquito hoy o no tienes la menor intención? Tengo una cita y no puedo pasarme aquí toda la tarde. —Miró su reloj—. Llevo aquí diez minutos.

—Lo siento mucho, señor. ¿En qué puedo servirle?

Wimsey sacó el paquete de papel de estraza del maletín.

—¿Son representantes de estas dinamos?

—Sí, señor. Será cosa de nuestro señor Saunders. Disculpe un momento, señor. Voy a avisarlo.

El joven salió disparado hacia la puerta de cristal esmerilado, mientras Wimsey tenía que soportar la mirada furiosa del especialista en amortiguadores.

—¿Tendría la amabilidad de acompañarme, señor?

Invitando con una mirada a que se unieran a él los del grupo, Wimsey traspasó la puerta y lo llevaron a un pequeño despacho en el que estaba «nuestro señor Saunders», en compañía de una mecanógrafa.

El señor Saunders era un joven de aspecto saludable y modales propios de Eton y Oxford. Saludó a Wimsey como si le estuviera dando la bienvenida a un antiguo compañero de colegio tras muchos años de ausencia. Al ver al sargento Dalziel detrás de lord Peter, su simpatía pareció enfriarse un tanto.

—A ver, amigo —dijo Wimsey—. Creo que le sonará esta dinamo, ¿no?

El señor Saunders miró la dinamo y el número como si estuviera perdido y dijo:

—Sí, claro que sí. Claro, número XX/47302. Sí. ¿Cuándo nos llegó el número XX/47302, señorita Madden?

La señorita Madden consultó un fichero.

—Vino para reparación hace dos semanas, señor Saunders. Es propiedad del señor Ferguson, de Gatehouse. La trajo él personalmente. Defecto en el bobinado. Devuelta anteayer.

—Sí... exacto. Nuestros dependientes dieron parte de un defecto en el bobinado. Eso es. Espero que ya esté arreglado, señor...

—A lo mejor recuerda que después recibió la visita de mi amigo el sargento Dalziel —dijo Wimsey.

—¡Por supuesto! —exclamó el señor Saunders—. Claro que sí. Espero que se encuentre bien, sargento.

–Usted le dijo que el señor Ferguson llegó aquí alrededor de las tres menos diez –continuó Wimsey.

–¿Sí? Ah, sí... Lo recuerdo. Me llamó el señor Crisp. ¿Lo recuerda, señorita Madden? Sí, pero yo no dije eso. Quien lo dijo fue Birkett... Sí, ese joven del salón de exposición. Dijo que el cliente llevaba diez minutos esperando. Pero yo no vi al señor en cuestión cuando entró. Me lo encontré esperando cuando volví de comer. Es que ese día me parece que me retrasé un poco. Sí. Estuve comiendo con un cliente. Reunión de negocios, ya me entiende. Sí, el señor Crisp me echó un poco los perros, ¡ja, ja!

–¿A qué hora entró usted exactamente, señor Saunders? –preguntó el inspector, muy serio.

–Pues... bueno... serían como las tres. Sí, me retrasé... Media hora, pero era por la empresa... El señor Crisp...

–Venga, hombre, ya está bien. Diga la verdad –estalló el inspector Macpherson.

–Bueno... el caso es que a lo mejor llegué un par de minutos más tarde. Es que... bueno, no miré el reloj, francamente. ¿A qué hora llegué, señorita Madden?

–A las tres y cuarto, señor Saunders –respondió concisa la señorita Madden–. Lo recuerdo perfectamente.

–Madre mía, ¿de verdad? Bueno, yo pensaba que fue a las tres o muy poco después. Vaya memoria que tiene usted, señorita Madden.

La señorita Madden esbozó una sonrisa.

–En eso estamos, inspector –dijo Wimsey–. La diferencia entre menos cinco y las tres y cinco. Notable diferencia, ¿no?

–Señor Saunders, es posible que tenga que prestar declaración ante un tribunal –dijo el inspector con cierta acidez–. Así que le ruego que no se le olvide otra vez.

–¿Ah, en serio? –replicó el señor Saunders un tanto preocupado–. Bueno, vamos a ver, ¿tengo que decir con quién estuve comiendo? Porque, la verdad, no era un asunto de empresa. Era algo de carácter privado.

–Eso es asunto suyo, señor Saunders, pero quizá debería saber que estamos investigando un asesinato.

–¡Pero... es que... yo no lo sabía! El señor Crisp me preguntó cuándo había llegado. Yo le dije que alrededor de las tres... porque, de verdad, era más o menos esa hora. Desde luego, si lo hubiera sabido, le habría preguntado a la señorita Madden, porque tiene una memoria prodigiosa para los detalles.

–Pues sí, y le aconsejaría que usted hiciera otro tanto –dijo el inspector–. Muy buenos días.

El señor Saunders acompañó a los investigadores hasta la salida farfullando incongruentemente.

–Supongo que interrogar a ese tal Birkett no serviría de gran cosa –dijo sir Maxwell–.

Seguramente lo ha hecho todo de buena fe y estaría dispuesto a jurar que hoy le ha tenido esperando a usted, Wimsey.

–Es posible. Bueno, tenemos que estar en la exposición a las cuatro. No nos queda mucho tiempo. Pero he visto a un impresor trabajando cuando veníamos hacia aquí. Supongo que encontraremos lo que necesitamos.

Siguió andando a paso vivo, con el resto del grupo detrás, y entró en una pequeña imprenta.

–Quiero unos cuantos tipos de imprenta –dijo–. Que se parezcan a estos. Tienen que ser del mismo tamaño, y los caracteres, lo más aproximado que pueda ofrecerme.

Sacó una hoja de papel.

El encargado se rascó la cabeza.

–Debe de ser un punto cinco –dijo–. Lo más parecido será la versal Clarendon. Sí, se lo puedo servir, si no quiere una gran cantidad.

–No, por Dios. Solo quiero cinco letras: la ese, la eme, la ele, la a, y un juego completo de cifras.

–¿Le van bien piezas de monotipia?

–Las preferiría de fundición en metal. Las quiero como sacabocados para un trabajo de cuero.

–Muy bien.

El encargado fue hasta un cajón de tipos, extrajo las letras y las cifras que le habían pedido, las envolvió en un trozo de papel y le pidió una cantidad de dinero muy pequeña.

Wimsey pagó y se metió el paquetito en un bolsillo.

–Por cierto, ¿no vendría aquí un caballero hace dos semanas pidiendo lo mismo? –preguntó Wimsey.

–No, señor. Me acordaría, porque no suelen hacer compras así. No me han pedido una cosa así desde que entré a trabajar aquí, y ya va para dos años el enero que viene.

–Bueno, es igual. Muchísimas gracias. Buenos días.

–Vamos a tener que buscar una guía de comerciantes y ver cuántas imprentas hay, inspector. Ah, y también los que venden material de encuadernación. Ferguson debió de comprar esas cosas, a menos que ya las llevara, claro, pero no me parece muy probable.

Dalziel se fue a hacer el recado, mientras los demás cogían un taxi para ir a la exposición, adonde llegaron poco antes de las cuatro. Por allí deambularon hasta las cuatro y media, recorriendo todas las salas, en cada una de las cuales se fijaron en un par de cuadros especialmente notables.

–A ver –dijo Wimsey mientras volvían a pasar por el torniquete–. Si nos encontramos con algún amigo curioso en la puerta, lo convencemos de que hemos visto toda la exposición y ya está. Y ahora, lo mejor que podemos hacer es irnos a un sitio tranquilo. Un hotel, por ejemplo.

LORD PETER WIMSEY

En una habitación apartada de uno de los hoteles más destacados de Glasgow, Wimsey abrió el paquetito con letras de imprenta, junto con la maquinilla de afeitar de Ferguson y un martillito que había comprado de camino hacia allí. Rodeado por su público, a continuación sacó de un bolsillo la parte de ida de su billete de primera de Gatehouse a Glasgow.

–Y bien, caballeros, ahora nos enfrentamos con el punto crucial de nuestra investigación –dijo–. Si han leído la excelente obra del señor Connington, que les había recomendado, habrán descubierto cómo un señor pica su billete de tren con unas tijeras para las uñas.

»Eso ocurre en un tren de Inglaterra. En Escocia, las autoridades ferroviarias, posiblemente por pura pesadez o por la laudable idea de ponerle las cosas difíciles a quien quiera falsificar un billete, no se conforman con un corte triangular.

»El otro día fui desde Gatehouse a Glasgow en el tren de las nueve y ocho minutos, lo cual me supuso grandes molestias. Pero en fin, resulta que los revisores infligieron tres tremendas perforaciones en mi billete, pobrecito mío. La primera fue en Maxwelltown, donde dejaron marcada una espantosa serie de letras y números, como esto: ^{LMS}_{42D}. En Hurlford se conformaron con arrancar un buen trozo del billete, no un triángulo, sino un I achaparrado. Probablemente Ferguson había visto esas marcas y, con el buen ojo del pintor y su extraordinaria memoria visual, sin duda habría sido capaz de reproducir todos esos detalles. Personalmente, he tomado la precaución de dibujar la marca que dejó la tenaza. Aquí está: J. Después, en Mauchline, más precauciones, y desfiguraron el billete con otro código ^{LMS}_{23A}. Y ahora, caballeros, con su permiso y estos instrumentos, vamos a reproducir las perforaciones en este billete.

Sacó la navaja de afeitar, quitó la cuchilla y, tras poner el billete en el mármol del lavabo, procedió a recortar en el cartón la marca de Hurlford. A continuación apoyó el billete sobre el secante del hotel, colocó cuidadosamente la cifra 2 de metal justo encima del borde y dio un golpe seco con el martillo. Cuando levantó el tipo de metal apareció la cifra, nítidamente incisa en el haz del billete, cuyo envés mostraba una versión más burda y gruesa de la cifra en relieve.

–¡Madre mía! –exclamó Macpherson–. Es usted demasiado listo para ser honrado.

Wimsey añadió un 3 y una A, con cuidado de mantener en paralelo la parte inferior, tarea que realizó fácilmente alineando el hombro frontal del tipo con el borde del cartón. Después, prestando especial atención al espaciado y a que quedara derecho, marcó las letras LMS encima de 23A, con lo que quedó completa la perforación de Mauchline. En tercer lugar falsificó la marca de Maxwelltown, ^{LMS}_{42D} y dejó las herramientas con un suspiro de satisfacción.

–Está un poquito movido, pero seguramente colaría si no lo inspeccionaban muy detenidamente –dijo–. Ahora ya solo queda una cosa: volver a ponerlo en manos de la empresa de ferrocarriles. Será mejor que solo venga un testigo conmigo. No tenemos por qué armar un escándalo.

Eligieron al inspector para que lo acompañara. Tomaron un taxi y se dirigieron a toda velocidad a la estación de St. Enoch. Una vez allí, Wimsey preguntó muy nervioso por el revisor que estaba de servicio cuando llegó el tren de Dumfries de las dos y dieciséis. Le señalaron al hombre en cuestión, que estaba en uno de los accesos al andén. Con una especie de sonrisa desagradable que le retorcía el rostro, Wimsey se acercó a él con aire de bondadosa preocupación.

–Buenas noches. Creo que estaba usted en la barrera cuando llegué esta tarde en el tren de las dos y dieciséis minutos. ¿Sabe que me dejó pasar sin que le entregara el billete? Sí, je, je. Podría haber estafado a la compañía y esas cosas. Francamente, debería usted tener más cuidado. Sí. Resulta que soy accionista de esta línea, y mi primo directivo, y creo que es un descuido muy grave. Si faltara un billete en la inspección harían averiguaciones, claro, pero ya me entiende, je, je. Yo ya me habría escapado, ¿no? En fin, así no me extraña que estén bajando los beneficios. Pero como no quiero meterlo en líos, buen hombre, le he traído el billete, y yo en su lugar lo dejaría con los demás y no volvería a hablar del asunto. Pero tendrá más cuidado de aquí en adelante, ¿verdad?

Mientras duró esta arenga, que Wimsey soltó de un tirón, sin dejar resquicio alguno para que le replicasen, la expresión del revisor fue cambiando gradualmente, desde la cortesía y el tedio a la perplejidad y por último el enfado.

–Mire usted –dijo el hombre en cuanto pudo intervenir–, yo no sé qué pretende, pero ya está bien, que es la segunda vez en las últimas dos semanas.

Entonces terció el inspector Macpherson.

–A ver, buen hombre, soy policía, y a mí sí le conviene hacerme caso. ¿Ya le ha pasado una cosa parecida?

Asustado, el revisor pidió disculpas y, tras tartamudear un poco, lo contó todo. Estaba de servicio exactamente a la misma hora hacía dos semanas. Se presentó un caballero, tal y como lo había hecho Wimsey, le tendió un billete y le explicó que había pasado la barrera sin habérselo entregado. Examinó el billete (él, el revisor) y observó que lo habían picado debidamente en Maxwelltown, Hurlford y Mauchline, por lo cual no tenía motivos para dudar de lo que le contaba el pasajero. Como no deseaba que le llamaran la atención por una negligencia, le dio las gracias a aquel caballero, cogió el billete y se lo llevó al empleado que iba a encargarse ese día de remitir los billetes a la inspección. El empleado lo metió entre los demás y ahí se acabó todo. Sintiéndolo mucho, como el billete parecía reunir las condiciones requeridas, al revisor no se le ocurrió que pudiera estar causando ningún perjuicio. Cuando le enseñaron la fotografía de Ferguson, identificó a aquel hombre, no sin vacilaciones, como el pasajero que le había devuelto el billete.

El empleado confirmó lo que había contado el revisor, tras lo cual lo único que quedaba por hacer era ir a la inspección a ver el billete. Como ya se había llevado a cabo una investigación policial al respecto, aún se conservaba. Tras un minucioso escrutinio, se descubrió una ligera diferencia entre los caracteres del billete y los que se habían perforado debidamente, y que mientras que las cifras supuestamente perforadas en Mauchline eran ^{LMS}23A, en los demás aparecía ^{LMS}23B. La explicación consistía en que en cada uno de los casos la letra detrás de los números correspondía al revisor concreto que había picado los billetes de aquel tren, porque cada uno de ellos tenía unas tenazas distintas. Los números de Mauchline iban del 23A al 23G. Por consiguiente, si bien la marca ^{LMS}23A era correcta, resultaba sospechoso que el revisor A solo hubiera picado ese billete entre todos los que se habían picado en ese tren. Por supuesto, la anterior investigación solo se había centrado en comprobar que el billete en cuestión había llegado hasta Glasgow y, en consecuencia, no se había prestado atención a las marcas, pero en la presente situación saltaba a la vista que las marcas eran falsificaciones, si bien muy logradas.

Al regresar al hotel, Dalziel salió al encuentro de Wimsey y el inspector, y confirmó lo que ya sabían. El martes en cuestión, un hombre que respondía a la descripción de Ferguson había ido a un establecimiento donde se vendían útiles de encuadernación y había adquirido un juego de cuños de letras, semejantes en tamaño y tipo a las letras de los billetes. Explicó que se dedicaba a la encuadernación, por pura afición, y que los quería para el lomo de una colección de libros que iban a llevar el título de SAMUEL, 1, 2, 3 y 4... una serie que contenía todas las letras y cifras para falsificar los billetes. La causa contra Ferguson estaba completa.

Wimsey guardó silencio mientras tomaban el último tren para volver de Glasgow.

–Es que me caía bastante bien Ferguson –dijo al fin– y a Campbell no lo aguantaba. Ojalá...

–No tiene remedio, Wimsey –dijo el jefe de policía–. Ya se sabe: un asesinato es un asesinato.

–No siempre –replicó Wimsey.

Cuando llegaron, Ferguson estaba detenido. Había intentado sacar su coche; al ver que le faltaba la dinamo, salió como una flecha camino de la estación de ferrocarril. Ross y Duncan pensaron que era momento de intervenir. Ferguson no opuso resistencia a la detención ni a que lo informaran de sus derechos, y ya se encontraba en la comisaría de Newton-Stewart, a la espera de que lo interrogasen. Cuando le presentaron los billetes falsificados se derrumbó y, a pesar de las advertencias de los policías, decidió contar todo.

–No lo asesiné –dijo–. Juro por Dios que no fue asesinato. Y les aseguro que no ocurrió en absoluto como ustedes creen.

»Campbell volvió a las diez y cuarto, como ya les había dicho. Llegó a mi casa hecho una furia, presumiendo de lo que le había hecho a Gowan y de lo que le iba a hacer a Farren. Había estado

bebiendo otra vez, y empezó a soltar improperios y a decirme que me iba a arreglar las cuentas de una vez por todas. Se puso realmente insultante, pero en serio, yo no lo asesiné. Campbell tenía una mala noche y le pasó lo que le tenía que pasar.

»Le dije que saliera de mi casa. No quiso marcharse e intenté echarlo. Me atacó y nos peleamos. Yo soy más fuerte de lo que parezco y él no estaba sobrio. Tuvimos una buena refriega y yo le pegué un puñetazo en la mandíbula. Se tambaleó y se cayó sobre la tapa de la estufa del estudio. Cuando fui a recogerlo, estaba muerto. Eran las once.

»Me asusté. Sabía que había amenazado muchas veces con cargármelo y no tenía testigos. Y allí estaba, en mi casa, muerto, y yo había empleado la fuerza.

»Entonces pensé que podía simular un accidente. No hará falta que explique los detalles. Creo que ya los conocen. Mi plan funcionó a la perfección, salvo por una cosa, que en realidad superé y me vino bien. Tenía intención de tomar el tren en Barrhill, pero lo perdí, así que me aferré a la vieja Ikey-Mo, con lo que mi coartada resultaba mucho mejor, ya que al parecer no podría haber llegado a tiempo a Girvan, sobre todo cuando me enteré por Jock Graham de que ya sabían que no podía haber bajado del Minnoch antes de las once y media.

»Desde luego, fue mala suerte que se encontrase el cadáver tan pronto. Ya sabía yo que podía tener problemas con lo del rigor mortis. ¿Fue eso lo que les dio la idea del asesinato?

–No –contestó Wimsey–. Fue esa costumbre tuya de guardarte los tubos de pintura en los bolsillos. ¿Te diste cuenta de que te habías llevado el blanco de plomo de Campbell?

–No me di cuenta hasta que volví a casa, pero ni se me ocurrió que a alguien se le pasara por la cabeza algo así. Supongo que tú fuiste el sabueso inteligente, Wimsey. Me lo habría llevado al Minnoch y lo habría tirado en cualquier parte, pero tú lo habías visto el día que viniste al estudio. Fue entonces cuando me llevé el primer susto. Pero después pensé que podía confiar en la coartada. Me sentía bastante orgulloso de la falsificación de los billetes. Y confiaba en que no te fijaras en las posibilidades de Ikey-Mo.

–Solo hay una cosa que no entiendo –dijo el jefe de policía–. ¿Por qué no se marchó antes del Minnoch? No tenía necesidad de pintar tanto.

Ferguson esbozó una sonrisa.

–Eso fue una gran metedura de pata. Han reconstruido los acontecimientos de aquella noche y saben que tuve que hacer muchas cosas. Pues se me olvidó una. Se me olvidó darle cuerda al reloj, algo que suelo hacer justo antes de acostarme. Iba a recoger los trastos de pintura, cuando ya había pintado bastante, y de repente oí un camión que se aproximaba. Esperé a que pasara y miré el reloj. Eran las diez y media. Pensé que podía seguir otra media hora. No quería quedarme por Barrhill, por miedo a que me reconocieran. Calculé otra media hora y, cuando volví a mirar el reloj, seguían siendo las diez y media.

»Casi me dio un ataque de nervios. Tiré el cadáver por la orilla y lo recogí todo deprisa y corriendo. Por eso debí de pasar por alto el tubo de pintura blanca. Salí como alma que lleva el diablo, pero la bicicleta que había cogido era demasiado pequeña para mí y no funcionaba muy bien. Una auténtica porquería. Perdí el tren por una cuestión de segundos... estaba saliendo de la estación cuando yo llegué a la curva. Seguí pedaleando como un loco, de pronto apareció ese coche y pensé que estaba a salvo, pero al parecer no fue así.

»Lo siento. No tenía intención de matar a Campbell. Y digo y diré mil veces que no fue asesinato.

Wimsey se puso de pie.

–Oye, Ferguson, yo también lo siento, no sabes cómo, y siempre he pensado que no podía ser asesinato. ¿Podrás perdonarme?

–Me alegro. Me siento fatal desde entonces. Tengo que enfrentarme al juicio, pero me gustaría que todos supieran que no lo asesiné. Me creen, ¿verdad?

–Yo sí –dijo Wimsey–, y si los del jurado son personas sensatas, lo considerarán defensa propia u homicidio justificado.

Tras escuchar las experiencias del señor Gowan, el jurado tomó el camino intermedio, entre el asesinato y la defensa propia. El veredicto fue de homicidio sin premeditación, con petición de

clemencia basándose en que Campbell estaba sin duda buscando problemas y que la cabellera de Sansón no había sido sacrificada en vano.



Otro servicio de:
Editorial Palabras - Taller Literario
www.taller-palabras.com